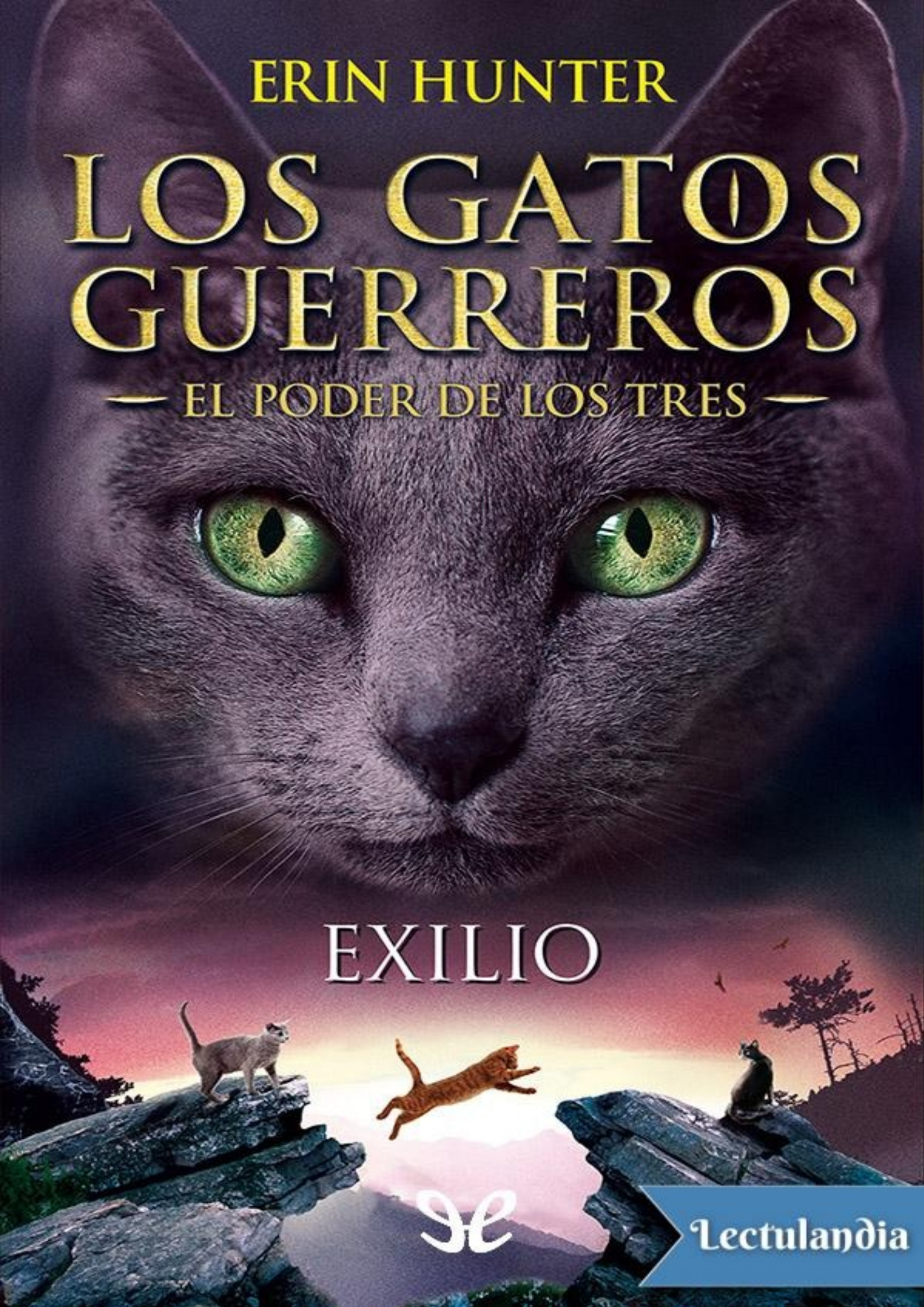
ERIN HUNTER

LOS GATOS GUERREROS

EL PODER DE LOS TRES



EXILIO

Lectulandia

Único aprendiz del Clan del Trueno que conoce la oscura profecía que determina tanto su vida como la de Leonino y Carrasquera, sus hermanos guerreros, Glayino se siente fascinado por el poder que este conocimiento puede otorgarle. Por ello, decide indagar en el pasado lejano, en la historia de los gatos ya fallecidos que antaño caminaron por esos mismos bosques y ahora acechan sus sueños. La búsqueda de respuestas apunta hacia el hogar de la Tribu de las Aguas Rápidas, y como sea que Carrasquera y Leonino también quieren ir a las montañas, aunque por razones distintas, los tres hermanos se unen a un grupo de gatos de los cuatro clanes y juntos emprenden un viaje que los ha de conducir a la revelación de los secretos que guardan las claves de su destino.

Lectulandia

Erin Hunter

Exilio

El poder de los tres - 3

ePub r1.0
Titivillus 08-09-2019

Título original: *Outcast*
Erin Hunter, 2008
Traducción: Begoña Hernández Sala

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Para Jessica.
Un agradecimiento especial para Cherith Baldry.

Filiaciones

CLAN DEL TRUENO

• Líder

— ESTRELLA DE FUEGO: gato de un intenso color rojizo.

• Lugarteniente

— ZARZOSO: gato atigrado marrón oscuro de ojos ámbar.

— Aprendiz: BAYINO

• Curandera

— HOJARASCA ACUÁTICA: gata atigrada de color marrón claro y ojos ámbar.

— Aprendiz: GLAYINO

• Guerreros (*gatos y gatas sin crías*)

— ESQUIRUELA: gata de color rojizo oscuro y de ojos verdes.

— MANTO POLVOROSO: gato atigrado marrón oscuro.

— Aprendiza: ZARPA PINTA

— TORMENTA DE ARENA: gata de color melado claro.

— Aprendiza: MELOSA

— NIMBO BLANCO: gato blanco de pelo largo.

— Aprendiza: CARBONCILLA

— FRONDE DORADO: gato atigrado marrón dorado.

— Aprendiza: CARRASQUERA

— ACEDERA: gata parda y blanca de ojos ámbar.

— ESPINARDO: gato atigrado marrón dorado.

— Aprendiza: ROSELLERA

— CENTELLA: gata blanca con manchas canela.

— CENIZO: gato gris claro con motas más oscuras, de ojos azul oscuro.

— Aprendiz: LEONINO

— ZANCUDO: gato negro de largas patas, con la barriga marrón y los ojos ámbar.

— Aprendiz: RATOLINO

— RIVERA DONDE NADA EL PEQUEÑO PEZ (RIVERA): gata atigrada de color marrón y ojos grises, antiguo miembro de la Tribu de las Aguas Rápidas.

— BORRASCOSO: gato gris oscuro de ojos ámbar, antiguo miembro del Clan del Río.

— CANDEAL: gata blanca de ojos verdes.

— BETULÓN: gato atigrado marrón claro.

— LÁTIGO GRIS: gato gris de pelo largo.

• Aprendices (*de más de seis lunas de edad, se entrenan para convertirse en guerreros*)

— BAYINO: gato de color tostado.

— ZARPA PINTA: pequeña gata gris y blanca.

— RATOLINO: gato gris y blanco.

— CARBONCILLA: gata atigrada de color gris.

— MELOSA: gata atigrada de color marrón claro.

— ROSELLERA: gata parda.

— LEONINO: gato atigrado dorado de ojos ámbar.

— CARRASQUERA: gata negra de ojos verdes.

— GLAYINO: gato atigrado gris de ojos azules.

• Reinas (*gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas*)

— FRONDA: gata gris claro con motas más oscuras, de ojos verde claro. Pareja de Manto Polvoroso y madre de Albinilla (gatita blanca) y Raposillo (gatito atigrado rojizo).

— DALIA: gata de pelo largo color tostado, procedente del cercado de los caballos, madre de dos cachorros, hijos de Zancudo: Rosina (gatita de color tostado oscuro) y Tordillo (gatito blanco y negro).

— MILI: gata atigrada de color gris y ojos azules, antigua minina doméstica.

• Veteranos (*antiguos guerreros y reinas, ya retirados*)

— RABO LARGO: gato atigrado, de color claro con rayas muy oscuras, retirado anticipadamente por problemas de vista.

— MUSARAÑA: pequeña gata marrón oscuro.

CLAN DE LA SOMBRA

• Líder

— ESTRELLA NEGRA: gran gato blanco con enormes patas negras como el azabache.

• Lugarteniente

— BERMEJA: gata de color rojizo oscuro.

• Curandero

— CIRRO: gato atigrado muy pequeño.

• Guerreros

— ROBLEDO: pequeño gato marrón.

— SERBAL: gato rojizo.

— CHAMUSCADO: gato negro.

— Aprendiz: RAPACERO

— YEDRA: gata blanca, negra y parda.

— SAPERO: gato marrón oscuro.

• Reinas

— TRIGUEÑA: gata parda de ojos verdes.

— AGUZANIEVES: gata de un blanco inmaculado.

• Veteranos

— CEDRO: gato gris oscuro.

— AMAPOLA: gata atigrada marrón claro de patas muy largas.

CLAN DEL VIENTO

• Líder

— ESTRELLA DE BIGOTES: gato atigrado de color marrón.

• Lugarteniente

— PERLADA: gata gris.

• Curandero

— CASCARÓN: gato marrón de cola corta.
— Aprendiz: AZORÍN

• **Guerreros**
— OREJA PARTIDA: gato atigrado.
— CORVINO PLUMOSO: gato gris oscuro.
— Aprendiza: ZARPA BRECINA
— CÁRABO: gato atigrado de color marrón claro.
— COLA BLANCA: pequeña gata blanca.
— Aprendiz: VENTOLINO
— NUBE NEGRA: gata negra.
— TURÓN: gato rojizo de patas blancas.
— LEBRÓN: gato marrón y blanco.

• **Reina**
— GENISTA: gata de color blanco y gris muy claro, de ojos azules, madre de Cardina, Cañeta y Fosquilla.

• **Veteranos**
— FLOR MATINAL: reina de color carey muy anciana.
— MANTO TRENZADO: gato atigrado gris oscuro.

CLAN DEL RÍO

• **Líder**
— ESTRELLA LEOPARDINA: gata atigrada con insólitas manchas doradas.

• **Lugarteniente**
— VAHARINA: gata gris oscuro de ojos azules.

• **Curandera**
— ALA DE MARIPOSA: gata atigrada de color dorado y ojos ámbar.
— Aprendiza: BLIMOSA

• **Guerreros**
— PRIETO: gato negro grisáceo.
— MUSGAÑO: pequeño gato atigrado de color marrón.
— Aprendiza: PALOMINA
— JUNCAL: gato negro.

— MUSGOSA: gata parda de ojos azules.

— Aprendiz: GUIJOSO

— FABUCÓN: gato marrón claro.

— TORRENTERO: gato atigrado de color gris oscuro.

— FLOR ALBINA: gata gris muy claro.

— ROANA: gata gris moteada.

— SALTÓN: gato blanco y canela.

• Reinas

— BOIRA: gata atigrada gris claro, madre de Soplillo y Malvillo.

— NÍVEA: gata blanca de ojos azules, madre de Bichín, Pinchito, Petalina y Matojillo.

• Veteranos

— GOLONDRINA: gata atigrada oscura.

— PIZARRO: gato gris.

LA TRIBU DE LAS AGUAS RÁPIDAS

• Sanador

— NARRADOR DE LAS ROCAS PUNTIAGUDAS (NARRARROCAS): gato atigrado marrón de ojos azules.

• Apresadores (*machos y hembras responsables de conseguir comida*)

— CIELO GRIS ANTES DEL ALBA (GRIS): gato atigrado gris claro.

— SOMBRA DE ALA SOBRE EL AGUA (SOMBRA): gata blanca y gris.

— NUBARRÓN DE TORMENTA AL ANOCHECER (NUBARRÓN): gato de color gris oscuro.

• Guardacuevas (*machos y hembras responsables de proteger la cueva*)

— GARRA DE ÁGUILA EN PICADO (GARRA): gato atigrado marrón oscuro.

— PEÑÓN HENDIDO DONDE SE POSA LA GARZA (PEÑÓN): gato gris oscuro.

— AVE QUE CABALGA EL VIENTO (AVE): gata de color marrón grisáceo.

— PEÑASCO DONDE ANIDAN LAS ÁGUILAS (PEÑASCO): gato gris oscuro.

— SENDERO ESCARPADO JUNTO A LA CASCADA (ESCARPADO): gato atigrado de color marrón oscuro.

— NOCHE SIN ESTRELLAS (NOCHE): gata negra.

— LAMA QUE CRECE JUNTO AL RÍO (LAMA): gata de color marrón claro.

• **Crianderas (*gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas*)**

— VUELO DE GARZA ASUSTADA (GARZA): gata atigrada marrón (tiene tres cachorros muy pequeños).

— DESCENSO DE AVE DE RAPIÑA (RAPIÑA): gata de color rojizo oscuro (tiene dos cachorros grandes).

• **Pupilos (*aprendices de la tribu*)**

— ALARIDO DE BÚHO FURIOSO (ALARIDO): gato negro (apresador).

— GOTAS QUE LEVANTA EL PEZ AL SALTAR (GOTAS): gata atigrada de color marrón claro (apresadora).

— CHINA QUE RUEDA MONTAÑA ABAJO (CHINA): gata gris (guardacuevas).

• **Veteranos (*antiguos apresadores y guardacuevas, ya retirados*)**

— NUBE CARGADA DE TORMENTA (NUBE): gata blanca.

— CHAPARRÓN QUE REPIQUETEA SOBRE LAS PIEDRAS (CHAPARRÓN): gato marrón moteado.

GATOS DESVINCULADOS DE LOS CLANES

— LISTADO: gran atigrado plateado, con rayas muy oscuras y ojos ámbar.

— SOSQUÍN: gato de color marrón claro, flaco y de grandes orejas puntiagudas.

— FLORA: gata de color marrón oscuro y blanco, de ojos verdes.

— VOLTERETA: joven gata parda con rayas blancas en la cara.

— PUMA: viejo atigrado solitario, rollizo y de hocico gris.

Emblemas
De Los
CLANES
Clan del Trueno
Clan del Río
Clan de la Sombra
Clan del Viento
Clan Estelar
NORTE
VISTA DE GATO

Leyenda Del MAPA
Árboles de hoja caduca
Pinar
Ciénaga
Lago
Senderos
NORTE
VISTA DE DOS PATAS
Laguna Crystal
Cantera
Carretera de la cantera (abandonada)
Casa de los obreros (abandonada)
Camping Hareview
Villa Sanctuary
Bosque de Sadler
Centro de vela de Littlepine
Carretera de Littlepine
Lago Sanctuary
Isla de Littlepine
Colinas de Hare
Caballerizas de Hare
Arboleda Knight
Carretera de Hare
Carretera de Littlepine
Río Alba

Prólogo

—¡Ladrones de presas! ¡Este territorio es nuestro! —bufó un gato gris con el pelo del cuello erizado, mostrando los colmillos en un gruñido.

Al recorrer con la mirada el grupo de gatos que había agazapados a sus pies en el empinado sendero, vio que tenían las uñas desenvainadas y los ojos brillantes y ávidos. Uno de ellos llevaba un conejo muerto entre los dientes.

—Este es nuestro territorio y esas presas son nuestras —insistió.

Un atigrado plateado le lanzó una mirada insolente.

—Si es vuestro territorio, ¿por qué no hay marcas olorosas que lo delimiten? Aquí, las presas pertenecen a todos los gatos.

—Eso no es cierto, y lo sabéis. —Una gata negra se plantó junto al gato gris sacudiendo la cola—. ¡Fuera de aquí ahora mismo! —Y, ladeando la cabeza, añadió en voz baja—: Peñasco, no podemos pelear contra ellos. Recuerda lo que pasó la última vez.

—Lo sé, Noche —respondió él—. Pero ¿qué opción nos queda?

Al otro lado de Peñasco, un enorme atigrado marrón se les adelantó, soltando un bufido de rabia.

—Dad un paso más y os arrancaremos la piel —gruñó.

Peñasco le rozó el lomo con la punta de la cola.

—Tranquilo, Garra —dijo en un susurro—. Intentemos salir de esta sin arrancarnos la piel.

Aparecieron más gatos por un recodo del sendero, llenando el estrecho espacio que quedaba detrás de los intrusos.

Peñasco llamó a un pequeño atigrado con un movimiento de las orejas.

—Escarpado, vuelve a la cueva, deprisa. Diles que los invasores han regresado.

—Pero…

Era evidente que Escarpado no quería abandonar a sus amigos, porque los invasores ya los superaban en número.

—¡Ya! —le ordenó Peñasco.

Escarpado giró en redondo y echó a correr por el sendero.

El sol empezaba a descender. Las rocas proyectaban unas sombras largas sobre el agreste suelo, teñido de un color tan rojo como la sangre. Solo el tenue sonido de una corriente de agua rompía el silencio, y del cielo llegó el áspero grito de un halcón.

—No vais a pasar de donde estáis —maulló Peñasco—. Dad media vuelta y buscad otro sitio en el que cazar.

—¿Y quién nos va a obligar a hacerlo? —se mofó el atigrado gris.

—Probad a quedaros aquí y lo veréis —bufó Garra.

La patrulla de Peñasco se apiñó a su lado y bloqueó el camino, pero los intrusos comenzaron a desplegarse en abanico, trepando a las rocas de ambos lados de la senda. Peñasco adoptó la postura de ataque, tensando los músculos. A pesar de lo que había sucedido la última vez, estaba dispuesto a luchar si era necesario.

—¡Alto!

Un atigrado marrón se abrió paso entre la patrulla de Peñasco para colocarse frente a los invasores. Tenía el hocico gris por el paso de los años, pero sus músculos seguían siendo fibrosos y potentes. Levantó la barbilla.

—Yo soy Narrarrocas, el sanador de la Tribu de las Aguas Rápidas —anunció, y su voz resonó ronca entre las piedras—. Este es nuestro territorio, y aquí no sois bienvenidos.

—Un territorio solo pertenece a los gatos que pueden defenderlo —replicó el atigrado plateado.

—¿Es que ya no recordáis cómo os echamos antes de la estación de las aguas heladas? —gruñó Narrarrocas—. Volveremos a hacerlo, a menos que os marchéis ahora mismo.

El atigrado gris entornó los ojos.

—¿Que nos echasteis? No es así como lo recuerdo yo.

—Fuimos nosotros quienes decidimos marcharnos —intervino una gata marrón y blanca, agazapada en lo alto de un pedrusco—. Encontramos un lugar mejor donde pasar la estación sin hojas, un lugar con más presas.

—Y ahora hemos decidido volver —dijo el atigrado plateado sacudiendo la cola—. Unos pocos gatos flacuchos y pulgosos no van a detenernos.

Flexionó las garras y arañó las piedras.

—La Tribu de las Aguas Rápidas siempre ha vivido en estas montañas —maulló Narrarrocas—. Nosotros…

Sus palabras se perdieron bajo un alarido de furia cuando la gata marrón y blanca se abalanzó desde su atalaya y clavó los dientes en el hombro de Noche. Casi al mismo tiempo, el atigrado lanzó un aullido pavoroso y saltó sobre Peñasco, que rodó por el suelo propinando zarpazos a su atacante. El aire se llenó de los maullidos de los gatos que se habían enzarzado en la refriega.

Muy lejos, desde las alturas, la Tribu de la Caza Interminable contemplaba la escena con impotencia.

1

Glayino se desperezó notando el calor del sol en el pelaje. Una brisa cálida susurraba a su alrededor, cargada con el aroma de cosas verdes que crecían. En algún lugar por encima de su cabeza, un pájaro gorjeaba, y oyó también el apagado chapoteo del agua del lago en la orilla.

—¡Glayino!

Unos pasos ligeros alborotaron el sonido de las olas. El joven se imaginó a su mentora, Hojarasca Acuática, vadeando las aguas someras del borde del lago.

—¡Glayino! —repitió la gata, cuya voz sonó más cerca—. ¡Ven aquí conmigo, el agua fresca sienta de maravilla!

—No, gracias —masculló el aprendiz.

«Ya he tenido bastante agua para el resto de mi vida», pensó.

—Está bien, como quieras.

Para el joven aprendiz, el agua se había convertido en algo más que el dulce contacto del lago en las patas. De hecho, ya no tenía nada de agradable: el sonido de las olas en la orilla despertaba en Glayino el recuerdo de las frías aguas agitándose a su alrededor, el peso del pelaje mojado empujándolo hacia el fondo, el agua llenándole la boca y la nariz, asfixiándolo… Se había ahogado una vez en un sueño, en el que se había perdido en los túneles subterráneos con el antiguo guerrero Hojas Caídas, y había estado a punto de ahogarse de verdad cuando, junto con sus compañeros de patrulla, rescató a unas cachorritas del Clan del Viento que se habían extraviado.

Los pasos de Hojarasca Acuática se alejaron, más deprisa ahora, como si estuviera saltando por los bajíos, despreocupada como una cachorrita.

Glayino empezó a caminar a lo largo de la orilla. Se suponía que debía buscar malvas, pero, al saborear el aire, no captó ni un solo rastro de su intenso y familiar olor. En cuanto el sonido de los pasos de Hojarasca

Acuática se apagó, el joven aprendiz se alejó del agua y ascendió por la ribera. Tenía que encontrar algo mucho más importante que aquellas hierbas. Avanzó con la nariz pegada al suelo, rastreando el camino a través de las matas de hierba y rodeando los arbustos, hasta que llegó a las retorcidas raíces de un árbol.

«¡Aquí está!».

Clavó los dientes en uno de los extremos del palo y lo sacó de debajo de la raíz que lo mantenía sujeto, lejos de las ávidas olas. Se agachó a su lado y deslizó una zarpa sobre las distintas rayas que había grabadas en la superficie, hasta que localizó el grupo de cinco líneas largas y tres cortas que representaban a los cinco aprendices y a las tres cachorritas que habían quedado atrapadas en los túneles cuando el agua los inundó. Cada una de aquellas rayas estaba cruzada por otra, y eso significaba que todos ellos habían salido vivos de allí. Glayino recordó el momento en que Pedrusco había hecho las marcas, y casi sintió el contacto de la garra sin pelo del viejo espíritu sobre la madera.

El joven aprendiz, sin embargo, también notó la línea sin marcar. Hojas Caídas, el gato de un antiguo clan del lago que los había guiado a todos, seguía recorriendo los túneles a solas.

Cerró los ojos, esperando captar las voces que solían hablar con él en susurros, pero no logró oír nada, excepto el viento entre los árboles y el balanceo de las aguas del lago.

—¿Hojas Caídas? ¿Pedrusco? —maulló en voz baja—. ¿Dónde estáis? ¿Por qué ya no habláis conmigo?

No hubo respuesta, de modo que Glayino arrastró el palo un poco más allá del árbol y lo hizo rodar por la ribera hasta donde el agua pudiera llevárselo. Lo olfateó de arriba abajo, pero los ecos del pasado se habían esfumado.

El joven tragó saliva y a punto estuvo de gimotear como un cachorro que hubiera perdido a su madre. Deseaba hablar con Pedrusco para saber más cosas de los gatos que habían vivido alrededor del lago en un pasado remoto. Deseaba averiguar por qué Hojas Caídas se había quedado allí, recorriendo los túneles, cuando todos los demás gatos antiguos, incluso los que habían muerto en los pasajes subterráneos, se habían marchado a otro sitio.

Estaba convencido de que aquellos eran los mismos gatos que percibía a su alrededor en la Laguna Lunar, cuyas pisadas habían dejado huellas en el sendero en espiral que descendía hasta el agua. Eran muchísimo más viejos que los clanes, más viejos incluso que el Clan Estelar. ¡Cuántas cosas podría

aprender de ellos! Incluso podrían explicarle la profecía, las misteriosas palabras que había oído en el sueño de Estrella de Fuego.

«Habrá tres, sangre de tu sangre, que tendrán el poder de las estrellas en sus manos».

—¡Glayino, ¿qué estás haciendo?!

La voz de Hojarasca Acuática lo sobresaltó. Estaba tan absorto en el palo y sus pensamientos sobre los gatos antiguos que ni siquiera la había oído acercarse. De repente captó su olor y la irritación que emanaba.

—Lo siento —masculló.

—Necesitamos más malva, Glayino. Que no estemos al borde de una batalla no significa que los gatos no enfermen o se hagan daño. Los curanderos tienen que estar preparados.

—Ya lo sé, ¿vale? —replicó el aprendiz.

«¿Quién impidió la batalla? —añadió para sus adentros—. El Clan del Viento y el Clan del Trueno se habrían hecho pedazos si nosotros no hubiésemos encontrado a aquellas cachorritas perdidas».

No quería discutir con su mentora, así que decidió volver a empujar el palo ribera arriba para esconderlo de nuevo debajo de la raíz. Luego se alejó de Hojarasca Acuática sintiendo su mirada severa clavada en él, y se dirigió a la parte alta de la orilla con la boca abierta para detectar el olor de los brotes de malva.

Antes de recorrer más distancia, sin embargo, se detuvo para mirar hacia el lago con sus ojos ciegos. El viento le azotó el pelaje y se lo pegó al cuerpo.

«¿Dónde estáis? —llamó mentalmente a los gatos que llevaban tanto tiempo desaparecidos—. ¡Volved a hablar conmigo, por favor!».

—¡Glayino! ¡Eh, Glayino!

Aquella no era precisamente la voz que quería oír. Reprimiendo un bufido de irritación, se volvió hacia Zarpa Pinta y, de inmediato, notó su olor y oyó sus pasos mientras la joven gata saltaba hacia él. «¡Viene dando tumbos entre los helechos como un zorro chalado!».

—¡Mira lo que tengo! —La voz de Zarpa Pinta sonaba muy alegre, y también algo apagada, como si estuviera hablando con una presa en la boca.

Glayino no se molestó en señalar que él no podía mirar nada, aunque el fuerte olor a campañol le reveló enseguida lo que la aprendiza llevaba entre los dientes.

—Hoy tengo la última evaluación de caza —siguió Zarpa Pinta, ahora con voz más inteligible; sin duda, había dejado la pieza en el suelo—. Si lo

hacemos bien, Bayino, Ratolino y yo nos convertiremos en guerreros hoy mismo.

—Genial. —Glayino intentó sonar entusiasmado, aunque seguía molesto porque había interrumpido su intento de contactar con los gatos antiguos.

—Estoy segura de que Manto Polvoroso estará satisfecho conmigo —maulló la joven—. ¡Este campañol es enorme! Solo con él se podrán alimentar los nuevos cachorros de Dalia.

—Los cachorros de Dalia todavía no pueden comer campañol —le recordó Glayino, al tiempo que pensaba: «¡Menuda cabeza de chorlito!»—. Nacieron hace apenas cuatro albas.

—Bueno, pues entonces que se lo coma Dalia. —Zarpa Pinta no había perdido la emoción—. Ahora que tiene que amamantar a dos cachorros ha de comer bien, ¿no? ¿Tú ya has ido a verlos? ¡Son las cositas más monas que he visto en mi vida! Dalia me dijo que les ha puesto Rosina y Tordillo.

—Lo sé —se limitó a responder el joven.

—Estoy deseando que sean lo bastante mayores para que puedan salir de la maternidad y jugar con ellos. ¿Crees que Estrella de Fuego me dejará ser la mentora de uno? Para cuando estén listos, yo ya tendré experiencia como guerrera.

—Son medio hermanos tuyos —la desanimó Glayino—. No creo que Estrella de Fuego…

—¡Zarpa Pinta! —los interrumpió una voz cortante.

Manto Polvoroso, el mentor de la joven, se abrió paso entre los helechos. Glayino notó su oleada de irritación.

—¿Qué estás haciendo, cazando o cotilleando? —preguntó.

—Lo siento, Manto Polvoroso —respondió la aprendiza—. ¿Has visto mi campañol? ¡Es enorme!

El guerrero se acercó a olfatear el roedor.

—Muy bien —maulló—. Pero eso no significa que puedas sentarte a lamerte la cola. Hay muchas más presas en el bosque. Me llevaré esta al campamento y tú puedes continuar.

—De acuerdo. Nos vemos luego, Glayino.

El aprendiz no se olvidó de desearle buena suerte mientras ella se alejaba, pero su mente ya había vuelto a los gatos antiguos. Su silencio lo angustiaba. «¿He hecho algo mal? ¿Estarán enfadados conmigo Pedrusco y Hojas Caídas?». Seguía dándole vueltas al asunto cuando encontró una mata de malva y empezó a cortar unos cuantos tallos para llevarlos al campamento.

—Bien hecho, Glayino —dijo la voz de Hojarasca Acuática a sus espaldas cuando él ya casi estaba terminando—. Vámonos.

El joven recogió los tallos con la boca; era una buena excusa para no hablar. Se internó en el bosque siguiendo a su mentora, enfrascado en sus pensamientos y sin reparar apenas en el olor a presas y el sonido de las pequeñas criaturas que habitaban la maleza. Estaba muy lejos de allí, intentando reconstruir los pasos de los gatos antiguos.

De repente, un pájaro soltó un grito de alarma. Glayino, inmóvil frente al ave, dejó caer el ramillete de malvas cuando saltó hacia atrás después de que el pájaro batiera ferozmente las alas justo delante de su nariz.

—¡Oye! —El chillido indignado de Bayino sonó a unas pocas colas de distancia—. ¡El tordo al que acabas de espantar era mío! ¿Es que no has visto que estoy cazando?

—¡Pues no, no lo he visto! —Sintiéndose culpable e irritado por su propia torpeza, Glayino respondió con rabia—. Soy ciego, por si no te habías dado cuenta.

—Pero puedes hacer las cosas mejor —maulló Hojarasca Acuática, ceñuda—. Concéntrate en lo que te ocupa, Glayino. Llevas toda la mañana más despistado que un conejo.

—Bueno, espero que no haya arruinado mi evaluación —masculló Bayino —. De no ser por él, habría atrapado a ese tordo.

—Lo sé —maulló Zarzoso.

Glayino captó el olor del lugarteniente del Clan del Trueno un poco más allá. Y también el de Ratolino y su mentor, Zancudo. «¡Vaya! ¿Es que todo el Clan del Trueno está aquí, montando guardia?».

—Es inútil lamentarse por las presas perdidas —continuó Zarzoso, acercándose—. Y un guerrero no se desquicia por un pequeño contratiempo. Venga, Bayino, a ver si encuentras un ratón entre las raíces de ese árbol de allí.

—Vale —dijo el joven aprendiz, que seguía sonando enfadado a pesar de las palabras de su mentor—. Glayino, mantente lejos de mi camino, ¿quieres?

—Sin problema —contestó él.

—Sí, ya va siendo hora de regresar al campamento —intervino Hojarasca Acuática, dándole un empujoncito a su aprendiz—. Por aquí.

«¡Ya sé dónde está el campamento, gracias!», replicó Glayino para sus adentros.

El aprendiz volvió a recoger las hierbas y siguió a su mentora hasta el túnel de espinos y la hondonada rocosa. Después de atravesar la cortina de

zarzas que protegía la guarida de la curandera, depositó la carga en el fondo de la gruta.

—Me voy a por algo de carne fresca, ¿vale? —maulló.

—Un momento, Glayino.

Hojarasca Acuática dejó también sus hierbas y se sentó delante del joven, que percibió su impaciencia y frustración.

—No sé qué te pasa últimamente —empezó la gata—. Desde que tú y los demás encontrasteis a las cachorritas del Clan del Viento en la orilla del lago…

Iba a preguntarle algo, el joven aprendiz captó un potente olor a curiosidad procedente de la curandera. Estaba claro que Hojarasca Acuática intuía que había algo en la historia de las cachorritas perdidas que él y sus hermanos no le habían contado, pero por nada del mundo le revelaría que las cachorritas, en realidad, se habían extraviado en la red de túneles subterráneos que se extendía bajo los territorios del Clan del Trueno y el Clan del Viento. Sabía que tanto Leonino y Carrasquera como los aprendices del otro clan, Ventolino y Zarpa Brecina, también guardarían silencio. Ninguno de ellos quería confesar que Leonino y Zarpa Brecina habían estado jugando en los túneles durante varias lunas.

Así que no podía contarle que habían estado a punto de ahogarse, junto con las cachorritas perdidas, cuando la lluvia entró en los túneles y convirtió el arroyo subterráneo en una riada aterradora. Él aún tenía pesadillas con aquel río turbulento y asfixiante…

—Glayino, ¿te encuentras bien? —le preguntó Hojarasca Acuática. Su irritación se había desvanecido y había dado paso a una gran inquietud, una marea pegajosa que amenazó con arrollar a Glayino como el agua en los túneles—. Si pasara algo malo, tú me lo contarías, ¿verdad?

—Claro —masculló él, esperando que su mentora no detectara la mentira en su voz—. Todo está bien.

Hojarasca Acuática titubeó. Glayino notó que empezaba a erizársele el pelo, que se estaba poniendo a la defensiva, pero la curandera se limitó a suspirar y a añadir:

—De acuerdo, ve a comer algo. Luego, cuando refresque un poco, iremos a la vivienda abandonada de los Dos Patas, a recolectar unas cuantas ramas de nébeda.

Antes de que ella terminara de hablar, Glayino ya se había levantado para dirigirse hacia la cortina de zarzas. Se fue directo al montón de la carne fresca, encontró con el olfato un ratón carnoso y se lo llevó a un lugar soleado

delante de su guarida para comérselo. El sol acababa de rebasar su cénit y la hondonada estaba caldeada. Con el estómago lleno, el joven gato se tumbó de costado, satisfecho, y empezó a lavarse los bigotes con una zarpa.

Carboncilla y Carrasquera entraron en el claro por el túnel de espinos. Incluso a aquella distancia, Glayino pudo captar el olor musgoso de la hondonada de entrenamiento en el pelaje de las amigas.

—Siento mucho haberte ganado todas las veces —maulló Carrasquera—. ¿Seguro que estás bien?

—Estoy bien —insistió Carboncilla—. No lo estaría si me dejaras ganar y no pelearas como sabes hacerlo.

Su voz destilaba valentía, pero, por el sonido de sus pasos, Glayino supo que a Carboncilla le estaba dando problemas su pata herida. Los curanderos no podían hacer nada más por ella, solo el tiempo fortalecería su extremidad. ¿O es que Carboncilla estaba destinada a no ser una guerrera, como le había ocurrido a Carbonilla?

Unos chillidos agudos procedentes de la maternidad lo distrajeron momentáneamente del problema de Carboncilla. Glayino hizo una mueca. Los hijos de Dalia no tenían más que cuatro días, pero sus voces eran muy potentes. El padre de los cachorros, Zancudo, había insistido en salir con Ratolino para su evaluación, aunque Manto Polvoroso se había ofrecido a ocupar su lugar para que pudiese pasar más tiempo en la maternidad. Glayino estaba cada vez más convencido de que Zancudo se sentía incómodo con sus hijos, parecía que no lograba acostumbrarse a la idea de ser padre.

En cualquier caso, la maternidad estaba bastante abarrotada. Raposillo y Albinilla, los cachorros de Fronda, aún seguían allí, aunque ya empezaban a ser lo bastante mayores para convertirse en aprendices. Y Mili, que estaba embarazada de Látigo Gris, acababa de trasladarse con las reinas. Glayino sabía que Estrella de Fuego se sentía orgulloso de lo fuerte que estaba volviéndose el Clan del Trueno, aunque a veces lo preocupara cómo iba a alimentar a todos sus miembros.

El túnel de espinos volvió a susurrar, y Leonino entró en el claro seguido de su mentor, Cenizo.

—¡Dos ratones y una ardilla! —exclamó el guerrero—. Bien hecho, Leonino. Esa es la clase de caza que espero de ti.

A pesar de sus palabras elogiosas, Cenizo no sonó muy entusiasmado. Glayino opinaba que el guerrero y su hermano no se llevaban tan bien como deberían llevarse un mentor y su aprendiz. Había algo que lo desconcertaba, algo en Cenizo que no lograba descifrar.

Aunque probablemente no tenía importancia, y Glayino se olvidó del tema cuando Leonino se dejó caer a su lado con un ratón en la boca.

—¡Estoy hecho polvo! —declaró—. ¡Por un momento he pensado que esa ardilla iba a obligarme a perseguirla hasta el territorio del Clan de la Sombra!

—¿Y por qué te has esforzado tanto? —preguntó Glayino—. Hoy no es tu evaluación.

—Lo sé —respondió su hermano con la boca llena de carne fresca—, pero esa no es la cuestión. Un buen guerrero siempre hace todo lo que puede para alimentar a su clan.

Y estaba claro que Leonino quería ser el mejor guerrero posible. Glayino lo sabía, y también era consciente de lo tenso y obcecado que se había mostrado su hermano desde que salvaron a las cachorritas en los túneles. Incluso sabía el motivo de esa actitud sin necesidad de leerle el pensamiento: Leonino había decidido concentrarse en su entrenamiento para compensar el hecho de haberse reunido en secreto con Zarpa Brecina, la aprendiza del Clan del Viento.

Glayino agitó los bigotes, comprensivo. Como curandero, él podía tener amigos fuera de su clan, aunque nunca se había imaginado deseando tal cosa. ¿Cómo podía alguien confiar en un gato de un clan distinto?

El sonido de unas piedrecillas cayendo lo alertó de que Estrella de Fuego estaba bajando de la Cornisa Alta. Su voz sonó cerca de la guarida de los guerreros.

—Necesitamos una patrulla fronteriza. ¿Quién quiere…?

Al lado de Glayino, Leonino se levantó de un salto.

—¡Yo!

Por un instante, el joven aprendiz de curandero se preguntó por qué Estrella de Fuego estaba organizando una patrulla, pero entonces recordó que el lugarteniente del clan, Zarzoso, había salido al bosque para evaluar a Bayino.

—Gracias, Leonino —maulló el líder—, pero veo que hoy ya has estado trabajando duro…

El aprendiz de guerrero se sentó de nuevo y su hermano percibió su decepción.

—Iré yo —se ofreció Látigo Gris mientras salía de la guarida de los guerreros.

—Y yo —maulló Esquiruela, que apareció detrás de él.

—Y Melosa y yo también —añadió Tormenta de Arena, acercándose con la joven desde la guarida de los aprendices.

—Muy bien —aprobó Estrella de Fuego—. Creo que deberíais echar una ojeada a la frontera del Clan del Viento. Está todo muy tranquilo desde que encontramos a las cachorritas, pero nunca se sabe.

—Renovaremos las marcas olorosas —prometió Látigo Gris—. Y si vemos que… —Se interrumpió al oír unos maullidos de entusiasmo y algo de alboroto en el túnel de espinos.

Glayino se incorporó, abriendo la boca para distinguir el olor de los recién llegados. Bayino fue el primero en entrar en el claro, con Ratolino y Zarpa Pinta pisándole los talones. Los seguían sus mentores, Zarzoso, Manto Polvoroso y Zancudo.

—¡Lo hemos conseguido! —El maullido triunfante de Bayino resonó por toda la hondonada rocosa—. Hemos superado la evaluación, ¡y ahora vamos a convertirnos en guerreros!

—Bayino —maulló Zarzoso muy serio—, eso debe decidirlo Estrella de Fuego.

—Lo siento… —respondió el aprendiz.

Glayino captó su repentina decepción y se lo imaginó con la cabeza y la cola gachas.

—Pero acabaremos siendo guerreros, ¿no?

—Quizá deberíamos evaluar también si eres capaz de mantener la boca cerrada —le soltó Manto Polvoroso.

—Vale, vale… —intervino Estrella de Fuego en tono divertido—, si los mentores vienen a hablar conmigo, organizaremos la ceremonia de nombramiento.

—¿Y qué pasa con la patrulla fronteriza? —quiso saber Látigo Gris.

—Puede esperar hasta el atardecer. Al fin y al cabo, no creo que haya ningún problema.

Los aprendices, ilusionados, empezaron a apiñarse cerca de la guarida. Leonino salió disparado para unirse a ellos. Glayino se levantó, se desperezó y, más despacio, siguió a su hermano.

—… y dos campañoles —estaba maullando Bayino cuando el aprendiz de curandero se acercó—. Incluso habría cazado un tordo si este no lo hubiera espantado.

Glayino erizó el pelo del cuello, pero, antes de que pudiese decir nada, Carrasquera saltó en su defensa:

—¿Y qué importa eso? Has superado la evaluación, ¿no?

El joven aprendiz de curandero agitó la punta de la cola: «Puedo cuidar de mí mismo, gracias».

—Pues yo he atrapado un campañol gordísimo —dijo Zarpa Pinta, demasiado emocionada para notar la hostilidad entre Bayino y Glayino—. Y he cazado un mirlo justo cuando estaba echando a volar. Manto Polvoroso ha dicho que nunca había visto un salto tan bueno.

—¡Eso es genial! —exclamó Melosa.

—Yo he apresado una ardilla —alardeó Ratolino.

Glayino recordaba muy bien el día que el aprendiz había trepado por el Roble del Cielo persiguiendo una ardilla. Demasiado asustado para bajar, Carboncilla subió a ayudarlo y se rompió una pata cuando cedió una rama. Glayino se habría apostado una luna quitando las garrapatas a los veteranos a que la ardilla que había atrapado Ratolino estaba en el suelo.

—Ojalá nos evaluaran a nosotros, ¿verdad? —le susurró Carrasquera a Leonino—. A veces creo que jamás seremos guerreros.

—Lo sé —respondió él con la misma envidia; luego lo recorrió una oleada de determinación—: Solo tenemos que trabajar más duro. Eso es todo.

Glayino no se unió a la conversación. Sus pasos iban por otro camino muy distinto. Él no terminaría su entrenamiento como curandero hasta dentro de muchísimo tiempo, y, cuando recibiera su nombre oficial, seguiría siendo el aprendiz de Hojarasca Acuática. No sería curandero de verdad hasta que su mentora muriera. Y, por supuesto, aunque sentía un hormigueo ante la idea de que sus hermanos avanzaran sin él, no quería que Hojarasca Acuática muriese.

Además, la profecía decía que los tres tendrían en sus manos el poder de las estrellas desde su nacimiento. No decía nada de que tuvieran que esperar primero a ser guerreros.

La voz de Estrella de Fuego resonó desde la Cornisa Alta:

—¡Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas vengan aquí para una reunión de clan!

El claro se inundó de distintos olores cuando los miembros del Clan del Trueno comenzaron a aparecer. Glayino distinguió el de los veteranos, Musaraña y Rabo Largo, que salían de su refugio, debajo de la madreselva. Hojarasca Acuática dejó la guarida de la curandera y se sentó delante de la cortina de zarzas.

Luego los demás olores quedaron eclipsados por el de Dalia, que se acercó corriendo hacia el grupo de aprendices.

—¡Bayino, mírate! —exclamó la reina—. Tienes todo el pelo alborotado. ¡Y tú, Zarpa Pinta, ¿es que has recogido todos los abrojos que había entre el lago y el campamento?!

Y comenzó a lamerlos ferozmente.

—Ya vale. Puedo hacerlo yo solo —protestó Bayino.

—Tonterías —replicó Dalia—. No podéis presentaros en vuestra ceremonia de nombramiento guerrero como una pandilla desaliñada de cachorros descarriados.

Se puso a lamer de nuevo a Bayino, antes de interrumpirse y añadir:

—¡Ratolino! ¡Tú estás igual de mal! ¿Has visto cómo llevas la cola?

—Pues yo espero que Estrella de Fuego no se acuerde de mi cola a la hora de darme mi nombre de guerrero —maulló Bayino, nervioso.

La cola del joven no era más que un pequeño muñón. De cachorro se le había quedado atrapada en una trampa para zorros después de escaparse del campamento para ir a cazar.

—¿Y de qué tienes miedo? ¿De que te llame «Bayino Rabo Rabón»? —sugirió Rosellera—. ¡Sería como un trabalenguas!

—¡Qué va! —se lamentó el aprendiz—. Estrella de Fuego no haría algo así, ¿verdad?

—No seas tonto —lo riñó Dalia.

—Estoy segura de que no tienes de qué preocuparte —intervino Centella, uniéndose a la conversación.

Entre tantos olores, Glayino no había reparado en que esta se acercaba.

—Después de que la manada de perros me atacara —prosiguió la guerrera —, Estrella Azul me puso Cara Perdida cuando me nombró guerrera. Sin embargo, cuando Estrella de Fuego se convirtió en líder, me lo cambió. Estoy convencida de que no le daría a nadie un nombre tan cruel.

—¡Eso espero! —soltó Bayino, que aún parecía dudar.

Glayino se alarmó de repente al pensar en lo que acababa de decir Centella.

—¿Tú crees que Hojarasca Acuática podría hacer alusión a mi ceguera cuando me dé mi nombre de curandero? —le preguntó a Carrasquera al oído.

—¿Y adjudicarte algo tipo Glayino Sin Ojos? Eso es tan absurdo como lo de Bayino Rabo Rabón —le contestó su hermana.

—Tú puedes pensar que es absurdo, pero ¿qué opinará Hojarasca Acuática…?

—Silencio —los interrumpió Látigo Gris—. La ceremonia está a punto de empezar.

Leonino le dio un empujoncito a su hermano.

—Venga, vamos a buscar un buen lugar en primera fila. No quiero perderme un solo detalle.

—Sí, que pronto nos tocará a nosotros —maulló Carrasquera entusiasmada.

Glayino siguió a sus hermanos y a los demás aprendices hasta la parte delantera del semicírculo que rodeaba a Estrella de Fuego. Enseguida percibió el orgullo efervescente que irradiaban los tres jóvenes que iban a convertirse en guerreros, y se los imaginó con el pelaje lustroso y acicalado tras los frenéticos lametazos de su madre. Dalia se sentía orgullosa, aunque Glayino también captó en ella cierta inquietud por los dos cachorros que había dejado solos en la maternidad.

Luego localizó a Fronda, que estaba sentada justo delante de la maternidad con Raposillo y Albinilla. La dulce reina se encargaría de que los dos recién nacidos estuvieran bien mientras su madre presenciaba cómo sus primeros hijos se convertían en guerreros.

—Hoy es un buen día para el Clan del Trueno —empezó Estrella de Fuego, y los murmullos se apagaron—. Ningún clan sobrevive sin nuevos guerreros. Zarzoso, ¿tu aprendiz, Bayino, está preparado para su ceremonia de nombramiento?

—Ha entrenado bien —respondió Zarzoso.

Glayino percibió cómo aumentaba la emoción de los tres aprendices mientras Estrella de Fuego se dirigía a los otros dos mentores, Manto Polvoroso y Zancudo. Luego oyó los pasos de los jóvenes guerreros, que avanzaron para plantarse ante el líder.

—Yo, Estrella de Fuego, líder del Clan del Trueno, solicito a mis antepasados guerreros que contemplen a estos tres aprendices. —Su voz resonó por encima del susurro de los árboles que crecían en la cima de la hondonada—. Han entrenado duro para comprender el sistema de vuestro noble código, y yo os los encomiendo a mi vez como guerreros. Bayino, Zarpa Pinta, Ratolino, ¿prometéis respetar el código guerrero y proteger y defender a este clan, incluso a costa de vuestra vida?

—¡Lo prometo! —respondieron los tres hermanos al unísono, Bayino más fuerte que los demás.

Durante unos segundos, Glayino sintió un pellizco de envidia. Algún día también celebrarían su ceremonia de nombramiento como curandero, aunque él no tendría que plantarse ante el clan para prometer defenderlo con su propia vida.

—Entonces, por los poderes del Clan Estelar, os doy vuestros nombres guerreros —continuó Estrella de Fuego—. Bayino, a partir de este momento serás conocido como Bayo.

—¡Oh, gracias! —exclamó el nuevo guerrero, interrumpiendo al líder del clan.

Una oleada de risas recorrió el claro, aunque Glayino captó la irritación de Zarzoso, el mentor del joven.

Estrella de Fuego esperó a que todos guardaran silencio de nuevo para continuar.

—El Clan Estelar se ve honrado con tu valor y tu entusiasmo, y todos te damos la bienvenida como guerrero de pleno derecho del Clan del Trueno.

Hubo una pausa. Glayino sabía que Estrella de Fuego apoyaría el hocico en lo alto de la cabeza de Bayo, y que el joven guerrero le daría un lametón respetuoso en el omoplato. Luego, el líder prosiguió, dando a Zarpa Pinta el nombre de Pinta, y a Ratolino el de Ratonero.

—El Clan del Trueno está muy orgulloso de todos vosotros —concluyó Estrella de Fuego—. Servid lealmente a vuestro clan.

—¡Ratonero! ¡Pinta! ¡Bayo!

El clan recibió a los tres nuevos guerreros con gritos de entusiasmo.

Glayino percibió en ellos el orgullo de sus nuevas responsabilidades, y en los demás gatos, una confianza renovada porque el clan estaba creciendo tanto en número como en poderío. Las adversidades del Gran Viaje ya eran un recuerdo borroso.

Pero allí había algo más… Algo que flotaba como la bruma en aquella hondonada… Viejas tradiciones que se extendían más allá del Clan del Trueno y que llegaban hasta los antiguos gatos que habían recorrido aquellos bosques muchísimo tiempo atrás. Si Hojas Caídas hubiera logrado salir vivo de los túneles, ¿lo habrían recibido igual?

«¿Qué sucedió con aquellos gatos? ¿Adónde fueron?», se preguntó Glayino.

2

Leonino se abrió paso entre las matas de larga hierba que había mojado el rocío. Se estremeció cuando la humedad le empapó el pelo y parpadeó para librarse del sueño. Unas nubes bajas cubrían el bosque, aunque un brillo que crecía por encima de los árboles señalaba que el sol estaba saliendo.

La patrulla del alba se encaminaba hacia el territorio del Clan del Viento. Cenizo y Bayo se habían adelantado un poco y hablaban en voz tan baja que Leonino no podía oírlos. Unos pasos más allá, Bayo lo miró por encima del hombro.

—No te quedes rezagado, Leonino —maulló en voz bien alta—. Y mantente atento, puede haber trampas para zorros.

—Mantente atento tú —masculló el aprendiz.

Bayo era guerrero desde hacía solo tres días y ya se comportaba como si fuera un mentor. «¡Que ni se le ocurra creer que voy a obedecer sus órdenes!», pensó Leonino.

Se quedó aún más atrás a propósito y notó un cosquilleo en las zarpas al rodear un zarzal y ver la entrada a los túneles. Parecía una simple madriguera de conejos abandonada, medio oculta por los helechos, pero él sabía que llevaba hasta una cueva con un río subterráneo y luego al territorio del Clan del Viento. Al menos hasta hace poco… Leonino sintió una punzada de tristeza al recordar cómo se internaba cada noche en los túneles para reunirse con Zarpa Brecina en la cueva. Ojalá pudiera retroceder a los días en que ella era Estrella Brecina, la líder del Clan Oscuro, y él, su leal lugarteniente.

Vaciló un segundo delante de la entrada, pero no pudo resistirse a colarse por el agujero y arrastrarse por el túnel hasta llegar a la avalancha de barro que había provocado la inundación de los pasajes subterráneos. Abrió la boca, pero lo único que pudo captar fue el olor de la tierra mojada y las lombrices.

—¡Leonino! ¡Sé que estás ahí dentro! —exclamó Bayo—. ¡Sal ahora mismo!

Por un instante, el joven aprendiz estuvo tentado de ignorarlo, pero luego comprendió lo ridículo que sería hacer eso. No podía quedarse ahí, en aquel agujero húmedo y sofocante. Poco a poco, retrocedió retorciéndose, hasta que pudo incorporarse y sacudirse el barro del pelo.

Bayo estaba plantado ante él, con el pelo erizado. Cenizo estaba a un par de colas de distancia; sus ojos azules parecían serenos, pero eran indescifrables.

—¿Cómo se te ocurre meterte en un lugar tan peligroso como ese? —quiso saber Bayo—. ¿Y si el techo hubiera cedido? Supongo que dabas por hecho que nosotros te desenterraríamos, como la última vez.

Leonino había estado a punto de asfixiarse al hundirse una vieja madriguera de tejones durante la Asamblea diurna. Pero aquello fue completamente distinto y, además, no era Bayo quien lo había rescatado.

—¡Deja ya de darme órdenes! —le soltó—. No eres mi mentor.

—¡Entonces deja de comportarte como un cachorro estúpido!

Leonino clavó las garras en el suelo para contener el impulso de propinarle un zarpazo al arrogante guerrero.

—No me llames «cachorro» —gruñó—. Tu olor aún no ha desaparecido de la guarida de los aprendices, y tú ya…

—Basta —lo interrumpió Cenizo—. Bayo, yo haré las funciones de mentor, gracias. Pero él tiene razón, Leonino. No tiene sentido que metas la nariz en todos los agujeros que encuentres de aquí al territorio del Clan del Viento. A menos que detectes algún olor sospechoso.

—¡Pues podría haberlo habido! —se defendió el joven.

Cenizo no dijo nada más y se limitó a mover la cola con impaciencia.

—Sigamos adelante.

Leonino le lanzó a Bayo una última mirada recelosa y siguió a su mentor. Aún añoraba a Zarpa Brecina, y ese sentimiento lo empujaba irremediablemente a bajar a los túneles. Pero sabía que nunca volvería a entrar… y no solo porque el barro hubiera bloqueado el paso.

Quería ser el mejor guerrero que jamás hubiera tenido el Clan del Trueno, y no iba a poder serlo si su mejor amiga era una gata de otro clan.

—¡Salta tanto como puedas…! ¡Ahora!

Leonino saltó en el aire, retorciéndose para aterrizar frente a su oponente, y consiguió lanzarle un golpe en las ancas a Rosellera antes de que ella terminara el movimiento. Mirando de reojo hacia el borde del claro, el joven distinguió levemente la sombra de un pelaje atigrado y el fulgor de unos ojos ámbar.

«¡Gracias, Estrella de Tigre!».

Rosellera saltó hacia Leonino y él se lanzó hacia delante, deslizándose por debajo de su compañera y rozando el musgo con la barriga. La enganchó por las patas traseras y le plantó las zarpas sobre el estómago para hacerla rodar por el suelo.

—¡Bien hecho, Leonino! —Cenizo asintió con la cabeza en un gesto de aprobación, aunque en sus ojos azules no había calidez alguna.

«¿Qué estoy haciendo mal?», se preguntó el joven aprendiz. Entendía perfectamente que Cenizo se enfadara con él cuando estaba demasiado cansado porque se pasaba todas las noches en la cueva con Zarpa Brecina y era incapaz de poner una pata delante de la otra durante el día, pero ahora estaba entrenando muy bien. «¡Estoy trabajando muy duro!».

—Nunca había visto ese movimiento. —Espinardo, el mentor de Rosellera, se acercó a los dos aprendices—. ¿Dónde lo has aprendido?

—Hum… se me ha ocurrido sin más, supongo —balbució Leonino.

Lo había aprendido de Estrella de Tigre, durante un entrenamiento con Alcotán. Los dos gatos fantasmales lo visitaban tan a menudo que sentía como si siempre tuviera sus voces en los oídos, diciéndole que saltara más alto, que golpeara con más ímpetu, que se zafara retorciéndose… Sus músculos se habían hecho más fuertes y poderosos por la práctica constante. No necesitaba que nadie se lo dijera: sabía que sus habilidades de combate habían mejorado más deprisa que las de cualquier otro aprendiz. Pero a veces resultaba difícil explicar de dónde salían esas habilidades.

—Ya puedes dejar que me levante —maulló Rosellera.

—Ay, lo siento.

Leonino se apartó de su compañera y ella se puso en pie de un salto para sacudirse trocitos de musgo del pelo.

—¿Me enseñarás a hacer eso?

—Claro. Cuando un gato salte sobre ti, tienes que pegarte al suelo y seguir avanzando.

—¿Así? —Rosellera intentó imitar su movimiento.

—Sí, aunque debes hacerlo un poco más deprisa.

Mientras la joven parda practicaba, Leonino desvió de nuevo la mirada hacia el lindero del claro. Pero la presencia espectral de Estrella de Tigre se había esfumado.

Leonino arrastraba una larga rama de zarza a través del túnel y tuvo que tirar de ella con fuerza cuando se enganchó en el espino. Le dolían las patas de cansancio. Primero, la patrulla del alba, luego, la sesión de entrenamiento, y después, tras una breve pausa para tomar unos bocados de carne fresca, Cenizo lo había puesto a reparar la guarida de los veteranos. ¡Y el sol apenas acababa de llegar a lo más alto!

Mientras llevaba la zarza por el claro, algo aterrizó pesadamente en el otro extremo, frenándolo en seco y haciendo que trastabillara. Leonino soltó su extremo y se volvió: Raposillo había clavado los dientes en la otra punta de la rama y estaba pateándola con un gruñido sordo.

—¡El Clan de la Sombra nos está invadiendo! —chilló Albinilla, corriendo junto a su hermano y saltando sobre la zarza—. ¡Fuera de nuestro campamento!

Candeal se detuvo en mitad del claro, erizando el pelo del cuello, y luego siguió adelante sacudiendo la cola. Nimbo Blanco asomó la cabeza por la guarida de los guerreros, con los ojos azules dilatados por la alarma. Al ver a los dos cachorros, agitó las orejas, irritado, y desapareció de nuevo.

—¡Eh, estáis molestando a todo el mundo! —exclamó Leonino—. Y yo necesito esto para arreglar la guarida de los veteranos.

—¿Podemos ayudarte? —le preguntó Albinilla.

—Sí, pronto seremos aprendices —añadió Raposillo, soltando la zarza.

—Está bien, pero procurad no clavaros ninguna espina en las almohadillas.

Leonino siguió arrastrando su carga por el claro y los dos cachorros intentaron ayudarlo tirando a su lado, pero no hacían más que tropezar con él y dificultar la tarea.

Al acercarse a la guarida de los veteranos, sin embargo, los hermanos parecieron olvidarse de ayudar y salieron disparados hacia Musaraña y Rabo Largo, que estaban tomando el sol junto a la entrada de su refugio.

—¡Contadnos una historia! —les pidió Raposillo—. Habladnos del Gran Viaje. Contadnos cómo los Dos Patas…

—No, yo quiero saber cosas del viejo bosque —lo interrumpió Albinilla.

Musaraña bostezó.

—Cuéntales tú algo —le dijo a Rabo Largo—. A lo mejor se calman un poco y algunos logramos dormir un rato.

Cerró los ojos, tapándose la nariz con la cola.

Rabo Largo suspiró y se puso cómodo, recogiendo las patas debajo del pecho. Luego se volvió hacia los cachorros, aunque no podía verlos.

—Muy bien, ¿de qué queréis que os hable?

—¡De Estrella de Tigre! —respondió Raposillo erizando el pelo de emoción.

—¡Sí, de Estrella de Tigre! —se sumó Albinilla—. Cuéntanos cómo intentó dominar el bosque.

Leonino vio que el veterano ciego agitaba la punta de la cola, vacilante, y sintió un arañazo de curiosidad por saber qué les contaba mientras empezaba a enrollar la zarza para taponar un hueco en las ramas de la madreselva que protegía la guarida. Él deseaba saber qué había ocurrido con Estrella de Tigre tanto como los cachorros.

—Estrella de Tigre fue un gran guerrero —comenzó Rabo Largo por fin —. Era el gato más fuerte del bosque y el mejor luchador. Cuando yo era joven, estaba convencido de que Estrella de Tigre sería el siguiente líder del Clan del Trueno. Yo quería ser igual que él —añadió el veterano atigrado, incómodo.

—Pero ¡si era malvado! —exclamó Raposillo, con los ojos desorbitados.

—En aquel entonces aún no lo sabíamos —explicó Rabo Largo—. Mató a Cola Roja, el lugarteniente del Clan del Trueno, pero todos creímos que Cola Roja había muerto en combate…

A Leonino se le revolvió el estómago mientras escuchaba aquella historia de sangre y conspiración. Le costaba centrarse en su tarea, colocar la zarza en su lugar, mientras fingía que aquello no era más que un relato para él, como lo era para los cachorros. ¡Se trataba del mismo gato que caminaba a su lado por el bosque, que lo enseñaba a ser guerrero!

—Lo que acabó con Estrella de Tigre fue su propia ambición —concluyó Rabo Largo—. Si hubiera estado dispuesto a esperar a que el poder llegara a sus manos, habría sido el mejor líder del bosque.

Leonino se relajó. No había ninguna razón para que evitara a Estrella de Tigre. El atigrado oscuro ya no podía ser ambicioso. Ahora estaba muerto, ya no podía tramar nada.

Además, Estrella de Tigre nunca le había sugerido que quebrantara el código guerrero. Incluso se enfadó al descubrir que le enseñaba movimientos de combate a Zarpa Brecina en sus encuentros en la cueva. Lo único que

quería era que Leonino fuera un guerrero realmente bueno. A lo mejor lamentaba lo que había hecho en el pasado y estaba intentando compensarlo ayudando al Clan del Trueno…

Mientras los cachorros seguían acribillando a Rabo Largo con sus preguntas, Leonino salió pensativo del campamento, en busca de más zarzas.

3

Carrasquera cruzó las zarzas que protegían la entrada de la maternidad y depositó un mirlo delante de Dalia. Los dos cachorros estaban mamando en la curva que formaba el vientre de su madre, con sus diminutas colas muy tiesas.

—Gracias —maulló Dalia estirando una zarpa para acercarse el mirlo—. Parece muy carnoso.

Raposillo, que estaba peleándose con su hermana, se incorporó.

—¿Podemos comer un poco? ¡Yo estoy muerto de hambre!

—Por supuesto que no —le contestó su madre, Fronda—. Ya sois lo bastante mayores para ir al montón de la carne fresca y coger vuestra propia comida.

—¿Podemos ir? —preguntó Albinilla asomando la cabeza entre los helechos—. Me comería un conejo entero.

—Claro —accedió Fronda—. ¡Y traed algo para Mili también! —exclamó cuando los dos cachorros salieron disparados de la guarida.

Mili parpadeó soñolienta desde su lecho musgoso. Tenía la barriga enorme; Carrasquera supuso que no tardaría mucho en dar a luz.

—Gracias —le dijo Mili a Fronda ronroneando.

La reina gris suspiró.

—Ya es hora de que esos dos se conviertan en aprendices. Necesitan unos mentores que los vigilen.

Carrasquera coincidió con ella en silencio, luego salió de la maternidad para escoger algo de comer y llevárselo a los veteranos. Raposillo y Albinilla ya estaban junto al montón de la carne fresca, peleándose por un pinzón.

—¿Y qué pasa con la comida para Mili? —les recordó la aprendiza.

—Ay, perdón.

Raposillo agarró un par de ratones por la cola y cruzó el claro con los roedores balanceándose entre sus dientes, mientras su hermana soltaba un

ronroneo triunfal y se sentaba para zamparse el pinzón.

Carrasquera comenzó a inspeccionar el montón de la carne fresca en busca de algo para los veteranos. Su pelaje seguía impregnado de los olores de la maternidad, y sintió como si todo el campamento estuviera lleno de cachorros y de futuras madres.

«¿Esperará el Clan Estelar que yo tenga hijos?», se preguntó. Sabía que los cachorros eran el futuro de la tribu, pero, cuando pensaba en ser madre, sentía como si de repente llevara a las espaldas el peso de todo el bosque.

Estaba sacando un conejo del montón cuando Melosa se le acercó corriendo.

—¿Para quién es eso? —le preguntó.

—Para los veteranos.

—Acabo de llevarles una ardilla —maulló su amiga—. Si las reinas de la maternidad están servidas, entonces ya hemos acabado.

Carrasquera volvió a dejar el conejo en el montón.

—No quedan muchas piezas. Voy a preguntarle a Fronde Dorado si podemos ir a cazar.

Aunque había caído un fuerte chaparrón al amanecer, las nubes habían escampado y el sol brillaba. Las hojas y las briznas de hierba resplandecían, y una brisa constante empujaba hasta el claro el olor a presas del bosque. Carrasquera se moría de ganas de salir del campamento.

—Acaba de regresar una partida de caza —señaló Melosa apuntando con la cola hacia la entrada del campamento.

Látigo Gris apareció por el túnel de espinos cargado con una ardilla y dos ratones, seguido de Centella, con un par de campañoles, y de Bayo, que llevaba un conejo.

—¡Mira! —A Melosa se le salieron los ojos de las órbitas—. Bayo ha cazado un conejo gigantesco. ¡Es un gato asombroso!

—¡¿Bayo?! —Carrasquera no pudo evitar una exclamación de sorpresa.

Desde que había sido nombrado guerrero, hacía solo cinco días, el joven de color tostado se había convertido en el miembro más mandón del clan.

Melosa parpadeó, cohibida, y arañó el suelo arenoso del claro.

—La verdad es que me gusta mucho —confesó—. Pero supongo que ni siquiera se fijará en mí, sobre todo ahora que es guerrero.

Para sus adentros, Carrasquera pensó que Bayo era incapaz de fijarse en nadie porque siempre iba apuntando al cielo con la nariz. Y si supiera que a Melosa le gustaba, aún se volvería más insoportable.

—Tú eres lo bastante buena para merecer… —empezó Carrasquera, pero se interrumpió cuando vio que su amiga salía corriendo hacia el centro del claro para reunirse con Bayo.

Carrasquera suspiró. Solo eran aprendizas, ¿acaso no era demasiado pronto para pensar en emparejarse? Antes de que llegara ese momento, ella quería demostrar su valía como guerrera, demostrar su coraje defendiendo al Clan del Trueno y sus habilidades en la caza para alimentar a sus compañeros. Quería asumir responsabilidades y saber cómo se dirigía el clan, hacer a su tribu más grande, estación tras estación…

La joven aprendiza se quedó de piedra, con las patas clavadas en el suelo. «¡Sí! —pensó—. Desde luego, preferiría ser líder de clan que reina en la maternidad».

Por un instante, la intensidad de aquel ambicioso sentimiento la asustó. Luego se tranquilizó un poco. No tenía nada de malo querer ser líder si eso significaba que serviría a su clan con todos los músculos de su cuerpo y hasta su último pelo. Se alejó del montón de la carne fresca, harta de ver a Melosa rondando encandilada a Bayo, y entonces reparó en su madre, Esquiruela, que salía de la guarida de los guerreros.

Se le acercó dando saltitos.

—Mamá, ¿puedo preguntarte algo?

Esquiruela agitó las orejas.

—Claro.

—Tú has tenido hijos, pero también te las has arreglado para ser guerrera. ¿Cómo lo has hecho?

Esquiruela entornó los ojos y, por un momento, Carrasquera creyó ver un destello de emoción en sus verdes profundidades, una emoción que no supo interpretar. La voz de su madre, sin embargo, sonó muy firme cuando dijo:

—¿Por qué quieres saberlo?

—Es que me preguntaba… —empezó la joven con torpeza—. Bueno, la verdad es que tengo la sensación de que todos esperan que las gatas tengamos hijos, y no estoy segura de querer eso. Yo solo quiero ser guerrera.

Para su irritación, Esquiruela enroscó la cola, divertida.

—¡No intentes planear tu vida con tanta antelación! —exclamó la gata—. El Clan Estelar ya tiene trazado tu camino, y en él habrá curvas y recodos que ahora ni siquiera puedes imaginar.

—Pero…

—Mira a tu alrededor —continuó Esquiruela—. Muchas gatas tienen hijos y luego regresan a la guarida de los guerreros.

«Pero ¿se convierten en líderes de clan?», se dijo la joven.

—No te preocupes ahora por eso —concluyó la guerrera, posando la cola en el lomo de su hija—. Tú concéntrate en el entrenamiento.

«Eso no me ayuda —pensó Carrasquera, frustrada—. No me ayuda en absoluto».

Al volver de cazar, la joven aprendiza se encontró con que el clan estaba empezando a reunirse en el centro del claro. Estrella de Fuego destacaba en la Cornisa Alta, y su pelaje rojizo llameaba bajo los rayos del sol.

Carrasquera llevó su presa hasta el montón de la carne fresca.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a Nimbo Blanco, que estaba compartiendo un tordo con su pareja, Centella.

—Raposillo y Albinilla van a convertirse en aprendices —le respondió Centella.

—¡Ya era hora! —masculló Nimbo Blanco—. El otro día me pegaron un susto de muerte cuando se pusieron a gritar que el Clan de la Sombra nos estaba atacando.

Su compañera le dio un golpecito.

—Los cachorros son cachorros, Nimbo Blanco. Sabes que algún día serán buenos guerreros.

Él se limitó a contestar con un resoplido.

Carrasquera miró a su alrededor buscando a los demás aprendices. Melosa estaba sentada cerca de Bayo, que la ninguneaba mientras charlaba con Betulón, y Glayino apareció por la cortina de zarzas que cubría la entrada de la guarida de la curandera, seguido de Hojarasca Acuática. Carrasquera dio unos pasos hacia ellos, pero luego cambió de opinión: tal vez estuvieran comentando asuntos de curanderos…

Rosellera y Carboncilla se habían sentado al lado de Tormenta de Arena y Látigo Gris, y entonces Carrasquera vio que Leonino salía de la guarida de los aprendices para unirse a sus compañeros. La joven cruzó el claro hacia él.

Justo en ese momento, Fronda salió de la maternidad con Raposillo y Albinilla. Manto Polvoroso iba tras ellos; parecía que el atigrado marrón estuviera a punto de estallar de orgullo.

Los ojos de los cachorros centelleaban de emoción, y su lustroso pelaje brillaba bajo la luz del sol. Los dos se esforzaban mucho en parecer dignos, pero, a mitad de camino, Albinilla dio un pequeño brinco. Su padre la alcanzó

y le dio con la cola en la oreja. Después de eso, la pequeña logró caminar tranquilamente hasta situarse en primera fila.

Estrella de Fuego descendió de la Cornisa Alta por las rocas caídas y llamó a los dos cachorros para que se acercaran.

—Esquiruela —empezó—, hace mucho tiempo que deberías tener un aprendiz. Serás la mentora de Raposino.

La gata de color rojizo oscuro se adelantó entre la multitud con la cabeza y la cola bien altas. Mientras iba hacia Estrella de Fuego, Raposino corrió a su encuentro.

—Esquiruela, todo el clan conoce tu valor y tu lealtad —continuó el líder —. Haz todo lo posible por enseñar esas cualidades a Raposino.

El pequeño estiró el cuello para tocar con su nariz la de Esquiruela, y luego los dos se retiraron a un lado de la hondonada.

«Ahora Esquiruela es mentora —pensó Carrasquera—. Y ha tenido hijos. Se pueden hacer las dos cosas».

La mirada de Estrella de Fuego se posó en una joven gata blanca.

—Candeal, tú también estás preparada para recibir a tu primer aprendiz. Serás la mentora de Albina.

Con los ojos resplandecientes de alegría, Candeal se dirigió hacia su aprendiza. Ambas entrechocaron los hocicos y se unieron a Raposino y su mentora. El resto del clan comenzó a apiñarse a su alrededor para felicitarlos y corear el nombre de los nuevos aprendices.

Carrasquera se dio cuenta de que Bayo y Betulón no se habían movido del sitio.

—¡Buf! —exclamó Betulón lo bastante alto para que lo oyeran los que estaban cerca—. No sé por qué Estrella de Fuego ha escogido a Candeal. Yo habría sido un mentor igual de bueno.

—Estrella de Fuego elige al que considera mejor para el puesto —le contestó Tormenta de Arena al pasar por su lado—. Candeal es mayor que tú. Y no olvides que podría haberse convertido en guerrera mucho antes, pero pidió que retrasaran su nombramiento para que tú no fueras el único aprendiz del clan.

El joven guerrero masculló algo que Carrasquera no logró oír.

—Además, tú no tardarás en tener un aprendiz, Betulón —lo tranquilizó Tormenta de Arena—. Por una vez, el clan tiene muchísimos cachorros.

El atigrado no se atrevió a volver a quejarse, aunque seguía pareciendo descontento. Bayo le susurró algo al oído, y los dos jóvenes guerreros se alejaron con las cabezas muy juntas.

Carrasquera suspiró. No tenía ni idea de qué le pasaba últimamente a Betulón. «Antes era un gato divertido, pero, desde que se ha convertido en guerrero, y de eso hace tan poco que todavía recuerda qué es ser aprendiz, se ha vuelto un incordio igual de grande que Bayo», pensó.

Cuando Carrasquera consiguió acercarse a los nuevos aprendices para felicitarlos, los demás gatos ya estaban dispersándose para retomar sus tareas. Alguien le tocó el lomo con la cola: era su mentor, Fronde Dorado.

—Estrella de Fuego quiere que salgamos con él en la patrulla del anochecer —le dijo el guerrero—. ¿Estás lista?

—Por supuesto.

A la joven se le aceleró el corazón y, de la emoción, sintió que se le erizaba hasta el último pelo del cuerpo. Los aprendices no solían salir a patrullar con el líder del clan. Pero ¡ella iba a tener la oportunidad de mostrarle a Estrella de Fuego todo lo que había aprendido! Giró el cuello para darse unos lametones en los hombros. Le habría gustado acicalarse bien, pero no tenía tiempo. Cuando el líder se reunió con ella y con su mentor, Carrasquera esperó no tener el pelo alborotado ni llevar ningún abrojo enganchado.

—En marcha —maulló Estrella de Fuego—. Debemos renovar las marcas olorosas de la frontera con el Clan de la Sombra.

El sol estaba descendiendo cuando Carrasquera siguió a los dos guerreros a través del túnel de espinos para dirigirse hacia el bosque. Una luz roja bañaba el suelo, entrecruzada por las largas sombras de los árboles. Solo el viento que se colaba entre las ramas quebraba el silencio, junto con el familiar sonido de las presas entre la maleza.

Carrasquera pasó por alto el tentador aroma a presa, pues la suya no era una patrulla de caza. Se concentró en observar y escuchar, y cuando saboreaba el aire era solo para asegurarse de que no olía extraño… especialmente a guerrero del Clan de la Sombra en territorio del Clan del Trueno.

Estrella de Fuego se detuvo.

—¡Escuchad!

Carrasquera se quedó inmóvil aguzando el oído. Se le erizó el pelo del cuello al captar, en la distancia, los gritos y chillidos de unos gatos combatiendo.

—¡Por ahí! —exclamó Estrella de Fuego apuntando con la cola—. ¡Vamos!

Saltó entre los helechos, con Fronde Dorado pisándole los talones. Carrasquera corrió tras ellos. La hierba le rozaba la barriga y las zarzas le arañaban la piel mientras avanzaba a toda velocidad. Los aullidos y bufidos se volvieron más intensos.

Por un segundo, la joven perdió de vista a su líder, que rodeó un matorral de avellano. Justo en ese momento lo oyó gritar:

—¡Deteneos!

Al salir a un pequeño claro, Carrasquera se paró en lo alto de un terraplén. Abajo, en una zona cubierta de helechos, cinco gatos se retorcían con violencia. Hasta ella llegó un potente olor a Clan de la Sombra y Clan del Trueno. Horrorizada, Carrasquera distinguió el pelaje tostado de Bayo y el atigrado de Betulón. Los dos guerreros del Clan del Trueno estaban claramente en inferioridad de fuerzas frente a tres fornidos gatos del Clan de la Sombra.

La joven saltó hacia delante, ansiosa por ayudar a sus compañeros de clan, pero la cola de Estrella de Fuego le cerró el paso.

—No —maulló el líder—. Eso es territorio del Clan de la Sombra.

Carrasquera clavó las garras en la tierra mirando a sus compañeros. ¿Qué estaban haciendo Bayo y Betulón en el territorio de otro clan? Cuando abrió la boca para absorber el aire, captó a la vez las marcas olorosas del Clan del Trueno y del Clan de la Sombra, débiles y entremezcladas. Se dio cuenta de que estaba plantada justo en la frontera.

Estrella de Fuego elevó la voz de nuevo para repetir:

—¡Deteneos!

Para alivio de Carrasquera, los gatos se separaron. La joven reconoció a Bermeja, la lugarteniente del Clan de la Sombra, y a los guerreros Robledo y Serbal. Este último le dio a Betulón un manotazo en la oreja antes de encararse a Estrella de Fuego.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó el líder del Clan del Trueno.

—Yo podría preguntarte lo mismo —replicó Bermeja—. ¿Por qué tus guerreros han traspasado nuestra frontera?

—Nosotros sabemos por qué —intervino Robledo sacudiendo la cola—. Al Clan del Trueno jamás le han importado los límites territoriales.

—Eso no es… —comenzó a protestar Carrasquera, pero Fronde Dorado le dio con la cola en la boca para que guardara silencio.

Estrella de Fuego miró a Bayo y a Betulón de arriba abajo. Habló con voz tranquila pero tan fría como el lago en la estación sin hojas. Carrasquera supo que estaba furioso.

—¿Y bien? —preguntó el líder.

Bayo se levantó trastabillando y se sacudió. Le sangraba una oreja y le habían arrancado varios mechones de pelo.

—No sabíamos que este era territorio del Clan de la Sombra —se defendió—. Deberías decirles a estos guerreros que renueven sus marcas olorosas.

—Yo no les digo a los guerreros de otro clan qué es lo que deben hacer —respondió Estrella de Fuego al ver que Bermeja erizaba el pelo de rabia—. Bayo, Betulón, si lo hubieseis comprobado, habríais captado las marcas olorosas en lo alto de este terraplén.

Bayo parecía rabioso; no podía justificarse contradiciendo al líder de su clan.

—Lo lamentamos, Estrella de Fuego —maulló Betulón cabizbajo.

—Las marcas son débiles —reconoció el líder, y miró a los demás gatos —. Tanto las nuestras como las del Clan de la Sombra.

—Somos la patrulla del anochecer —intervino Robledo—. Hemos venido hasta aquí para renovarlas.

—Y entonces nos hemos encontrado a unos guerreros del Clan del Trueno a este lado de la frontera —añadió Serbal—. Estaban robando presas.

—¿Es eso cierto? —quiso saber Estrella de Fuego.

Betulón asintió. A Carrasquera la reconfortó ver que estaba absolutamente avergonzado de sí mismo. Bayo, sin embargo, no parecía haberse dado cuenta del problema en el que se había metido.

—Yo estaba acechando a un ratón —explicó—, hasta que estos han aparecido y lo han ahuyentado.

—Pues me alegro de que lo hayan hecho —le espetó Estrella de Fuego—. Bermeja, lamento muchísimo lo ocurrido. Son guerreros inexpertos, pero estoy seguro de que, a partir de ahora, tendrán mucho más cuidado.

—Espero que los castigues —maulló Serbal con aspereza.

—Por supuesto que lo haré —contestó Estrella de Fuego.

—Me complace oírlo.

Carrasquera pegó un salto cuando otra voz se unió a la conversación. A unos zorros de distancia dentro del territorio del Clan de la Sombra, las frondas de los helechos se separaron para dejar paso a Estrella Negra. El corpulento gato blanco pasó ante los guerreros intrusos y subió por la ladera para encararse a Estrella de Fuego. Erizando el pelo del cuello, arrancó unas briznas de hierba con una de sus enormes zarpas negras.

—Hola, Estrella Negra —lo saludó Estrella de Fuego inclinando la cabeza —. Me aseguraré de que mis guerreros entiendan que no deben volver a cruzar vuestra frontera.

—¡Ha sido un error! —protestó Bayo.

Estrella Negra soltó un gruñido sordo desde lo más hondo de la garganta. Por un momento, Carrasquera pensó que estaba a punto de atacar a Estrella de Fuego. Sin embargo, cuando el líder del Clan de la Sombra habló, sonó más cansado y pesimista que hostil.

—Jamás debimos venir, Estrella de Fuego. El Clan Estelar se equivocó al traernos a este lugar. Es muy difícil saber dónde termina un territorio y dónde empieza el siguiente. En el bosque era muchísimo más sencillo.

A Estrella de Fuego se le empañaron los ojos.

—El bosque ha desaparecido, Estrella Negra —maulló en voz baja.

De repente parecían dos viejos amigos compartiendo recuerdos, en vez de los líderes de unos clanes rivales.

—Yo lo echo de menos tanto como cualquiera —prosiguió Estrella de Fuego—, pero ahora tenemos que vivir aquí. Además, fue el Clan Estelar quien guio a nuestros antepasados al viejo bosque, al igual que a nosotros nos ha traído hasta aquí.

—¡Eso no es cierto!

El pelo del cuello de Estrella Negra, que se había alisado, volvió a erizarse. Carrasquera se preguntó por qué estaba tan nervioso; no parecía que fuera por el simple hecho de haber encontrado a unos gatos de otro clan en su territorio: había algo más.

—Todos los gatos del Clan Estelar habían vivido en el viejo bosque, así que tuvo que haber un grupo de gatos antiguos que viviera allí antes de que nos dividiéramos en clanes.

«¡Gatos antiguos!». Carrasquera sintió un cosquilleo en las zarpas. ¿De dónde procedían aquellos gatos que se habían establecido en el viejo bosque? ¿Y los gatos que se habían asentado junto al lago? Gatos cuyas pisadas habían dejado su huella en la Laguna Lunar y que tenían alguna relación con los túneles subterráneos en los que habían encontrado a las cachorritas del Clan del Viento. Sabía que Glayino no se lo había contado todo cuando escaparon del río desbordado. De pronto, sintió un estremecimiento y fue consciente del sucesivo paso de las estaciones que los había llevado hasta ese instante, lloviendo como las hojas en la estación de la caída de la hoja y extendiéndose en el pasado hasta una oscuridad insondable.

—¿Te encuentras bien? —le susurró Fronde Dorado al oído—. No te preocupes, esto va a terminar sin más zarpazos.

Carrasquera se irguió.

—¡Estoy bien! —exclamó ella en un susurro.

Estrella Negra retrocedió tras despedirse con un gesto de Estrella de Fuego.

—Llévate a tus guerreros bien lejos —gruñó—. Y no creas que van a salir tan bien parados si volvemos a pillarlos en nuestro territorio.

—Créeme: no van a salir bien parados —le respondió Estrella de Fuego muy serio.

A continuación, miró a Betulón y a Bayo y les hizo una seña con la cola para que subieran el terraplén. Bayo cruzó la frontera a grandes zancadas y con los ojos entornados de rabia, pero Betulón se detuvo a inclinar la cabeza respetuosamente ante Estrella Negra.

—Lo sentimos mucho —maulló—. Te prometo que no volverá a suceder.

—Más os vale —replicó el líder del Clan de la Sombra antes de volverse hacia sus propios guerreros—. Seguid patrullando —les ordenó, y desapareció de nuevo entre los helechos.

Mientras los gatos del Clan de la Sombra renovaban sus marcas olorosas, Estrella de Fuego se llevó a los jóvenes guerreros a unas colas de la frontera.

—Regresad al campamento y esperadme debajo de la Cornisa Alta.

—Sí, Estrella de Fuego —respondió Betulón.

Los dos rodearon el matorral de avellano y desaparecieron. Bayo lanzó una mirada furiosa a su líder por encima del hombro, pero Estrella de Fuego ya se había dado la vuelta y no lo vio.

—Acabemos de patrullar —maulló el líder del Clan del Trueno—. Y esta vez asegurémonos de renovar bien las marcas olorosas.

Carrasquera siguió a Estrella de Fuego entre los helechos, hacia lo alto de la ladera, sin poder dejar de pensar en el extraño tono, casi nostálgico, que habían adoptado ambos líderes cuando habían hablado del viejo bosque. Estrella Negra sentía que no pertenecía al lago porque no era el lugar en el que habían vivido sus antepasados. Pero allí habían vivido otros gatos muchísimo tiempo atrás… ¿Dónde estaban ahora?

4

Carrasquera salió de las zarzas que protegían la guarida de los aprendices. Por el cielo, unas nubes grises se desplazaban perezosamente, y la joven captó el olor a lluvia en la brisa. Con un escalofrío, se sentó para limpiarse la cara con una pata.

La patrulla del alba estaba saliendo del campamento. La componían Ratonero, Tormenta de Arena y Melosa, con Manto Polvoroso a la cabeza. Fronda se asomó por la maternidad, olfateó el aire y volvió a desaparecer en el interior. Un instante después, Betulón y Bayo abandonaron la guarida de los veteranos cargados cada uno con una bola enorme de musgo.

Carrasquera enroscó la cola por la diversión. «¡Genial! Estrella de Fuego les ha encargado de nuevo las tareas de los aprendices». Los observó cruzar el campamento en dirección al túnel de espinos.

—¡Aseguraos de sacudir bien el agua del musgo fresco! —les aconsejó maliciosamente—. ¡Musaraña os arrancará el pellejo si se le moja el pelo!

Bayo sacudió la cola cuando entró en el túnel, pero ninguno de los dos se detuvo para contestarle.

Mientras el resto del campamento iba poniéndose en marcha, comenzó a caer una fina llovizna. Por detrás de Carrasquera, Leonino salió de la guarida de los aprendices todavía con cara de dormido y cruzó el claro en dirección al lugar en el que los gatos hacían sus necesidades. Fronde Dorado y Borrascoso salieron de la guarida de los guerreros y se dirigieron al montón de la carne fresca.

Al verlos, la joven aprendiza se levantó de un salto y corrió hacia su mentor.

—¿Vamos a ir a cazar?

Fronde Dorado negó con la cabeza.

—Las presas aún están en sus madrigueras. Quizá más tarde.

Pero Carrasquera no quería pasarse la mañana dando vueltas por el campamento. Necesitaba hacer algo.

—¿Puedo salir por mi cuenta? —preguntó.

—Si te apetece… —le respondió su mentor—. Pero mantente lejos de las fronteras. No queremos más problemas como los de ayer.

—Tendré cuidado —prometió la joven.

—Y vuelve antes de que el sol llegue a lo más alto —añadió Fronde Dorado—. Hoy toca sesión de entrenamiento.

—¡Claro!

Carrasquera salió disparada.

Mientras se alejaba de la hondonada rocosa, con todos los sentidos alerta a cualquier rastro de presas, la lluvia comenzó a caer con más fuerza, llenando de agua todos los huecos del suelo. Las ramas y matas de hierba estaban cargadas de gotas que empapaban el pelaje de la aprendiza al rozarlas, y Carrasquera empezó a pensar que Fronde Dorado tenía razón y que no iba a cazar nada, pero, por una vez, eso no le importó demasiado. Deseaba estar fuera del campamento y tener tiempo para pensar.

Parecía que todo se estaba volviendo mucho más complicado. Debía concentrarse en entrenar, pero su mente la empujaba siempre hacia otro lado, hacia el futuro, con sus dudas sobre si alguna vez podría llegar a ser líder de clan, o hacia el pasado y el rastro de aquellos gatos antiguos. Se vio a sí misma plantada en la Cornisa Alta, convocando a su clan a una reunión…

De pronto reparó en que había dejado de buscar presas. Se había detenido en mitad del bosque, empapándose cada vez más. Tras sacudirse el agua de las orejas, se metió en un agujero de una zanja arenosa y se acomodó allí, contemplando la siseante cortina de lluvia a un ratón de distancia de su nariz. Empezó a pasarse la lengua por el pelo para secarse un poco y calentarse, pero de pronto se quedó paralizada al oír un ruido al fondo del agujero en el que se había resguardado. Algo grande —al menos tan grande como un gato — avanzaba por el túnel hacia ella. «¡Idiota!», se riñó a sí misma. Estaba tan mojada que ni se había preocupado de comprobar si tenía aquel refugio para ella sola.

Tensó los músculos y tragó una bocanada de aire esperando percibir olor a zorro o incluso a algo peor, a tejón… Pero, en vez de eso, captó el olor de un gato, y le era familiar. Con las patas flojas por el alivio, Carrasquera se revolvió en la entrada.

—¡Glayino! ¿Qué estás haciendo ahí abajo?

Su hermano salió hacia donde estaba ella, retorciéndose en la madriguera. El pelo le olía a tierra y a zorro rancio.

—Nada —masculló—. Resguardarme de la lluvia.

—¡Sí, claro! —A Carrasquera le molestó que le mintiera con tanto descaro—. Tienes el pelo seco. Has entrado ahí antes de que empezara a llover. —Al ver que Glayino no contestaba, añadió—: Has intentado volver a bajar a los túneles, ¿verdad?

El joven arañó el suelo arenoso.

—¿Y qué si lo he hecho?

—¡Es peligroso! —protestó Carrasquera—. Acuérdate de lo que ocurrió cuando el techo de aquella madriguera de tejón se hundió sobre Leonino. Eso por no hablar de lo que nos pasó en la cueva. Estuvimos a punto de ahogarnos y…

—¡Ya sé lo que ocurrió! —la interrumpió Glayino.

—Pues actúas como si no lo supieras. Está lloviendo mucho. Los túneles se inundarán de nuevo. ¡Y tú te paseas por ahí como si estuvieras deambulando por el campamento! En serio, Glayino, no sé cómo puedes ser tan descerebrado.

—No hace falta que sigas —refunfuñó su hermano—. Además, no he podido entrar. Esto no es más que una vieja madriguera de zorro. No lleva a ningún sitio.

—Pero lo has intentado.

¿Cómo era posible que no se diera cuenta del peligro que estaba corriendo?

—No entiendo qué tienen de especial esas cuevas. Ahí abajo no hay nada.

—¡Sí que lo hay! —Glayino se sentó delante de Carrasquera y la miró tan intensamente con sus ojos azules que ella apenas pudo creer que fuera ciego. El joven vaciló, agitando las orejas, y por fin continuó—: Los gatos antiguos me hablaron. Cuando voy a la Laguna Lunar, mis pasos encajan en las huellas de sus pasos. Antes oía sus voces en el viento. Sin embargo, desde que rescatamos a las cachorritas no he vuelto a oírlos. Por eso tengo que regresar a los túneles.

Carrasquera estiró el cuello para darle un lametón reconfortante en la oreja. No soportaba la tristeza de su voz, sonaba como si hubiera perdido algo muy valioso.

El aprendiz de curandero apartó la cabeza.

—Tú no lo entiendes…

—Pues explícamelo.

Glayino titubeó. Con las zarpas trazó espirales en la tierra.

—Había… había otros gatos en las cuevas —maulló al fin.

Carrasquera se quedó desconcertada.

—¿Otros gatos? ¿Qué quieres decir?

—Espíritus de gatos antiguos que vivieron aquí hace muchísimas estaciones. Uno de ellos se llama Hojas Caídas. Bajó a los túneles en una ceremonia para convertirse en guerrero, pero nunca salió. Él me guio hasta donde estaban las cachorritas perdidas.

A Carrasquera se le erizó hasta el último pelo del cuerpo. El recuerdo de lo que ocurrió en las cuevas ya era lo suficientemente desagradable sin la idea de que hubiera gatos invisibles observándolos.

—El otro gato se llama Pedrusco —continuó Glayino—. Es viejo, realmente viejo. Estaba en la gruta. Me mostró cómo conseguiríamos escapar y me ayudó a pensar en la manera de lograrlo.

Carrasquera respiró hondo. Quizá no hubiera nada que temer. Si su hermano tenía razón, de no ser por la ayuda de los gatos antiguos, ni las cachorritas ni ellos mismos estarían vivos.

—¿Y por qué quieres volver? —le preguntó.

—Quiero saber por qué han dejado de hablarme —respondió Glayino con tristeza—. Además, ellos vivieron aquí. Tal vez podrían contarnos cuáles son los mejores sitios para cazar o para refugiarse.

—Podemos averiguar esas cosas por nuestra cuenta.

Carrasquera miró hacia el bosque: la lluvia había cesado, y por encima de los árboles, en el cielo, se estaban abriendo huecos desiguales conforme las últimas nubes se alejaban. La luz del sol centelleó en las gotas de lluvia, haciendo que todo el bosque resplandeciera.

—Deberíamos regresar al campamento —añadió la joven gata.

—Pero ¡¿es que no lo entiendes?! —exclamó Glayino—. Es importante. Sé que lo es.

Por un instante, Carrasquera estuvo tentada de darle la razón. Ella también se había sentido fascinada por la existencia de los gatos antiguos cuando Estrella Negra los había mencionado. Le gustaría saber más cosas sobre ellos… aunque no tanto si eso significaba arriesgar su vida o la de su hermano.

—Tú también eres importante —contestó—. El clan te necesita, Glayino. No deberías ponerte en peligro sin necesidad.

—Está bien —masculló él con expresión rebelde.

Carrasquera reprimió un suspiro. Aunque su hermano parecía estar de acuerdo con ella, sabía que seguiría haciendo lo que le diera la gana. Le propinó un empujoncito.

—Vamos.

Glayino se puso en pie y se sacudió la tierra del pelo. Carrasquera abrió la marcha pisando con cuidado para evitar los charcos que ocultaba la hierba.

—¿Carrasquera?

La joven se detuvo para mirar por encima del hombro.

—¿Qué?

—No le dirás a nadie lo que acabo de contarte, ¿verdad?

Carrasquera no estaba muy segura de qué responder. Le habría gustado ir directamente a ver a Estrella de Fuego u Hojarasca Acuática para contarles lo obsesionado que estaba su hermano con aquellos gatos que llevaban muertos tanto tiempo. Nadie mejor que el líder del clan o su mentora para impedir que pusiera su vida en peligro. Pero Glayino era su hermano, y ella siempre le sería leal.

—No, claro que no… —Suspiró—. Te lo prometo.

—¡Cagarrutas de ratón!

Carrasquera soltó un grito de frustración cuando, al saltar sobre un campañol, el pequeño roedor se escabulló entre sus garras y se coló en la seguridad de un agujero. Era la segunda presa que se le escapaba, y estaba empezando a sentir que sus zarpas ya no le pertenecían.

—Tienes que avanzar pisando muy levemente, Carrasquera. —Fronde Dorado nunca perdía la paciencia con su aprendiza, pero incluso él empezaba a sonar impaciente—. Recuerda que el ratón notará tus pisadas antes de oírte u olerte.

—Sí, lo sé —maulló la joven. «Es lo primero que le enseñan a un aprendiz sobre la caza», pensó—. Lo lamento.

Fronde Dorado, Rivera y Borrascoso se habían llevado a todos los aprendices al bosque para una sesión de caza. Carrasquera no estaba segura de cuál de ellos había propuesto convertirla en una competición, pero Leonino iba ganando, con una de las ardillas más grandes que Carrasquera había visto en su vida. También los demás habían reunido un buen montón de carne fresca, pero ella no. Ella solo había podido atrapar una triste musaraña.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó Fronde Dorado—. Hoy no estás concentrada.

—No —mintió Carrasquera—. Estoy bien.

«Lo estaría si no me preocupara mi deseo de ser líder de clan —se dijo a sí misma—. Solo porque eso fuera lo que ambicionaba Estrella de Tigre no significa que esté mal, ¿verdad? Sé que yo también llevo su sangre, pero jamás haría lo que él hizo para conseguir el poder. ¿Y qué pasa con Glayino? Si acaba muriendo en su búsqueda de esos gatos antiguos, ¡será culpa mía!».

Rivera le tocó la oreja con la nariz para reconfortarla.

—Yo tuve muchísimos problemas al llegar aquí —admitió la guerrera—. Estaba acostumbrada a cazar en laderas montañosas sin apenas vegetación, y no le pillaba el tranquillo a la caza en el bosque. Una de las cosas que Borrascoso me enseñó es que, a veces, cuando acechas a una presa, es útil deslizar las patas por el suelo para avanzar. De ese modo, los ratones serán incapaces de percibir tus pasos. Así —añadió deslizando las zarpas suavemente sobre el musgo.

—Nunca se me habría ocurrido —maulló Carrasquera—. Lo probaré.

—También es importante no acercarse a los helechos y a la hierba alta —continuó Rivera—. Si los rozas, las sombras en movimiento asustarán a las presas.

Carrasquera asintió. Eso ya lo sabía, pero, con todo lo que tenía en la cabeza, se le había olvidado.

—Pronto recuperarás el ritmo —la tranquilizó la atigrada marrón—. Serías una gran cazadora en las montañas, porque tienes unas patas traseras muy fuertes para saltar.

—¿Necesitáis saltar para cazar? —le preguntó Carboncilla, acercándose para escuchar.

—Sí. En el Clan del Trueno soléis atrapar a las aves en el suelo, pero en la Tribu de las Aguas Rápidas tenemos que saltar para atraparlas cuando están posándose o despegando —les explicó Rivera con un deje de orgullo en la voz—. De esa forma cazamos halcones, y en alguna ocasión incluso águilas.

—¿Cómo de grandes son las águilas? —quiso saber Leonino, que se unió al grupo—. ¿Alguna vez se han llevado a un gato?

—La mayoría no son lo bastante fuertes para cargar con un gato adulto. —Rivera se sentó con la cola sobre las zarpas, mientras el resto de los aprendices se apiñaba a su alrededor para escuchar—. Aunque podrían llevarse a un cachorro o un pupilo. Por eso los cachorros permanecen con sus madres en la cueva, donde están a salvo, y todas las patrullas de caza van acompañadas de al menos un guardacuevas.

—¿Qué es un pupilo? —quiso saber Rosellera.

—¿Y qué es un guardacuevas? —añadió Melosa.

—Vosotros sois pupilos —respondió Rivera señalando con la cola a los aprendices—. Jóvenes que están aprendiendo las habilidades que se necesitan para ser guerreros. Los guardacuevas son… bueno, gatos que guardan la cueva, claro. Son fuertes y están entrenados para combatir el ataque de un halcón o de un águila. Borrascoso era guardacuevas cuando vivía con la tribu, y yo era apresadora y salía a cazar.

Carrasquera estaba confundida.

—¿Quieres decir que allí cada gato tiene una tarea? ¿Vosotros no cazáis y peleáis, como los gatos de clan?

—No. Cuando nacen los cachorros, nuestro líder decide qué va a ser cada uno de ellos. Los más grandes y fuertes se convierten en guardacuevas, y los rápidos y ágiles, en apresadores.

—Entonces, ¿no podéis decidir vosotros mismos? —maulló Leonino—. A mí no me gustaría eso.

—Lo verías distinto si fuera una tradición de tu clan —aseguró Rivera.

Leonino no pareció muy convencido, pero, antes de que alguien pudiera decir algo más, Rosellera preguntó:

—Háblanos de vuestro líder y vuestro curandero. ¿Los escoge el Clan Estelar?

Rivera negó con la cabeza.

—La Tribu de las Aguas Rápidas no conoce al Clan Estelar —explicó, y antes de seguir tuvo que aguardar a que terminaran los gritos de asombro—: Nuestro firmamento lo recorre la Tribu de la Caza Interminable. Nosotros no tenemos líder y curandero. Un solo gato es ambas cosas. Es el sanador. Y se llama Narrador de las Rocas Puntiagudas.

—O Narrarrocas —intervino Borrascoso, que fue a sentarse junto a su pareja.

—¡Qué nombre tan raro! —exclamó Rosellera.

Su hermana, Melosa, le dio un empujón.

—¡No seas grosera! Los nombres son diferentes en cada tribu, nada más.

—Narrarrocas tiene la guarida cerca de la cueva principal que se esconde tras la cascada —contó Borrascoso—. Está llena de unas piedras afiladas que se elevan desde el suelo y cuelgan desde el techo. En lo alto hay un agujero, y cuando llueve el suelo se cubre de charcos. Narrarrocas mira los reflejos en el agua y lee las señales allí.

—¿Y también es curandero? —maulló Carrasquera. «¡Es muchísimo poder para un solo gato!»—. ¿Tiene lugarteniente?

—No, pero tendrá un pupilo, un aprendiz —le contestó Rivera—. La Tribu de la Caza Interminable le mandará una señal para que pueda elegir a un cachorro que lo sustituya como Narrarrocas.

Carrasquera sintió una punzada de envidia. ¡Todo sería mucho más sencillo si tuviera la vida planificada! No se habría equivocado al decidir ser curandera cuando, en realidad, estaba más preparada para ser guerrera. Recordó cómo a veces le dolía la cabeza al intentar aprenderse las distintas hierbas. En cambio, aunque entrenar para guerrera también era duro, no le parecía una misión casi imposible… Solo debía memorizar movimientos de combate y de caza, y todos los detalles del código guerrero. Y si quería ser líder de clan, tendría que conocer las intrincadas relaciones entre los clanes, ser diplomática con sus propios guerreros y los miembros de otros clanes, y aprender a reaccionar ante una crisis.

Recordó a Estrella de Fuego en la frontera el día anterior. La había impresionado lo tranquilo que se había mostrado su líder, a pesar de que era evidente que sus guerreros habían actuado mal. Esa era la clase de líder que Carrasquera deseaba ser: uno que confiara en el código guerrero para mantener la paz, en vez de arrastrar a su clan a una batalla innecesaria. Un líder que no fuera egoísta ni avaricioso, uno que pusiera el bien de su clan por encima de cualquier cosa, pero sin olvidar los derechos de los demás clanes del bosque.

—Creo que hay un ratón debajo de aquellas raíces. —Borrascoso interrumpió los pensamientos de la joven señalando con las orejas el pie de un haya cercana—. ¿Por qué no intentas atraparlo?

—Vale.

Los demás aprendices se desperdigaron, manteniéndose lejos del haya para cederle la mejor oportunidad a su compañera. Con los bigotes temblando, la joven saboreó el aire. «Es un campañol, no un ratón», concluyó. Un segundo después lo localizó: una criatura regordeta que rebuscaba entre las hojas al pie del árbol. Carrasquera comenzó a avanzar deslizando las patas sobre el musgo, tal como le había enseñado Rivera. El campañol no pareció detectarla al principio, pero cuando la aprendiza se agazapó, preparándose para saltar, se quedó paralizado y luego salió disparado.

Carrasquera soltó un alarido. Tras el primer salto, aterrizó en el lugar en el que había estado el roedor, pero volvió a saltar al instante y lo atrapó antes de que alcanzara la seguridad de un hueco entre dos rocas. Acabó con él de un zarpazo.

—¡Bien hecho! —exclamó Fronde Dorado.

Una cálida sensación de triunfo inundó a Carrasquera desde las orejas hasta la punta de la cola. Recogió la presa y la llevó hasta su mentor.

—¿Ves lo que decía de tus potentes patas traseras? —le dijo Rivera, tocándole el lomo con la punta de la cola—. ¡Ha sido un salto magnífico!

—Creo que ya basta por hoy —añadió Fronde Dorado—. Llevemos las presas al campamento. El clan comerá muy bien esta noche.

De regreso al claro, cargada con un campañol y una musaraña, Carrasquera no paró de mirar de reojo a Rivera. La gata montañesa debía de amar mucho a Borrascoso para haberlo abandonado todo y haberse ido con él a un lugar desconocido con una forma de vida desconocida.

Sintió que la curiosidad le picaba con unos aguijones tan afilados como los colmillos de un zorro. Deseaba visitar a la tribu y ver cómo vivían aquellos gatos; unos gatos que sabían, desde el principio, qué clase de vida iban a tener y cuáles iban a ser sus responsabilidades.

«Pero ¡es que la tribu vive tan lejos…! —La joven gata soltó un suspiro —. Creo que nunca podré viajar hasta esas remotas montañas».

5

El frío aire de la noche susurraba a través del pelo de Glayino. El joven sabía que, en lo alto, la media luna estaría flotando en un cielo despejado. A su lado caminaba su mentora, Hojarasca Acuática, siguiendo el arroyo que dividía el territorio del Clan del Viento y el del Clan del Trueno.

Glayino tenía el estómago encogido por la expectación. ¿Hablaría Pedrusco con él en la Laguna Lunar? La idea de que solo pudiera encontrarse con los gatos del Clan Estelar hacía que le temblara la cola de impaciencia. Después de todo, el Clan Estelar no era importante. Sus miembros no eran más que gatos que se habían trasladado a un lugar distinto. La profecía anunciaba que él tendría el poder de las estrellas en las manos, y eso debía de significar que sería más poderoso que los guerreros del Clan Estelar, así que ¿por qué debía perder el tiempo hablando con ellos en sus sueños?

Tenía que retroceder más en el pasado, hallar a los gatos antiguos que en otro tiempo se reunían en la Laguna Lunar. Allí, ellos eran los gatos realmente poderosos, los únicos que podían ayudarlo a encontrar su destino.

«También es el destino de Leonino y Carrasquera…». Glayino trató de no prestar atención a la vocecilla que le susurraba desde el fondo de la mente. Sus hermanos tendrían que encontrar su propia fuente de poder. A él lo habían escogido para ser curandero, de modo que aquel debía de ser el camino correcto solo para él.

—¡Hojarasca Acuática, espéranos!

La lejana llamada procedía del territorio del Clan del Viento. La joven curandera se detuvo y Glayino aguardó a su lado. Al saborear el aire, captó el olor de tres gatos: Cascarón con Azorín, y Blimosa, que sin duda se había encontrado de camino con los curanderos del Clan del Viento.

Cuando el grupo los alcanzó, Hojarasca Acuática parecía inquieta.

—¿Dónde está Ala de Mariposa? —le preguntó a Blimosa—. No estará enferma, ¿verdad?

—No, no, se encuentra bien —respondió la joven—. Pero a Fabucón se le ha infectado una picadura de abeja, y a Ala de Mariposa le ha parecido mejor quedarse en el campamento para cuidar de él.

«¡Ja! —exclamó Glayino para sus adentros—. ¡Y los erizos vuelan!». Podía imaginar por qué la curandera del Clan del Río no estaba con su aprendiza. La infección del guerrero no era más que una excusa. Ala de Mariposa no tenía ninguna conexión con el Clan Estelar, y seguro que había decidido dormir tranquilamente toda la noche en su guarida en vez de recorrer el largo camino hasta la Laguna Lunar para nada.

—Hola, Glayino —lo saludó Blimosa con voz fría pero educada.

—Hola, Blimosa —respondió él pensando: «Vale, ya sé que no te caigo bien. Pero yo tampoco estoy loco por ti, precisamente».

—Hola, Glayino. —Azorín sonó más amistoso—. ¿Cómo vais de presas en el Clan del Trueno?

—Bien, gracias.

Antes de que pudiera pensar en algo más que decir, captó el fuerte olor del Clan de la Sombra: un gato se les acercaba por detrás.

—Creía que no iba a alcanzaros —resolló Cirro.

—Te habríamos esperado —maulló Hojarasca Acuática.

Los gatos se pusieron en marcha hacia la Laguna Lunar, y el joven aprendiz notó que Azorín caminaba a su lado.

—Oye, Glayino —empezó el aprendiz del Clan del Viento—, ¿cómo es lo de ser ciego?

«Bueno, pues que no puedes ver, ¡cerebro de ratón!». Glayino sintió que se le erizaba el pelo del cuello por aquella pregunta tan estúpida.

—Todo está oscuro. Pero, como huelo y oigo bien, puedo moverme.

—Debe de ser realmente duro.

Glayino flexionó las garras ante la compasión del otro aprendiz. Por el sonido de su voz y el susurro de sus zarpas sobre la hierba del páramo, tenía una idea bastante clara de dónde estaba la oreja de Azorín. «¿A que no te gustaría que te diera un zarpazo?».

—Me las apaño bien —replicó secamente.

Y apretó el paso para alcanzar a Cirro. Aunque en realidad se moría de ganas de echar a correr, pero eso llamaría demasiado la atención y sus compañeros podrían sospechar que se paseaba por allí en sueños… cuando podía ver. Estaba deseando llegar a la Laguna Lunar.

Sin embargo, cuando por fin descendió por la senda en espiral, notando cómo sus patas encajaban en las huellas de aquellos gatos desaparecidos hacía tanto, y cuando al fin tocó el agua con la nariz y se puso cómodo, a Glayino le costó dormirse. A su alrededor, la respiración de los demás gatos iba adquiriendo el ritmo del sueño, mientras él permanecía completamente despierto.

—Vamos —masculló—. ¿Qué te pasa?

Por una vez no quería colarse en los sueños de los demás. Quería un sueño propio: despertar debajo de la colina, en los túneles donde había conocido a Pedrusco y Hojas Caídas. Si no lo lograba esa noche, tendría que pasar una luna entera antes de que surgiera una nueva oportunidad de visitar la Laguna Lunar.

Cerró los ojos, deseando que llegara el sueño, pero seguía notando la roca húmeda bajo las patas y oyendo el sonido de la cascada y la respiración de los gatos que lo rodeaban. Con un largo bostezo, abrió los ojos de nuevo y sintió un cosquilleo de emoción al descubrir que podía ver.

Enseguida agitó las orejas con frustración: no estaba en la cueva subterránea, sino que seguía allí, en el claro de la Laguna Lunar. Vio los cuerpos ovillados de sus compañeros y el reflejo de las estrellas centelleando en el agua.

—¿Y ahora qué? —quiso saber.

Una voz queda habló a sus espaldas:

—¿Querías hablar conmigo?

Glayino se volvió con tanta rapidez que por poco tropieza con sus propias patas. Pedrusco estaba ante él. Sus largas y retorcidas garras arañaban la roca pelada, y allí, a cielo abierto, lejos de las sombras de la cueva, su piel aún parecía más despellejada y frágil. Los ojos abultados desprendían un brillo plateado en su rostro deforme. Con un inesperado estremecimiento de miedo, Glayino se preguntó si Pedrusco también podía verlo o solo percibía su presencia.

—¿Por qué has dejado de hablarme? —quiso saber el joven—. Lo he intentado una y otra vez, pero no me contestabas.

Pedrusco desdeñó la pregunta sacudiendo la cola, que era como la de una rata.

—Ahora estoy aquí —maulló con voz áspera—. Di lo que tengas que decir.

—¿Tú formas parte del Clan Estelar?

El viejo gato parpadeó.

—No. Yo comparto lenguas con los que llegaron antes.

—¿Te refieres a los gatos como Hojas Caídas, los que entraban en los túneles para ponerse a prueba?

—No. —La voz de Pedrusco se asemejaba al sonido que hace una piedra cuando chirría contra otra—. Hablo de gatos más antiguos incluso que ellos.

—¿Y de dónde proceden? —preguntó Glayino exasperado—. ¿Hay un grupo de antepasados más viejos que todos los demás? ¿Procedemos todos de ellos: los gatos como Hojas Caídas, los de las tribus y los de los clanes?

Pedrusco volvió su mirada plateada hacia el aprendiz.

—Siempre habrá historias más viejas de lo que nadie pueda recordar —contestó con voz rasgada.

«¡Eso no es una respuesta!», protestó el joven para sí mismo.

—Pues entonces, dime, ¿de dónde vienes tú?

El viejo permaneció en silencio durante unos segundos que a Glayino se le hicieron eternos, dejando que su mirada se perdiera más allá de la Laguna Lunar, como si pudiera ver a través del abismo de tiempo que separaba al aprendiz de curandero de aquellos gatos antiguos.

—Encontrarás la respuesta a tus preguntas en las montañas —murmuró al fin—. Aunque tal vez no sea la respuesta que te gustaría oír.

—¿Qué quieres decir? ¡Dímelo, dímelo ya! —insistió Glayino, al ver que Pedrusco empezaba a desdibujarse.

Los reflejos de la luna en su piel y el brillo plateado de sus abultados ojos se desvanecieron como la niebla hasta que Glayino no pudo ver nada más que el centelleo de la luz de la luna sobre las rocas y el agua. El joven se estremeció al notar una brisa repentina y helada.

—¡Vuelve! —aulló.

No hubo respuesta. El brillo de las estrellas se difuminó, y el olor a árboles, hierba y helechos le llenó la boca. Se encontraba en un bosque oscuro, rodeado de una tupida fronda. La luz de la luna moteaba el suelo a través de los huecos que había entre las ramas de los árboles. El aire era cálido y estaba cargado del tentador aroma de las presas.

Justo delante de él, Hojarasca Acuática iba siguiendo un sendero estrecho que serpenteaba entre matas de helechos. La gata se detuvo para mirar por encima del hombro.

—Me preguntaba si te reunirías conmigo —maulló.

Glayino iba a responder, pero justo en ese momento los arbustos que Hojarasca Acuática tenía delante se abrieron y un grupo de gatos del Clan

Estelar salió al claro. El joven aprendiz vio cómo las presas se le escabullían de las garras.

Una gata de pelaje gris azulado se detuvo brevemente a saludar a Hojarasca Acuática. La curandera inclinó la cabeza, pero, antes de que pudiera decir nada, la guerrera siguió andando. Otro gato, blanco y corpulento, le dio a Glayino un lametón amistoso en la oreja cuando pasó junto a él.

La mayoría de los guerreros del Clan Estelar estaban concentrados en las presas. Los ojos les brillaban de alegría por la caza, sus pelajes resplandecían y los músculos se les marcaban a la luz de la luna. Glayino vio cómo los gatos iban atrapando a sus presas y se marchaban corriendo con un cuerpo inerte colgando de la boca, y supuso que se las llevaban a una especie de réplica estelar del montón de la carne fresca.

Hojarasca Acuática se le acercó y le tocó el hombro con la nariz.

—¿Has visto a esa atigrada plateada de ahí?

Señaló con la cola a una gata preciosa que, justo en ese momento, estaba saltando para atrapar a un rollizo campañol.

—Es Plumosa, la hermana de Borrascoso. Murió en las montañas.

Glayino la observó con curiosidad, preguntándose si sabría algo de los antepasados de los gatos montañeses.

—¿Podemos hablar con ella?

—Quizá no nos espere —contestó Hojarasca Acuática—. Querrá llevarse a su presa al campamento del Clan Estelar.

—Me gustaría preguntarle si…

Se interrumpió cuando Plumosa salió a toda prisa del claro. La guerrera, sin embargo, no siguió a los demás miembros del clan, sino que tomó una dirección distinta, hacia donde los árboles y los arbustos eran más densos.

—¿Adónde va? —quiso saber el aprendiz.

—No lo sé. —Hojarasca Acuática pareció preocupada—. ¡Plumosa, espera!

Y salió corriendo tras la gata plateada, seguida de Glayino. Los dos se internaron en una vegetación espesa y desembocaron en un claro. Un arroyo atravesaba el lugar y, en la otra orilla, los árboles daban paso a unas laderas rocosas cubiertas de arbustos achaparrados.

—¡Plumosa! —gritó Hojarasca Acuática de nuevo.

La guerrera se detuvo junto al arroyo y miró hacia atrás.

—¿Adónde vas? —le preguntó Hojarasca Acuática resollando.

Plumosa dejó el campañol en el suelo.

—Esta carne fresca no es para el Clan Estelar —explicó—. Tengo una responsabilidad con otros gatos; gatos que todavía necesitan la ayuda de los clanes, aunque ya hayan transcurrido muchas lunas.

«¿Otros gatos?», repitió Glayino para sí mismo.

Hojarasca Acuática rozó la oreja de Plumosa con la nariz.

—¿Estás hablando de la Tribu de las Aguas Rápidas? ¿No has hecho ya bastante por ellos? ¡Diste tu vida para salvarlos de Colmillo Afilado!

—Un pasado en común pesa mucho —contestó Plumosa, y sus ojos azules centellearon de emoción—. Incluso aunque fuera breve.

Restregó el hocico contra el de Hojarasca Acuática, recogió la presa y cruzó el arroyo con movimientos ágiles. Las sombras de los arbustos la engulleron.

«¡Cagarrutas de ratón! —se irritó Glayino—. ¡No he podido preguntarle nada!».

Soltando un pequeño suspiro, Hojarasca Acuática se dirigió de nuevo hacia los árboles. Mientras la seguía, Glayino captó un resplandor plateado con el rabillo del ojo y, al mirarlo, vio a Pedrusco agazapado debajo de un matorral. Los ojos ciegos del viejo gato lo observaron fijamente; luego se puso en pie con esfuerzo y tomó la misma dirección que Plumosa.

El joven aprendiz se estremeció. De algún modo, el Clan Estelar, los gatos antiguos y la Tribu de las Aguas Rápidas parecían estar mezclándose para modelar el destino de los gatos que vivían junto al lago. Glayino pensó que eso era lógico. Para tener el poder de las estrellas en sus manos necesitaría tener poder sobre todos los antepasados, antiguos y presentes. Las sombras lo envolvieron cuando se internó de nuevo en la maleza. Los exuberantes aromas del bosque se esfumaron y notó la roca bajo las zarpas. Entonces oyó el suave chapoteo de la cascada y supo que volvía a estar junto a la Laguna Lunar. Abrió los ojos a la oscuridad de su ceguera.

Oyó que los demás gatos estaban despertándose a su alrededor. Hablaron poco, y Hojarasca Acuática no le dijo nada mientras ascendían por el serpenteante camino y cruzaban el páramo, de regreso al lago. Glayino percibía el nerviosismo de su mentora, que parecía un enjambre de insectos picadores. Así que esperó con paciencia a que los demás se despidieran para dirigirse a sus correspondientes territorios, y en cuanto se quedó a solas con Hojarasca Acuática le preguntó:

—¿Qué crees que significa tu sueño? ¿Vas a contárselo a Estrella de Fuego?

La curandera vaciló y cuando respondió parecía alterada:

—Es como si la Tribu de las Aguas Rápidas tuviera problemas, aunque no estoy segura de si debería contárselo a Estrella de Fuego. Sea lo que sea lo que esté ocurriendo, no parece que afecte al Clan del Trueno.

Glayino agitó la cola con frustración. ¿Cómo iba él a descubrir su destino si su mentora pretendía fingir que no había tenido ese sueño?

—¿Y qué pasa con Borrascoso y Rivera? Si algo va mal en las montañas, deberían saberlo.

—No lo sé —maulló la gata con poca convicción—. Quizá estés en lo cierto… Sí, tal vez debería contárselo a Estrella de Fuego. Pero el Clan del Trueno no está involucrado, así que no creo que haga nada al respecto.

Mientras seguía a su mentora por el arroyo fronterizo en dirección al campamento, Glayino pensó que el Clan del Trueno podía estar más involucrado de lo que Hojarasca Acuática pensaba.

«Al menos, ¡yo sí lo estoy!».

Enseñó los dientes, como si fuera a morder una jugosa pieza de carne. Solo había una manera de descubrir la verdad sobre su poder. De algún modo, tenía que encontrar la forma de ir a las montañas.

6

Rosellera se lanzó hacia delante y Leonino vio que estaba intentando practicar la finta que le había explicado al principio de la sesión de entrenamiento. La misma finta que Estrella de Tigre le había enseñado a él. Sin embargo, cuando la joven trató de enganchar una de las patas de Melosa para derribarla, su contrincante fue más veloz: saltó hacia atrás, se encaró a su compañera y le propinó dos golpes en la nariz antes de escapar a toda prisa.

—¡Tendrás que ser más rápida! —maulló Bayo.

Leonino se sulfuró. Estrella de Fuego ya había relevado a los dos jóvenes guerreros de las tareas de los aprendices, pero ¿acaso Bayo no tenía nada mejor que hacer que entrometerse en la sesión de entrenamiento? Estaba despatarrado sobre una roca en el lindero del claro e iba comentando en voz alta las prácticas de los aprendices.

—Eso ha estado muy bien —le dijo a Melosa con condescendencia—. Tus movimientos van progresando.

—¡Gracias, Bayo! —Melosa lo miró con adoración.

Leonino sofocó una punzada de celos. No hacía mucho, Melosa parecía preferirlo a él, y le resultaba muy duro asumir que había perdido su admiración tan poco tiempo después de haber tenido que renunciar a su amistad con Zarpa Brecina.

—¡Tu turno, Leonino! —exclamó Bayo interrumpiendo sus pensamientos —. Veamos qué sabes hacer.

«¿Y a ti quién te ha nombrado mi mentor?». Leonino miró a su alrededor buscando a Cenizo, que era el que debía estar a cargo de la sesión de entrenamiento. Sin embargo, el guerrero se encontraba a varios zorros de distancia mostrándole un movimiento a Carrasquera.

—Venga, pedazo de gandul —insistió Bayo—. Nunca llegarás a guerrero si te pasas el día sentado sobre la cola.

«¿Ah, no? —Leonino apretó los dientes—. ¡Pues viendo lo que haces tú, parece que es lo que hacen todos los guerreros!».

—Ven, Carboncilla —maulló haciéndole una seña con la cola a la aprendiza gris, que estaba a un lado del claro—. Vamos a practicar.

Carboncilla corrió hacia él con el pelo erizado de emoción y la cola ahuecada. Leonino pensó que se movía con seguridad, como si la pata que se había herido ya se le hubiera curado del todo. Al acercarse, la gata fue a darle un golpe en la oreja con las uñas envainadas. El joven aprendiz la esquivó e intentó desequilibrarla dándole un cabezazo en el hombro, pero ella se mantuvo firme, le agarró el cuello con las patas delanteras y tiró de él hacia el suelo. Leonino le pateó la barriga y, al cabo de unos segundos, Carboncilla lo soltó y se separó de un salto, esperando a que se levantara también.

—¡Eso ha sido genial! —exclamó el aprendiz, resoplando, aunque sabía que al final habría ganado él.

Carboncilla estaba radiante de orgullo: poco a poco, parecía que iba recuperando su destreza en el combate.

—¡Probemos otra vez!

—Oye, Leonino, ese movimiento que has hecho te ha salido fatal —los interrumpió Bayo—. No deberías haber permitido que ella te derribara. De haber sido una pelea real, podría haberte rebanado la garganta.

Leonino se volvió para encararse con él; una rabia incontenible lo había inundado desde las orejas hasta la cola.

—Supongo que eso lo aprendiste cuando luchaste contra el Clan de la Sombra —se burló.

Bayo se levantó de un brinco, con las orejas pegadas a la cabeza y el pelo del cuello erizado.

—¡No le hables así a un guerrero! —bufó.

—¡Pues deja de hacerte el sabelotodo! —replicó Leonino—. Tú no eres mi mentor, así que déjame en paz.

Estuvo a un pelo de ratón de abalanzarse sobre Bayo y darle un zarpazo en su hocico tostado, pero sabía que se metería en un gran problema si atacaba de verdad a un compañero de clan, y no como parte de un ejercicio de aprendizaje. Así que le dio la espalda y se dirigió a grandes zancadas hacia un rincón del claro, donde se quedó resoplando, tratando de controlar las oleadas de rabia que lo atravesaban.

—Tú espera a que sea guerrero —juró en voz baja—. Entonces te enseñaré quién de los dos es mejor en combate…

—Cálmate, Leonino —lo tranquilizó una voz que lo envolvió como una corriente de agua fresca.

Al principio, el joven aprendiz pensó que era Estrella de Tigre y se volvió esperando ver la difusa figura atigrada. Pero en vez de eso vio a Borrascoso, que estaba tumbado en una zona soleada, al pie de un roble.

Leonino inclinó la cabeza con torpeza.

—Disculpa —maulló—. Pero es que no soporto que Bayo se comporte como si fuera el líder del clan.

Borrascoso soltó un ronroneo de comprensión.

—Sé que no debería dejar que me afectara, pero no puedo evitarlo —confesó el joven—. A veces también me pasa con los demás aprendices. Bueno, con Carrasquera no, pero sí con el resto. Siento como si tuviese que ser el mejor en todo momento.

Una parte de él estaba horrorizada por haberle soltado todo aquello a un guerrero experimentado. No había razón alguna para que a Borrascoso le importaran sus problemas.

—¿Por qué? —le preguntó el gato gris.

—¡No lo sé! —Leonino vaciló, con los pensamientos sacudiéndole la cabeza como una tormenta, y luego añadió—: Supongo que, en realidad, sí lo sé. Es porque soy pariente de Estrella de Fuego. Nunca ha habido un líder como él, y todos esperan que yo sea igual de bueno porque llevo su sangre.

—¿Y Estrella de Tigre? —quiso saber Borrascoso.

Leonino clavó las garras en la tierra. ¿Cómo podía Borrascoso saber que se reunía con Estrella de Tigre y Alcotán?

—¿Es… Estrella de Tigre? —tartamudeó.

Borrascoso le lanzó un guiño.

—Conozco los problemas que tuvo tu padre. Zarzoso temía que los gatos del clan nunca llegaran a confiar en él por el gran odio que sentían hacia Estrella de Tigre.

Leonino jamás había pensado en eso. Era difícil imaginarse a su padre como un gato joven, inseguro del lugar que ocupaba en el clan.

—¿Cómo era mi padre? —le preguntó a Borrascoso al tiempo que iba a sentarse con él bajo la reconfortante luz del sol.

El pelo del lomo empezaba a alisársele; casi había olvidado la discusión con Bayo.

—¿Cómo fue vuestra misión de búsqueda?

—Terrorífica.

Los recuerdos brillaron en los ojos ámbar de Borrascoso, en una mezcla de miedo y valor, socarronería y amistad.

—No sé qué fue más duro, si recorrer territorios peligrosos y desconocidos, o intentar llevarse bien con gatos de otros clanes. Todos regresamos cambiados. —Hizo una pausa para pasarse la lengua por el hombro—. Al principio estábamos riñendo todo el tiempo, pero tu padre solía ser el que tenía las mejores ideas, así que no tardamos en darnos cuenta de que era el líder natural de nuestro grupo.

—Cuéntame qué sucedió —le pidió Leonino.

—Cuatro gatos, cada uno de un clan, tuvieron un sueño en el que se les decía que debían ir al lugar donde se ahogaba el sol —comenzó Borrascoso —. Se suponía que tenían que escuchar lo que les dijera la medianoche. Ninguno de nosotros podía imaginar que Medianoche era una tejona.

Leonino asintió. Sus hermanos y él no habían llegado a conocer a la tejona que ayudó a los clanes a encontrar su nuevo hogar, pero su madre les había contado historias sobre ella.

—Debió de ser realmente duro —maulló, tratando de imaginarse cómo sería lo de llevarse bien con gatos de otros clanes.

Él había sido amigo de Zarpa Brecina, pero ¿y si tuviera que colaborar con Ventolino o con guerreros del Clan de la Sombra?

—No fue tan malo —contestó Borrascoso, enroscando la cola divertido—. Aún recuerdo el día que tu madre se quedó atascada en una valla de los Dos Patas. ¡Bufaba de rabia y no podía moverse!

Leonino soltó una risita imaginándose a Esquiruela atrapada y furiosa.

—¿La rescató mi padre?

Borrascoso negó con la cabeza.

—No. Zarzoso estaba planteándose excavar junto al poste de la valla, y yo me preguntaba si podríamos romper a dentelladas aquellas tiras relucientes… Y, mientras tanto, Trigueña y Plumosa embadurnaron el pelo de tu madre con jugo de romaza y consiguieron sacarla.

—Ojalá hubiera estado allí —maulló el joven.

—Yo no me lo habría perdido por nada del mundo. Aunque la mayor parte del tiempo estábamos asustados, o cansados, o hambrientos, todos sabíamos que estábamos haciendo lo posible para ayudar a nuestros clanes.

—Y mi padre y tú llegasteis a ser buenos amigos.

Borrascoso agitó los bigotes.

—Al principio no nos llevábamos muy bien. Yo estaba celoso de Zarzoso.

—¿Por qué? —preguntó Leonino, sorprendido.

—Porque a mí me gustaba demasiado tu madre. Pero hasta un conejo ciego habría visto que ella tenía predilección por Zarzoso, aunque estuvieran discutiendo casi siempre.

—¿Te gustaba Esquiruela? —Leonino parpadeó pasmado.

¿Y si Borrascoso hubiera sido su padre, en vez de Zarzoso? «Yo sería un gato completamente distinto…».

—Nunca había conocido a una gata como ella —admitió Borrascoso—. Tan inteligente, valiente y decidida, y eso que entonces no era más que una aprendiza. Pero luego nos alojamos con la tribu en las montañas, y cuando conocí a Rivera, supe que era la gata perfecta para mí…

El guerrero se quedó callado, y sus ojos ámbar se empañaron. Leonino no entendía por qué se había puesto así al hablar de su primer encuentro con Rivera.

—¿Qué ocurre?

Borrascoso suspiró profundamente.

—Mi hermana, Plumosa, venía con nosotros en aquel viaje. Era una gata preciosa y de gran corazón. Murió en las montañas.

El joven se atrevió a posar la cola sobre el hombro del guerrero.

—¿Qué pasó?

—La tribu fue atacada por un león de montaña. Según una profecía, aparecería un felino plateado para salvarlos. Al principio pensaron que se trataba de mí, pero fue Plumosa la que los salvó. Fue ella la que murió para salvarlos. —La voz se le quebró levemente—. Tuve que dejarla allí, enterrada en las montañas.

—Lo siento mucho, Borrascoso… —Leonino intentó imaginar cómo se sentiría si Carrasquera muriese.

El guerrero se dio unos lametones en el pecho y sacudió la cabeza como si estuviera ahuyentando a una mosca.

—Las lunas pasan y hay que seguir adelante.

—Espero que no te hayan molestado mis preguntas.

—Por supuesto que no —respondió Borrascoso sonando ya como el de siempre—. Puedes preguntarme todo lo que te apetezca. Si puedo ayudarte de algún modo, estaré encantado de hacerlo.

—Gracias. —Leonino se sentía tan reconfortado que parecía que acabara de zamparse una jugosa pieza de carne—. Es más fácil hablar contigo que con un gato del Clan del Trueno… Vaya, perdón, no pretendía… —se interrumpió, arañando el suelo de vergüenza.

—No pasa nada —contestó el guerrero—. Sé exactamente a qué te refieres. Lo cierto es que aquí no soy más que un visitante, por mucha lealtad que sienta hacia Estrella de Fuego, hacia tu padre o hacia los demás miembros del Clan del Trueno.

—¿Dónde te sientes más como en casa? —preguntó el aprendiz con curiosidad—. ¿En el Clan del Río, en la Tribu de las Aguas Rápidas o en el Clan del Trueno?

Borrascoso no respondió de inmediato. Con ojos pensativos, se lamió una pata y se la pasó unas cuantas veces por la oreja.

—De corazón, soy del Clan del Río —maulló por fin—. Allí me crie y me convertí en guerrero. Pero eso fue en nuestro viejo bosque, y ya nadie tiene su hogar allí. Ahora mismo mi lealtad se la debo al Clan del Trueno. Vosotros nos acogisteis a Rivera y a mí, y es genial vivir en el mismo clan que Látigo Gris y poder conocerlo mejor.

—¿Os quedaréis aquí para siempre?

—No lo sé. Este no es el hogar de Rivera, y si ella no quiere quedarse, no la obligaré.

—Entonces, ¿por qué no regresáis a las montañas?

Una sombra cruzó la mirada de Borrascoso.

—No es tan sencillo.

—Pues podríais ir de visita —sugirió el joven.

—No, está demasiado lejos —maulló enérgicamente antes de ponerse en pie para desperezarse—. Será mejor que volvamos. Es hora de regresar al campamento.

Cuando miró por encima del hombro, Leonino vio que la sesión de entrenamiento había terminado. Cenizo y los demás aprendices se dirigían ya hacia la hondonada rocosa. No había ni rastro de Bayo.

—Ve tú delante —le dijo Leonino a Borrascoso—. Yo iré enseguida.

—De acuerdo.

El gran gato gris oscuro echó a correr para alcanzar a Cenizo y los demás, y Leonino exclamó:

—¡Gracias, Borrascoso!

El guerrero respondió ondeando la cola antes de desaparecer entre los arbustos.

Leonino se dirigió hacia los árboles que crecían en dirección contraria a la del campamento. Se detuvo a comprobar que Borrascoso se había ido de verdad, y luego salió disparado hacia la frontera del Clan del Viento. Casi sin resuello, se paró en el borde del arroyo, mirando hacia el despejado páramo.

El sol estaba descendiendo, bañaba de rojo la superficie del lago y proyectaba largas sombras. Leonino disfrutó de la calidez de sus rayos y de la suave brisa que le alborotaba el pelo.

Sin embargo, el paisaje que tenía delante parecía desolado y poco acogedor. No había protección, ni musgo, ni vegetación en la que pudieran esconderse las presas. Leonino sabía que él nunca podría vivir en el Clan del Viento. Echaría de menos los árboles. Ahora mismo podía oírlos a sus espaldas: el leve crujido de las ramas, el susurro de las hojas que movía el viento… Por mucho que amara a Zarpa Brecina, nunca podría renunciar a eso.

Y ella jamás podría vivir en el territorio del Clan del Trueno. Se sentía atrapada bajo los árboles, y adoraba el campo abierto, la hierba áspera y elástica, las carreras desenfrenadas por las laderas persiguiendo conejos… Borrascoso debía de amar realmente a Rivera para haber abandonado su hogar y haberse quedado con ella en las montañas.

El joven aprendiz levantó la cabeza para mirar a lo lejos. Apenas pudo distinguir una franja oscura y borrosa en el horizonte, donde se alzaban las montañas. Rivera se las había señalado una vez, durante una patrulla fronteriza. Leonino se preguntó si ella sentiría el mismo anhelo, como si sus patas quisieran llevarla hacia allí.

«¿Cómo deben de ser las montañas?», pensó. Durante toda su vida había oído hablar del Gran Viaje y de los territorios que los clanes habían tenido que atravesar para hallar su nuevo hogar junto al lago.

Sintió un hormigueo explorador en las patas. Se moría de ganas por descubrir lo que había más allá de las fronteras del Clan del Trueno, más allá de todas las fronteras de los clanes. El mundo era enorme y él había visto muy poquito. Ahí fuera había muchas cosas. Cosas que estaban más allá del alcance del código guerrero, más allá incluso del conocimiento de los curanderos y los veteranos.

Le costó despegar las patas de la frontera para dirigirse de nuevo al campamento. «Es como si esas montañas estuvieran llamándome…».

Pero ¿cómo iba a responder a esa llamada?

7

—Tengo un plan —anunció Carrasquera.

Carboncilla y ella habían retirado el relleno usado de los lechos de los veteranos y estaban recogiendo musgo nuevo alrededor de las raíces de un roble. Jirones de niebla flotaban entre los árboles y, en lo alto, el sol intentaba abrirse paso a través de una capa de nubes.

Carboncilla se detuvo, con las uñas clavadas en la alfombra verde y blanda.

—¿Un plan?

—Sí, he estado pensando en cómo convertirme en guerrera.

La joven dejó la bola de musgo que estaba formando y fue a sentarse en una raíz, al lado de su amiga.

—Todo eso de aprender a luchar y a cazar es muy lioso, por no hablar de lo difícil que es entender el código guerrero. Creo que soy incapaz de hacerlo todo a la vez, así que voy a concentrarme en las cosas de una en una.

Carboncilla parpadeó.

—No te entiendo.

Carrasquera suspiró; a ella le parecía que estaba clarísimo.

—Voy a empezar con la caza. Si un clan no está bien alimentado, no puede defender sus fronteras ni afrontar un combate. Practicaré y practicaré hasta ser una cazadora realmente buena. Y luego pasaré a otra cosa.

Su amiga continuó arrancando musgo.

—Yo creo que eso suena un tanto descabellado —maulló—. Porque, a ver, no puedes dejar de hacer todo lo demás, ¿no? ¿O vas a dejarme aquí recogiendo musgo para los lechos mientras tú te largas a cazar?

Carrasquera alzó una pata con las uñas envainadas y apuntó a la oreja de Carboncilla, sin tocarla.

—No, claro que no. Sé que tendré que hacer mis tareas, las sesiones de entrenamiento y esas cosas… pero pienso concentrarme en la caza.

Carboncilla soltó una risita.

—Me gustará oír lo que dirá Fronde Dorado si ve que no te entrenas como es debido.

Exasperada, Carrasquera agarró un trocito de musgo y se lo lanzó a su amiga. Esperaba que ella se lo lanzara a su vez, pero, en lugar de eso, Carboncilla dejó lo que estaba haciendo y la miró muy seria.

—De verdad, Carrasquera, no creo que sea una buena idea. Ser guerrera significa que tendrás que hacerlo todo a la vez. No puedes poner las cosas en orden según te parezca. Ya sé que no me estoy explicando muy bien, pero…

—Pues no, no te estás explicando —la interrumpió Carrasquera, aunque luego se contuvo: Carboncilla era su mejor amiga y no quería pelearse con ella—. Perdona. Es que creo que esa es la única forma. No tienes que seguirme, si no quieres.

Carboncilla estiró el cuello para tocarle la nariz con la oreja.

—No te preocupes. Y ya sabes que, por poco que pueda, te ayudaré.

Cuando Carrasquera y Carboncilla terminaron de renovar los lechos de los veteranos, vieron que Espinardo y Fronde Dorado estaban reuniendo a los aprendices en mitad del claro.

—¿Nos vamos a cazar? —preguntó Carrasquera ilusionada.

—No —le respondió Espinardo—. Nimbo Blanco y yo nos llevamos a nuestros aprendices al claro musgoso para hacer prácticas avanzadas de combate. Leonino y tú podéis venir a mirar.

—Y si queréis, podéis uniros a ellos —añadió Fronde Dorado.

Carboncilla pegó un saltito de emoción.

—¡Vamos!

Su mentor, Nimbo Blanco, se le acercó por detrás y le tocó el lomo con la cola.

—Ten cuidado con esa pata. Si ves que te exijo mucho, quiero saberlo.

La alegría de la joven se esfumó.

—Mi pata está bien, Nimbo Blanco. No impedirá que me convierta en guerrera, ¿verdad?

—Espero que no. Pero ya lo veremos —fue la descorazonadora respuesta que le dio el guerrero.

Carrasquera restregó el hocico contra el de Carboncilla.

—No te preocupes. Serás guerrera. Lo sé.

Cenizo se les acercó desde la guarida de los aprendices con Leonino.

—¿Ya estamos todos listos? —preguntó el guerrero gris—. ¿Dónde está Melosa?

—Tormenta de Arena se la ha llevado con una patrulla de caza —contestó Fronde Dorado—. Luego se reunirá con nosotros.

Las nubes habían escampado y el sol estaba levantando la niebla, pero, a la sombra de los árboles, la hierba seguía cubierta de rocío. Carrasquera pasó junto a una mata de helechos y agitó las orejas cuando le cayeron gotas de agua en la cabeza. El sotobosque estaba lleno de olores y sonidos emocionantes, y a ella le hubiera encantado empezar a poner en marcha su plan en una partida de caza, en vez de ir a una sesión de entrenamiento en la que se pasaría la mayor parte del rato mirando.

Con cuatro aprendices y sus mentores, el claro estaba abarrotado. Carrasquera se sentó con Fronde Dorado en una zona soleada. Leonino y Cenizo estaban a un par de colas de distancia. La joven gata intentó disimular un bostezo mientras Nimbo Blanco y Espinardo les enseñaban un movimiento a sus aprendizas. Nimbo Blanco saltó con fuerza y se revolvió en el aire para aterrizar sobre el lomo de Espinardo.

—Ahora pruébalo tú —le dijo a Carboncilla.

La joven se agazapó ante su mentor y se lanzó hacia arriba. Hizo bien el giro en el aire, pero no había saltado lo bastante, así que, en vez de aterrizar sobre el lomo de Nimbo Blanco, chocó torpemente contra su costado, y él la inmovilizó poniéndole una zarpa encima del pecho.

—No está mal para ser el primer intento —comentó el guerrero dejando que la gata se levantara—, pero necesitas darle más fuerza al salto. ¿Te molesta la pata?

Carboncilla parpadeó.

—No, para nada. Lo haré bien la próxima vez.

—Y no olvides una cosa —añadió Espinardo—: en una pelea real, tu adversario no permanecerá quieto esperando a que caigas sobre él. Tienes que anticiparte a su siguiente movimiento.

—Dejadme probar —maulló Rosellera.

Mientras seguía la sesión de entrenamiento, Carrasquera reparó en que su hermano no paraba de moverse.

—Yo puedo hacer eso —le dijo Leonino a su mentor—. ¿Puedo probar?

Cenizo vaciló.

—Son movimientos avanzados —señaló—. No tiene sentido que lo intentes antes de estar preparado.

—Estoy preparado —insistió el joven, empezando a ahuecar el pelo.

Cenizo se encogió de hombros.

—Luego no me digas que no te he avisado.

Carrasquera observó, nerviosa, cómo Leonino y su mentor se dirigían al claro, lejos de los demás aprendices.

—Vamos, demuéstramelo —maulló Cenizo.

Leonino dio un salto y la luz del sol transformó su pelaje dorado en una hoguera. Con las cuatro patas en el aire, se revolvió y aterrizó en perfecto equilibrio sobre el lomo de Cenizo. El guerrero soltó un respingo de sorpresa, mientras Carrasquera presenciaba la escena, pasmada. ¿Cómo había aprendido su hermano a hacer aquel movimiento con tanta perfección?

Al bajar al suelo, Leonino se plantó ante Cenizo.

—¿Lo has visto? —le soltó en tono retador—. ¿Ahora serás un poco más duro conmigo?

—¿Quieres que sea duro? —En la voz de su mentor se adivinaba un gruñido; sus ojos azules centellearon—. Ten cuidado con lo que deseas, Leonino.

Carrasquera sintió que se le erizaba el pelo. Cenizo no parecía estar bromeando.

—Puedo con cualquier cosa —insistió Leonino.

Cenizo saltó sobre su aprendiz y le dio un fuerte golpe en la oreja. Leonino rodó a un lado, arañándole al guerrero el costado con las patas traseras. Un segundo después, volvía a estar en pie; saltó en el aire y aterrizó sobre el lomo de su mentor, copiando el movimiento que acababa de realizar Nimbo Blanco. Cenizo se plantó sobre las patas traseras y se sacudió de encima al joven. Carrasquera se estremeció al oír el ruido que hizo su hermano cuando cayó al suelo. Sin darle tiempo a reaccionar, el guerrero se abalanzó sobre él, y los dos se enzarzaron en una pelea, chillando y rodando en una maraña de pelo, y acercándose cada vez más al resto de los aprendices.

Rosellera tuvo que apartarse para esquivarlos. Espinardo le pasó la cola por encima para llevársela a un lado del claro. Nimbo Blanco y Carboncilla se les unieron, olvidándose de la sesión de entrenamiento ante aquel furioso combate.

Cenizo estaba luchando como si Leonino fuera un guerrero… pero ¡Leonino también! Carrasquera vio, asombrada, cómo le mordía la cola a su mentor, dándole un tirón tan fuerte que lo derribó de costado. La joven había

visto cómo Bayo y sus hermanos practicaban ese movimiento justo antes de convertirse en guerreros; ella misma no esperaba aprenderlo al menos hasta al cabo de una luna.

Se puso tensa cuando descubrió unas manchas rojas en el pelaje gris de Cenizo. ¡Leonino se metería en un buen lío por pelear con las uñas desenvainadas! Luego reparó en que su hermano también estaba sangrando. Los ojos azules de Cenizo llameaban de furia, como si se hubiera olvidado de que aquello no era una batalla real.

—¡Se están haciendo daño! —exclamó volviéndose hacia Fronde Dorado —. ¿No puedes detenerlos?

Antes de que Fronde Dorado pudiera hacer algo, Cenizo se abalanzó sobre Leonino y lo inmovilizó posándole las patas delanteras en el pecho.

—¿Ha sido lo bastante duro para ti? —resolló.

Sin embargo, el joven aprendiz no pensaba darse por vencido. Se puso a patear la barriga de su mentor, retorciéndose de un lado a otro, en un esfuerzo por librarse del guerrero experimentado. Cenizo levantó una pata para golpearlo en una oreja.

—¡Ya basta! —Fronde Dorado se adelantó, con la voz entrecortada por la conmoción—. Cenizo, deja que se levante. Leonino, envaina las uñas. Este asalto ha terminado.

Cenizo se volvió hacia Fronde Dorado lanzándole una mirada asesina, pero el fuego de sus ojos azules se apagó poco a poco, y el guerrero retrocedió. Leonino se puso en pie penosamente mientras Fronde Dorado se interponía entre ambos por si se enzarzaban de nuevo. El joven aprendiz resollaba, luchando por respirar. Tenía desgarrada la piel de un hombro y sangraba por los zarpazos. Carrasquera también vio las marcas de las garras de Cenizo en su costado.

Pero su mentor también estaba herido: tenía manchas de sangre en una oreja y en una de las patas traseras. Tras unos segundos, y después de recuperar el aliento, Cenizo dijo en voz alta:

—Bien hecho, Leonino. Has peleado como un guerrero. —Y mirando a su alrededor, añadió—: Espero que vosotras lo hayáis visto. Deberíais intentar ser tan buenas como él.

Carboncilla y Rosellera intercambiaron una mirada; las dos parecían demasiado alteradas para decir nada. Ni siquiera Carrasquera fue capaz de felicitar a su hermano. Estaba conmocionada por la forma en que una simple sesión de práctica se había convertido en una lucha salvaje.

—Venga. —Cenizo le hizo una seña a Leonino con la cola—. Lo has hecho tan bien que no tienes que entrenar más por hoy. Regresaremos al campamento y serás el primero en escoger una pieza de carne fresca.

—¡Gracias, Cenizo!

Leonino ya se estaba recuperando. Respiraba mejor, y el pelo se le estaba empezando a alisar.

—Y, por supuesto, se lo contaré a Estrella de Fuego —prosiguió su mentor—. Cuando termines el aprendizaje, el Clan del Trueno tendrá un guerrero del que sentirse orgulloso.

Los ojos ámbar de Leonino resplandecieron. Se marchó junto a Cenizo con la cabeza y la cola bien altas. Nadie dijo nada hasta que los dos desaparecieron entre los helechos, camino del campamento.

Finalmente, Nimbo Blanco soltó un resoplido, como si hubiera estado conteniendo la respiración.

—Bueno. Veamos qué sabéis hacer vosotras.

—¿Vais a luchar contra nosotras de esa manera? —preguntó Rosellera, nerviosa.

—Por supuesto que no —respondió Fronde Dorado. El guerrero aún tenía el pelo alborotado; Carrasquera no sabía si por la ferocidad del combate o por lo bien que había luchado Leonino—. Seguiremos practicando las técnicas. Y todos mantendremos las uñas bien envainadas.

Carrasquera se unió a ellos, aunque le costó concentrarse. Aún podía ver el fulgor de rabia en los ojos de Cenizo, como si se hubiera olvidado de que estaba peleando con su propio aprendiz.

Cuando terminó la sesión de entrenamiento, Carrasquera regresó al campamento por delante de las demás aprendizas. Quería asegurarse de que su hermano estaba bien.

Encontró a Leonino durmiendo en la guarida de los aprendices, medio enterrado en un lecho de musgo y frondas. Respiraba profundamente y no se movió cuando ella se acercó a olfatearle la herida del hombro. Había dejado de sangrar. Tenía restos de sangre seca alrededor de los cortes y un pequeño mechón de pelo colgando y ensangrentado. Era evidente que no había ido a que Hojarasca Acuática lo examinara.

—Cabeza de chorlito —murmuró Carrasquera con afecto.

Leonino siguió sin moverse mientras ella le pasaba la lengua por la herida hasta que estuvo limpia. No era de extrañar que se sintiera agotado.

Carrasquera le tocó delicadamente una oreja con la nariz y lo dejó dormir. Cuando salió de la guarida, vio a su padre al lado del montón de la carne fresca.

—Hola —la saludó Zarzoso—. Estoy organizando una partida de caza. ¿Quieres venir?

Antes de la sesión de entrenamiento habría saltado de alegría por ese ofrecimiento, pero ahora tenía algo más importante en la cabeza.

—Debo contarte una cosa.

Y empezó a describirle la pelea de Leonino con su mentor.

—Creo que Cenizo no habría tenido que presionar a su aprendiz con tanta dureza —concluyó—. ¡Pensaba que iban a despedazarse!

Zarzoso soltó un ronroneo tranquilizador.

—No tienes de qué preocuparte. Me he encontrado con Cenizo en el bosque, y él mismo me lo ha contado todo. Está realmente contento con Leonino. —Entornó los ojos, medio divertido y medio avergonzado—. Dice que Leonino será un guerrero como su padre. Supongo que eso era un cumplido.

Carrasquera arañó el suelo, frustrada.

—Pero ¡tú no estabas allí! —protestó—. Daba miedo verlos.

Zarzoso agitó la punta de la cola.

—Es que luchar da miedo —replicó su padre—. Si tenemos que pelear contra otro clan, los rivales no lo harán con las uñas envainadas.

—Pero ahora no estamos peleando contra otro clan.

—Tarde o temprano tendremos que hacerlo, y debemos estar preparados. Algún día, Leonino necesitará todas sus habilidades. Estoy muy orgulloso de él, es un luchador magnífico, y Hojarasca Acuática me cuenta que Glayino ya conoce todas las hierbas…

—¿Y yo? —preguntó Carrasquera, tratando de sofocar una punzada de celos. «¿Yo no soy especial también?».

Zarzoso se inclinó para darle un lametón reconfortante en la oreja.

—Tú eres mi pequeña pensadora —ronroneó—. Yo confío en ti para cuando sea necesario tomar las mejores decisiones… ¡y para que mantengas a raya a tus hermanos!

Carrasquera se animó. Esa era una cualidad imprescindible para poder ser líder de clan.

—Bueno —maulló Zarzoso—. Y ahora, ¿qué me dices de salir a cazar?

—Pero ¿por qué Bayo no puede venir? —se lamentó Melosa.

—Porque es la bola de pelo más irritante del bosque —masculló Carrasquera apretando los dientes, aunque no lo bastante alto para que la oyera su amiga.

Tormenta de Arena y Melosa se habían unido a Zarzoso y Carrasquera en la partida de caza. Melosa había llegado a la sesión de entrenamiento cuando casi estaban terminando, y no había parado de contarle a todo el mundo que Bayo ejecutaba mejor que nadie las técnicas de combate. A Carrasquera le estaba costando localizar presas porque su amiga seguía hablando sin parar del joven guerrero de color tostado.

—Bayo ha salido con la patrulla del alba —le explicó Tormenta de Arena a su aprendiza con más paciencia de la que habría podido reunir Carrasquera —. Se merece un descanso.

—Pero atraparíamos muchas más presas si él viniera con nosotros —insistió Melosa—. Es un cazador extraordinario.

—Bueno, tendremos que hacer lo que podamos sin él —maulló Tormenta de Arena.

Carrasquera supuso que Melosa no había captado el tono irónico de su mentora, porque continuó parloteando sobre Bayo. A la joven gata le entraron ganas de rodearle el hocico con la cola para cerrarle la boca. Exasperada, se adelantó un poco, intentando quedar fuera del alcance de la voz de su compañera.

El sol ya había superado su cénit. Los rayos dorados calentaron el pelaje de Carrasquera, que fue atravesando la frondosa y refrescante hierba. El trino de los pájaros envolvía los árboles, y el aire estaba cargado de aromas verdes y frescos. Siguió adelante hasta que el sonido de la patrulla se apagó a sus espaldas, y solo se detuvo cuando llegó a lo alto de una loma. Ante ella, los árboles crecían muy juntos. El espacio que quedaba entre ellos estaba repleto de helechos y escaramujos, y, por un instante, la joven no supo muy bien dónde se encontraba. Hacía mucho que había dejado atrás la entrada a los túneles y no logró ver nada que le resultara familiar. Poco después percibió el tenue sonido de una corriente de agua y comprendió que estaba exactamente en el límite del territorio de caza del Clan del Trueno, no muy lejos del territorio del Clan del Viento.

A su alrededor todo estaba tranquilo, aunque algo hizo que se le erizara el pelo. Sus patas querían dar media vuelta y buscar al resto de la patrulla. «¡No eres una cachorrita! —se riñó a sí misma—. Esto es parte del territorio del Clan del Trueno. No hay nada que temer».

Tenía que regresar, sin embargo, decidió cazar una pieza primero, aunque solo fuera para demostrarse a sí misma que no era una cobarde que salía corriendo sin ningún motivo. Levantó la cabeza y abrió la boca para respirar hondo.

«¡Huele a gatos!». Carrasquera saboreó el olor con cuidado, preguntándose si el Clan del Viento habría vuelto a traspasar sus límites. Sin embargo, no olía al Clan del Viento. De hecho, era un olor que nunca había captado. ¿Habría invadido el territorio un grupo de gatos descarriados?

—¿Te encuentras bien?

Carrasquera soltó un largo suspiro de alivio al oír la voz de su padre. Zarzoso estaba acercándose a ella, abriéndose paso entre los helechos con sus poderosos omoplatos. Tormenta de Arena y Melosa lo seguían a poca distancia.

—Sí —contestó Carrasquera procurando ocultar que aquel olor extraño la había asustado—. Huelo a gatos, pero no es ningún olor de los que conozco.

Zarzoso saboreó el aire y luego se volvió de golpe hacia Tormenta de Arena, que estaba haciendo lo mismo. La gata de color canela dio un paso hacia él y le murmuró algo al oído; el lugarteniente asintió. Sus ojos ámbar parecían inquietos.

—Volved de inmediato al campamento, lo más deprisa que podáis —les ordenó a las dos aprendizas—. Decidle a Estrella de Fuego que nos envíe más guerreros.

—Pero no a Borrascoso ni a Rivera —añadió Tormenta de Arena.

Carrasquera no entendía la urgencia de los guerreros. La tensión de sus pelajes crepitaba como los relámpagos de la estación de la hoja verde.

—¿Por qué? —preguntó Melosa—. ¿Qué ocurre?

—No podemos dejaros aquí si hay peligro —protestó Carrasquera.

—¡Haced lo que os hemos dicho! —les ordenó Tormenta de Arena.

—No hay ningún peligro —añadió Zarzoso con voz queda—. Pero necesitamos más guerreros. Vamos, marchaos ya.

Carrasquera y Melosa intercambiaron una mirada de pavor y salieron disparadas hacia el bosque, en dirección al campamento. Carrasquera tenía el pelo erizado de miedo y el corazón le martilleaba, y no solo por la velocidad de la carrera.

—¡Estrella de Fuego! —aulló al irrumpir por el túnel de espinos—. ¡Estrella de Fuego, ven rápido!

Mientras frenaba en seco debajo de la Cornisa Alta, Carrasquera vio que Musaraña se despertaba sobresaltada delante de la guarida de los veteranos y

se levantaba de un brinco, sacudiendo la cola. Nimbo Blanco salió de la guarida de los guerreros con el pelo erizado. Tras él, Centella y Acedera se asomaron entre las ramas, con los ojos desorbitados. Dalia rodeó protectoramente con la cola a sus dos cachorritos, que estaban jugando al sol cerca de la maternidad, y los guio de vuelta a su guarida.

Estrella de Fuego apareció en la Cornisa Alta.

—¿Qué ocurre? —quiso saber.

—Unos gatos desconocidos… —resolló la joven intentando recuperar el aliento.

—… Cerca de la frontera del Clan del Viento —añadió Melosa.

—Zarzoso dice que…

Carrasquera se volvió en redondo al oír un alarido a sus espaldas: unos gatos estaban entrando por el túnel de espinos. Látigo Gris iba en cabeza, seguido de Betulón y Candeal.

Sin embargo, no fue eso lo que hizo que la joven aprendiza arqueara el lomo, erizando hasta el último pelo con un hormigueo en la piel. Con los tres gatos del Clan del Trueno iban otros dos que no reconoció: un enorme atigrado marrón oscuro y una gata negra, ambos más menudos y delgados que los miembros del Clan del Trueno. Látigo Gris y los dos jóvenes guerreros los rodearon, sin permitirles avanzar por el campamento. Cuando la gata abrió la boca para hablar, Látigo Gris la hizo callar con un bufido amenazador.

Carrasquera flexionó las garras agitando la cola. El olor de aquellos desconocidos era el mismo que había captado cerca de la frontera del Clan del Viento. ¡Era el olor de los intrusos!

8

Glayino se puso tenso al oír gritos en la entrada del campamento. Se detuvo con una pata en el aire y un tallo de hierbabuena colgando entre las garras.

—¿Qué ocurre? —maulló.

Hojarasca Acuática no respondió. Espinardo había ido a verla quejándose de dolor de barriga, y Glayino supuso que la curandera no repararía ni en una manada de tejones que estuviera invadiendo la hondonada hasta que terminara de atender a su paciente.

—¡Glayino, ¿dónde está esa hierbabuena?! —exclamó su mentora.

—Aquí.

Agarró unos cuantos tallos más y los dejó al lado de Hojarasca Acuática antes de dirigirse a la cortina de zarzas y al claro. Oyó el susurro de las hojas a medida que los guerreros iban saliendo de su guarida, y luego los veloces pasos de los aprendices que acudían al claro para ver qué estaba pasando. Por todos los rincones del campamento se oían susurros de alarma, y debajo de la Cornisa Alta Glayino detectó el potente olor a miedo de Carrasquera y Melosa.

Látigo Gris estaba hablando, alzando la voz en un feroz gruñido:

—Ni un paso más hasta que nos digáis qué estáis haciendo en nuestro territorio.

Al joven aprendiz de curandero se le empezó a erizar el pelo cuando captó el olor de los dos desconocidos. Por lo visto, Látigo Gris y su patrulla habían atrapado a un par de gatos descarriados en mitad del territorio del Clan del Trueno. Glayino saboreó el aire cuidadosamente. El olor era fuerte, pero con un matiz acre que le resultó familiar, aunque no lograba recordar dónde lo había olido.

El joven aprendiz se concentró con todas sus energías e intentó absorber los sentimientos de los intrusos como si estuviera aspirando su olor. Percibió

miedo, recelo y una desesperación abrumadora. Les había costado mucho llegar hasta allí, pero al parecer no tenían elección.

«¡Necesitan algo del Clan del Trueno!», se sorprendió Glayino.

Antes de que ninguno de ellos pudiera decir nada, oyó que por el túnel se acercaban más gatos. Eran Borrascoso y Rivera, cargados con presas.

—¡Garra! ¡Noche! —exclamó Rivera soltando el campañol que llevaba en la boca—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

—¿Conoces a estos gatos? —preguntó Nimbo Blanco en un tono lleno de desconfianza.

—Estrella de Fuego, estos son los gatos que hemos olido cerca de la frontera del Clan del Viento —intervino Carrasquera antes de que alguno de los desconocidos pudiera hablar—. Zarzoso nos ha mandado a avisarte de que había intrusos…

—No son intrusos —maulló Hojarasca Acuática con calma saliendo de su guarida y rozando a Glayino—. Son miembros de la Tribu de las Aguas Rápidas.

Estrella de Fuego bajó por las rocas que llevaban a su guarida.

—¡Claro! Sois Garra de Águila en Picado y Noche sin Estrellas, ¿verdad?

—Así es —respondió una voz tranquila y de acento extraño.

Glayino notó que la tensión del claro comenzaba a desvanecerse. Oyó algunos murmullos de reconocimiento entre los miembros más viejos del clan, los que habían hecho el Gran Viaje y se habían alojado con la Tribu de las Aguas Rápidas en las montañas.

—Ya sabía yo que había visto antes a esa gata negra… —murmuró Manto Polvoroso.

—Me pregunto qué querrán —añadió Acedera, más desconcertada que hostil.

—Supongo que lo averiguaremos enseguida —contestó Fronde Dorado—. Debe de ser importante para ellos si han recorrido un camino tan largo.

—Borrascoso, Rivera —maulló Estrella de Fuego—, llevad vuestras presas al montón de la carne fresca. Seguro que queréis poneros al día con vuestros viejos amigos.

—Pues nadie lo diría, la verdad —le susurró Carrasquera a Glayino. La joven se había acercado a su hermano mientras él estaba concentrado en las voces—. Rivera parece muy alterada, y, por la cara que pone, Borrascoso parece que tenga un trozo de carroña debajo de la nariz.

—Acaba de darle un empujoncito a Rivera —añadió Leonino uniéndose a sus hermanos—. Diría que ella no quiere ni acercarse a sus viejos

compañeros.

Por el sonido de sus pasos, Glayino supo que su hermano seguía resintiéndose de las heridas que se había hecho en la pelea con Cenizo. Sin embargo, también notó que irradiaba orgullo, como si supiera que había luchado muy bien.

—Están entrechocando las narices —narró Carrasquera en voz baja—. Pero siguen pareciendo…

Glayino no pudo oír el resto de sus palabras. De repente, el suelo se estremeció bajo sus patas y sintió que el pulso le latía en los oídos. El hedor a sangre le colmó la nariz. Una luz roja pareció anegarle los ojos y se dio cuenta de que podía ver.

Por todos lados lo zarandeaban gatos en combate. Oyó sus chillidos, el impacto de las garras en la piel… La sangre le salpicó el pelo, caliente y pegajosa. El suelo era de roca dura. Glayino la arañó para intentar mantener el equilibrio. Estaba despatarrado sobre un peñasco ladeado, deslizándose lentamente hacia abajo. Saltó a duras penas sobre una grieta, salvándose por poco de quedar atrapado, y luego entrevió un precipicio escarpado a sus pies y nada delante, excepto el cielo abierto teñido del color de la sangre mientras el sol se ponía.

Mareado por la altura y por la ferocidad de la batalla, Glayino sintió que las patas se le habían quedado pegadas a la roca. ¿Dónde estaba? Aquello no era un sueño, y sin embargo el campamento del lago se había esfumado como si jamás hubiera existido. Contuvo un alarido de pavor cuando la escena cambió de pronto. La oscuridad regresó, pero no era la noche ininterrumpida de su ceguera. Estaba en una cueva, donde el ruido de una cascada resonaba entre las rocas. La luz de la luna brillaba a través de una cortina de agua centelleante que cubría la entrada.

Había gatos sentados a su alrededor, hablando en voz baja y ceremoniosa. Glayino captó su olor y reconoció en ellos el de los intrusos que acababan de llegar al campamento. Estaban sentados justo enfrente de él: un atigrado enorme y una gata negra y menuda. Un movimiento en el extremo más alejado de la caverna atrajo su atención: un guerrero gris musculoso se había puesto en pie. Su olor le dijo que se trataba de Borrascoso. «Entonces, la atigrada que está a su lado es Rivera», supuso el joven curandero.

Borrascoso se dirigió a un atigrado marrón que estaba sentado sobre una gran piedra, en la parte delantera de la cueva.

—Es inútil esperar que esos gatos se marchen —maulló—. Quieren instalarse aquí y no les importan los problemas que nos están causando.

Tenemos que demostrarles que deben respetar nuestro territorio.

—¿Y cómo lo hacemos? —preguntó otro gato.

—Un momento. Nunca permitiremos que otros gatos vivan cerca de nosotros —replicó Garra—. Las montañas son nuestras.

—Ya no, amigo mío —respondió Borrascoso, apenado.

—Tendremos que acostumbrarnos a eso —añadió Rivera.

Borrascoso asintió, coincidiendo con ella.

—Yo propongo… —empezó.

El atigrado marrón que estaba sobre la gran piedra agitó la cola.

—La Tribu de la Caza Interminable no me ha mostrado nada al respecto —protestó.

—En ese caso, tal vez los antepasados de esos gatos recorran otros cielos. —Borrascoso habló en tono respetuoso, aunque Glayino percibió su frustración, punzante como espinas—. La tribu quizá esté acostumbrada a ahuyentar a los solitarios descarriados —continuó—, pero esto es diferente. Tenemos que encontrar una forma distinta de lidiar con ellos.

Noche, la esbelta gata negra, se inclinó hacia delante estirando el cuello.

—¿Qué propones, Borrascoso?

—¿Por qué le preguntas a él? —maulló un gato muy delgado, de color marrón moteado, que estaba sentado cerca de la ondulante cortina de agua. Tenía el hocico blanco por la edad y había perdido un ojo—. Acaba de llegar a las montañas. ¿Qué sabe él de nuestras costumbres?

—Por eso mismo deberíamos escucharlo —señaló Garra—. Borrascoso ha vivido en un lugar donde había muchos gatos. Está claro que sabrá lidiar con desconocidos mejor que nosotros.

—¡Eso es cierto! —exclamó alguien desde las sombras.

Se unieron más voces; unas, protestando, otras, animando a Borrascoso, hasta que toda la cueva se llenó de maullidos. Borrascoso le dijo algo al oído a Rivera, y ella le tocó el hombro con el hocico.

Glayino agitó las orejas.

—Venga, vamos —masculló—. Dejadlo hablar.

Finalmente, el atigrado marrón que estaba sobre la gran piedra levantó la cola para pedir silencio.

—Oigamos lo que tiene que decir Borrascoso —anunció.

—Gracias, Narrarrocas. —Borrascoso inclinó la cabeza y luego se volvió hacia el resto de la tribu, vacilando durante unos segundos—. Cuando vivía en el bosque —empezó por fin—, los cuatro clanes sabían que debían

permanecer lejos del territorio de los demás. Los gatos que traspasaban las fronteras eran expulsados.

—¿Y cómo podemos hacer eso? —preguntó el viejo flacucho de la entrada—. Estos intrusos van a donde les da la gana.

—Tenemos que demostrar nuestra fuerza, Chaparrón —explicó Borrascoso con un brillo en los ojos—. Debería bastar con una batalla. Después, los intrusos se irán para siempre o se mantendrán alejados.

Para sorpresa de Glayino, Rivera se colocó junto a su pareja. En la hondonada del lago siempre estaba tranquila, pero ahora los ojos le centelleaban y miró a sus compañeros de tribu con la cola bien alta.

—Borrascoso nos enseñará lo que debemos hacer —maulló—. Él conoce movimientos de combate que esos invasores no pueden ni imaginar.

—Lo único que conseguirá es que nos maten a todos —refunfuñó el veterano al que llamaban Chaparrón.

—La tribu ha vivido en estas montañas durante estaciones y estaciones —insistió Rivera—. ¿Es que vamos a marcharnos sin más?

—¡No! —gritaron la mayoría de las voces, alzándose por toda la cueva.

Casi todos los gatos de la tribu se habían puesto en pie con el pelo erizado y mostrando los colmillos. Solo unos pocos, como el viejo de color marrón moteado, se quedaron donde estaban, mirando torvamente a sus compañeros de tribu. En medio del vocerío, Narrarrocas permaneció inmóvil sobre su atalaya. Glayino no logró descifrar su expresión ni percibir nada de lo que sentía.

De repente, el joven aprendiz se dio cuenta de que la luz de la luna se estaba desvaneciendo. Los gritos de entusiasmo de la tribu se transformaron en aullidos llenos de terror y furia. Un viento gélido le alborotó el pelo, y cayó derribado al suelo cuando otro gato pasó disparado junto a él. El aire estaba cargado del olor de la sangre.

Parpadeando, Glayino descubrió que volvía a estar en las agrestes montañas. La tenue luz del alba se iba extendiendo por el cielo, y había unas nubes suspendidas en las cimas. Estaba de costado al borde de un arroyo, con la cola metida en el agua que borboteaba junto a él. Con un bufido de irritación, se levantó trabajosamente, se sacudió de encima las heladas gotas de agua e hizo un esfuerzo por mantener el equilibrio sobre la resbaladiza roca húmeda.

A su alrededor, el estrecho valle bullía con los cuerpos de los gatos en plena batalla. A unos pocos zorros de distancia, distinguió a Garra rodando por el suelo con un corpulento gato gris y pateándole la barriga con las patas

traseras. Por un segundo, la garganta del rival quedó expuesta, pero Garra fue demasiado lento para clavarle los colmillos.

«¡Hasta un aprendiz lo haría mejor!», pensó Glayino.

Un poco más allá, pudo ver a Borrascoso subiéndose de un brinco a una roca.

—¡Sáltale encima! —aulló dirigiéndose a Garra—. ¡No dejes que te inmovilice en el suelo!

Y, acto seguido, se unió al combate, lanzándole un zarpazo a una atigrada y revolviéndose luego para encararse a un musculoso gato negro que tenía agarrado con los colmillos a un pequeño miembro de la tribu y lo sacudía como si fuera una presa.

Rivera y Noche estaban cerca de él y ambas rodeaban con sigilo un peñasco para pillar por sorpresa a un par de rivales, como si estuvieran cazando. Glayino apretó los dientes. Aquellas esbeltas gatas jamás habían entrenado para luchar, pero saltaron con valentía sobre sus enemigos, aunque estos eran casi el doble de grandes que ellas y repelieron el ataque con sus cortantes garras.

Glayino se vio zarandeado de nuevo por otra pareja de combatientes y cayó sobre un arbusto espinoso que crecía en una grieta entre dos rocas. Uno de los gatos fue a parar encima de él, y mientras empujaba en vano aquel pesado bulto de músculos y pelo, rodeado por el hedor de la sangre, el joven aprendiz pensó por un instante que estaba muerto.

Luego, el gato se sacudió convulsivamente, logró ponerse en pie y se arrastró hasta la sombra de una peña. Glayino se incorporó como pudo, perdiendo un mechón de pelo cuando se liberaba de las espinas del arbusto, y justo en ese momento otro miembro de la tribu pasó corriendo ante él, un corpulento gato gris oscuro con la piel desgarrada y un hombro ensangrentado. Un gato blanco y negro lo alcanzó, lo embistió de lado y lo derribó.

—¡Rájale la barriga! —le bufó Glayino.

Pero el gato de la tribu no podía oírlo. Peleó con valor, negándose a rendirse a pesar de que el invasor le lanzó un zarpazo en el costado. No tenía la técnica que le permitiría librarse de su rival, y el intruso le mordió con fuerza en el cuello y luego se alejó de un salto, dejando el cuerpo inerte de su adversario medio metido en el agua del arroyo. Su pelo gris se fue oscureciendo al empaparse de sangre.

Glayino volvió a distinguir a Borrascoso: se alzaba en el centro de un grupo de miembros de la tribu en el que también estaba Garra. El guerrero

gris lo animaba a voces e intentaba abrir una vía entre la multitud de invasores para echarlos de allí, pero los intrusos los arrollaban como una riada.

—¡Tenéis que derribarlos! —aulló Borrascoso—. No dejéis que…

Lo que iba a decir se perdió en el tumulto cuando dos enemigos saltaron sobre él desde lados opuestos. Borrascoso desapareció bajo un remolino de colmillos y garras.

Uno tras otro, los gatos de la tribu se batieron en retirada corriendo arroyo arriba, hacia las laderas más escarpadas. Uno de ellos se detuvo junto al cuerpo del gato gris y soltó un aullido de dolor y desesperación antes de salir disparado y desaparecer entre las sombras.

—¡Eso es, corred! —Un atigrado plateado se subió a lo alto de un peñasco para burlarse de los que huían—. Marchaos corriendo y no volváis.

—¡Conejos! —añadió una gata blanca y marrón que saltó junto al atigrado —. ¡Ahora este es nuestro territorio!

—¡No… esperad! —maulló Borrascoso zafándose de sus atacantes y lleno de sangre—. ¡Todavía podemos echarlos!

Nadie le hizo caso excepto Rivera, que se quedó a su lado suplicando a sus compañeros que volvieran. Luego miró hacia atrás y erizó el pelo del cuello al ver que una nueva oleada de enemigos estaba subiendo por la ladera.

—¡Borrascoso! —aulló la gata—. ¡Es inútil! No podemos luchar contra todos ellos.

—Vete tú —replicó Borrascoso con un gruñido ronco, tocándola con la punta de la cola.

—No pienso irme sin ti. —Rivera tenía los ojos desorbitados de miedo, pero clavó las garras en el suelo.

Borrascoso soltó un bufido de frustración.

—¡Vete! —Le dio un fuerte empujón en el hombro, pero luego dijo—: Vamos… Voy contigo.

El enorme gato gris lanzó un último gruñido a los invasores, que ya estaban apenas a una cola de distancia, y echó a correr arroyo arriba detrás de Rivera.

Los intrusos no se molestaron en perseguirlos. Se quedaron mirándolos, con los ojos centelleantes de triunfo, hasta que el último gato de la tribu desapareció.

Glayino se tambaleó y, cuando se le aclaró la vista, descubrió que estaba de nuevo en la cueva de la tribu. Aún tenía el pelo pegajoso por la sangre, pero el fragor de la batalla se había apagado. La luna brillaba a través de la

cascada y una luz plateada temblaba en los muros de la gruta. Solo se oía el estrépito del agua.

Narrarrocas estaba sentado sobre la gran piedra, con el pelo alborotado y una oreja cubierta de sangre seca. El resto de la tribu se apiñaba a su alrededor. Glayino no vio a un solo gato que no tuviera heridas por la batalla. En el centro de la cueva yacían varios cuerpos inertes. Borrascoso estaba inclinado sobre ellos, y el joven aprendiz reconoció al gato gris oscuro cuya muerte había presenciado.

—Peñón —murmuró Borrascoso—. Has sido un buen amigo. Que recorras las montañas para siempre con la Tribu de la Caza Interminable.

Bajó la cabeza para tocar con el hocico el enmarañado pelo gris oscuro de su compañero. Rivera se le acercó silenciosamente.

—Ven a descansar —maulló.

Sin embargo, antes de que el guerrero gris pudiera siquiera moverse, la voz de Narrarrocas retumbó desde el otro extremo de la cueva.

—¡Borrascoso!

El guerrero gris levantó la mirada hacia él.

—Borrascoso, ¿qué tienes que decir?

A Borrascoso se le empañaron los ojos.

—¿Qué quieres que diga? La tribu ha peleado lo mejor que ha podido. No habría esperado luchar al lado de guerreros más valientes. Debemos trazar otro plan para…

—No —replicó Narrarrocas con voz fría—. Se acabaron los planes. Al menos los tuyos. Aceptamos tu consejo y hemos sido derrotados. Han muerto muchos gatos buenos. —Y señaló con la cola los cuerpos tendidos en el suelo de la cueva.

—Yo ya os lo advertí —intervino Chaparrón, que ahora estaba sentado al pie de la gran piedra de Narrarrocas—. Pero ¿acaso alguien me escuchó?

—Lamento que… —empezó Borrascoso de nuevo.

—Aquí no hay sitio para las costumbres de los clanes —lo interrumpió Narrarrocas—. En las montañas no hay sitio para los gatos como tú. Si te quedas, solo traerás más muerte e infortunio. Debes irte y no regresar.

—¿Qué? —Borrascoso se quedó mirándolo con incredulidad—. Me culpas a mí por esto, cuando yo…

—¡Ya basta! —sentenció Narrarrocas—. Vete ahora mismo.

Rivera dio un paso adelante.

—Narrarrocas, eso no es justo. Borrascoso ha hecho todo lo posible por ayudarnos. Ha corrido el mismo riesgo que todos los demás. Ahora podría

estar tendido ahí, con Peñón y los otros.

—Si no le hubiéramos hecho caso, probablemente esos gatos aún estarían vivos —replicó él con una mirada más glacial que el hielo.

—Narrarrocas tiene razón, Rivera. —Garra se plantó bajo la gran piedra del sanador, agitando las orejas con incomodidad—. Las costumbres de los clanes no son para nosotros.

A Rivera se le desorbitaron los ojos, y Glayino sintió la tristeza de la gata como si fuera suya.

—Pero… Garra, tú eres mi hermano —dijo con voz temblorosa—. No es posible que no lo entiendas…

El atigrado gris arañó el suelo de la cueva.

—Es lo mejor para la tribu.

—¿Noche? —Rivera se volvió hacia la gata negra—. Somos amigas desde antes de convertirnos en pupilas. Hemos cazado juntas, hemos peleado juntas. ¿Tú tampoco ves que la tribu necesita a Borrascoso?

Noche entornó sus ojos verdes.

—Lo que veo es que tú necesitas a Borrascoso.

Rivera pegó las orejas a la cabeza y abrió la boca con un gruñido.

—¿Me estás diciendo que no soy leal a mi tribu?

La esbelta gata negra apartó la mirada de ella sin responder.

—Basta de charla —maulló Narrarrocas—. Borrascoso, ya no eres bienvenido en la tribu. Debes marcharte de inmediato.

Rivera erizó el pelo de la cola.

—¡Si él se va, yo también me voy! —bufó.

—Rivera, ten cuidado —susurró Borrascoso.

Los dulces ojos de la apresadora llamearon.

—¿Crees que podría quedarme aquí después de lo ocurrido?

—Borrascoso tiene razón al advertirte, deberías pensar en lo que dices. —Narrarrocas se puso en pie, elevándose sobre los demás gatos desde lo alto de la gran piedra—. ¿De verdad quieres entregarle tu destino a este gato y a su clan? ¿Crees que puedes fiarte de él?

—Con toda mi vida —contestó Rivera.

El desdén de Narrarrocas se reflejó en el movimiento de su cola.

—No tienes más sentido común que un cachorro. Después de lo que este gato de clan le ha hecho a tu tribu…

Borrascoso arqueó el lomo y lanzó un bufido.

—¡Pareces haber olvidado que mi hermana murió por esta tribu! De no ser por los gatos de clan, hasta el último de vosotros habría sido devorado por

Colmillo Afilado.

Glayino notó que algunos miembros de la tribu —entre ellos, Garra— parecían avergonzados, pero ninguno dijo nada.

—Vamos, Rivera. —Borrascoso guio a su pareja hacia la cascada centelleante—. Iremos en busca de los clanes.

—Rivera, si te marchas ahora, te marchas para siempre —le advirtió Narrarrocas.

Ella ni siquiera lo miró mientras seguía a Borrascoso hacia la salida.

—¡Muy bien! —exclamó Narrarrocas a sus espaldas—. Le diré a la Tribu de la Caza Interminable que vosotros dos estáis muertos para los gatos que dejáis atrás.

9

—¡Glayino! ¡Eh, Glayino!

Glayino notó un fuerte empujón en el costado. El olor de Carrasquera lo envolvió teñido de exasperación.

El joven se tambaleó, confundido por el repentino regreso a su ceguera y a los olores y sonidos de la hondonada rocosa. Todo su cuerpo se estremeció por los sentimientos de pena y rabia que había percibido en la cueva.

«¡Rivera! —pensó—. ¡He estado sintiendo lo que ella sentía! Y no ha sido un sueño, he estado despierto todo el rato. ¿Habré encontrado la forma de colarme en sus recuerdos?».

Tomó una profunda bocanada de aire, lleno de emoción ante la idea de haber descubierto un poder nuevo y distinto, aunque en ese momento no tuviera tiempo de explorarlo.

—Glayino, no sé cómo puedes ponerte a soñar despierto en un momento como este —maulló Leonino—. Tenemos que escuchar lo que dicen para saber qué han venido a hacer aquí estos desconocidos.

El joven aprendiz se dio cuenta de que, mientras él tenía la sensación de que había pasado varios días con la tribu, en el claro no habían transcurrido más que unos segundos. Los recién llegados seguían al lado del montón de la carne fresca, junto a Borrascoso, Rivera y Estrella de Fuego.

—Creo que yo sé por qué han venido —maulló Glayino en voz baja—. Y estoy convencido de que Borrascoso y Rivera no están muy contentos de verlos.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Carrasquera con curiosidad—. ¿Por qué no quieren ver a sus compañeros de tribu?

Antes de que Glayino pudiera explicarse —contar lo que acababa de experimentar le habría llevado toda la tarde—, oyeron la áspera voz de Garra.

—Estrella de Fuego, hemos venido a pedirles a Borrascoso y a Rivera que regresen a las montañas. La Tribu de las Aguas Rápidas los necesita.

A Glayino se le erizó la piel. El rechazo que había mostrado la tribu hacia Rivera y Borrascoso todavía resonaba en sus oídos. Aunque en los gatos del clan no notó más que un interés cauteloso.

—¿Qué? —La voz de Borrascoso sonó como un gruñido de indignación —. ¿Cómo os atrevéis a venir hasta aquí para pedirnos eso? Por lo que respecta a la tribu, ¡Rivera y yo estamos muertos!

Los gatos del Clan del Trueno no pudieron ocultar su asombro.

—Os lo había dicho —masculló Glayino encogiéndose de hombros.

—Borrascoso, creo que deberías explicarte —maulló Estrella de Fuego con voz tranquila, aunque Glayino percibió que estaba preocupado por los dos gatos que habían sido acogidos por el Clan del Trueno.

El guerrero comenzó a contar la historia de los intrusos en las montañas, pero Glayino no se molestó en escucharla. Él la había vivido en persona y estaba mucho más interesado en averiguar cómo lo había hecho. «De algún modo, he conseguido meterme en los recuerdos de Rivera…». Intentó hacerlo de nuevo, pero la gata montañesa estaba demasiado concentrada en el relato de Borrascoso y en la reacción de los demás. Sus recuerdos estaban bloqueados.

Borrascoso se interrumpió al oír que varios gatos entraban por el túnel de espinos.

—¡Estrella de Fuego! —exclamó Zarzoso—. ¡Hemos captado olor a intrusos…!

—Los intrusos están aquí —contestó Estrella de Fuego.

Glayino reparó en que Zarzoso iba acompañado de Esquiruela y Tormenta de Arena.

—¡Garra! ¡Noche! —maulló Esquiruela—. Me había parecido reconocer el olor de la tribu.

—Es raro pensar que nuestros padres hayan pasado tanto tiempo con la tribu —susurró Leonino.

—Bueno, nosotros no somos los únicos que podemos vivir aventuras —ronroneó Carrasquera.

—Es genial volver a veros —continuó Esquiruela—. Pero ¿por qué habéis venido? —Hizo una pausa antes de añadir—: ¿Y por qué todos ponen una cara como si se estuviera cayendo el cielo?

—Creo que será mejor que escuches lo que Borrascoso tiene que contarnos —maulló Estrella de Fuego.

El guerrero gris siguió con la historia. Después de haberlo visto en los recuerdos de Rivera, Glayino ya podía imaginárselo tal como era: fuerte, de pelaje lustroso, con una furia abrasadora en sus ojos ámbar.

—Poco después de que los clanes prosiguieran el Gran Viaje, otro grupo de gatos desconocidos llegó a las montañas.

—Al principio pensamos que solo estaban de paso —intervino Rivera—. Los habríamos recibido como invitados durante un tiempo…

—Pero dejaron bien claro que querían instalarse allí —prosiguió Borrascoso—. Tomaron presas de la tribu, incluso empezaron a cazar cerca de nuestra cueva.

—Ladrones pulgosos —gruñó Garra.

—Nunca habíamos tenido que compartir nuestro territorio —maulló Rivera—. Habíamos echado a algunos solitarios, pero no sabíamos qué hacer con un grupo de gatos tan numeroso.

Su compañero retomó la narración:

—Yo pensé que teníamos que demostrar nuestra fuerza para defender nuestro territorio, y conduje a la tribu a una batalla para que los intrusos supieran que no les sería tan fácil invadir nuestras montañas y llevarse nuestras presas.

—Nos hicieron pedazos —maulló Noche, rabiosa.

—Los gatos de tribu no están entrenados para pelear como los guerreros de clan —explicó Borrascoso—. Perdimos la batalla y algunos gatos murieron. —Vaciló, y, cuando volvió a hablar, su voz rebosaba pesar—: Peñón fue uno de ellos.

—¡¿Peñón está muerto?! —exclamó Esquiruela—. Oh, no… Él nos ayudó cuando nos quedamos atrapados en la nieve durante el Gran Viaje.

—Todos los que lo conocimos lo echaremos de menos —declaró Zarzoso.

—Narrarrocas me culpó a mí de las muertes. —La voz de Borrascoso sonó tan amarga como las bayas mortales—. Me expulsó de la tribu y Rivera insistió en marcharse conmigo.

—¿Qué otra cosa podía hacer? —maulló la gata montañesa en voz baja, como si sus palabras fueran solo para Borrascoso.

Glayino volvió a verlos en la cueva, uno junto al otro, mientras desafiaban al líder de la tribu.

—¿Y qué otra cosa podía hacer nuestro líder? —replicó Garra—. Perdimos vidas, tenía que hacer algo.

—¡Nos dijo que estábamos muertos para la tribu! —La voz de Rivera, tan dulce unos segundos antes, se transformó en un bufido furioso.

—¡No puedo creer que los gatos de la tribu se hayan atrevido a venir hasta aquí! —susurró Carrasquera al oído de Glayino—. ¡Y a pedir ayuda, después de lo que hicieron!

—Lo siento muchísimo, Borrascoso —maulló el lugarteniente del Clan del Trueno con voz profunda—. Deberías habérnoslo contado antes.

—¿Y de qué habría servido? Tú nos acogiste de buen grado. Ahora somos gatos del Clan del Trueno.

Glayino percibió que Rivera murmuraba algo, demasiado bajo para que pudiera entenderlo. «Ella no es miembro del Clan del Trueno —pensó—. Es una gata de tribu y siempre lo será. Aquí nunca se ha sentido en su casa».

Intentó volver a colarse en sus recuerdos y, aunque no lo consiguió, notó que su mente estaba llena de rocas, viento y cascadas, y de aves que chillaban en lo alto, con unas alas tan grandes que su sombra podría cubrir a toda una patrulla.

Su atención regresó de golpe al claro cuando Garra tomó la palabra de nuevo:

—Hemos venido a pediros ayuda.

Borrascoso dio un respingo brusco, pero no lo interrumpió.

—Narrarrocas se equivocaba. —El guardacuevas sonó incómodo—. Los invasores están robándonos todas las presas, y la tribu se está muriendo de hambre.

—¿Y crees que eso es problema mío? —preguntó Borrascoso, glacial.

—Entiendo cómo debes de sentirte —maulló Garra—. A mí me desterraron una vez, cuando fracasé en el intento de matar a Colmillo Afilado, y sé lo que es eso. Pero…

—Pero, gracias a Borrascoso y los demás gatos de clan, pudiste regresar a la tribu —le recordó Rivera.

—Es cierto. Aun así, también fui capaz de perdonar a la tribu cuando supe que podía hacer algo para ayudarla. Además, Rivera, tú eres mi hermana, y te echo de menos. Me gustaría que volvieras a casa. Aunque ahora vivas bajo la sombra de los árboles y camines sobre la hierba, sigues perteneciendo a la tribu.

Glayino oyó que Rivera soltaba un largo suspiro.

—Volveré contigo. No puedo permitir que mis compañeros de tribu sufran, no si hay algo que yo pueda hacer por ellos. Borrascoso… —continuó con la voz quebrada—, tú no tienes por qué venir. No eres un gato de tribu…

—«A donde vayas tú, iré yo» —contestó el guerrero—. Eso es lo que dijiste cuando Narrarrocas me desterró. ¿Acaso piensas que yo no haría lo

mismo por ti? Jamás perdonaré a Narrarrocas que me matara a ojos de la tribu, pero esa no es razón para permitir que los tuyos sufran.

—Yo también iré —se sumó Zarzoso, y Glayino plantó las orejas, asombrado—. Mis pasos ya se cruzaron con los de la tribu en el pasado. Honraré nuestra amistad.

Glayino notó la sorpresa de Borrascoso.

—No tienes por qué hacerlo —maulló.

—Sí, claro que sí. Lo que la tribu necesita ahora son guerreros fuertes y que estén en buena forma. ¿Cómo van a defenderse si están debilitados por el hambre y las luchas constantes?

—¡Yo también iré con vosotros! —exclamó Esquiruela, completamente decidida—. La última vez no lograste impedírmelo, y entonces ni siquiera era guerrera.

—¿Estrella de Fuego? —preguntó Zarzoso—. ¿Qué opinas? ¿Podemos ir?

A Glayino se le encogió el estómago mientras esperaba la respuesta del líder. Aún no se había planteado qué podía significar todo aquello para él, pero sabía que para los guerreros del Clan del Trueno era realmente importante ir a las montañas. Aun así, Zarzoso era el lugarteniente… ¿Permitiría Estrella de Fuego que abandonara a sus compañeros de clan?

—Sí, podéis ir —maulló el líder al cabo—. La tribu ofreció cobijo y comida a los clanes durante el Gran Viaje. Ha llegado el momento de que nosotros los ayudemos a ellos. Por supuesto, todo esto también lo hacemos por Borrascoso y Rivera —añadió—. Habéis sido leales gatos del Clan del Trueno, y estamos en deuda con vosotros por la ayuda que nos prestasteis después del ataque de los tejones.

—Gracias —respondió Garra, con la voz ronca de alivio—. Todos los gatos de la Tribu de las Aguas Rápidas os dan las gracias por esto.

Glayino notó el entusiasmo y el propósito compartido de los guerreros. Un propósito que él también deseaba compartir con todas sus fuerzas. Sin embargo, aunque unos guerreros del Clan del Trueno fueran a viajar hasta las montañas, ¿dejarían que un aprendiz se les uniera?

10

Leonino notó un hormigueo de emoción por todo el cuerpo. El momento que tanto había anhelado estaba allí: su oportunidad de ir a las montañas. Cuatro gatos del Clan del Trueno no bastarían para enfrentarse a los invasores, no si los intrusos eran tan fuertes como decían Borrascoso y Garra. Estaba seguro de que el Clan Estelar había dispuesto todo aquello para que él pudiera ir. Quería conocer a la tribu, saber más de ella y enseñarle cómo vivían los auténticos guerreros.

Arañó el suelo arenoso de la hondonada mientras las altas paredes de piedra se alzaban imponentes sobre él. Jamás se había sentido tan encerrado. El peso de la roca parecía aplastarlo. Quería subir corriendo al risco más cercano, atravesar a la carrera el bosque y las colinas y seguir hasta las montañas, notando el viento en el pelaje…

—Tranquilízate —maulló Glayino—. ¡Es muy poco probable que se lleven a un aprendiz con ellos!

Leonino puso los ojos en blanco.

—Glayino, me gustaría que dejaras de leerme el pensamiento.

—¿Estás diciendo que quieres ir a las montañas? —le preguntó Carrasquera.

—Necesitarán más gatos, ¿no? —señaló el joven, listo para defenderse—. Cuatro guerreros no son suficientes. Aunque Glayino probablemente tenga razón —añadió, desilusionándose al comprender que lo que la tribu necesitaba eran guerreros experimentados—. No se llevarán a un aprendiz.

—Carrasquera también quiere ir, y yo no voy a ser menos —anunció Glayino de repente—. Zarzoso y Esquiruela se van, así que ¿por qué no les preguntamos si podemos ir nosotros también? Aunque nos digan que no, no van a arrancarnos la piel solo por preguntar.

—¿De verdad quieres ir? —le preguntó Leonino a Carrasquera.

Ella se levantó de un salto, esponjando el pelo de la cola y agitando los bigotes.

—Quiero descubrir cómo vive la tribu. Nunca he conocido gatos distintos de nosotros. Podríamos aprender mucho.

Glayino le dio la razón con un ronroneo de asentimiento, aunque no dijo nada sobre sus propios motivos. «Pero así es mi hermano —reflexionó Leonino—, siempre entierra sus pensamientos como si fueran presas escondidas en sus madrigueras».

—Yo también quiero conocer los territorios que se extienden más allá del bosque —confesó Leonino—. Sé que este es el hogar del Clan del Trueno, pero ahí fuera hay montones de cosas, y me gustaría saber cómo son.

—Bueno, en ese caso, tal vez deberíamos… —Carrasquera se interrumpió al ver que Estrella de Fuego se ponía en pie.

—Tenemos que hablar largo y tendido sobre el tema —maulló el líder—, pero mi guarida es demasiado pequeña para todos los gatos implicados. Vayamos al bosque. —Y, volviéndose hacia los demás gatos que estaban escuchando, añadió—: Látigo Gris, Tormenta de Arena, Hojarasca Acuática, venid vosotros también.

Leonino se quedó mirando cómo el grupo se dirigía hacia el túnel de espinos. El resto del clan parecía reacio a volver a sus guaridas o a sus tareas, y todos se apiñaron en el centro del claro con ojos dubitativos.

—No creo que debamos poner en peligro a nuestros guerreros para ayudar a la tribu —protestó Zancudo lo bastante alto para que lo oyeran los que estaban saliendo del campamento—. ¿Es que no tenemos bastante con nuestros propios problemas?

Estrella de Fuego agitó las orejas como si hubiera oído al joven guerrero, pero siguió su camino y se internó en el túnel sin detenerse a contestar.

—Las cosas están bastante tranquilas ahora —apuntó Candeal.

—Candeal tiene razón. —Cenizo, que estaba sentado entre Nimbo Blanco y Centella, se levantó—. Podemos prescindir de unos pocos guerreros. Además, creo que Zarzoso está haciendo lo correcto al ayudar a la tribu. ¿Es que ya no recordáis lo que ellos hicieron por nosotros durante el Gran Viaje? Si no nos hubieran ayudado, habríamos muerto en la nieve.

—¡Bueno, pues yo creo que eso no son más que tonterías! —Musaraña se plantó ante Cenizo sacudiendo su flacucha cola marrón—. Si los gatos de la tribu no saben defender sus propias fronteras, es problema suyo, no nuestro.

Rabo Largo se le acercó y le tocó el lomo con la punta de la cola.

—A mí me encantaría volver a las montañas —dijo con melancolía—. Sé que no pude ver dónde vivía la tribu, pero disfruté mucho de los espacios abiertos y la brisa en el pelo, y de todos los olores que el viento arrastraba desde muy lejos.

—¡A mí también me gustaría regresar! —A Betulón se le iluminó la cara al recordar aquellos días—. ¡El Gran Viaje fue muy divertido! Yo tenía tres buenos amigos en el Clan de la Sombra: Sapillo, Pomina y Tarquín. Me pregunto cómo serán ahora.

—¿Y a quién le importa eso?

Bayo sacudió la cola, y a Leonino le pareció ver un destello de envidia en los ojos del guerrero de color tostado.

—Los gatos del Clan de la Sombra ya no pueden ser tus amigos. ¿Acaso has olvidado que estuvieron a punto de despellejarte en la frontera?

«¿Y de quién fue la culpa?», pensó Leonino para sus adentros mientras Betulón se quedaba cabizbajo.

—Además —continuó Bayo—, yo no sé qué tienen de especial las montañas. Suena a lugar desierto y frío, sin presas.

—Tú no sabes nada de eso —intervino Manto Polvoroso con voz áspera y entornando los ojos—. No estuviste allí.

Mientras Bayo le daba la espalda groseramente al veterano guerrero, Leonino les hizo una seña a sus hermanos para apartarse un poco y que los demás no los oyeran.

—¡¿No os dais cuenta?! —exclamó—. Si Betulón pudo atravesar las montañas y sobrevivir cuando no era más que un cachorrito, ¿por qué no van a poder ir aprendices como nosotros? Incluso tú podrías venir sin problemas —añadió dirigiéndose a Glayino—. Al fin y al cabo, Rabo Largo también lo consiguió.

Vio que su hermano empezaba a erizar el pelo del cuello, pero Leonino estaba demasiado emocionado para preocuparse por si lo había ofendido. Si Glayino quería ponerse quisquilloso cada vez que alguien mencionaba su ceguera, era problema suyo.

—Tenemos que ir en busca de Estrella de Fuego y pedírselo ahora mismo —maulló—. Antes de que Zarzoso y los demás se marchen.

Miró a su alrededor para ver si alguien estaba fijándose en ellos, pero los gatos reunidos ya habían empezado a dispersarse. Nimbo Blanco llamó a Acedera y a Manto Polvoroso para salir a cazar, mientras que los veteranos regresaban a su guarida. Dos o tres de los guerreros restantes fueron al montón de la carne fresca a escoger una pieza, y, delante de la maternidad,

Dalia y Mili se desperezaron bajo la luz del sol y comenzaron a compartir lenguas con los cachorros saltando entre ellas.

—¡Rápido, aprovechemos que nuestros mentores están distraídos! —exclamó Carrasquera señalando con las orejas a Cenizo y Fronde Dorado, que estaban charlando en mitad del claro.

Los dos hermanos la siguieron a través del campamento y del túnel de espinos. Cuando los tres estuvieron en el bosque, Carrasquera se volvió hacia Glayino.

—Venga, tú eres el que tiene mejor olfato. ¿Por dónde ha ido Estrella de Fuego?

El rastro oloroso que habían dejado el líder del clan y sus acompañantes había empezado a desvanecerse, pero Leonino todavía pudo distinguirlo entre los distintos aromas del bosque gracias al extraño olor de los gatos de la tribu.

—¿Sabes? —le dijo Leonino a su hermana mientras seguían a Glayino a través de los árboles—. Acabo de darme cuenta de que ahora Rivera huele como un miembro del Clan del Trueno. ¿Crees que podrá acostumbrarse a sus compañeros de tribu cuando regrese de nuevo con ellos?

Carrasquera lo miró de reojo.

—Eso tendrá que decidirlo Narrarrocas. Parece que él habla por la tribu.

—A mí me parece que ese tal Narrarrocas parlotea demasiado —maulló Glayino—. Me alegro de que Estrella de Fuego no sea así.

Guio a sus hermanos por el bosque, hasta que Leonino oyó el sonido de las olas en la orilla del lago. El olor a gatos era muy fuerte allí. Glayino trepó sigilosamente a lo alto de una pequeña elevación y separó las hojas de un helecho con mucho cuidado. Sin hablar, hizo una seña con la cola para que sus hermanos se unieran a él.

Al otro lado de los helechos, el suelo descendía hacia un claro soleado con una alfombra de musgo y hojas muertas. En el otro extremo, el lago apenas era visible entre los árboles. Una brisa susurraba a través de las hojas, soplando hacia los tres aprendices, de modo que el grupo de guerreros no podría captar su olor.

Estrella de Fuego estaba sentado en mitad del claro, con las patas metidas debajo del pecho.

—Esquiruela, tendrás que buscar un mentor temporal para Raposino —maulló.

La gata asintió con la cabeza.

—Me gustaría pedírselo a Acedera, si te parece bien. Nunca ha tenido un aprendiz, así que también sería una buena experiencia para ella.

—Acedera sería una mentora estupenda —coincidió Hojarasca Acuática con cariño.

—Bien, hablaré con ella cuando regresemos al campamento. —Estrella de Fuego se volvió hacia Zarzoso—. No estoy seguro de que cuatro guerreros sean suficientes para ayudar a la tribu. Pero no me atrevo a debilitar al Clan del Trueno mandando a más con vosotros.

Carrasquera le dio un empujoncito a Leonino.

—Quizá eso nos dé una oportunidad a nosotros —susurró.

—Yo también he pensado en eso —le contestó Zarzoso al líder—. Me gustaría que nos acompañaran gatos de los cuatro clanes. Los que vinieron con nosotros en el primer viaje, cuando fuimos en busca de Medianoche al lugar donde se ahoga el sol.

Leonino empujó a Glayino y agitó las orejas para indicarle a Carrasquera que bajaran hasta un arbusto de acebo, donde podrían esconderse para ver y oír todo lo que estaba pasando. Cuando se acomodaron entre las ramas, apretujados, Estrella de Fuego comenzó a hablar de nuevo.

—Eso tendría sentido —maulló el líder respondiendo a Zarzoso—. Los gatos que conocen a la tribu desde hace más tiempo deberían ser los que se mostraran más dispuestos a ir.

—Sería estupendo volver a ver a Corvino Plumoso y Trigueña —comentó Garra.

—Esto no forma parte del código guerrero —continuó Estrella de Fuego —. No puedo pedirle a nadie que vaya, a menos que quiera ir… Y, por supuesto, no puedo hablar por los gatos de otros clanes. Aunque creo que ayudar a la tribu es lo correcto.

Leonino estaba confundido.

—Si es lo correcto, ¿por qué no está en el código guerrero?

—Sí que lo está —replicó Carrasquera—. El código guerrero dice que podemos ayudar a otros clanes con problemas. Es evidente que Estrella de Fuego está pensando en la tribu como si fuera otro clan.

—Entonces, está decidido —maulló Estrella de Fuego—. Esquiruela, tú irás al Clan del Viento para hablar con Corvino Plumoso, y Zarzoso puede ir al Clan de la Sombra para hablar con Trigueña.

—No es necesario que vayamos al Clan del Río —intervino Borrascoso, y Leonino sintió un hormigueo de compasión al ver la tristeza de su mirada—. Plumosa fue la elegida para la misión, y murió en las montañas. Yo la acompañé en el viaje, así que ahora representaré al Clan del Río.

Los gatos del claro guardaron silencio unos segundos, y Esquiruela posó la cola sobre el lomo de Borrascoso para consolarlo.

—La tribu siempre honrará la memoria de Plumosa —maulló Noche en voz baja.

Glayino se estremeció.

—Ese es un buen plan —dijo Garra finalmente—. Narrarrocas os conoce a vosotros cinco mejor que a los otros gatos de clan, así que es más probable que se fíe de vosotros.

—¿Qué? —Rivera agachó las orejas y se volvió hacia su hermano—. Narrarrocas no os ha enviado a buscarnos, ¿verdad?

Garra y Noche miraron al suelo. La cola de Garra temblaba por la tensión.

—No… exactamente —masculló, y luego añadió—: Pero estoy seguro de que se alegrará al saber que vais a ayudarnos.

—Genial —maulló Borrascoso con amargura—. Volverá a decirme que estoy muerto…

Rivera restregó el hocico contra el del guerrero gris.

—Por favor, Borrascoso, tenemos que hacerlo. Narrarrocas no será el sanador eternamente, y la tribu se merece perdurar más allá de la vida de su líder.

—Por lo que dicen Garra y Noche, no tenemos mucho tiempo —maulló Estrella de Fuego—. Zarzoso, debes irte ya al Clan de la Sombra.

—¡Y vosotros tres ya podéis salir de vuestro escondite! —Esquiruela se puso en pie y se quedó mirando fijamente el arbusto de acebo.

—¡Cagarrutas de zorro! —masculló Carrasquera—. Acabaremos quitándoles las garrapatas a los veteranos en lugar de ir a las montañas.

—¡Vamos! —insistió Esquiruela—. Si no quieres que te vean, Leonino, no deberías dejar la cola a la vista.

Ardiendo de vergüenza, Leonino salió del arbusto y bajó hacia el claro hasta donde estaba su madre.

—¡Cabeza de chorlito! —bufó Carrasquera siguiéndolo con Glayino.

—No deberíais espiar —maulló Esquiruela muy seria cuando tuvo a los tres aprendices delante—. Los gatos que escuchan a escondidas pueden oír cosas que no quieren oír.

—Pero ¡teníamos que escuchar! —se quejó Leonino—. ¡Queremos ir con vosotros!

A Esquiruela se le salieron los ojos de las órbitas, y Zarzoso erizó el pelo del cuello, alarmado. Para su alivio, Leonino vio que Estrella de Fuego le dedicaba un guiño divertido.

—No te enfades con ellos —le dijo el líder a Esquiruela—. Me recuerdan a cierta aprendiza que insistió en ir a un viaje al que nadie la había invitado.

Esquiruela sacudió la cola con fuerza y soltó un resoplido que le estremeció los bigotes.

—¿Por qué queréis ir? —preguntó Estrella de Fuego.

Leonino estaba abriendo la boca para responder, pero Carrasquera le dio un empujón.

—Nosotros también queremos ayudar a los gatos de la tribu —anunció la joven—. Leonino y yo somos buenos luchadores, y Glayino… bueno, Glayino puede curar a los heridos.

—Muchas gracias —masculló Glayino.

—Glayino puede hacer mucho más que eso —maulló Hojarasca Acuática con calma.

El aprendiz dio un respingo, sorprendido al descubrir que la curandera estaba a su lado.

—Por si mi opinión sirve de algo —continuó la gata—, yo creo que deberíais dejarlos ir. Cuando vivíamos en el bosque, todos los aprendices viajaban hasta la Boca Materna para visitar la Piedra Lunar antes de convertirse en guerreros. Parece que hemos dejado atrás esa costumbre, pero yo creo que, para los aprendices, es muy valioso hacer un viaje largo. Deben saber qué hay más allá de sus territorios.

Al oír cómo Hojarasca Acuática expresaba con palabras los anhelos de su mente, Leonino sintió que una oleada cálida lo recorría desde los bigotes hasta la punta de la cola.

—Por favor, ¿podemos ir? —suplicó.

—Yo estoy de acuerdo con Hojarasca Acuática —intervino Tormenta de Arena—. No se pierde nada por conocer a otros gatos y ver cómo viven. —Su mirada se clavó durante unos segundos en la de Estrella de Fuego, como si ambos estuvieran rememorando vivencias compartidas.

—Zarzoso, ¿qué piensas tú? —preguntó el líder—. Serán una responsabilidad añadida, y podría ser muy duro para ellos. Un trayecto largo y penoso, y una batalla al final del camino.

—Estoy seguro de que mis cachorros podrán arreglárselas. —El lugarteniente miró a los tres aprendices con un brillo de aprobación en los ojos—. Estaría orgulloso de presentarlos ante la Tribu de las Aguas Rápidas.

—¿Incluso sin estar seguros de cuál va a ser el recibimiento? —le recordó Borrascoso quedamente.

Nadie respondió a su pregunta. En vez de eso, Zarzoso se puso en pie.

—¿Estás listo? —le preguntó a Leonino.

—¿Para qué? —contestó el joven, sintiendo una mezcla de emoción y nerviosismo.

—Tenemos que ir al Clan de la Sombra para ver si Trigueña se viene con nosotros —le recordó su padre.

—¡Genial! —Leonino no pudo evitar saltar de alegría, pero luego se quedó inmóvil, avergonzado de comportarse como un cachorrito bobo—. Estoy deseando conocer a los hijos de Trigueña. Somos parientes —añadió, intentando sonar más digno.

Esquiruela lanzó una mirada breve a Hojarasca Acuática y luego se volvió hacia su hija.

—Carrasquera, ¿quieres venir conmigo al Clan del Viento a preguntarle a Corvino Plumoso si nos acompaña?

—¿Y qué pasa conmigo? —quiso saber Glayino.

—Tú y yo volvemos al claro —le contestó Hojarasca Acuática—. Tenemos que preparar las hierbas para el viaje.

—Si los demás gatos acceden a ir —maulló Estrella de Fuego—, traedlos al campamento. Podéis marcharos por la mañana.

—Bien. Andando, Carrasquera.

Esquiruela ondeó la cola y echó a caminar entre los árboles, en dirección a la frontera del Clan del Viento. Carrasquera corrió tras ella, tropezando casi con sus propias patas por la emoción.

—¿Todo listo, Leonino? —preguntó Zarzoso.

Leonino asintió. La idea de traspasar la frontera de otro clan le oprimía el pecho.

—¡Buena suerte a todos! —exclamó Estrella de Fuego.

Leonino esperó hasta que el pelaje negro de Carrasquera desapareció entre los helechos. Luego dio media vuelta y se internó en el sotobosque, siguiendo a su padre.

11

El viento azotó el pelo de Leonino mientras corría hacia la frontera del Clan de la Sombra. Nada podía superar aquel momento, corriendo al lado de su padre, con una importante misión a la vista y con la oportunidad de demostrar su valía. Estaba orgulloso de lo bien que le seguía el ritmo a Zarzoso; aunque no era tan grande como él, tenía las patas casi igual de largas.

—Cuidado —lo avisó Zarzoso—. Hay un árbol caído más adelante.

Leonino ya lo había visto. Era un haya de corteza lisa y gris, que habían abatido las tormentas de la última estación sin hojas. Unas pocas hojas seguían colgando de sus ramas, agitadas por el viento. Zarzoso bordeó las raíces, pero el joven aprendiz trepó al tronco, izándose hasta lo alto con las patas traseras, y avanzó entre las ramas hasta que pudo saltar por el otro lado.

Quería demostrarle a Zarzoso lo veloz y fuerte que podía ser, de modo que, cuando un pequeño arroyo se cruzó en su camino, tensó los músculos y dio un gran salto sobre el agua. Estiró las zarpas en dirección a una roca plana de la otra orilla, pero, justo antes de aterrizar, un mirlo salió volando de un arbusto de avellano y lanzó un grito estridente de alarma.

Sobresaltado, Leonino aterrizó con torpeza, las patas traseras le resbalaron, y el agua le empapó las ancas y la cola.

—¡Cagarrutas de ratón! —bufó, arañando la roca para salir.

Zarzoso lo esperaba en la ribera con un brillo divertido en sus ojos ámbar.

—Tómatelo con calma —ronroneó—. No eres miembro del Clan del Río, y no tenemos tiempo para pescar.

—Lo siento —masculló el joven.

Se dio una buena sacudida para secarse y esparció relucientes gotitas de agua por aquí y por allá.

Cuando se fueron acercando al territorio del Clan de la Sombra, Zarzoso redujo la velocidad y se detuvo en la frontera, no muy lejos del árbol muerto.

—¿A qué estamos esperando? —quiso saber Leonino.

—A que pase una patrulla del Clan de la Sombra —respondió el lugarteniente—. Ella nos escoltará hasta su campamento.

—Pero tú ya sabes dónde está su campamento —protestó Leonino flexionando las garras con frustración—. ¡No vamos a atacarlos! ¿Por qué no podemos ir sin más?

—Porque Estrella Negra no lo verá así. —Zarzoso lo miró, ahora con expresión seria—. Hemos venido a llevarnos a una de sus guerreras a un viaje largo y peligroso para ayudar a un grupo de gatos que no tiene nada que ver con nosotros. No le gustará, y no lo culpo. Además, el código guerrero nos prohíbe traspasar la frontera de otro clan, tanto si vamos en son de paz como si no. Así que esperaremos. —Se sentó justo en el borde de la frontera del Clan del Trueno y enroscó la cola sobre las patas—. Si quieres hacer algo útil, podrías atusarte ese pelo mojado. No quiero que el Clan de la Sombra piense que los aprendices del Clan del Trueno no saben cuidar de sí mismos.

A Leonino se le había empezado a secar el pelo, y algunos mechones se habían apelmazado en penachos enredados. Se sentó para lavarse a fondo, estirando el cuello por encima del lomo para llegar hasta el último pelo. Cuando terminó, seguía sin haber rastro alguno de guerreros del Clan de la Sombra.

—¿Es que nunca patrullan sus fronteras? —refunfuñó dándole un manotazo a un escarabajo que estaba subiendo por una brizna de hierba, cerca de su hocico.

Zarzoso se había puesto cómodo, metiendo las patas debajo del pecho, y estaba disfrutando del sol con los ojos entornados.

—No tardarán en aparecer. Puedes intentar cazar algo, si quieres, pero asegúrate de mantenerte en este lado de la frontera.

Leonino se levantó de un salto, pero, antes de que pudiera localizar alguna presa, oyó un susurro de cuerpos entre los helechos, a unos pocos zorros de distancia. Una patrulla del Clan de la Sombra apareció entre las frondas y se dirigió a la frontera. Leonino reconoció a Bermeja, la lugarteniente del clan, pero los otros dos, un joven marrón oscuro y una gata negra, blanca y parda, le eran desconocidos.

En cuanto descubrió a Leonino y Zarzoso esperando junto a la frontera, el joven marrón oscuro exclamó:

—¡Intrusos! Sabía que los había olido.

Y corrió hacia ellos erizando el pelo.

—¡Sapero, espera! —Bermeja lo adelantó y se acercó a Zarzoso—. ¿Qué quieres?

—Hola, Bermeja. —Zarzoso la saludó inclinando la cabeza y pasando por alto el tono hostil de la lugarteniente—. No pretendíamos molestar. Solo estábamos esperando una escolta que nos llevara hasta vuestro campamento. Necesitamos hablar con Estrella Negra.

Bermeja agitó los bigotes con recelo.

—¿Y qué es eso tan importante que no puede esperar hasta la Asamblea?

—Una decisión que Estrella Negra debe tomar hoy mismo.

La lugarteniente del Clan de la Sombra sacudió la cola. Leonino supuso que estaba furiosa porque Zarzoso no iba a contarle de qué se trataba. De mala gana, la guerrera dio un paso atrás haciendo un gesto con la cabeza para invitar a Zarzoso y Leonino a cruzar la frontera.

—Yedra —le dijo a la gata tricolor—, ve corriendo al campamento para avisar a Estrella Negra. Sapero, mantén vigilada la retaguardia. Debemos asegurarnos de que no haya más guerreros del Clan del Trueno merodeando.

Y, dicho eso, dio media vuelta y empezó a andar, seguida tranquilamente por Zarzoso. Detrás de ellos, Sapero se arrimaba a Leonino clavándole una mirada feroz.

—Ni se te ocurra pensar en desenvainar las garras —le bufó al aprendiz.

—No te preocupes, no lo haré —replicó Leonino.

Se acordó de lo que había dicho Betulón en el campamento, cuando les contó que se había hecho amigo de unos cachorros del Clan de la Sombra durante el Gran Viaje. Sapillo era uno de los nombres que había mencionado, así que aquel joven guerrero debía de ser el mismo gato.

—¿Te acuerdas de Betulino? —preguntó, intentando mostrarse más amistoso—. Ahora es Betulón.

—¿Y? —Sapero sonó igual de hostil.

—Hoy mismo nos ha hablado de ti. Decía que tú y tus hermanos habíais sido buenos amigos suyos.

Por un instante le pareció ver una sombra de tristeza en los ojos de Sapero, pero desapareció antes de que pudiera estar seguro.

—Eso fue en el Gran Viaje —replicó Sapero—. Entonces las cosas eran diferentes. Ahora soy un guerrero del Clan de la Sombra.

Leonino contuvo un suspiro. ¿Por qué no podía uno ser un guerrero leal y tener amigos en otros clanes? Se preguntó si las cosas habrían sido mejores durante el Gran Viaje, cuando no había fronteras y no estabas obligado a ser enemigo de los otros gatos para defender tu territorio.

Sin embargo, ahora no era momento de pensar en eso. No cuando Bermeja los estaba internando cada vez más en el territorio del Clan de la Sombra. El joven agitó los bigotes al bordear la vacía extensión de hierba que los Dos Patas ocupaban en la estación de la hoja verde. Patrullando las fronteras, había visto las guaridas lisas y verdes que los Dos Patas montaban en el suelo, pero jamás se había acercado a ellas. Saboreó el olor de los Dos Patas mientras Bermeja los guiaba alrededor del claro, agazapada entre las sombras de los helechos, pero no había gritos de Dos Patas ni el menor rastro de ellos.

Cuando dejaron atrás el claro, a Leonino le sorprendió descubrir que el bosque que había al otro lado se parecía mucho al del territorio del Clan del Trueno. Sin embargo, poco a poco, los robles y las hayas, que le eran tan familiares, fueron dando paso a pinos altos y oscuros, con sombras picudas ocultas entre las ramas. El trino de los pájaros resonaba extrañamente en los estrechos troncos sin hojas. Un poco más adelante, la vegetación de helechos y zarzas fue desapareciendo, hasta que los gatos se encontraron atravesando un sotobosque desierto, con una espesa alfombra marrón de agujas de pino.

Reprimiendo un escalofrío, Leonino apretó el paso para alcanzar a Zarzoso y caminar a su lado. Su padre le lanzó una mirada comprensiva y le pasó la cola por el hombro para animarlo.

Finalmente, Leonino comenzó a captar el olor mezclado de muchos gatos. Bermeja los llevó por una ladera corta, a través de una barrera de arbustos que crecían a lo largo de la cima.

—Esperad aquí —les ordenó a los dos gatos del Clan del Trueno.

Y descendió por el otro lado de la loma hasta una hondonada extensa, mientras Sapero se quedaba a vigilar a Leonino y Zarzoso, mirándolos con desconfianza a un par de colas de distancia.

—¿Es este el campamento del Clan de la Sombra? —le susurró Leonino a su padre—. Parece muy abierto.

—Nosotros somos afortunados de tener los muros rocosos como protección —contestó el lugarteniente.

Al fijarse un poco más, Leonino empezó a ver que aquel campamento era bastante similar al suyo, aunque al principio le hubiera parecido muy distinto. Bermeja había desaparecido por una grieta detrás de una gran peña, y el aprendiz supuso que eso sería la guarida del líder. No muy lejos de allí, había un matorral de zarzas que probablemente era la guarida de los aprendices, y justo delante de la entrada había un tronco lleno de marcas de garras, que los jóvenes debían de utilizar para afilarse las uñas.

Leonino se sobresaltó cuando, del tejo que crecía en la loma justo a sus pies, brotó un chillido.

—¡Este musgo está chorreando! ¡Cuando pille a ese aprendiz le arrancaré el pellejo!

—La guarida de los veteranos —le susurró Leonino a su padre—. Me imagino que son igualitos en todas partes.

La reaparición de Bermeja lo distrajo de su estudio del campamento. Estrella Negra salió tras ella por la grieta de detrás de la peña y saltó a un tocón que había en mitad del claro. Bermeja le hizo una seña a Sapero con la cola, y el guerrero marrón escoltó a Leonino y Zarzoso cuesta abajo, hasta que quedaron frente al líder del Clan de la Sombra. El joven aprendiz sintió que las miradas curiosas de los guerreros del clan rival le abrasaban la piel, y oyó los murmullos que intercambiaban. No sonaban muy amistosos.

Leonino ya había visto a Estrella Negra en las Asambleas, pero nunca había estado tan cerca de él. Tragando saliva nerviosamente, se dio cuenta de que el gato blanco era un guerrero muy poderoso. Un solo manotazo de una de sus enormes patas negras podría destrozarle la oreja a un gato. Se preguntó qué haría Zarzoso si Estrella Negra lo atacara. ¿Sería su padre lo bastante fuerte y hábil para vencerlo y escapar del territorio del Clan de la Sombra?

Por suerte, Estrella Negra parecía tranquilo, aunque no muy hospitalario.

—Zarzoso —maulló—, ¿qué estás haciendo en nuestro territorio?

—He venido a hablar con mi hermana, Trigueña.

—¿Y si ella no quiere hablar contigo? —intervino Bermeja en tono cortante.

Estrella Negra levantó la cola para indicar a su lugarteniente que guardara silencio.

—¿Qué quieres de ella? —le preguntó a Zarzoso.

A Leonino se le encogió el estómago mientras su padre les contaba a los gatos del Clan de la Sombra la aparición de Garra y Noche, y el problema en que estaba metida la Tribu de las Aguas Rápidas.

—Estrella de Fuego ha accedido a que Esquiruela y yo vayamos a las montañas para ayudar a los miembros de la tribu —concluyó—. Hemos pensado que debíamos invitar a Trigueña y a Corvino Plumoso a que nos acompañen. Ellos conocen bien a la tribu del primer viaje que hicimos todos juntos…

—¡¿Qué?! —exclamó Bermeja antes de que Estrella Negra pudiera responder—. ¿Te atreves a venir aquí con la intención de llevarte lejos a una de nuestras guerreras?

Estrella Negra la hizo callar con el mismo gesto de la cola.

—Vas a conseguir que estos gatos del Clan del Trueno piensen que no queremos cooperar —le dijo a su lugarteniente—. ¿Qué tal si le preguntamos a Trigueña qué quiere hacer? La decisión es suya.

Leonino le lanzó una mirada a su padre, pero Zarzoso evitó sus ojos. Estaba claro que Estrella Negra esperaba que Trigueña decidiera quedarse con sus compañeros de clan y con sus cachorros.

El líder del Clan de la Sombra se bajó de un salto del tocón de árbol y echó a andar hacia un zarzal del extremo más alejado, guiando a los gatos del Clan del Trueno.

—Esta es nuestra maternidad —anunció—. Podéis entrar a ver a Trigueña.

Zarzoso le dio las gracias inclinando levemente la cabeza y se coló por la estrecha entrada. Leonino lo siguió y, para su alivio, Estrella Negra se quedó fuera.

La maternidad del Clan de la Sombra era más grande que la del Clan del Trueno, pero igual de acogedora; también tenía el suelo cubierto por una alfombra de musgo, y el mismo olor lechoso y cálido. Cuando los ojos se le acostumbraron a la penumbra, Leonino pudo distinguir la reluciente silueta de una reina blanca con una barriga enorme y redonda, ovillada en un lecho musgoso. La gata irguió nerviosamente las orejas ante la presencia de dos miembros del Clan del Trueno.

—¡Zarzoso! —La exclamación brotó de un poco más adentro, y Leonino vio a Trigueña, con la cabeza levantada y los ojos entornados—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Hemos venido a verte —respondió el guerrero—. Tengo que preguntarte algo.

Antes de que pudiera decir una palabra más, los cachorros de Trigueña salieron de su lecho y saltaron sobre los dos visitantes.

—¿Quiénes sois?

El cachorro más grande, un atigrado oscuro, estiró el cuello hasta que sus bigotes le hicieron cosquillas en la nariz a Leonino.

El joven se apartó conteniendo un estornudo.

—Yo me llamo Leonino. Soy aprendiz…

Su padre le dio un golpecito de advertencia.

—Somos gatos del Clan del Trueno —respondió.

—¡Ah, por eso oléis tan mal! —exclamó un gatito rojizo oscuro arrugando la nariz.

«Ni la mitad de mal que tú», replicó Leonino para sus adentros.

Una cachorrita gris fue hacia Leonino y se abalanzó sobre él. El aprendiz se sorprendió tanto que perdió el equilibrio y cayó de costado al suelo.

—¡Somos los mejores luchadores! —aulló la gatita—. ¡Venga, vamos a defender el campamento!

De inmediato, los otros dos se subieron encima de Leonino. Por un segundo, el joven se preguntó si el Clan de la Sombra era tan hostil que hasta sus cachorros intentaban expulsar a los intrusos, pero luego se dio cuenta de que no era más que un juego. Los pequeños tenían las uñas envainadas, y sus ojos destellaban llenos de picardía, no de rabia. Se zafó, quitándose a los cachorros de encima, y logró ponerse en pie, escupiendo musgo.

—Esa no es manera de recibir a las visitas —los riñó Trigueña—. Zarzoso, estos son mis hijos: el rayado es Pequeño Tigre, el rojizo es Rosillo y la que se está buscando un manotazo en la oreja es Canelilla.

Le lanzó una mirada fulminante a la pequeña, que se acercaba a la cola de Leonino como si se tratara de una presa.

«¡Pequeño Tigre!». Leonino se puso tenso. ¿Acaso Trigueña esperaba que su hijo se convirtiera en un guerrero tan poderoso como Estrella de Tigre? ¿Recibiría aquel cachorro el mismo entrenamiento que él por parte de sus antepasados difuntos?

—¡Niños! —Trigueña volvió a ordenarles que se comportaran—. Ven aquí, Zarzoso, y cuéntame qué ocurre.

Concentrado en mantener la cola lejos de Canelilla, que ni por asomo había hecho caso a su madre, Leonino no pudo oír las explicaciones de Zarzoso. Pero se quedó paralizado, sintiendo un cosquilleo de emoción en la piel, cuando oyó maullar a Trigueña:

—Iré con vosotros.

La reina parda se levantó de su lecho con los ojos centelleantes. Los tres cachorros dejaron de perseguir la cola de Leonino y se quedaron mirando a su madre.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Pequeño Tigre.

—¿No irás a abandonarnos? —lloriqueó Canelilla.

—Tengo que irme con Zarzoso durante un tiempo —les explicó Trigueña —. ¿Os acordáis de las historias que os he contado sobre los gatos que viven en las montañas, detrás de un muro de agua? Bueno, pues esos gatos necesitan nuestra ayuda, así que tengo que irme.

—Entonces, ¿podemos ir contigo? —le preguntó Rosillo—. Por favor, por favor…

—¡Seríamos de gran ayuda! —añadió Pequeño Tigre.

—No, sois demasiado pequeños. —Trigueña restregó el hocico en el de sus hijos, uno tras otro—. Sed buenos y comeos vuestra carne fresca. Volveré cuando la luna haya tenido dos veces la misma forma.

—Yo cuidaré de ellos —dijo la gata blanca desde las sombras.

—Gracias, Aguzanieves. ¿Lo veis? —les dijo a sus hijos—. Ella os cuidará y me contará si habéis sido malos.

—No seremos malos —le prometió Pequeño Tigre.

—Incluso aunque no volvamos a divertirnos nunca —masculló Canelilla.

Trigueña le tocó dulcemente la oreja con la punta de la cola.

—Adiós, entonces —ronroneó.

—Adiós —corearon los cachorros con los ojos dilatados.

Trigueña fue la primera en salir de la maternidad, seguida de Zarzoso. Leonino se volvió en la entrada para mirar a los pequeños: «Adiós, familia», susurró para sí mismo, antes de seguir a su padre hasta el claro.

Fuera de la maternidad, Estrella Negra y Trigueña estaban frente a frente.

—¿Qué significa eso de que quieres ir? —quiso saber el líder del Clan de la Sombra.

—Has dicho que la decisión era suya —le recordó Zarzoso.

Estrella Negra sacudió la cola, pero no dijo nada.

—¡Deberíamos haberlo imaginado! —bufó Bermeja—. Esto demuestra que Trigueña no es leal al Clan de la Sombra.

Trigueña arqueó el lomo.

—¡No te atrevas a acusarme de deslealtad!

—Trigueña…

Serbal se acercó a la reina y le hundió el hocico en el pelo. Ella se recostó contra él y el pelaje se le alisó de nuevo. Leonino recordó que Serbal era la pareja de Trigueña, el padre de sus cachorros.

—¡Es ridículo decir que Trigueña no es leal! —maulló el guerrero volviéndose hacia Bermeja—. Yo no he olvidado todo lo que la tribu hizo por nosotros, aunque tú sí lo hayas hecho. Creo que se merecen nuestra ayuda. —Inclinó la cabeza para darle a Trigueña un lametón entre las orejas—. Estoy orgulloso de que vayas. Y no te preocupes por los cachorros. Yo cuidaré de ellos.

Trigueña ronroneó quedamente.

—Gracias, Serbal. —Y, volviéndose hacia Zarzoso, maulló en tono más enérgico—: ¿Nos vamos?

A Leonino le pareció que Zarzoso estaba sorprendido, como si no se esperara que su hermana accediera a ir con ellos tan fácilmente.

—No hay tiempo que perder —maulló Trigueña—. Todavía tenemos por delante un largo camino hasta las montañas.

—Cierto —asintió Zarzoso, y volviéndose hacia el líder del Clan de la Sombra, añadió—: Gracias, Estrella Negra. Estoy seguro de que el Clan Estelar aprobará lo que has hecho hoy.

Estrella Negra asintió con aire incómodo. Leonino sabía que la intención del líder no había sido que las cosas salieran así. Bermeja soltó otro bufido de irritación y dio media vuelta, sacudiendo la cola mientras se alejaba.

El joven aprendiz sintió una nueva oleada de emoción mientras atravesaba el bosque con Zarzoso y Trigueña. Estaba convencido de que Esquiruela y Carrasquera habrían tenido el mismo éxito en el Clan del Viento. ¡Gatos de todos los clanes estaban uniéndose para ayudar a la tribu! Aquello era incluso mejor que ir a conocer las montañas sin más. Iba a formar parte de una aventura increíble; una aventura que, algún día, los clanes contarían a sus cachorros, igual que contaban la historia del Gran Viaje.

12

Carrasquera estaba en la orilla del arroyo que conformaba la frontera con el Clan del Viento, no muy lejos de los pasaderos. El viento del páramo le pegaba el pelo a los costados y arrastraba olor a gatos, a conejos y a la áspera hierba de las colinas.

A su lado esperaba Esquiruela, agitando la punta de la cola. La joven aprendiza entendía que su madre estuviera nerviosa. La frontera con el Clan del Viento seguía siendo una zona delicada, después de todos los problemas que habían surgido tras la desaparición de las cachorritas del clan vecino.

Sus pensamientos regresaron a los túneles y al turbulento río subterráneo. Los demás aprendices y ella habían salido vivos por los pelos, pero habían salvado a las cachorritas. Carrasquera esperaba que los túneles permanecieran ocultos durante mucho tiempo, para que no pudieran darse más malentendidos.

—Ya vienen —anunció Esquiruela saboreando el aire.

Unos segundos después, una patrulla del Clan del Viento apareció en lo alto de una loma y se dirigió hacia ellas. Estaba formada por Oreja Partida, Cola Blanca y Ventolino. A Carrasquera se le encogió el estómago al ver que el aprendiz echaba a correr hacia ella con el pelo erizado, avanzándose a sus compañeros de clan. Era evidente que estaba listo para una refriega fronteriza, pero sus pasos vacilaron al reconocer a Carrasquera.

—Oh, eres tú —masculló deteniéndose al otro lado del arroyo.

—Así es. —Carrasquera no había olvidado lo insoportable que se había mostrado Ventolino en los túneles, quejándose y discutiendo todo el tiempo —. No puedo estar lejos de ti —añadió, pero hizo una mueca cuando Esquiruela le dio en la oreja con la cola.

—¡Ventolino! —lo llamó Cola Blanca, alcanzando al aprendiz junto con Oreja Partida—. Aléjate de ahí.

Ventolino empezó a gruñir enseñando los dientes, pero luego agachó la cabeza y se alejó, mascullando algo para sí mismo.

—¿Qué hacéis aquí? —quiso saber Oreja Partida, en tono frío pero no hostil.

—Necesitamos hablar con Corvino Plumoso —respondió Esquiruela.

Cola Blanca y Oreja Partida erizaron el pelo del cuello a la vez e intercambiaron una mirada recelosa.

—Es sobre el viaje que hicimos al lugar donde se ahoga el sol —se apresuró a explicar Esquiruela.

—Eso fue hace mucho tiempo —gruñó Oreja Partida.

—Corvino Plumoso tiene buena memoria —replicó Esquiruela con aspereza.

Carrasquera no entendía por qué los gatos del Clan del Viento habían pasado de la reserva a la hostilidad, ni por qué su madre les estaba replicando de una forma tan cortante. ¿Por qué se ponían tan tensos los gatos del Clan del Viento cuando oían el nombre de su compañero de clan?

—No puedo ir en busca de Corvino Plumoso sin más —maulló Cola Blanca—. Primero tendrás que hablar con Estrella de Bigotes.

—Está bien, lo comprendo.

Esquiruela cruzó el arroyo ágilmente saltando por los pasaderos para entrar en el territorio del Clan del Viento, y le lanzó una mirada torva a Oreja Partida al pasar a su lado. Carrasquera cruzó con más cuidado, por la veloz corriente del arroyo, que burbujeaba a una cola de ratón de sus patas.

Mientras seguía a su madre y a los guerreros del Clan del Viento colina arriba, Ventolino redujo el paso para situarse a su lado.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —le susurró a Carrasquera al oído—. ¿Habéis venido a espiar nuestro campamento?

—No seas ridículo —contestó ella—. ¿Qué íbamos a querer de vuestro estúpido campamento? Tenemos que hablar con Corvino Plumoso, eso es todo.

—¿Sobre qué? —quiso saber el aprendiz.

—¡Eso no es asunto tuyo, cerebro de ratón!

Ventolino entornó los ojos con rabia.

—Pero… Corvino Plumoso es mi padre —empezó—. Él…

—¡Ventolino! —Oreja Partida se volvió hacia el aprendiz y le hizo una seña con la cola—. Ven aquí, camina a mi lado.

El joven soltó un bufido de irritación, pero apretó el paso para alcanzar a los guerreros.

—¿Cómo va tu entrenamiento, Ventolino? —le preguntó Esquiruela.

—No muy bien. —Cola Blanca no esperó a que su aprendiz respondiera —. Encabezó una patrulla de aprendices para ver si los perros habían regresado al extremo más alejado de nuestro territorio. Sin pedir permiso, por supuesto, y sin el apoyo de ningún guerrero.

—Solo intentábamos…

—Que os mataran —terminó Oreja Partida por él.

Carrasquera conocía la historia de los perros que habían matado a Zarpa Rauda en el viejo bosque, y había visto las espantosas heridas que le habían dejado a Centella. Ventolino debía de ser más estúpido aún de lo que ella creía si pensaba que unos pocos aprendices podían enfrentarse a una manada de perros y sobrevivir.

—Y luego provocaste una pelea con una patrulla del Clan del Río —continuó Oreja Partida sin poder ocultar su enojo—. No habían traspasado la frontera ni estaban robando presas, y Estrella de Bigotes se vio obligado a disculparse con Vaharina por un problema que tú habías creado. —Soltó un profundo suspiro y, dirigiéndose a Esquiruela, añadió—: Ventolino tiene que aprender muchas lecciones antes de convertirse en guerrero.

El joven aprendiz lanzó una mirada asesina a los guerreros, que se alejaron murmurando algo que Carrasquera no logró captar.

Cola Blanca y Oreja Partida subieron por una larga ladera hasta una barrera de aulagas. Notando cómo las espinas le tiraban del pelo, Carrasquera los siguió mientras se abrían paso a través de los arbustos. Al llegar al otro lado, se encontró con que estaban en el campamento del Clan del Viento.

Una pendiente pronunciada descendía a una hondonada natural salpicada de aulagas y zarzas. Mientras parpadeaba, Carrasquera intentó adivinar la distribución. El campamento parecía más expuesto de lo que ella estaba acostumbrada a estar, aunque, hacia el fondo de la hondonada, había unos huecos en los que los gatos podían resguardarse. Saboreó el aire, intentando descifrar por el olor dónde vivían los distintos gatos. De un agujero profundo que parecía una madriguera de tejón abandonada salía un fuerte olor a bilis de ratón. «Eso debe de ser la guarida de los veteranos. Necesitan bilis de ratón para librarse de las garrapatas». Por la grieta de una roca enorme se escapaba un aromático olor a hierbas, y supuso que allí estaría la guarida de Cascarón. Y de un matorral de aulagas emanaban unos olores cálidos y lechosos: sin duda, aquello era la maternidad.

—Ve a por algo de carne fresca para los veteranos —le ordenó Cola Blanca a Ventolino, interrumpiendo los pensamientos de Carrasquera. Y,

haciéndole una seña con la cola a Esquiruela, añadió—: Seguidme. Veremos si Estrella de Bigotes está en su guarida.

Carrasquera bajó la ladera detrás de su madre, pero, antes de que llegaran al fondo de la hondonada, Corvino Plumoso apareció entre los arbustos del otro extremo, con un conejo colgando de la boca. Al ver a las visitantes, se quedó paralizado un segundo. Luego siguió a lo suyo y se dirigió a paso ligero a dejar la presa en el montón de la carne fresca.

Cuando Esquiruela se le acercó, se encaró a ella erizando el pelo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —quiso saber el guerrero—. ¿Hay algún problema?

—No —respondió la gata mientras Carrasquera se preguntaba qué le ocurría a Corvino Plumoso. ¿Acaso tenía hormigas en el pelo?—. Bueno, sí, pero no en los clanes.

Parecía que Esquiruela se había hecho un lío, así que Carrasquera se adelantó.

—La Tribu de las Aguas Rápidas necesita nuestra ayuda —explicó—. Los gatos que viajaron al lugar donde se ahoga el sol tienen que ir a las montañas.

Al ver a Corvino Plumoso tan sorprendido, Carrasquera pensó que a lo mejor había sido demasiado directa.

—¿Y también quieren que vayan los aprendices? —gruñó el guerrero.

Esquiruela le tocó afectuosamente el lomo con la punta de la cola.

—Corvino Plumoso, ninguno de los dos podemos quejarnos por que vayan aprendices, ¿no crees? —Al ver que el guerrero del Clan del Viento no respondía, continuó—: ¿Te acuerdas de Garra y Noche? Han venido a nuestro campamento en busca de Borrascoso y Rivera. Un grupo de gatos invasores está amenazando a la tribu. Por lo visto, pretenden apoderarse de sus terrenos de caza. Nosotros, Zarzoso y yo, hemos pensado en ir también a ayudar.

Corvino Plumoso permaneció unos segundos en silencio antes de contestar. Carrasquera fue incapaz de descifrar su expresión.

—¿Y qué tiene eso que ver con nosotros? —preguntó al final.

—Ellos nos ayudaron durante del Gran Viaje… —maulló Esquiruela.

—¡Y Plumosa murió por ellos! —bufó el guerrero echando chispas por sus ojos azules—. No les debemos nada.

Plumosa era una gata del Clan del Río, la hermana de Borrascoso, y había muerto en el primer viaje. Pero ninguno de los demás parecía pensar que eso fuera una razón para no ayudar a la tribu. ¿Por qué Corvino Plumoso se lo tomaba como algo personal? Plumosa ni siquiera pertenecía a su clan.

—En aquella ocasión, Plumosa estuvo dispuesta a ayudar a la tribu —contestó Esquiruela con calma—. Y volvería a ayudarlos de nuevo. Su muerte no fue culpa de la tribu. Deberías culpar de eso a Colmillo Afilado.

Carrasquera sintió un escalofrío y clavó las garras con fuerza en la hierba del páramo. ¡Su madre estaba hablando con total naturalidad de historias que ella había oído ya cuando era solo una cachorrita! Le parecía que sus padres formaban parte de una leyenda. Y Corvino Plumoso también, aunque le costaba reconocer al valiente guerrero de aquella historia, elegido por el Clan Estelar, en el gato huraño, flaco y receloso que tenía delante. «No me extraña que Ventolino sea tan gruñón —pensó—. ¡Lo ha heredado de él!».

—Hola, Esquiruela.

La gata se volvió en redondo y vio que Cola Blanca regresaba acompañada de Estrella de Bigotes y Perlada, la lugarteniente del Clan del Viento. El que acababa de saludarla era Estrella de Bigotes, que se acercó a la guerrera con la cabeza y la cola bien altas.

—Hola, Estrella de Bigotes —saludó a su vez la gata inclinando la cabeza.

—Bienvenida a nuestro campamento —maulló el líder en tono amable y sorpresa en sus ojos ámbar—. ¿Qué podemos hacer por ti?

Esquiruela le explicó con todo detalle cómo los gatos de la tribu habían aparecido en el campamento del Clan del Trueno en busca de ayuda. Corvino Plumoso la escuchó con la misma expresión de descontento mientras otros gatos del Clan del Viento se reunían a su alrededor. Carrasquera vio a Zarpa Brecina y la saludó con la cabeza. Ventolino también había reaparecido; estaba al lado de su compañera de guarida.

—Así que Zarzoso y yo hemos pensado que todos los gatos que hicimos el primer viaje deberíamos ayudar ahora a la tribu. Zarzoso ha ido al Clan de la Sombra a hablar con Trigueña, y yo he venido aquí a contárselo a Corvino Plumoso —terminó Esquiruela.

Estrella de Bigotes entornó los ojos antes de intervenir:

—Estaría fuera durante mucho tiempo, quizá durante una luna o más…

—Y tengo una aprendiza —le recordó Corvino Plumoso.

—Cierto. Aun así, creo que deberías ir —maulló Estrella de Bigotes—. La Tribu de las Aguas Rápidas nos dio comida y cobijo durante el Gran Viaje. Sin su ayuda habrían muerto muchos gatos, y quizá jamás habríamos encontrado nuestro nuevo hogar junto al lago. —El líder del Clan del Viento continuó ignorando a Corvino Plumoso, que intentaba interrumpirlo—.

Además, los gatos montañeses fueron muy atentos con Estrella Alta, que estaba en su última vida. Honraremos su memoria ayudando ahora a la tribu.

Corvino Plumoso se quedó desconcertado.

—¿Y qué pasa con el entrenamiento de Zarpa Brecina?

—Cola Blanca puede hacerle de mentora provisional —decidió Estrella de Bigotes—, dado que va a quedarse sin aprendiz. Creo que sería buena idea que Ventolino fuera contigo.

«Ay, no —pensó Carrasquera—. Vale que estés harto de él, pero nosotros tampoco lo queremos, gracias».

—¡¿Qué?! —exclamó Ventolino con los ojos desorbitados por la consternación.

—¡Qué suerte tienes! —maulló Zarpa Brecina soltando un suspiro de envidia—. Yo daría la cola por ir…

—¡Bueno, pues yo no quiero!

—No te preocupes, que volverás —le dijo Carrasquera.

—¿Y cómo lo sabes? —El joven agachó las orejas y dejó caer la cola al suelo—. Creo que mis compañeros de clan solo quieren deshacerse de mí.

Sonó tan desdichado que Carrasquera sintió una oleada de pena por él. Aunque no le duró más que unos segundos: Ventolino había quebrantado el código guerrero dos veces durante la última luna; ya era hora de que aprendiera una lección, ¡o dos!

Corvino Plumoso dio un par de pasos para colocarse junto a Esquiruela.

—Es decisión mía si voy o no —maulló lanzando una mirada a Estrella de Bigotes.

Carrasquera se preguntó por qué estaba desafiando a su líder, pero este ni se inmutó.

—Y yo… yo… decido que iré —prosiguió Corvino Plumoso—. Me gustaría volver al lugar en el que está enterrada Plumosa.

—¿Y qué pasa con Ventolino? —le preguntó Esquiruela.

El guerrero suspiró.

—Bueno, si Estrella de Bigotes lo ordena, que venga también.

Ventolino miró ceñudo a su padre y comenzó a arrancar hierba con las garras. Carrasquera pensó en Esquiruela y Zarzoso; se alegró de que la hubieran apoyado cuando les dijo que quería probar cosas nuevas. Pero, por lo visto, Corvino Plumoso y Ventolino no se llevaban demasiado bien. «Y lo entiendo, más o menos, ahora que conozco un poco mejor a Corvino Plumoso. Es un gato muy… raro».

—Entonces, ¿quieres que Corvino Plumoso y Ventolino se vayan con vosotras ahora? —le preguntó Estrella de Bigotes a Esquiruela.

—Sí, por favor —respondió la guerrera—. Hemos pensado que lo mejor será que pasemos la noche todos juntos en el campamento del Clan del Trueno, y partir por la mañana. Hojarasca Acuática está preparando hierbas para el viaje.

—Primero me gustaría despedirme de mis amigos —protestó Ventolino.

—¡No tenemos tiempo para eso! —le bufó Corvino Plumoso.

—Yo me despediré por ti, Ventolino. —Zarpa Brecina corrió a tocarle el hombro con la nariz—. Y no te preocupes, cuando vuelvas tendrás historias asombrosas que contarnos.

No pareció que esa idea animara mucho al aprendiz.

Una gata negra salió de entre los miembros del Clan del Viento que los rodeaban. Carrasquera reconoció a Nube Negra, la pareja de Corvino Plumoso. La gata se restregó contra el guerrero.

—Ten cuidado —maulló.

El guerrero le dio un breve lametón en la oreja, pero Carrasquera advirtió que mantenía los ojos clavados en la distancia.

Esquiruela inclinó la cabeza ante Estrella de Bigotes y le dio las gracias. Luego, Corvino Plumoso llevó al grupo ladera arriba para salir del campamento del Clan del Viento. El guerrero siguió con expresión agria mientras atravesaban el páramo y Ventolino se pasó todo el trayecto enfurruñado, negándose a hablar con Carrasquera cada vez que ella intentaba ser amable.

«Después de todo, no creo que este viaje vaya a ser muy divertido», pensó la aprendiza con pesimismo.

13

Glayino se estremeció con el frío del alba. Hojarasca Acuática trabajaba a su lado preparando las hierbas para el viaje, y el olor que llenaba la guarida era tan intenso que casi enmascaraba el de su mentora. Reprimiendo un bostezo, el joven aprendiz recordó los sueños que había tenido esa noche, llenos de olores extraños, rocas desiguales, gatos desconocidos… y de los chillidos de unos guerreros que se habían enzarzado en una pelea. Ya no sabía cuántas veces se había despertado bruscamente, con el corazón latiéndole a todo trapo hasta que se daba cuenta de que estaba ovillado en su lecho de frondas. El aprendiz de curandero agitó la cola con impaciencia: nada de lo que había soñado tenía sentido para él. «¿Y de qué me sirve soñar si no aprendo nada?».

Por la cortina de zarzas se colaron unos sonidos apagados. Los gatos del campamento comenzaban a despertarse. Glayino no recordaba haber visto el claro tan abarrotado, con los gatos del Clan del Viento y el Clan de la Sombra, los visitantes de la tribu… Por suerte, la noche había sido lo bastante cálida para que algunos pudieran dormir al raso; los gatos del Clan del Viento estaban especialmente acostumbrados a eso. Glayino sacó las uñas al acordarse de lo mucho que lo había disgustado descubrir que Ventolino había llegado junto con su padre.

«¡No soporto a ese arrogante sarnoso que no merece llamarse “gato”!», pensó.

Jamás olvidaría el comportamiento tan inútil que había tenido Ventolino cuando se habían quedado atrapados bajo tierra. No le extrañaba nada que los túneles hubieran terminado cegados, y que por su culpa ahora ya no pudiera llegar hasta Pedrusco y Hojas Caídas. ¿Qué se podía esperar, después de que Ventolino mostrara tan poco respeto y sentido común?

—Glayino, ¿dónde tienes la cabeza? —le preguntó Hojarasca Acuática interrumpiendo los pensamientos del joven—. Ya puedes empezar a llevarles

estas hierbas a los gatos que se marchan.

—¿No prefieres hacerlo tú? —se sorprendió diciendo el aprendiz.

Probablemente, los gatos de la tribu querrían que fuera la curandera quien les explicara qué iban a comerse.

—No. —Hojarasca Acuática sonó un tanto alterada—. Tengo que volver a revisar estas hierbas.

«¡Tonterías! —se dijo Glayino—. Preparar las hierbas para el viaje no es nada del otro mundo». Aun así, permaneció en silencio, recogió la primera porción y salió al claro.

El olor de las hojas que llevaba hizo que le resultara difícil localizar a los gatos que estaba buscando, pero, al avanzar un poco más por la hondonada, captó a un grupo justo delante de la guarida de los guerreros: Corvino Plumoso, Ventolino, Esquiruela y Trigueña.

Glayino se les acercó y dejó el fardo a los pies de Corvino Plumoso.

—Hierbas para el viaje —anunció.

—Gracias —respondió el guerrero.

Corvino Plumoso emanaba una tensión que Glayino no entendía; era algo más que la inquietud que se esperaba antes de emprender un viaje. «¿Quién sabe lo que les pasa por la cabeza a los gatos del Clan del Viento? ¡Son tan raros…!».

De vuelta a la guarida de Hojarasca Acuática, tuvo la tentación de mezclar algo asqueroso en las hierbas para Ventolino. Unas hojitas de milenrama, quizá. Durante la primera parte del trayecto pasarían alrededor del lago, por el territorio del Clan del Viento, y con un poco de suerte Ventolino se sentiría indispuesto y tendrían que dejarlo atrás.

«Aunque quizá lo único que conseguiría sería retrasar a todo el grupo». El joven aprendiz de curandero pensó en el castigo que le caería si alguien descubría lo que había hecho. Seguro que lo obligarían a volver a casa… Y no valía la pena correr un riesgo semejante. Así que continuó repartiendo las hierbas.

Los gatos de la tribu aparecieron con Borrascoso y Rivera y se unieron a los demás delante de la guarida de los guerreros.

—¿Qué es esto? —quiso saber Garra cuando Glayino le ofreció su porción de hierbas.

—Hierbas para el viaje —contestó el aprendiz—. Te harán más fuerte y no tendrás tanta hambre.

—¿Estás seguro? —replicó el guardacuevas tocando el fardo recelosamente con una zarpa—. Nunca había oído hablar de algo parecido.

—Narrarrocas tampoco las conoce —coincidió Noche.

Glayino la oyó olisquear el montoncito.

—¡Por el Clan Estelar! —exclamó—. ¡Coméoslas y ya está! No creeréis que pretendemos envenenaros, ¿verdad?

—Están buenas —intervino Borrascoso tocando ligeramente la boca de Glayino con la cola—. Nos harán el viaje mucho más fácil.

—Si tú lo dices… —Garra seguía sin sonar muy convencido, pero empezó a lamer las hierbas—. Están amargas —se quejó.

Conteniendo un suspiro, Glayino siguió con su tarea hasta que entregó las hierbas a todos los gatos. Sin embargo, no conseguía dar con su padre.

—¿Dónde está Zarzoso? —le preguntó a Esquiruela sujetando con los dientes el fardo de hojas.

—Creo que ha ido a hablar con Estrella de Fuego. Si quieres, puedo llevarle yo las hierbas.

—No, yo me encargo —replicó el joven.

«¡Puedo subir hasta la Cornisa Alta sin caerme!», pensó mientras cruzaba el campamento para trepar por las rocas caídas.

Se aseguró de que iba rozando el muro de piedra mientras subía y, cuando llegó a la Cornisa Alta, oyó la voz de Estrella de Fuego dentro de su guarida.

—Estarás fuera durante una luna por lo menos, Zarzoso. Tenemos que decidir quién debería ser el lugarteniente hasta que vuelvas.

Glayino se detuvo en la entrada de la guarida, pegándose al muro rocoso para que Estrella de Fuego y su padre no lo vieran.

—Látigo Gris es la elección obvia —respondió Zarzoso—. Al fin y al cabo, él conoce muy bien cuáles son las obligaciones de un lugarteniente.

Glayino agitó los bigotes abatido. Su padre se había convertido en lugarteniente solo porque todo el mundo creía que Látigo Gris estaba muerto. Después del inesperado regreso del guerrero, algunos pensaron que Zarzoso le cedería el cargo, pero Látigo Gris dijo que no podía aceptarlo argumentando que no conocía suficientemente el nuevo hogar del Clan del Trueno y que estaba cansado después de su largo viaje. Ahora, sin embargo, nada de eso seguía siendo así, y si Látigo Gris ocupaba el puesto de lugarteniente, ¿qué pasaría cuando Zarzoso volviera a casa? Glayino apretó los dientes. ¿Acaso su padre no veía que podía estar renunciando a su lugar en el clan?

—Estupendo. Si a ti te parece bien, se lo diré. —Estrella de Fuego sonó aliviado.

Hubo un movimiento en la guarida, como si los dos guerreros se dispusieran a levantarse, y Glayino reaccionó de inmediato: buscó una

piedrecilla suelta y le dio un manotazo para que los gatos creyeran que acababa de llegar. Luego se adentró en la cueva y maulló:

—¿Estrella de Fuego?

—Pasa —respondió el líder.

—¿Esas son mis hierbas para el viaje? —preguntó Zarzoso—. Gracias, Glayino. ¿Está todo el mundo listo?

—Casi —contestó el aprendiz—. Será mejor que vaya a preguntarle a Hojarasca Acuática si quiere que haga algo más.

Inclinó la cabeza y salió de la guarida del líder. Mientras descendía por las rocas, intentó localizar con el olfato a Carrasquera y Leonino. Quería contarles que Látigo Gris iba a ocupar el puesto de lugarteniente, antes de que fuera imposible hablar a solas. Sin embargo, al pisar el claro sus hermanos pasaron a toda prisa por su lado cargados con carne fresca, en dirección a la guarida de los veteranos.

—¡Hola, Glayino! —lo saludó Carrasquera.

Por lo visto, estaban demasiado atareados para detenerse. Frustrado, Glayino regresó a su guarida. Hojarasca Acuática seguía allí, revolviendo tallos y plantas, aunque ya había repartido todas las hierbas del viaje, excepto las de Glayino.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó el aprendiz—. ¿Quieres que me lleve algunas hierbas?

—¿Qué? —Hojarasca Acuática sonó sorprendida, como si no se hubiera dado cuenta de que el joven había vuelto—. No, no hace falta… Eso no serviría de nada. Sería un estorbo tener que cargar con ellas a diario, y no podemos saber qué es lo que vas a necesitar.

—Pero yo no tengo ni idea de qué plantas crecen en las montañas —protestó Glayino.

Hojarasca Acuática arañó el suelo; intentaba disimularlo, pero estaba nerviosa por alguna razón, y el joven aprendiz lo notó.

—Solo estarás en las montañas una pequeña parte del camino —le explicó la gata—. Y cuando llegues a la tribu, Narrarrocas podrá enseñarte las hierbas montañesas. Aprenderás mucho de él.

«Espero aprender mucho, y no solo sobre plantas», se dijo el joven.

—Vamos, Glayino, no te quedes ahí plantado. Cómete tus hierbas para el viaje. —El joven notó el roce de la zarpa de Hojarasca Acuática cuando le acercó su porción—. Zarzoso querrá salir pronto.

—Puaj —masculló al probar las hierbas.

—Cuando estés de camino, te alegrarás de haberlas tomado —maulló su mentora con aspereza—. Tienes suerte de poder ir a ese viaje.

«¿Quieres decir que tengo suerte porque soy ciego y no deberían permitirme ir?», pensó Glayino sulfurándose. Sin embargo, no dijo nada y se tragó hasta la última de aquellas hojas tan amargas.

—Las montañas te parecerán fascinantes —continuó Hojarasca Acuática con su tono de voz de siempre—. Deberías aprovechar la oportunidad para aprender todo lo que puedas sobre ellas.

«Eso es justo lo que pretendo hacer», se dijo el joven, aunque sospechaba que él no se refería exactamente a lo mismo que su mentora. Y tanto que aprendería sobre hierbas y costumbres diferentes, pero lo que de verdad quería averiguar era por qué la tribu se había ido a vivir a las montañas, y qué conexión tenían los gatos montañeses con Pedrusco y los gatos antiguos que habían dejado sus huellas alrededor de la Laguna Lunar. Aunque sabía de sobra que no debía contarle nada de eso a Hojarasca Acuática.

—¡Glayino! —La voz de Zarzoso se oyó desde el claro—. ¿Estás listo?

—¡Sí, voy enseguida! —respondió el aprendiz asomándose por la cortina de zarzas. Luego se volvió hacia Hojarasca Acuática—. ¿No vienes a despedirte?

La curandera soltó un suspiro largo. La tensión crepitaba a su alrededor como una tormenta de la estación de la hoja verde.

—Ya… ya me he despedido —maulló con la voz entrecortada.

—Vale, pues entonces, adiós.

Glayino era consciente de que debía marcharse, y, aun así, algo se lo impedía. Hojarasca Acuática le resultaba increíblemente molesta cuando se preocupaba demasiado, pero no podía pasar por alto su desdicha, por mucho que no la entendiera. Corrió junto a ella y le hundió el hocico en el pelo.

—Adiós. Cuando regrese, tendré un montón de cosas que contarte.

—Adiós, Glayino. —A la curandera le tembló la voz.

El joven notó cómo le pasaba la lengua por la oreja.

—Ten mucho cuidado.

—¡Glayino! —exclamó Zarzoso de nuevo desde el claro.

—Debo irme —maulló el aprendiz.

Y se marchó disparado por la cortina de zarzas respirando con alivio al alejarse de la extraña intensidad de Hojarasca Acuática.

Cuando salió, captó el olor de Esquiruela, que lo rozó al colarse en la guarida de la curandera para hablar con su hermana.

«Espero que Esquiruela sepa qué está pasando, porque, desde luego, yo no tengo ni idea», pensó Glayino.

Los gatos que iban a emprender el viaje se habían reunido en el centro de la hondonada rocosa. Glayino encontró a sus hermanos y se situó a su lado.

—¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó Carrasquera—. Estábamos esperándote.

—Pues ya estoy aquí —replicó—. Y debo contaros algo.

El frío aire del alba se había desvanecido con la salida del sol, y Glayino notó los rayos colándose entre los árboles y acariciándole el pelaje. Hacía una mañana perfecta para viajar, fresca y despejada, con la calidez del sol aguardándolos más adelante.

Oyó un susurro en la guarida de los guerreros, de donde estaban saliendo unos cuantos compañeros de clan para verlos partir. Sonaron pasos rápidos desde la guarida de los aprendices, y Glayino oyó exclamar a Raposino:

—¡No es justo, yo también quiero ir!

—Tu turno quizá llegue en otra ocasión —le contestó Candeal con dulzura.

Alguien bostezó sonoramente junto a la oreja de Glayino, que captó el olor de Nimbo Blanco.

—¿Por qué no os ponéis ya en marcha? —masculló el guerrero blanco—. Así el resto podríamos dormir un poquito más.

—De eso nada —le espetó Manto Polvoroso secamente—. Tú te vienes conmigo y con Tormenta de Arena en la patrulla del alba.

—¡Cagarrutas de ratón! —maulló Nimbo Blanco entre dientes.

Glayino detectó el olor de Estrella de Fuego y oyó que sus pasos se dirigían hacia el grupo de viajeros. Látigo Gris iba justo detrás de él, y el joven aprendiz de curandero se imaginó al guerrero gris plantado al lado del líder, con un brillo de alegría en sus ojos ámbar.

«¡Como si ya fuera lugarteniente!».

—Adiós a todos —se despidió Estrella de Fuego—. Que el Clan Estelar ilumine vuestro camino… y que todos volváis a casa sanos y salvos.

De repente, cierta tensión brotó entre los gatos que se iban, como si los guerreros de clan y los gatos de la tribu estuvieran frente a frente, haciendo acopio de todas sus fuerzas para dar los primeros pasos de su viaje. Esquiruela había vuelto sigilosamente y se situó junto a su pareja.

—¿Listos? —preguntó Zarzoso.

—Listos —respondió Borrascoso.

Glayino se quedó inmóvil, dejando que todos los olores y los sonidos de la hondonada rocosa le empaparan la piel: las hierbas de la guarida de la curandera, los olores lechosos de la maternidad y el aroma terroso del suelo, las voces de sus compañeros de clan y el susurro del viento en los árboles…

«¿Y si no regreso? El Clan Estelar me habría avisado, ¿no? ¿No es eso lo que hacen ellos, decirles a los gatos cuándo van a morir?».

—¡Glayino! —exclamó la voz de Carrasquera desde el túnel de espinos —. ¡Despierta! Todos han salido ya.

Glayino pegó un salto y, atravesando el claro a la carrera, siguió a su hermana por el túnel hasta el bosque.

14

Glayino notó la intermitente luz del sol en el pelaje mientras caminaba bajo los árboles. Leonino iba a su lado y Carrasquera unos pasos por delante, aunque luego redujo el ritmo para que sus hermanos la alcanzaran. El aire estaba lleno de los trinos de los pájaros y del susurro de las hojas, y el olor a presas era intenso entre la vegetación.

Los tres aprendices iban en la retaguardia del grupo. Zarzoso encabezaba la marcha con Borrascoso y Rivera, seguido de cerca por Garra y Noche. Justo delante, Glayino captó el olor de Esquiruela y Trigueña.

—… y Pequeño Tigre ya ha aprendido la postura de acecho —estaba diciendo la guerrera del clan de la sombra—. Aunque creo que Canelilla será la mejor peleando; eso si escucha a su mentor cuando se convierta en aprendiza. Ahora mismo no escucha a nadie.

—Todos los cachorros hacen oídos sordos cuando les interesa —maulló Esquiruela—. Acabarán siendo unos grandes guerreros, ya lo verás.

«¡Cachorros! —pensó Glayino—. ¡Menudo aburrimiento!». Ladeó las orejas para intentar captar conversaciones más interesantes, pero solo pudo oír cómo Corvino Plumoso le explicaba a Ventolino cuál era el mejor sistema para cazar en las montañas. Los dos gatos del Clan del Viento iban juntos, a unas pocas colas de distancia de los demás, y Glayino percibió el resentimiento de Ventolino por haberse visto obligado a realizar aquel viaje. «Creo que ni él aprecia a su padre ni su padre lo aprecia a él», pensó.

—¡Eh, mirad! —exclamó Leonino—. ¡Seguro que puedo atrapar a esa mariposa!

—¡Seguro que no! —replicó Carrasquera.

—¡Ahora verás!

Leonino dio un gran salto, pero acabó cayendo al suelo con las patas vacías.

—¡Se te ha escapado! —ronroneó Carrasquera, divertida—. ¡Te lo he dicho!

Glayino oyó unos pasos fuertes entre los helechos y captó el olor de su madre.

—¿Qué creéis que estáis haciendo vosotros tres? —los riñó Esquiruela—. ¿Acaso sois unos cachorros y esta vuestra primera salida del campamento? Este es un viaje muy serio y debéis dosificar las fuerzas. Las necesitaréis más adelante.

—Lo siento —masculló Leonino.

Glayino mostró los dientes con un gruñido. Sabía que el aprendiz del Clan del Viento estaría escuchando y podía imaginarse su expresión engreída.

«¡Como diga una palabra, le arranco la oreja!», pensó.

Pero Ventolino tuvo la sensatez de mantener la boca cerrada.

Un poco más adelante, Glayino empezó a captar con claridad el olor del agua. La luz del sol, más intensa ahora sobre su piel, le indicó que habían abandonado la protección de los árboles. Habían llegado a la orilla del lago, y el joven tuvo el impulso de buscar el palo con las marcas de Pedrusco. Aunque estaba claro que no podría cargar con él hasta las montañas.

«Tendré que dejarlo aquí. Pero a ti no te dejaré atrás, Pedrusco. Cuando llegue a las montañas, sé que te encontraré allí».

—Estamos cerca de la frontera del Clan del Viento —le susurró Carrasquera al oído—. Tenemos que cruzar el arroyo.

Glayino se quedó paralizado unos segundos, recordando las turbulentas aguas de los túneles. ¡Detestaba mojarse las patas!

Leonino le dio un cabezazo suave.

—Todo irá bien. El nivel del agua es muy bajo.

Glayino se tragó una réplica indignada; en realidad, estaba enfadado consigo mismo. ¿Acaso nunca iba a librarse de ese miedo al agua?

Oyó el chapoteo de los demás gatos al vadear el arroyo. Carrasquera lo guio hasta la orilla posándole la cola sobre el lomo, y Glayino se puso tenso al notar cómo la corriente se le enroscaba en las patas. El lecho del arroyo iba descendiendo, hasta que el agua le rozó la barriga. Carrasquera y Leonino lo flanqueaban. Su hermano le susurró:

—Ven por aquí, un poco más allá está más hondo.

Luego el nivel del agua volvió a bajar, y Glayino subió a la ribera opuesta sin problemas. Se detuvo a una cola de distancia y se sacudió para disimular un estremecimiento de alivio.

—¡Eh! ¿Qué haces? —exclamó Ventolino justo a sus espaldas, con voz de pocos amigos—. ¡Me estás mojando!

—Perdón —masculló Glayino.

Continuaron por la orilla y luego cruzaron el territorio del Clan del Viento y pasaron ante el cercado de los caballos. Medio camuflado por el abrumador olor a caballo, Glayino captó el de los gatos que vivían allí, Humazo y Pelusa, aunque ninguno de los dos salió a saludarlos. El aprendiz de curandero plantó las orejas al oír unos ladridos en la distancia, pero enseguida llegó a la conclusión de que el perro que vivía con los Dos Patas estaba demasiado lejos para que supusiera un problema.

Al dejar atrás el cercado de los caballos, Zarzoso los guio colina arriba. Glayino sintió un cosquilleo en las zarpas cuando se dio cuenta de que estaba pisando un terreno extraño. ¡Allí empezaba de verdad el viaje! Los olores de su hogar iban desvaneciéndose tras él y una fuerte brisa le llevaba nuevos aromas, salvajes y raros. Las patas le temblaban ligeramente. «¡Idiota! —se regañó a sí mismo—. Esto es lo que querías, ¿no?». Sintió el contacto de sus hermanos a ambos lados y notó que ellos también estaban un poco intimidados por el camino desconocido que acababan de iniciar.

Bajo sus zarpas, el suelo era cada vez más húmedo e irregular. Glayino pasó junto a un macizo de juncos y oyó un chapoteo acompañado de un intenso olor a rana. Cuando avanzaron un poco más, una de las patas le resbaló en una mata de hierbas mojadas, y terminó con el culo en el agua.

—¡Cagarrutas de zorro! —bufó usando las uñas para izarse.

—¿Estás bien? —le preguntó Leonino.

—Sí —respondió él apretando los dientes.

Más allá de su hermano, el joven oyó que Garra le susurraba a Noche:

—Esto es un disparate. ¡Mira que llevar a un gato ciego hasta las montañas…!

—Lo sé —respondió la guardacuevas—. No podrá seguir el ritmo.

Una respuesta cortante burbujeó dentro de Glayino, pero, antes de que pudiera decir nada, su madre le tapó la boca firmemente con la cola.

—Glayino sabrá arreglárselas —maulló—. Es tan bueno enfrentándose a un territorio desconocido como cualquier otro gato. ¿Es que tú nunca has pisado donde no debías, Garra? —Al ver que el atigrado no decía nada, Esquiruela apartó la cola de la boca de su hijo para acariciarle el lomo—. Ven por este lado. Aquí no hay tanta agua.

Glayino la siguió, agradecido de pisar un suelo más firme. Lo sorprendía que el aprendiz del Clan del Viento no hubiera aprovechado para hacer algún

comentario sarcástico sobre su resbalón. Aunque Ventolino era un gato de clan; quizá sentía una especie de lealtad hacia cualquier gato de clan que se viera cuestionado por los de la tribu.

«Aun así, tampoco es que me haya defendido precisamente —pensó con amargura—. ¡Eso ya hubiera sido demasiado!».

El viento azotó a Glayino en la cara, haciéndole entender que habían llegado a lo alto de una cumbre. Había tantos olores nuevos que no podía ni empezar a clasificarlos.

—¡Esto es asombroso! —exclamó Carrasquera sin aliento—. Desde aquí se ven todos los territorios y el lago entero. —Le dio un empujoncito a Glayino con la cabeza—. Por allí hay un arroyo con árboles en las orillas, que es donde tiene el campamento el Clan del Río. Y más allá está el pinar oscuro, hogar del Clan de la Sombra. Puedo ver incluso la isla de las Asambleas y el árbol puente… ¡Parece diminuto desde aquí arriba!

Leonino se puso al otro lado de Glayino.

—Por ahí está el bosque donde vivimos nosotros. Si estuviéramos en la estación sin hojas, seguro que podríamos ver la hondonada rocosa. Y en esa zona está el páramo en el que vive el Clan del Viento. ¡Se ve todo!

—El Clan del Viento puede ver todo esto siempre que quiera —maulló Ventolino mientras se acercaba—. Nuestro territorio tiene montones de buenas vistas.

«¡Esta bola de pelo es un fastidio!», pensó Glayino.

—¿Recuerdas la primera vez que subimos a esta colina? —El aprendiz reconoció la voz de Zarzoso, y por el olor supo que Esquiruela, Trigueña y Corvino Plumoso estaban junto a él.

—Nunca lo olvidaré —respondió Esquiruela—. Era de noche, y todos los miembros del Clan Estelar se reflejaban en el lago.

—No puedo creer lo valientes que fuisteis —intervino Noche—. Viajasteis muy lejos para encontrar un nuevo hogar, sin saber siquiera adónde ibais.

—El Clan Estelar nos ayudó —susurró Esquiruela.

—Y la Tribu de la Caza Interminable haría lo mismo por la Tribu de las Aguas Rápidas si alguna vez tuvierais que abandonar las montañas —señaló Trigueña.

—¿Abandonarlas? —Noche sonó alarmada—. Nunca podríamos marcharnos, y los espíritus de nuestros antepasados tampoco. Pertenecemos a

las montañas.

Glayino no estaba seguro de que la gata tuviera razón. Si los gatos de clan no lograban expulsar a los intrusos, quizá la tribu y los espíritus de sus antepasados tuvieran que enfrentarse a un duro viaje.

15

Leonino se quedó junto a su hermana contemplando el lago y los territorios de aquellos clanes que le eran tan familiares. Sintió un escalofrío de emoción al darle la espalda a su hogar y ver, por primera vez, una gran extensión de tierras desconocidas.

—¿A qué estamos esperando? —se quejó—. ¿Por qué no seguimos adelante?

—¿No has oído a Zarzoso? —le respondió Carrasquera—. Nos ha dicho que descansemos y que podemos cazar si queremos comer.

Leonino estaba tan obsesionado con el viaje que no se había enterado de las órdenes de su padre. Arrancó con las garras la corta hierba de la cima.

—No quiero quedarme aquí sentado sin hacer nada. Apenas hemos empezado.

—Lo que te da tanta energía son las hierbas para el viaje —maulló Carrasquera—. Las montañas no se irán a ninguna parte.

La joven aprendiza se levantó y se dirigió sigilosamente hacia un arbusto de aulaga, con las orejas y los bigotes alerta para detectar cualquier señal de presas.

A Leonino le dolían un poco las zarpas porque el ascenso había sido un tanto escarpado, pero nunca se había sentido tan vivo, tan ansioso por seguir el camino. Delante de él, un bosque oscuro cubría la ladera, y más abajo pudo ver zonas verdes y planas, parecidas a las extensiones de hierba del cercado de los caballos. Estaban divididas por los senderos atronadores y salpicadas de viviendas de los Dos Patas… Algunas estaban muy juntas y formaban grupos de casas de piedra roja.

Leonino saltó sobre la elástica hierba hasta un afloramiento rocoso, que era la parte más elevada del risco. Allí, en lo alto de las rocas, el viento le pegó el pelo a los costados. ¡Se sentía tan poderoso como un guerrero del

Clan del León! Si alargaba una zarpa, podría borrar con ella todas las viviendas de los Dos Patas. El sendero atronador más grande parecía tan fino como una brizna de hierba o un palito, que él podría partir con los dientes.

«¡Podría correr más deprisa que una liebre! Podría luchar contra el zorro más feroz que haya existido. —Y al fijarse en el borrón gris oscuro que flotaba en el horizonte, añadió—: Podría trepar la montaña más alta más deprisa de lo que puede volar un águila».

Se preguntó si los demás se sentían como él, pero cuando volvió la vista hacia sus compañeros de viaje y descubrió que estaban dormitando tan tranquilos a sus pies, supuso que no.

El joven aprendiz aguzó el oído para captar la voz de Estrella de Tigre en el suspiro del viento, y buscó la silueta atigrada en las sombras que proyectaban las rocas y los arbustos. Así era exactamente como Estrella de Tigre le había dicho que se sentiría, como si sus enemigos no fueran más grandes que escarabajos. Pero allí no había ni rastro del guerrero oscuro. Todos aquellos pensamientos turbulentos parecían proceder de su interior.

—¡Leonino! Te estamos esperando.

La voz de su padre le hizo pegar un salto. Los demás habían terminado de descansar y estaban poniéndose en pie.

—¡Ya voy! —respondió.

Bajó del afloramiento rocoso y se unió a sus compañeros, que habían comenzado a andar hacia los árboles. Sus padres iban en cabeza, con Trigueña y Corvino Plumoso.

—¿Recordáis lo que sentimos la primera vez que subimos hasta aquí? —maulló Trigueña.

—Yo recuerdo cómo me dolían las zarpas —contestó Esquiruela sacudiendo la cola.

Zarzoso bordeó una mata de helechos enorme.

—La cachorrita de Amapola se cayó aquí, y Fronda la recogió y cargó con ella. Todos nos ayudábamos.

—Pero ya no puede ser así —maulló Corvino Plumoso en un tono que a Leonino le sonó melancólico, lejos de la dureza que le era habitual—. Lo normal es que los clanes sean rivales.

Leonino pensó con tristeza en Zarpa Brecina y supuso que los cuatro guerreros añoraban la amistad que habían forjado en sus viajes. Se sintió aliviado porque parecían conocer el camino. Ahora que ya no podía ver su hogar, las anchas extensiones de territorio desconocido lo intimidaban. Ardió de vergüenza cuando recordó los sueños de poder que lo habían poseído en la

cumbre de la colina, y agradeció que nadie supiera lo que había estado pensando.

«A no ser que Glayino se haya enterado». Se sintió más avergonzado aún al pensar que su hermano podía haberse colado en su mente.

—Venga, acelera —le dijo Zarzoso—. Quiero salir de esta arboleda antes de que caiga la noche.

Leonino reprimió un suspiro. Ahora le pesaban las patas, y el estómago le rugía de hambre. Parecía haber consumido la energía de las hierbas para el viaje. Ojalá hubiera aprovechado la ocasión de descansar y comer.

—Toma —le dijo Esquiruela a sus espaldas con la voz apagada.

Leonino comprendió por qué su voz había sonado así: se le acercaba con un ratón colgando de la boca.

—Cómetelo tan deprisa como puedas —añadió dejando la presa a sus pies.

—¡Gracias! —Leonino le rozó el pelo con la nariz para mostrar agradecimiento.

—Estaba harta de oír los rugidos de tu estómago —respondió la guerrera, enroscando la cola, risueña—. Creo que te habrán oído desde el campamento del Clan del Trueno.

Luego corrió a reunirse con Zarzoso, mientras Leonino se inclinaba sobre el ratón para devorarlo con unos pocos mordiscos hambrientos. Para cuando terminó, sus compañeros ya no estaban a la vista, pero aún podía oír sus voces cerca, así que siguió su rastro oloroso hasta alcanzarlos. Sus patas habían recuperado las fuerzas. Dejando atrás a los demás, corrió al lado de su padre.

—¿Qué sabéis sobre esos gatos invasores? —le estaba preguntando Zarzoso a Garra—. ¿Cuántos son?

—Demasiados —respondió el guardacuevas.

Zarzoso agitó las orejas, y Leonino supuso que su padre no encontraba aquella respuesta muy útil para planear lo que debían hacer cuando llegaran a las montañas.

—Bueno, ¿y qué habéis hecho hasta el momento? —continuó Zarzoso—. ¿Habéis estudiado su forma de cazar y de luchar? ¿Habéis organizado patrullas con regularidad…?

—Nosotros no somos gatos de clan, ya lo sabes. —Garra erizó el pelo del cuello—. Necesitamos ayuda, pero eso no significa que queramos que nos traten como a un puñado de pupilos.

—Tranquilo, Garra. —Noche le tocó el lomo con la punta de la cola—. Zarzoso solo intenta averiguar cuál es la mejor manera de ayudarnos.

Por un instante, Leonino pensó que el atigrado guardacuevas también le replicaría a su compañera, pero en lugar de eso volvió a alisar el pelo del cuello y le hizo a Zarzoso un gesto con la cabeza, en una especie de disculpa.

—Nunca habíamos necesitado establecer fronteras —explicó—. Nos hemos limitado a escoger algunas rocas alrededor de nuestra cueva para poner guardias a vigilar, por si los intrusos se acercaban. Narrarrocas dijo…

Aburrido de aquella charla sobre estrategia, Leonino dejó que su padre y los demás se adelantaran y esperó a sus hermanos.

—Los gatos de la tribu parecen realmente tensos —maulló situándose al lado de Carrasquera—. Creía que Garra iba a arrancarle una oreja a Zarzoso.

Su hermana parpadeó pensativa.

—Creo que es porque no le han contado su plan a Narrarrocas. Quizá se ponga furioso cuando vea aparecer a un grupo de gatos de clan en su territorio.

—¿«Furioso»? —Leonino sintió una llamarada de indignación—. ¡Debería estarnos agradecido!

Su hermana soltó un resoplido.

—Es posible que se sienta herido en su orgullo. Un líder debería poder solucionar sus problemas sin pedir ayuda externa. ¿Cómo crees que se sentiría Estrella de Fuego si el Clan del Trueno tuviera problemas y tú te fueras a pedir ayuda al Clan del Viento sin decírselo?

—Probablemente se haría un relleno para el lecho con mi pellejo —respondió Leonino.

—¿Y qué harías tú si fueras Narrarrocas? —le preguntó Glayino a Carrasquera con curiosidad, tocándola con la punta de la cola.

Carrasquera reflexionó antes de contestar:

—Organizaría patrullas fronterizas…

—Pero la tribu no tiene fronteras —le recordó Leonino.

—Entonces, trazaría unas cuantas. —La gata agitó las orejas—. Me aseguraría de patrullarlas con regularidad y, por supuesto, procuraría que todos mis gatos aprendieran a luchar. Eso mantendría lejos a los intrusos.

Glayino negó con la cabeza.

—Estás pensando como una gata de clan. Las costumbres de la tribu son diferentes. Y yo no estoy seguro de que debamos intentar cambiarlas.

—Pues yo creo que, si la tribu está perdiendo territorio y muriéndose de hambre, eso es precisamente lo que debemos hacer —sentenció Leonino—. Lo que la tribu necesita es el código guerrero, ¡y nosotros vamos a enseñárselo!

El sol poniente proyectó unas sombras largas delante de los gatos cuando el grupo llegó al lindero de la arboleda. Leonino ahuecó el pelo contra la brisa que susurraba a través de la vegetación. Ante él vio una extensión de hierba polvorienta que descendía hasta un valle estrecho, en cuyo extremo más alejado crecían algunos árboles más, y detrás de ellos se alzaban las montañas, difuminadas por la distancia. A un lado, Leonino vio la piedra rojiza de las viviendas de los Dos Patas, apenas perceptible entre los árboles.

—Pasaremos la noche aquí —anunció Zarzoso—. Está resguardado y hay muchas presas.

Antes de que Zarzoso terminara de hablar, Corvino Plumoso se separó del grupo y cruzó el campo abierto con la barriga pegada al suelo. Ventolino corrió tras él. Leonino no vio al conejo que ellos habían avistado hasta que salió de su escondite. Los dos gatos del Clan del Viento se dividieron, y, al intentar esquivar a Corvino Plumoso, el conejo prácticamente se echó en las garras de Ventolino. El aprendiz del Clan del Viento lo despachó con un mordisco rápido en el cuello.

—¡Una caza magnífica! —exclamó Leonino cuando el joven regresó con su presa a rastras.

Ventolino no le hizo ni caso, pero Corvino Plumoso le dedicó un gesto de asentimiento antes de sentarse con su hijo a compartir la pieza.

Leonino se internó en el bosque para cazar algo. Al saborear el aire, localizó a un ratón que estaba rebuscando por el suelo junto a un zarzal. El aprendiz saltó con las zarpas extendidas, pero cuando clavó las garras en la pequeña criatura, notó que un zarcillo espinoso se le enredaba en el hombro. Se liberó de la zarza tras perder un mechón de pelo dorado, y sintió un hormigueo de vergüenza por aquella actuación tan torpe. Al volver al lindero con la presa, esperó que Ventolino no lo hubiera visto.

Sus hermanos ya se habían acomodado junto a una mata de helechos con sus piezas; Carrasquera estaba devorando un carnoso campañol, mientras que Glayino engullía un gorrión.

—Ojalá pudiéramos quedarnos aquí un poco más —masculló Carrasquera con la boca llena—. ¡Este sitio está a rebosar de presas!

—Bueno, pues no podemos —maulló Glayino con sequedad—. Y creo que a algunos no les gustaría nada que lo hiciéramos.

Señaló con la cola a Garra y Noche, que habían terminado de comer y se preparaban ya para dormir entre las retorcidas raíces de un árbol. Sin

embargo, no paraban de dar vueltas y más vueltas, como si no consiguieran ponerse cómodos.

Noche se tensó cuando un búho ululó cerca de allí.

—¿Qué ha sido eso?

—Solo es un búho. —Rivera se acercó a su compañera de tribu y le tocó el lomo con la nariz—. No te preocupes, Esquiruela montará guardia y luego lo hará Borrascoso.

—Bueno, pues a mí no me gusta este sitio —gruñó Garra volviéndose de golpe cuando oyó el crujido de un árbol—. Preferiría estar en campo abierto, donde puedo ver si algo se me acerca furtivamente.

—Pronto estaremos en campo abierto —le aseguró Rivera—. Ese ruido no era más que una rama. —Soltó un ronroneo de compresión, divertida—. Los árboles no se te acercarán furtivamente.

Leonino abrió la boca en un gran bostezo antes de acurrucarse con sus hermanos en un lecho de hierba larga. Estaba calentito y cómodo, y tenía la barriga llena. Se le cerraron los ojos, y las ásperas voces de los gatos montañeses comenzaron a entremezclarse con el ulular del búho, como cuando la lluvia cae en una charca.

De pronto, plantó las orejas al oír la voz lastimera de Ventolino, que procedía de un hueco en el suelo, justo debajo de las ramas de los últimos árboles.

—No sé por qué tenemos que ir a las montañas —se quejaba el aprendiz del Clan del Viento—. ¿Qué podemos hacer nosotros para ayudar a esos gatos tan raros…? ¿Y qué importa, además? ¿Qué ha hecho la tribu por nosotros?

—Plumosa dio su vida para salvar a la tribu de Colmillo Afilado. Si entonces valió la pena ayudarlos, ahora también. De lo contrario, Plumosa habría muerto por nada —maulló Corvino Plumoso en voz baja.

Leonino levantó la cabeza y vio al delgado guerrero del Clan del Viento sentado de espaldas a los árboles, silueteado contra el cielo oscuro. Ventolino solo era un bulto acurrucado sobre la hierba.

—Bueno, pues entonces me parece que ya los hemos ayudado bastante —protestó Ventolino.

Corvino Plumoso suspiró. Leonino nunca había oído a un gato tan hastiado.

—Jamás entenderás qué es la lealtad —maulló el guerrero gris oscuro.

El joven aprendiz del Clan del Trueno se quedó desconcertado. Plumosa pertenecía al Clan del Río, así que ¿por qué a Corvino Plumoso parecía importarle tanto?

Se tapó el hocico con la cola. Aquellos guerreros iban cargados con demasiados recuerdos, tantos que le costaba entenderlos. Se apretujó contra sus hermanos, y los sonidos del bosque fueron desvaneciéndose mientras se quedaba dormido.

Al notar el pinchazo de una garra en el hombro, Leonino se despertó bruscamente. Se levantó de un salto, flexionando las zarpas mientras salía de su lecho de hierba, y vio que Zarzoso estaba plantado junto a él. El guerrero le tocó la boca con la cola para indicarle que guardara silencio. A su lado, Glayino y Carrasquera estaban agazapados y con el pelo erizado. Carrasquera estaba observando bajo la protección de los árboles, agitando la punta de la cola, y Glayino tenía las orejas erguidas.

—Hay otro gato cerca —murmuró Zarzoso.

Leonino saboreó el aire. Al principio no captó nada, más allá de los olores mezclados de los otros clanes. Garra estaba de pie, preparado para pelear, y Esquiruela corrió a situarse junto a Zarzoso. El bosque y la ladera parecían tranquilos. La primera luz del sol se colaba entre los árboles y volvía rojizo el pelaje de Leonino. El rocío centelleaba en la hierba y en las telarañas tejidas en un zarzal cercano.

El joven aprendiz había empezado ya a relajarse cuando de pronto se levantó un soplo de brisa, arrastrando tras ella un nuevo olor.

—¡Es un minino casero! —exclamó—. ¡A mí no me dan miedo las mascotas!

—¡Chitón! —lo hizo callar Zarzoso—. Puede que nos hayamos metido en el territorio de un minino casero, y no queremos pelear a menos que sea necesario.

—No tenemos que pelear con mininos caseros —maulló Carrasquera, burlona—. Seguro que, si le enseñamos los colmillos, volverá gimoteando con sus Dos Patas.

—O quizá no —replicó Esquiruela en voz baja pero seria—. He conocido a mininos caseros que sabían pelear, y una herida mala durante el viaje sería un problema para todos nosotros. Ahora, haced lo que dice Zarzoso y guardad silencio.

Leonino se puso tenso cuando oyó un susurro entre la maleza. Las hojas de un helecho cercano se sacudieron con violencia y se separaron, y un atigrado regordete apareció entre las frondas. Tenía el pelo apelmazado y

cubierto de abrojos, y el hocico gris por la edad. Se detuvo nada más salir entre los helechos y se quedó mirando al grupo de gatos.

Zarzoso lo miró también, y sus ojos ámbar se abrieron de par en par. A su lado, Esquiruela pegó un salto y dio un grito de bienvenida.

—¡Puma!

16

Carrasquera se volvió hacia su madre.

—¿Conoces a este minino casero?

A Esquiruela le brillaban los ojos.

—Lo conocimos en el primer viaje —explicó—. Nos ayudó a encontrar el camino al lugar donde se ahoga el sol.

Trigueña se levantó de un salto de donde estaba, al abrigo de un zarzal.

—¡Eh, Puma! —exclamó, cruzando la hierba para entrechocar la nariz con la de él—. ¿Cómo van las presas?

Borrascoso apareció tras ella.

—Hola, Puma. Me alegro de que el Clan Estelar haya vuelto a cruzar nuestros caminos.

—Un amigo me ha dicho que había unos gatos extraños en el bosque, y he pensado que podíais ser vosotros —maulló el viejo gato—. Pero ¿dónde están los demás? ¿Dónde está aquel aprendiz flacucho que siempre andaba discutiendo?

—Aquí.

Corvino Plumoso fue a reunirse con ellos.

—¿Vas a permitir que te hable así? —protestó Ventolino, mirando al viejo atigrado con una hostilidad indisimulada—. Yo podría arrancarle el pellejo con una sola zarpa.

Corvino Plumoso entornó los ojos.

—Tú no lo entiendes, Ventolino. Puma formó parte de nuestro viaje. Eso es importante.

El joven sorbió por la nariz con desdén.

—Ahora ya es guerrero y se llama Corvino Plumoso —se apresuró a decir Zarzoso.

Carrasquera entendió que estaba intentando distraer a Puma de la grosería de Ventolino.

—Yo también soy guerrera y me llamo Esquiruela —añadió la gata del Clan del Trueno.

—¡Vaya, vaya! —A Puma le brillaron los ojos—. Pero cuando pasasteis por aquí erais seis —añadió mirando de un lado a otro—. ¿Dónde está la gata plateada? Se llamaba Plumosa, ¿verdad?

—Murió —respondió Corvino Plumoso con la voz quebrada, antes de que los demás pudieran decir nada.

—Lamento oírlo… —El viejo atigrado bajó la cola hasta el suelo, pero al cabo de unos instantes los ojos volvieron a brillarle—. Jamás pensé que volvería a ver gatos de clan, y aquí estáis todos ahora.

—No todos somos gatos de clan —aclaró Borrascoso haciendo un gesto con la cola a los gatos de la tribu para que se acercaran—. Esta es Rivera, y estos son Garra y Noche. Ellos proceden de las montañas.

—¿Cómo? —Puma erizó el pelo del cuello—. Entonces, ¿es cierto que hay gatos viviendo en las montañas? —Inspeccionó a los miembros de la tribu entornando los ojos—. Pensaba que no erais más que una leyenda que las reinas les contaban a los cachorros para que no se alejaran demasiado.

—Pues no, somos muy reales —maulló Garra.

—Ya veo.

Puma se dio un par de lametones en el pecho mientras miraba de reojo a los gatos montañeses, como esperando a que saltaran sobre él con uñas y dientes.

—Y estos son mis hijos. —Esquiruela rodeó con la cola a Carrasquera, Leonino y Glayino, instándolos a acercarse al viejo atigrado—. Míos y de Zarzoso.

—¡Vuestros hijos! —Puma agitó los bigotes, sorprendido—. Pero si vosotros sois apenas unos cachorros… Venid aquí, jovenzuelos, dejad que os vea.

—Y este es el mío, Ventolino —añadió Corvino Plumoso, empujando a su hijo hacia los otros aprendices.

Los tres hermanos se acercaron a Puma. Cuando inclinó la cabeza educadamente, Carrasquera notó el olor amargo de su aliento y tuvo que hacer un esfuerzo por no apartarse.

—¡Es viejísimo! —le espetó Ventolino al oído—. Más viejo que ninguno de nuestros veteranos. ¿Por qué no se ha muerto todavía?

—¡Cierra el pico, bola de pelo estúpida! —le susurró Carrasquera—. Los Dos Patas cuidan a sus mascotas, y estos no tienen que buscarse la comida.

Puma no dijo nada, pero agitó una de sus desgarradas orejas, y la joven supo que había oído el comentario de Ventolino.

—Seguro que este viejo sarnoso no podría atrapar un ratón ni aunque lo intentara de aquí a la estación sin hojas —se burló el joven del Clan del Viento.

Puma miró al aprendiz.

—Tienes razón, ya no cazo. Consigo la comida a través de mis Caminaerguidos. Pero creo que, por una vez, podría intentar comerme un cachorro maleducado.

—¡Yo no soy…! —empezó Ventolino, indignado, pero tuvo que cerrar la boca cuando su padre le dio un manotazo en la oreja; un manotazo fuerte, aunque con las uñas envainadas.

—No le hagas caso a Ventolino —le dijo Glayino al viejo atigrado—. Todo el mundo sabe que es un cabeza de chorlito.

El pecho de Puma vibró con un ronroneo.

—No te preocupes, jovenzuelo. He conocido más jovencitos fastidiosos que conejos has comido tú.

Y bajó la cabeza para inspeccionar a los tres hermanos. Visto tan de cerca, parecía como si no se hubiera atusado el pelo durante varias estaciones. Carrasquera descubrió que tenía una garrapata a un lado del cuello, y unas cuantas pulgas saltando entre el pelo apelmazado y los abrojos que se le habían enredado.

«¡Puaj, pulgas! No quiero ninguna saltando sobre mí, gracias».

En los clanes, los aprendices limpiaban el pelaje de los veteranos y los libraban de garrapatas y pulgas. A fin de cuentas, parecía que Puma no estaba tan bien cuidado como los gatos de clan.

—Bueno, ¿y qué estáis haciendo por aquí? —preguntó el viejo atigrado después de olfatear a fondo a Carrasquera y sus hermanos—. No iréis de nuevo al lugar donde se ahoga el sol, ¿verdad?

—Esta vez no —respondió Zarzoso—. Vamos a las montañas. Los gatos de la tribu necesitan nuestra ayuda.

Los ojos de Puma parecieron querer saltar de sus órbitas.

—¡Ese no es lugar para gatos! —exclamó—. ¿Me estáis diciendo que no habéis encontrado un sitio mejor en el que vivir?

—Hemos encontrado un sitio fabuloso —lo tranquilizó Esquiruela.

—Está junto a un lago —añadió Trigueña—. Hay territorio de sobra para los cuatro clanes, y los Dos Patas no dan demasiados problemas.

—Entonces, ¿por qué no os quedáis allí? —quiso saber el viejo.

—Volveremos, pero ahora los gatos de la tribu nos necesitan —maulló Zarzoso.

Carrasquera no pudo oír la respuesta de Puma, porque Leonino le susurró al oído:

—¿Por qué no seguimos? Este minino casero nos está retrasando.

—Supongo que porque es un viejo amigo —contestó la aprendiza, aunque en el fondo coincidía con su hermano.

En las montañas podían estar muriendo gatos mientras la partida de rescate perdía el tiempo charlando sobre los viejos tiempos.

Para su alivio, Zarzoso inclinó la cabeza ante el viejo gato y le dijo:

—Será mejor que nos marchemos, Puma. Ha sido estupendo volver a verte.

—No tenemos por qué despedirnos todavía —maulló el atigrado—. Creo que iré con vosotros.

Carrasquera vio su propio abatimiento reflejado en el rostro de los gatos de la tribu. Noche se apresuró a susurrarle algo a Garra al oído.

—Zarzoso… —empezó Garra.

—No creo que sea buena idea… —le insinuó Zarzoso a Puma.

Carrasquera no logró entender la aflicción que vio en los ojos ámbar de su padre.

—Es un viaje muy duro, y tendremos que pelear al final del camino.

Puma ahuecó el pelo.

—¿Estás insinuando que no me ves capaz de pelear? Demasiado viejo y gordo, ¿no? —Antes de que alguien pudiera responder, soltó un ronroneo divertido—. Quizá tengas razón, pero sí puedo acompañaros hasta el bosque. —Y señaló con la cola los árboles que crecían en el otro extremo del valle—. Sé un par de cosas que podrían ayudaros.

—¡Cagarrutas de ratón! —masculló Ventolino lo bastante alto para que Puma lo oyera—. Ahora tenemos que cargar con este estúpido sarnoso.

Puma se limitó a sacudir la cola y a darle la espalda al aprendiz del Clan del Viento, y echó a andar con Zarzoso ladera abajo. Esquiruela corrió a colocarse al otro lado del viejo atigrado.

A Carrasquera no le gustó la grosería de Ventolino, pero en el fondo estaba de acuerdo con él. Aquel viejo los retrasaría, y era vital no perder tiempo.

—Zarzoso y los demás ya han estado aquí —le susurró a Leonino—. ¿Qué puede contarles Puma que ellos no sepan?

Su hermano se encogió de hombros.

—Como dice Ventolino, no nos queda más remedio que cargar con él.

Mientras se dirigían hacia el valle, Carrasquera oyó a Puma hablar sobre el poblado de Dos Patas que se veía en la distancia.

—¿Os acordáis de aquellas ratas? —preguntó el viejo.

—¿Cómo vamos a olvidarlas? —gruñó Trigueña—. Pensaba que me moriría por la mordedura. —Se pasó la lengua por el hocico y añadió con satisfacción—: Aunque la rata que me mordió no tuvo tiempo de arrepentirse.

En el pecho de Puma retumbó un ronroneo.

—Bueno, pues ya no están ahí. Unos Caminaerguidos levantaron una casa en las ruinas y se deshicieron de todas.

—¡Qué bien! —exclamó Trigueña sacudiendo la cola.

—¿Y aquel espacio despejado donde dormían los monstruos…?

Carrasquera dejó de escuchar. No iban ni a acercarse al poblado de los Dos Patas, así que ¿por qué tenía que hablarles de eso aquel viejo atigrado? Se moría de ganas por bajar corriendo al valle, pero estaba obligada a adaptar el ritmo a la lenta marcha de Puma.

—¿Por qué lo permite Zarzoso? —masculló—. La Tribu de las Aguas Rápidas podría estar siendo exterminada mientras nosotros remoloneamos por aquí.

—Los gatos de la tribu piensan lo mismo —maulló Glayino—. Garra está ardiendo de impaciencia.

Carrasquera no necesitaba la peculiar sensibilidad de su hermano para darse cuenta de eso. Rivera parecía alicaída, pero Garra y Noche susurraban con furia entre ellos, erizando el pelo del cuello. Si Zarzoso no apretaba el paso pronto, estallaría una discusión.

El sol se elevó por encima de los árboles y Carrasquera agradeció el frescor de la hierba que le rozaba los costados. Las abejas zumbaban entre los tréboles, y los pájaros piaban descendiendo en picado en el despejado cielo azul. Un poco más adelante, había un grupo de animales de un blanco grisáceo comiendo hierba.

—¡Mirad, ovejas! —Ventolino las señaló con la cola—. Eso significa que cerca de aquí hay una granja de Dos Patas.

—Ya sabemos lo que son —replicó Carrasquera. Aunque coincidiera con Ventolino sobre Puma, no pensaba ser simpática con él—. Hemos visto ovejas antes, gracias.

—En el Clan del Viento… —empezó el aprendiz en su habitual tono de superioridad.

—Hay otro rastro —lo interrumpió Leonino—. Huelo a otro animal, pero es un olor que no conozco.

Carrasquera se detuvo a saborear el aire. Leonino tenía razón: aparte del olor de los gatos, las ovejas y un rastro distante a perro, captó algo diferente. No podía ver nada, pero notó un hormigueo de aprensión.

Zarzoso los guio bordeando la falda de una colina, y entonces el valle se desplegó a sus pies. Al final de la ladera había un grupo de construcciones de los Dos Patas rodeado por una valla. El olor extraño se volvió más intenso, y Carrasquera sintió que se le erizaba el pelo cuando descubrió su procedencia. Entre las casas y los gatos viajeros había un grupo de animales grandes de color blanco y negro. Sus patas parecían piedras afiladas y tenían una larga cola con la que azotaban el aire con un siseo.

—¿Qué son esos bichos? —preguntó Leonino.

Por una vez, Ventolino no tenía respuesta.

—Son enormes —maulló Carrasquera, procurando no parecer tan nerviosa como se sentía—. Y nos están mirando. ¿Creéis que van a atacarnos?

Estaba preparada para salir pitando, cuando oyó la áspera risa de Puma.

—No os preocupéis —maulló con voz cascada—. Solo son vacas.

—Tranquilos. —Esquiruela miró por encima del hombro—. Nosotros ya habíamos visto vacas. No os harán ningún daño si os mantenéis alejados de sus enormes patas.

Aun así, Carrasquera se sintió aliviada cuando vio que Zarzoso daba un rodeo para permanecer lo más alejados posible de ellas, y se alegró cuando dejaron atrás a aquellas extrañas criaturas.

—¡Huelo a ratones! —anunció Leonino al acercarse a las casas de los Dos Patas. El joven aprendiz corrió hasta situarse al lado de Zarzoso—: ¿Podemos pararnos a cazar? Me muero de hambre.

A Carrasquera se le hizo la boca agua al captar aquel tentador aroma a ratón. Parecía proceder de la casa más grande, que quedaba un poco separada de las demás. Corrió hasta situarse a la altura de Leonino.

—Por favor, Zarzoso. Yo también tengo hambre.

Su padre titubeó, y fue el viejo atigrado quien contestó:

—No se os ha perdido nada ahí, jovenzuelos. Es peligroso. ¿No oléis a perro, además de a ratón?

Zarzoso asintió.

—Yo sí. Gracias, Puma. Seguiremos adelante hasta encontrar un sitio más seguro.

Leonino soltó un bufido, disgustado.

—A mí no me asustan los perros —masculló.

—Y a mí tampoco —se sumó Ventolino—. En el Clan del Viento los vemos continuamente. Si sabes cómo lidiar con ellos, no son peligrosos.

—Además, lo más probable es que los Dos Patas tengan encerrados a esos estúpidos bichos —añadió Leonino—. Ese Puma es un exagerado.

—Ya —maulló Ventolino—. No es más que una mascota, así que es normal que tenga miedo.

«¡Machos!», pensó Carrasquera, negando con la cabeza al escuchar a su hermano y al aprendiz del Clan del Viento, que por una vez parecían estar de acuerdo. Siguieron hablando entre dientes mientras Zarzoso los guiaba hasta la sombra de un seto.

Carrasquera iba con las orejas plantadas por si oía a alguna presa. Creyó detectar un movimiento en la parte más frondosa del seto, pero, cuando se volvió para observar mejor, una rama de espino se le enganchó en el pelo, y la pequeña criatura, fuera lo que fuese, desapareció. Bufando con rabia, se detuvo a lamerse el hombro y entonces vio a Leonino y Ventolino agazapados, dirigiéndose furtivamente hacia la granja.

—¡Eh! —los llamó—. ¿Qué creéis que estáis haciendo?

Leonino le hizo una seña con la cola.

—¡Cállate, por el Clan Estelar!

Carrasquera miró hacia el resto: estaban un poco más adelante y ninguno había oído nada. Glayino caminaba entre Borrascoso y Rivera, y no se había dado cuenta de que los aprendices se habían alejado.

Carrasquera corrió hacia Leonino y Ventolino.

—¿Adónde vais?

—No te sulfures —musitó su hermano—. Solo vamos a desviarnos hasta la granja. Los demás andan tan despacio que podremos cazar unos cuantos ratones y regresar antes de que nos echen de menos.

—Venga —lo apremió Ventolino dándole un empujón—. Que ya puedo saborearlos…

—¿Acaso tenéis el cerebro de uno de esos ratones? —preguntó Carrasquera—. ¿Y si os quedáis atrás? Deberíamos permanecer juntos.

—No nos quedaremos atrás —contestó Leonino.

—Ese gato no es más que una mascota y un viejo veterano —maulló Ventolino—. Lo más probable es que no haya cazado un ratón en toda su

vida. ¿Por qué debería decirnos lo que podemos y no podemos hacer?

—Ha sido Zarzoso quien lo ha dicho —le recordó Carrasquera—. Si os pilla, os quedaréis sin cola.

—Pues nos aseguraremos de que no nos pille.

Los ojos ámbar de Leonino brillaron con una luz extraña, hasta tal punto que Carrasquera sintió un escalofrío desde las orejas hasta la punta del rabo. No quería dejar marchar a su hermano en aquel estado de ánimo y mucho menos con Ventolino, que ya había demostrado ser poco fiable en situaciones difíciles. Pero sabía que no podría detenerlo, a menos que les contara a los guerreros lo que estaba pasando.

—De acuerdo —maulló al fin—. Voy con vosotros.

Ventolino la miró ceñudo.

—Nadie te ha invitado a venir.

—Déjala. —Leonino apoyó la punta de la cola en el lomo de su hermana —. A la hora de buscar presas, tres son mejor que dos. Y Carrasquera es una de las cazadoras más hábiles del clan. ¡Es casi tan buena como Tormenta de Arena!

—De acuerdo, está bien —maulló Ventolino groseramente.

Carrasquera lanzó una última mirada hacia el seto. Los demás habían desaparecido, aunque su olfato le decía que no andaban muy lejos.

—Vamos —susurró Leonino.

El aprendiz del Clan del Trueno se volvió en redondo y cruzó a la carrera una zona de campo abierto hacia la valla de los Dos Patas. Carrasquera y Ventolino lo siguieron. La joven aguzó el oído por si sonaban aullidos furiosos a sus espaldas, pero todo parecía estar tranquilo.

La valla estaba hecha del mismo material reluciente que el cercado de los caballos. Leonino se aplastó contra el suelo para retorcerse por debajo y se levantó de un brinco cuando llegó al otro lado.

—¡Vamos, daos prisa!

Carrasquera se retorció para pasar por debajo de la verja, notando cómo aquel material reluciente le arañaba el lomo, y recordó la historia de cómo su madre se había quedado atrapada en una valla parecida durante el primer viaje. Sintió un hormigueo de miedo en las zarpas por si a ella le ocurría lo mismo, pero llegó sana y salva al otro lado, mientras Ventolino se colaba por debajo de la valla.

Leonino ya estaba corriendo por un estrecho espacio que había entre las casas de los Dos Patas, y a Carrasquera se le hizo la boca agua al percibir el abrumador olor a ratones de aquella zona. Siguió a su hermano, y los tres se

detuvieron brevemente al borde de otro espacio abierto, que estaba cubierto de piedra.

Ante los tres aprendices se alzaba una de las grandes casas de los Dos Patas. De una parte a otra de la entrada había una gran barrera de madera ligeramente entreabierta; dentro estaba oscuro. Leonino miró a su alrededor. Aunque Carrasquera captó olor a perros y a Dos Patas, no había ni rastro ni de unos ni de otros.

—¡Vamos, adelante! —masculló Ventolino.

Leonino hizo una seña con la cola, y los tres jóvenes cruzaron el espacio abierto y se colaron por el hueco de la barrera.

Una vez dentro, Carrasquera se quedó quieta, resollando por el esfuerzo y el miedo, hasta que los ojos se le acostumbraron a la penumbra. Los muros del edificio estaban hechos de piedra tosca. La luz entraba de refilón por la entrada y por unos pocos agujeros en lo alto de las paredes. En los verdosos rayos de luz bailaban motas de polvo, pero el resto permanecía en sombras. El olor a ratón era más intenso todavía, aunque Carrasquera estaba demasiado nerviosa para cazar. Se volvió a mirar el sitio por el que habían entrado.

Oyó unas pisadas a sus espaldas y luego un gritito que se cortó bruscamente.

—¡Primera presa! —anunció Ventolino con regocijo.

Carrasquera lo vio inclinado sobre el cuerpo de un rollizo ratón.

Leonino había adoptado la postura de acecho, balanceando las ancas, y tenía los ojos clavados en algo que se ocultaba en la oscuridad. Carrasquera contuvo un grito al distinguir el contorno de una rata enorme. Era casi tan grande como su hermano.

Leonino saltó. Hubo un pequeño revuelo y un chillido que se interrumpió un instante después, cuando Leonino le hundió los colmillos en el cuello. El joven se quedó plantado sobre la presa, con un destello de orgullo en los ojos.

—¡Una caza estupenda! —exclamó Carrasquera.

—No está mal —masculló Ventolino engullendo el ratón.

Leonino arrastró a la presa por la cola hasta el centro del edificio.

—Vamos a compartirla —invitó a Carrasquera—. No voy a poder comérmela solo.

—Gracias. Yo…

La joven enmudeció al captar un movimiento en el exterior y luego un olor fuerte. Se quedó paralizada, mirando el hueco de la entrada. No podía ver nada, pero oyó resoplidos en la parte inferior de la barrera de madera, los golpes de unas patas potentes y un gruñido sordo.

A Ventolino se le salieron los ojos de las órbitas.
—¡Perros!

17

—¡Tenemos que salir de aquí! —exclamó Ventolino.

Tras abandonar los restos de su presa, el joven aprendiz corrió hacia la entrada, pero frenó en seco enseguida. Tres figuras escuálidas blancas y negras habían aparecido por el hueco y observaban a los gatos con la boca abierta y los ojos relucientes.

—Uno para cada uno —maulló Leonino con la voz seca por el miedo—. Genial.

Carrasquera miró a su alrededor. No había más entradas ni agujeros en los muros de piedra, excepto por los que dejaban pasar la luz, que estaban demasiado altos para que pudiera alcanzarlos un gato.

Los perros comenzaron a avanzar, con la cabeza gacha y flexionando las patas, preparados para saltar detrás de los gatos. «Ahora ya sé cómo se sienten las presas», pensó Carrasquera retrocediendo nerviosa con sus compañeros.

—Vamos a intentar esquivarlos —maulló Leonino en voz baja—. Si logramos salir de aquí, podremos escapar corriendo.

El primer perro saltó hacia delante, y Carrasquera se volvió en redondo y echó a correr con la sensación de que podía notar el calor de su aliento en las patas traseras. Flexionó los músculos, intentando que sus patas se movieran más deprisa, pero estaba cansada por el viaje y las zarpas le resbalaban sobre el suelo de piedra polvorienta. Frente a ella, en el extremo más alejado del edificio, había un montón enorme de hierba seca. Desesperada, la joven se preguntó si podría esconderse allí, aunque sabía que los perros también podían hacerlo y la sacarían a rastras. Más allá se alzaba la pared desnuda.

«¿Cómo es posible que nos hayamos dejado atrapar? ¡No puedo creer que seamos tan estúpidos!».

—¡Clan Estelar, ayúdanos! —exclamó, aunque al mismo tiempo deseaba que los guerreros estelares no estuvieran viéndolos y no supieran lo mal que

se habían portado.

—¡Aquí arriba!

El grito sonó por encima de ellos. Al mirar hacia lo alto, Carrasquera vio la cabeza de un gato en uno de los estrechos resquicios que había en la pared. Se quedó boquiabierta de la impresión: ¡era Puma!

—¡Trepad por el heno! —los apremió el viejo atigrado—. ¿O es que queréis quedaros ahí y dejar que os coman?

Leonino se lanzó al montón de hierba seca y comenzó a subir por él clavando bien las garras. Carrasquera corrió tras su hermano y, justo en ese momento, sintió unas mandíbulas cerrándose a apenas un ratón de sus patas traseras. Entonces oyó un alarido a sus espaldas y, al mirar atrás, vio a Ventolino: el aprendiz del Clan del Viento estaba tratando de trepar, pero un perro tiraba de él mordiéndole la cola.

Carrasquera se puso tensa. Tenía que retroceder para ayudarlo. Ventolino no le caía bien, pero era un gato de clan y no podía abandonarlo y dejar que lo despedazaran. Por suerte, antes de que ella pudiera reaccionar, Ventolino hizo un esfuerzo llevado por el pánico, logró liberar la cola y trepó trabajosamente, alejándose de las fauces abiertas de su perseguidor.

Los perros trataron de seguirlo, pero pesaban demasiado para el heno amontonado. Se debatieron contra la hierba seca, resoplando y babeando sobre el rastro de sangre que Ventolino había dejado tras él.

Carrasquera subió como pudo, medio enterrada en el heno que se le enganchaba en el pelo; además, las semillas se le metían en la nariz y la hacían estornudar. Justo delante de ella, Leonino alcanzó la rendija en la que los esperaba Puma. El viejo atigrado lo agarró por el pescuezo y tiró de él hacia el exterior, y luego lo dejó en algún lugar, fuera de la vista de Carrasquera.

Después estiró el cuello hacia la joven, la agarró también y la levantó por el aire. Envuelta en una nebulosa de miedo, la aprendiza creyó que iba a caer al suelo y se preparó para el impacto, pero aterrizó, temblando, en un tejado rojo inclinado, un par de colas por debajo de la abertura en la pared. Desconcertada, fue incapaz de mantener el equilibrio y se encontró resbalando hacia el borde hasta que Leonino se colocó delante de ella para frenarla.

—¡Gracias! —maulló Carrasquera sin aliento.

Al mirar atrás vio que Puma estaba sacando a Ventolino por la abertura.

—¿Y qué pasa con mi cola? —se lamentó el aprendiz del Clan del Viento cuando Puma lo dejó junto a los hermanos—. ¡Estoy sangrando!

—Cierra el pico y sígueme —replicó el viejo atigrado saltando ruidosamente a su lado—, o tendrás más cosas de las que preocuparte que tu cola. ¡Por aquí! —añadió mientras se dirigía con cuidado hacia el final del tejado.

Bajó de un salto al borde de un contenedor que estaba lleno de agua, y, desde allí, al suelo, donde empezó a hacerles gestos para que lo siguieran a toda prisa. Leonino fue el primero, y bajó con facilidad. Carrasquera lo siguió con más prudencia, imaginándose el frío impacto que supondría caer en el agua. Al cabo de unos segundos, Ventolino aterrizó a su lado, y de inmediato se puso a examinarse la punta de la cola, que lucía ahora destrozada y ensangrentada.

—¡Olvídate de eso por el momento! —bufó Puma—. ¡Tenemos que salir corriendo!

Dentro del edificio sonaron unos gañidos seguidos por el retumbo de unas pisadas que se precipitaban al exterior. Puma salió disparado, tan deprisa como cualquier guerrero, deshaciendo el camino que habían recorrido los aprendices. Los jóvenes corrieron tras él. A Carrasquera le latía el corazón con más fuerza que nunca cuando se acercaba a la valla: ¿podrían colarse por debajo antes de que los perros los alcanzaran?

El viejo atigrado, sin embargo, los guio hacia otra parte de la cerca y empujó bruscamente a Leonino a través de un agujero. Carrasquera fue velozmente tras su hermano; aquello era más fácil y más rápido que retorcerse por debajo de la valla. Ventolino la siguió, y el último en cruzar fue Puma, que se revolvió para encararse a sus perseguidores. Cuando los perros llegaron a la valla, empezaron a ladrar tan fuerte que hubieran podido despertar al Clan Estelar.

—¡Volved con vuestros Caminaerguidos! —se mofó el viejo atigrado—. Y pedidles que os den de comer, hoy no vais a zamparos a ningún gato.

Carrasquera no creía que los perros lo entendieran, porque se abalanzaron contra el cercado. La valla, sin embargo, resistió su empuje, y el agujero era demasiado pequeño para que se colaran por él. Justo en aquel momento apareció un Dos Patas por la esquina de la vivienda más cercana y se puso a gritarles. Los ladridos se transformaron en gimoteos, y luego los perros se marcharon cabizbajos, mirando furiosos a los gatos.

—Venga, larguémonos de aquí —maulló Puma.

Solo entonces los condujo hasta el seto, donde los tres aprendices se derrumbaron sobre la larga hierba. Carrasquera cerró los ojos unos instantes,

y cuando volvió a abrirlos, Puma había desaparecido. En su lugar estaban Zarzoso y Corvino Plumoso.

—Pero ¿seréis cabezas de chorlito? —maulló Zarzoso con voz glacial—. Sabíais que había perros en la granja, y aun así habéis ido a poneros en peligro. ¿Y por qué? ¡Por unos pocos ratones!

—Lo siento —musitó Carrasquera, incapaz de mirar a los ojos a su padre.

—Lo hemos hecho sin pensar —confesó Leonino.

—¡Eso es evidente! —replicó Zarzoso.

—Pero no es todo culpa nuestra. —Ventolino dejó de lamerse la cola para intervenir—. Si no nos hubierais hecho pasar tanta hambre…

—Ninguno de vosotros sabe lo que es pasar hambre de verdad —bufó Corvino Plumoso.

—Y espero que le hayáis dado las gracias a Puma —continuó Zarzoso—. Tenéis suerte de que haya imaginado dónde os habíais metido. Si él no hubiera…

—Habríamos descubierto la forma de salir trepando por el heno —lo interrumpió Ventolino—. No le debemos nada a ese viejo loco.

Carrasquera se quedó mirándolo boquiabierta. Vale, a lo mejor habrían encontrado la manera de salir si no hubiesen estado tan aterrorizados y si hubieran sabido qué rendija era la mejor vía de escape. Pero ella estaba segura de que, de no ser por Puma, ahora estarían los tres muertos en el edificio de los Dos Patas, despedazados por los perros.

Corvino Plumoso soltó un bufido de irritación y le dio la espalda a su hijo. Carrasquera sintió una compasión inesperada por el aprendiz del Clan del Viento. Ella preferiría una reprimenda de Zarzoso a enfrentarse a la frialdad de Corvino Plumoso. ¿Es que Ventolino no contaba siquiera con el aprecio de su progenitor? Sus hermanos y ella no lo soportaban, pero Corvino Plumoso era su padre, ¡por el Clan Estelar!

«Me alegro de que no sea el mío», pensó.

Un susurro en el seto la sobresaltó, pero solo era Glayino, que llegaba cargado con un puñado de hierbas.

—Es perifollo —anunció dejando las hierbas al lado de Ventolino—. Sería mejor usar cola de caballo, pero no he encontrado. Máscalo y ponte la pasta sobre la cola —le dijo al aprendiz del Clan del Viento. Y luego se volvió hacia sus hermanos—: ¿Estáis heridos?

—No, estamos bien —lo tranquilizó Leonino.

—Será mejor que lo compruebe.

Olfateó con cuidado a Leonino desde las orejas hasta la punta de la cola, y luego pasó a Carrasquera.

—Estamos bien, en serio —maulló la joven cuando se dio cuenta de que Glayino temblaba por la tensión—. Siento que no hayamos podido traerte un ratón.

—No es eso lo que deberías sentir —replicó él con una mezcla de miedo y rabia que impresionó a Carrasquera—. Deberías sentir haberte alejado del grupo para hacer algo tan descabellado. Y tú también, Leonino. No habéis pensado en mí, ¿verdad? ¿Qué haría si os perdiera?

Carrasquera apenas fue capaz de tragar saliva. Era cierto, no había pensado en Glayino, excepto para asegurarse de que no se enteraba de lo que hacían. Había olvidado cuánto los necesitaba, tanto a Leonino como a ella, y que le resultaría mucho más duro llevar una vida normal si ellos desaparecían.

—Lo sentimos mucho —maulló tocándole el hombro con la nariz—. Nosotros…

—Las disculpas no cazan presas —replicó Glayino, separándose de ella.

Luego olfateó rápidamente la pulpa de perifollo que Ventolino se había aplicado en la cola, y echó a andar siguiendo el seto.

—Están bien, podemos continuar —añadió lanzándole las palabras a Zarzoso mientras se iba.

—Vamos —maulló Zarzoso—. Ya hemos perdido bastante tiempo.

Y los guio hacia donde estaban los demás gatos, que esperaban a la sombra del seto. Puma yacía ovillado y aparentemente dormido. Esquiruela y Trigueña montaban guardia, mientras Borrascoso y Rivera compartían lenguas y los dos gatos de tribu susurraban entre ellos.

—Ya era hora —gruñó Trigueña poniéndose en pie.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Esquiruela.

Aunque su voz era severa, Carrasquera notó su angustia.

—Estamos bien —respondió Leonino—. No volveremos a hacerlo.

—Más os vale —replicó Zarzoso muy serio.

Borrascoso despertó a Puma, y el grupo se puso en marcha de nuevo. A Carrasquera le dolían las almohadillas después de correr por el suelo de piedra del edificio. Y estaba acalorada e incómoda por las semillas y las hierbas secas que se le habían pegado al pelo. Pronto dejarían la sombra del seto y tendrían que seguir a campo abierto. El sol pegaba fuerte, y ella tenía la garganta seca por la sed y el estómago le rugía de hambre. Cuando llegaron al bosque del otro lado del valle le temblaban las patas de agotamiento.

Zarzoso se detuvo debajo de los árboles.

—Pasaremos la noche aquí —anunció.

—Pero ¡si aún es de día! —protestó Garra—. Podemos avanzar un poco más antes de que esté demasiado oscuro para andar.

—Espero que no lo hagas pensando en estos aprendices —añadió Corvino Plumoso lanzándole una mirada hostil a su hijo—. Si están cansados, es culpa suya.

—No, no es por eso —respondió Zarzoso—. Aunque ninguno de nosotros iría muy lejos si ellos acabaran derrumbándose. Si ahora descansamos aquí, mañana podremos levantarnos temprano y llegar a las montañas antes de que caiga la noche.

Los guerreros se fueron a cazar entre los helechos y zarzales que bordeaban el bosque. Leonino y Ventolino se dejaron caer al suelo y se acurrucaron juntos sobre el musgo que crecía entre unas raíces, y se quedaron dormidos de inmediato.

A Carrasquera le habría gustado imitarlos, pero antes tenía que hacer una cosa. Tambaleándose sobre sus cansadas patas, se obligó a internarse en el bosque hasta que vio un ratón que cruzaba a toda prisa un espacio abierto entre dos arbustos. Cuando saltó sobre él, el roedor se escondió debajo de un montón de hojas. La aprendiza rebuscó entre ellas hasta que logró atraparlo.

«Menudo desastre de caza», pensó, aunque estaba tan agotada que casi ni le importó.

Recogió el cuerpo inerte y regresó al lindero del bosque, donde estaba Puma, sentado sobre las patas y contemplando el valle con los ojos entornados.

El viejo abrió un poco más uno de sus ojos ámbar al ver que Carrasquera se acercaba.

—¿Qué quieres? —le preguntó.

La joven esperaba que se mostrara hostil, pero su voz sonó amable, casi amistosa.

—Te he traído esto. —Y le dejó el ratón delante—. Comida y… algo más. —Arañó el suelo, repentinamente azorada—. Yo… bueno… no he podido evitar ver que tienes muchas garrapatas —dijo a trompicones—. Si quieres, te las quito.

Puma levantó una de las patas traseras y se rascó con energía detrás de la oreja.

—No te diré que no.

Con mucho cuidado, Carrasquera sacó la bilis del ratón, conteniendo las arcadas por el olor repugnante que desprendía. Luego recogió un trozo de

musgo para empaparlo con el líquido y se lo mostró a Puma.

—Esto es lo que hacen los curanderos en los clanes. Yo fui aprendiza de curandera durante una temporada, así que sé cómo hacerlo.

—Hay que ver cómo huele eso… —maulló Puma girando la cabeza mientras Carrasquera empezaba a aplicar la bilis sobre las garrapatas hinchadas que tenía entre el enredado pelaje atigrado.

A pesar del olor, el viejo gato se mantuvo inmóvil y soltó un suspiro de alivio cuando las criaturas comenzaron a soltarse.

—¿Tus Dos Patas no te quitan las garrapatas? —le preguntó Carrasquera sin dejar de aplicarse.

Puma negó con la cabeza.

—Mi Caminaerguido murió. He encontrado a algunos que me dan de comer de vez en cuando, pero no se preocupan por el estado de mi pelo. Y la verdad es que a mí tampoco me importa mucho —añadió, aunque sonó poco convincente.

Carrasquera sintió una punzada de compasión en el estómago. «¡Así que ya ni siquiera es un minino casero! No es más que un solitario que se está haciendo viejo».

—Bueno, ya he terminado —maulló por fin.

Puma ronroneó desde lo más hondo del pecho.

—Gracias. Ahora me siento muchísimo mejor… Así que eso es lo que uno aprende cuando es curandero, ¿eh? Al menos los gatos de clan hacen algo bien.

—Todos lamentamos lo que ha pasado hoy —maulló Carrasquera en voz baja—. Y estamos muy agradecidos por lo que has hecho, venir a rescatarnos de esa manera…

—No ha sido nada —respondió el viejo gato—. Enfrentarme a esos perros ha hecho que me sintiera joven de nuevo.

—Creo que podríamos aprender muchas cosas de ti.

El viejo atigrado soltó un resoplido risueño y bajó la cabeza para devorar lo que quedaba de ratón. Carrasquera se acurrucó a su lado, y el sonido de su ronroneo de satisfacción le llenó los oídos mientras se dormía.

18

Glayino intentó clavar las garras en la roca pelada. El viento lo azotaba, amenazándolo con derribarlo del estrecho risco al que se aferraba aterrorizado. Por encima de su cabeza estaban las estrellas, frías y centelleantes, y alrededor de sus patas no había nada más que sombras oscureciéndolo todo, excepto unas pocas colas de roca, tan marcadas como el espinazo de un gato.

En algún sitio delante de él, las sombras se separaron, y un gato avanzó en su dirección. El joven reconoció enseguida el cuerpo deforme y sin pelo y los ojos ciegos de Pedrusco. El antiguo gato se le acercó más, manteniendo el equilibrio sobre el estrecho saliente rocoso con tanta facilidad que parecía que el bosque entero se extendiera a su alrededor.

—Estoy aquí, como me pediste. —Glayino intentó que no le temblara la voz—. Me dijiste que viniera a las montañas, ¿recuerdas?

Pedrusco asintió con la cabeza.

—Deberíais ser tres.

—Y somos tres —protestó Glayino volviéndose para ver si localizaba a Leonino y Carrasquera—. Los habré dejado atrás en la subida. Ellos no pueden…

Sus últimas palabras se transformaron en un alarido de pavor cuando las patas le resbalaron sobre el risco. Clavó las garras con desesperación, pero no logró sujetarse a la lisa piedra. Sintió que se hundía en las sombras mientras caía en picado más y más y…

—¡Despierta, Glayino! —le gritó su hermano pinchándolo con la zarpa—. Por el Clan Estelar, no haces más que sacudirte como un pez fuera del agua.

El joven aprendiz sintió un gran alivio. Estaba a salvo en su lecho provisional, en el lindero del bosque, y Leonino yacía con él. Saboreando el aire, captó el olor de Carrasquera cerca de ellos, y se relajó más aún,

liberándose de las últimas telarañas del sueño. Se levantó con esfuerzo y arqueó el lomo para desperezarse. El frío del alba se le coló hasta la piel, y oyó que el resto de los gatos empezaban a moverse a su alrededor.

—Zarzoso dice que podemos cazar —maulló Leonino—, pero debemos darnos prisa. Queremos llegar a las montañas antes de que caiga la noche y tenemos un largo camino por delante.

Glayino estaba devorando un campañol sobre la hierba mojada de rocío cuando oyó los pasos de Carrasquera.

—Es hora de partir —anunció su hermana.

El joven aprendiz engulló los últimos bocados y fue a reunirse con los demás.

—Puma, ha sido estupendo volver a viajar contigo —estaba diciendo Zarzoso—. Te estamos especialmente agradecidos por rescatar a esos aprendices descerebrados nuestros, pero no podemos pedirte que te alejes más de tu hogar.

Y, despidiéndose por última vez del viejo gato, el grupo echó a andar entre los árboles. Leonino y Carrasquera se unieron a su hermano rozándolo por ambos lados. En contraste con los días anteriores, caminaron en un silencio tenso mientras el sol ascendía por encima de los árboles.

De repente, Carrasquera tocó a Glayino con la cola para que se detuviera. El joven sintió el calor del sol en la piel y notó una suave brisa que le movía los bigotes. Sin duda, habían llegado al otro extremo del bosque.

—¡Es increíble! —susurró Carrasquera.

—¿El qué? —preguntó Glayino, irritado por no poder ver lo que fuera que estaba admirando su hermana.

—Las montañas… —le respondió Leonino, que parecía aún más impresionado—. ¡Son enormes!

—Es como un muro de piedra gigantesco —explicó Carrasquera—. Todo gris, escarpado y pelado, excepto por algunas pocas grietas donde crece la hierba. Ojalá pudieras ver esto, Glayino. ¡Sube y sube hasta el infinito!

—Yo ni siquiera puedo ver la cima —añadió Leonino—. La tapan las nubes.

—Mi hogar… —susurró Rivera delante del aprendiz.

El joven percibió la mezcla de añoranza y miedo que despedía la apresadora y la tensión que sentían los otros gatos de la tribu. Parecían muy asustados de pensar en lo que les esperaba: enfrentarse a intrusos en el lugar que siempre habían considerado únicamente suyo.

—Tribu de la Caza Interminable —murmuró Noche—, obsérvanos y guía nuestros pasos.

Glayino se estremeció. «¿Y si desde aquí el Clan Estelar ya no pudiera vernos?». Aunque sabía que algún día tendría más poder que el Clan Estelar, se sintió expuesto y vulnerable bajo un cielo indiferente.

—Vamos muy bien de tiempo —maulló Garra—. Podemos llegar a nuestra cueva antes de que anochezca.

—¿Estás seguro? —preguntó Esquiruela, que no parecía tenerlo tan claro —. Recuerda que los aprendices no son trepadores experimentados. No queremos pasar la noche en mitad de la montaña.

—¿Es que los aprendices van a retrasarnos de nuevo? —replicó Garra.

Glayino se sulfuró al percibir la rabia de su voz, sobre todo porque sabía que estaba justificada. ¿En qué estaban pensando Carrasquera y Leonino para irse al granero como si nada y ponerlo todo en peligro?

—Los aprendices estarán bien —aseguró Borrascoso con calma—. Nosotros podemos ayudarlos. ¿Qué opinas tú, Zarzoso?

El guerrero hizo una pausa antes de responder:

—De acuerdo, adelante.

Glayino cruzó un espacio abierto en compañía de sus hermanos. Poco a poco, el suelo comenzó a empinarse; la hierba era cada vez más escasa y había zonas de tierra suelta mezclada con piedrecillas que se le metían entre las garras. Al avanzar más, la ladera se volvió tan escarpada que las zarpas empezaron a resbalarle.

—¡Cagarrutas de ratón! —masculló intentando sujetarse.

—Por aquí. —Esquiruela lo guio con la cola hacia un lado, donde el joven pisó suelo firme—. Hay una senda que podemos seguir —le dijo su madre—. Pasa muy cerca de un precipicio, así que asegúrate de que no dejas de rozar la piedra de este lado.

Glayino caminó detrás de Trigueña, seguido de Esquiruela. Olía a sus hermanos un poco por delante, y pronto comenzó a sentirse más confiado; aquello se parecía un tanto al ascenso hasta la Cornisa Alta o al trayecto hasta la Laguna Lunar. «Eso puedo hacerlo sin problemas, así que esto también».

Aun así, cuando se dio cuenta de que el sendero iba haciéndose más abrupto a medida que ascendían por la montaña, su confianza comenzó a flojear. No dejaba de imaginarse el hondo precipicio que su madre había mencionado, y sabía que bastaba un paso en falso para hundirse en las profundidades. Un viento frío lo azotaba, amenazando con derribarlo. La roca

era dura, y no podía esquivar las piedras más afiladas, que le cortaban las almohadillas porque no las veía.

Un grito áspero sonó desde lo alto, y Glayino trastabilló, desconcertado. Solo la rapidez de Esquiruela, que lo empujó a un lado, lo mantuvo de pie.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el joven con voz estrangulada.

—Un águila —respondió su madre—. Pueden ser peligrosas, pero esa está muy lejos, no nos molestará.

—¡Ojalá nos molestara! —maulló Borrascoso a sus espaldas—. Así todos podríamos comer bien.

Esquiruela le dio un suave empujoncito a Glayino para que siguiera adelante, pero no habían avanzado más que unos pocos pasos cuando un grito de alarma hizo que se detuvieran de nuevo:

—¡Esperad! ¡No os mováis!

Era la voz de Noche, y Glayino frenó en seco, chocando contra la cola de Trigueña.

—¿Qué pasa?

—¡Hay una brecha en el sendero! —exclamó Zarzoso, y su voz resonó entre las rocas—. Tendremos que saltar.

Glayino sintió un hormigueo de miedo en las zarpas, pero mantuvo la cabeza bien alta. No quería mostrarles a los gatos de la tribu lo asustado que estaba. Esquiruela se apretó contra su costado, y él se alegró de esa muestra de apoyo silencioso.

—Venga, Leonino —dijo Zarzoso en tono cálido y alentador—. Has saltado el arroyo de la frontera del Clan del Viento más de una vez, y esto no es más ancho. —Y, tras un breve silencio, añadió—: ¡Bien hecho! Ventolino, ahora tú.

Glayino flexionó las garras arañando la dura roca del camino mientras aguardaba su turno. Detestaba aquel lugar, y se preguntaba por qué había querido ir allí. Había esperado encontrarse con los paisajes de sus sueños, pero el viento arrastraba olores desconocidos y aún no había percibido la presencia de Pedrusco ni de ningún antepasado guerrero. Aunque lo que de verdad lo enfurecía era su propia incapacidad.

Su miedo aumentó cuando oyó a Trigueña animando a saltar a Carrasquera.

—No mires hacia abajo —maulló la gata del Clan de la Sombra—. Mantén la vista fija en Zarzoso.

—Estaré bien —contestó Carrasquera, aunque su voz sonó tensa.

Un instante después, Glayino oyó un grito de felicitación de Leonino, y supo que su hermana había superado la brecha sin problemas. Entonces notó que el olor de Trigueña desaparecía de repente, y eso quería decir que la guerrera también había saltado. Ahora no quedaba ningún gato entre él y el abismo que se imaginaba ante sus patas. Se le empezó a erizar el pelo del lomo.

—Escúchame —le dijo Esquiruela—. El hueco mide unos dos zorros de largo y unas tres colas de ancho. Tú ya has salvado una distancia así más de una vez. Da tres pasos para tomar carrerilla y salta.

—¡Yo estoy aquí, Glayino! —exclamó Zarzoso—. Te agarraré en cuanto cruces.

—Vale —respondió el joven sintiéndose orgulloso de que no le temblara la voz. Tensó todos los músculos y gritó—: ¡Allá voy!

Sin darse la oportunidad de vacilar, se lanzó hacia delante, rozando la roca antes de que las patas traseras lo impulsaran hacia arriba. El corazón se le desbocó en un instante de pánico desenfrenado; luego sus patas aterrizaron sobre la roca con un sonoro golpe. Trastabilló y notó que Leonino lo ayudaba a recuperar el equilibrio.

—¡Un salto estupendo! —exclamó su hermano—. Practica un poco más y serás un gato volador.

—De eso nada —masculló Glayino.

Se quedó inmóvil y se alisó el pelaje, obligándose a estabilizar la respiración.

Cuando los demás consiguieron salvar la brecha, Glayino ya estaba listo para continuar. Incluso empezaba a estar contento consigo mismo. ¡Eso les enseñaría a los gatos de la tribu si un aprendiz ciego podía hacer el viaje o no!

Se dio cuenta de que ahora la senda discurría entre unas paredes de piedra altísimas. No hacía aire, aunque se oía el silbido del viento entre las rocas de lo alto. Las voces de los gatos resonaban, y el repiqueteo de las piedras esparcidas por sus pisadas resultaba extrañamente sonoro.

—Será mejor que guardemos silencio —maulló Garra—. Nos estamos acercando, y podría haber intrusos en los alrededores.

El sendero parecía serpentear y enroscarse sobre sí mismo. Un poco más adelante, Glayino oyó el borboteo de un salto de agua y chapoteó a través de un pequeño arroyo. Le rugió el estómago al captar olor a presas. Los rastros eran tenues y dispersos, y el joven se preguntó por qué había gatos que querían vivir en un lugar tan inhóspito, y pelear por él, además.

Ventolino preguntó si podían pararse a cazar, y Corvino Plumoso le contestó de mala gana que no había tiempo.

—Quizá tú quieras pasar la noche aquí fuera, pero ¡yo no! —bufó el guerrero del Clan del Viento.

—Cuando lleguemos a la cueva habrá carne fresca —maulló Rivera.

Glayino se preguntó si la gata tendría razón. ¿No les habían dicho que uno de los problemas de la tribu era que los intrusos les estaban quitando las presas?

Intentó percibir el paso del tiempo. ¿Estaría el sol cayendo ya tras el horizonte y llenando de sombras el desfiladero que estaban recorriendo? En el bosque había muchas cosas que le indicaban que el sol iba a ponerse: cambios en el viento y en los olores, el contacto fresco de la hierba al caer el atardecer… Pero en las montañas no había nada que lo guiara.

El camino rocoso comenzó a ascender y la brisa se notó de nuevo, como si estuvieran saliendo del desfiladero. De repente, Glayino oyó un chillido por encima de su cabeza.

—¡Leonino, sube aquí! —exclamó entusiasmada Carrasquera—. ¡Puedo verlo todo!

Noche soltó un bufido furioso.

—¡He dicho silencio! —gruñó Garra.

—Carrasquera, baja aquí enseguida —le ordenó Esquiruela.

Los gatos se detuvieron. Al cabo de unos instantes, Glayino oyó las pisadas de Carrasquera.

—Lo lamento. Se me había olvidado.

Aunque a su hermano no le pareció muy arrepentida, porque seguía rebosando entusiasmo, como cuando un río se desborda.

—Pero es que es tan increíble… ¡Puedes ver el mundo entero!

—Como hayas alertado a los intrusos… —Garra se quedó callado de pronto.

Glayino captó que algo se acercaba. No percibió ningún sonido, solo una perturbación en el aire que delataba un movimiento rápido.

—Viene alguien —susurró.

—Son ellos —maulló Garra escuetamente.

—Entonces será mejor que salgamos de aquí —dijo Zarzoso.

—Demasiado tarde —replicó Noche—. Manteneos juntos y poned a los aprendices en el centro.

Glayino sintió que casi lo levantaban en volandas cuando Corvino Plumoso lo empujó contra los demás.

—¡Podemos pelear! —aseguró Leonino.

—Sí, no necesitamos que nos protejáis —añadió Carrasquera.

Ventolino no dijo nada, pero soltó un gruñido desafiante.

Ninguno de los adultos les hizo caso. Glayino se encontró aplastado entre Carrasquera y Ventolino, con los guerreros experimentados rodeándolos. Carrasquera maldecía entre dientes.

De pronto, Glayino oyó el sonido de unos pasos sobre la roca y captó un olor a gatos desconocido. Debían de ser tres o cuatro. Los guerreros que tenía alrededor bufaron con agresividad.

Luego sonó una voz extraña:

—¿Qué tenemos aquí?

19

Carrasquera sacó las uñas y tensó los músculos para prepararse para la batalla. Si no se hubiera puesto a gritar, tal vez habrían logrado pasar sin que los intrusos los hubieran detectado. Al menos solo se las veían con cuatro gatos. Si acababan peleando, era imposible que los invasores ganaran. Quizá les hubiera resultado fácil con la tribu, pero ¡pronto descubrirían cómo era enfrentarse a guerreros de clan bien entrenados!

El gato que había hablado era bastante grande. Unas listas oscuras cruzaban su pelaje plateado, y sus insolentes ojos ámbar iban pausadamente de un gato a otro. Sus tres compañeros se apretujaban tras él: un gato flacucho y marrón claro con unas orejas grandes y puntiagudas que se paseaba de arriba abajo, alerta; una gata marrón oscuro y blanca de ojos verdes, y una joven gata parda con franjas blancas como rayos en el rostro.

—Yo te he visto antes —le dijo el plateado a Garra en tono burlón—. ¿Qué estás haciendo tan lejos de la cascada? Creía que ya no cazabais por aquí.

El flacucho marrón le dio un toque en el hombro a su amigo.

—¿Crees que tienen miedo, Listado?

Listado parpadeó despacio.

—Quizá sí, Sosquín. Creo que se han dado cuenta de que las presas de por aquí nos pertenecen. —Se pasó la lengua por el hocico—. Esta mañana me he comido un conejo estupendo. Estaba bueno, pero era tan rollizo que no he podido ni acabármelo.

—¡Deberías mostrar más respeto por las presas! —le espetó Corvino Plumoso.

Sosquín soltó un bufido.

—¿Quién eres tú para decirnos lo que debemos hacer?

Corvino Plumoso mostró los colmillos en un gruñido.

—¿Acaso quieres averiguarlo?

Zarzoso le tocó el lomo con la punta de la cola, a modo de advertencia.

—No estamos buscando pelea —maulló en voz baja.

Corvino Plumoso le lanzó una mirada furiosa, pero no dijo nada más, aunque arañó el duro suelo mientras sacudía la cola.

—¿Qué vamos a hacer con ellos, Listado? —preguntó el flacucho.

Antes de que el atigrado pudiera responder, Noche dio un paso adelante. Tenía las patas rígidas por la rabia y el pelo erizado.

—¡No tenéis derecho a hacer nada con nosotros! —bufó—. Y no tenéis ningún derecho a venir aquí a robarnos las presas.

—¿«Derecho»? —La gata marrón y blanca intervino por primera vez—. ¿Quién os dio el derecho a vosotros en primer lugar?

—Bien dicho, Flora —se mofó el flaco, Sosquín.

La pregunta de la gata marrón y blanca hizo tambalear la furia de Carrasquera. La aprendiza estaba lista para luchar por la tribu, porque aquel era su territorio y sus antepasados guerreros lo custodiaban. Sin embargo, la pregunta de Flora no tenía una respuesta clara. Puede que los gatos de la tribu no tuvieran derecho a expulsar a los intrusos.

—No venimos buscando problemas —maulló Zarzoso sosegadamente, posando la cola sobre el lomo erizado de Noche—. Solo estamos camino de la cascada. Deberíais dejarnos ir en paz.

Listado y Sosquín intercambiaron una mirada, y al final el plateado dio un paso atrás, haciendo un gesto con el rabo.

—No intentamos deteneros.

«¿Ah, no?», pensó Carrasquera. Habían aparecido mostrando mucha agresividad, saltando sobre las rocas con el pelo erizado y sacudiendo la cola, hasta que habían descubierto que había demasiados rivales para salir victoriosos de la batalla. Podían disimular todo lo que quisieran, pero ella sabía que habrían atacado si se hubieran encontrado solo con gatos de tribu.

Zarzoso inclinó la cabeza en un gesto cortés pero distante y guio a su grupo valle arriba. Los intrusos los observaron mientras se alejaban; los dos machos, con expresión burlona. Durante unos segundos, Carrasquera cruzó la mirada con la joven parda, que aguardaba un poco apartada de los demás, sin decir nada. De haber sido una gata de clan, sería aprendiza. «Podría haber sido amiga mía», se dijo.

Ventolino, sin embargo, no veía más que enemigos. Al pasar ante los invasores, sacudió la cola bufando con furia.

Su padre le dio un empujón para que siguiera adelante.

—¿Es que tienes el cerebro de un ratón? ¿Quieres provocar una pelea?

—Lo están pidiendo a gritos —masculló Ventolino.

Carrasquera reparó en que Leonino seguía teniendo las uñas desenvainadas, como si hubiera estado a punto de saltar sobre los intrusos, aunque su hostilidad no era tan evidente como la de Ventolino.

Mientras ascendían por el valle, Carrasquera no dejó de notar en la espalda la mirada de los invasores. La joven soltó un suspiro de alivio cuando rodearon un afloramiento rocoso y los dejaron atrás. A su alrededor, sintió que los demás también empezaban a relajarse.

—¡Esto es horrible! —exclamó Rivera—. ¿En serio esos gatos creen que pueden deciros adónde ir? ¿Acaso los gatos de la tribu están prisioneros en su propia cueva?

—Las cosas no están tan mal —contestó Noche.

—Pero ¡creen que pueden daros órdenes! ¿Todavía podéis salir a cazar?

Garra se acercó a Rivera.

—La verdad es que los intrusos se sienten cada vez más confiados. Ahora incluso vienen hasta la cascada a cazar.

—Saben que no podemos detenerlos —añadió Noche con amargura.

—¿Y qué piensa Narrarrocas? —preguntó Rivera.

Garra se encogió de hombros.

—Dice que no deberíamos desafiarlos, por nuestra propia seguridad.

«¿Y de qué sirve eso? —se preguntó Carrasquera—. Narrarrocas es el líder de la tribu. ¡Debería hacer algo!».

Rivera negó con la cabeza y luego se acercó a Borrascoso para notar su contacto mientras proseguían valle arriba. El guerrero gris había guardado silencio durante el encuentro con los intrusos, y sus ojos rebosaban tristeza. Carrasquera supuso que estaba recordando la batalla que él había encabezado junto a la tribu, y a los gatos que habían perdido la vida en ella.

A medida que el sol descendía, el cielo se fue tiñendo de un color rojizo. Las cimas de las montañas proyectaban sombras largas, y los riscos que aún recibían luz parecían bañados en sangre. Carrasquera se estremeció, imaginándose que podía oír los gritos de los gatos muriendo en combate.

Un peñasco de roca quebrada bloqueaba la salida del valle. Carrasquera llegó a lo alto tras una escalada difícil y contempló la vasta extensión de piedra desnuda y precipicios profundos que se prolongaba en todas direcciones hasta donde alcanzaba la vista. Una brisa intensa le alborotó el pelo, y la joven clavó las uñas en la roca para mantener el equilibrio. Le

resultaba muy difícil entender que los gatos pudieran vivir en aquel desierto rocoso.

Garra se dirigió hacia uno de los extremos del peñasco, que daba a una repisa de piedra plana.

—Por aquí —indicó.

Los demás comenzaron a seguirlo, excepto Ventolino, que salió corriendo en otra dirección.

—¡Por aquí parece más rápido!

Carrasquera puso los ojos en blanco. «Pero ¡si no sabes adónde vas, cabeza de chorlito!».

Casi de inmediato, el aprendiz del Clan del Viento soltó un alarido de pavor. Estaba resbalando hacia delante e intentaba frenar desesperadamente. Carrasquera se dio cuenta de que una grieta, oculta por las sombras, dividía la cima del peñasco en dos.

Echó a correr para ayudar a Ventolino, pero Corvino Plumoso la adelantó. El guerrero cerró los dientes alrededor de la cola de su hijo y tiró de él hasta ponerlo a salvo en la parte lisa del peñasco.

Ventolino soltó un chillido de dolor.

—¡Mi cola malherida!

—Mala suerte —gruñó Corvino Plumoso—. La próxima vez, piénsatelo dos veces antes de fanfarronear, y haz lo que digan los gatos de la tribu.

Ventolino le lanzó una mirada torva y luego siguió a los demás con la cabeza y la cola gachas.

—¡Qué pena! —maulló Leonino cuando el aprendiz del Clan del Viento llegó a su lado—. Estaba deseando verte caer hasta el fondo de las montañas.

—¡Cierra el pico, bola de pelo estúpida!

—Ya basta. —Trigueña se interpuso entre los dos jóvenes—. Por el Clan Estelar, dejad de reñir.

—Lo siento —masculló Leonino avergonzado, y se dio un par de lametazos en el pecho.

Ventolino, en cambio, pareció ignorar por completo a la guerrera.

Carrasquera se dijo que todos estaban cansados y hambrientos, y que era posible que saltaran más chispas si no llegaban pronto al hogar de la Tribu de las Aguas Rápidas.

Garra condujo a los gatos hasta el extremo más distante del peñasco, desde donde descendía un sendero estrecho que solo podían bajar de uno en uno. Mientras esperaba su turno, Carrasquera oyó un batir de alas en lo alto.

Una sombra negra pasó sobre ella, y, con un grito de sorpresa, la joven se pegó a la roca. Desde allí vio que su madre se lanzaba encima de Glayino.

Cuando Carrasquera se atrevió a levantar la cabeza, distinguió un ave marrón enorme con las alas desplegadas, que pasó rozando el peñasco y se dirigió hacia las rocas de más abajo. Unas garras crueles y encorvadas se alargaron para agarrar el cuerpecillo de un ratón que yacía inmóvil a unas pocas colas de distancia. A Carrasquera le rugió el estómago. Aunque los gatos de clan no comían carroña, tenía tanta hambre que no le habría dicho que no a ese ratoncillo.

Justo cuando las garras del águila se cerraron sobre el cuerpo inerte, cuatro gatos surgieron de entre las sombras que rodeaban las rocas. Carrasquera se quedó boquiabierta y con los ojos como platos cuando vio que inmovilizaban a aquella gran ave. El águila soltó un chillido penetrante y sacudió las alas frenéticamente, intentando liberarse. Incluso consiguió elevarse una cola del suelo, pero el peso de los gatos que tiraban de su cuerpo era demasiado para ella. Se derrumbó en la roca batiendo las alas, y los delgados gatos grises y marrones se abalanzaron sobre su presa. Uno le propinó una dentellada en el cuello, y, tras debatirse en un último espasmo, el águila se quedó inmóvil.

—¡Magnífico! —aulló Garra.

Los cuatro gatos miraron asombrados hacia arriba, y uno de ellos exclamó atónito:

—¡Garra!

Los gatos de la tribu se observaron unos a otros, pasmados, y luego se quedaron mirando a los gatos del risco.

Borrascoso se colocó al lado de Carrasquera.

—Bienvenida a la Tribu de las Aguas Rápidas —maulló.

20

Leonino siguió a Garra por el sendero que llevaba a las rocas de abajo. Los gatos que habían matado al águila estaban esperándolos agitando la cola y con expresión cautelosa.

Un macho gris claro se adelantó para entrechocar el hocico con el de Garra.

—Me alegro de volver a verte —maulló con voz cálida—. Y a ti también, Noche —añadió cuando la gata negra se acercó a ellos.

—Gracias, Gris —contestó Garra.

Leonino examinó a los gatos de la tribu con discreción. Eran más pequeños y flacos que la mayoría de los gatos de clan, y su pelaje gris y marrón estaba embadurnado de barro, de modo que casi se confundían con las rocas de las montañas. Sus ojos adquirían un brillo extraño cuando reflejaban la luz roja del sol poniente. Cuando uno de ellos se volvió para mirarlo, él dio un paso hacia Esquiruela. Su madre le lamió una oreja y, por un segundo, el joven se sintió avergonzado.

«¡Ya no soy un cachorro!».

Además, estaban allí para ayudar a los gatos de la tribu. El gato llamado Gris estaba mirando al resto del grupo, que había bajado por el sendero detrás de Noche.

—¡Borrascoso! —exclamó con los ojos desorbitados—. ¡Rivera! ¿Qué estáis haciendo aquí? Se… se supone que estáis muertos.

Los gatos de la tribu se apiñaron erizando el pelo, y Leonino sintió una oleada de rabia. Aunque Narrarrocas hubiera dicho que Borrascoso y Rivera estaban muertos para la tribu, ¡eso no significaba que estuvieran muertos de verdad! ¿Es que aquellos gatos se creían todo lo que les decía su líder?

Borrascoso miró a Rivera y puso los ojos en blanco.

—No, no estamos muertos —maulló volviéndose hacia los gatos de la tribu—. Hemos vivido como desterrados durante un tiempo, eso es todo.

Los gatos dieron unos pasos adelante, estirando el cuello para olfatear a Borrascoso. Al principio las preguntas llegaron despacio, pero luego fueron cayendo como la lluvia en la estación de la hoja verde.

—¿Estáis bien?

—¿Adónde habéis ido?

—¿Por qué habéis vuelto?

—Garra y Noche vinieron a buscarnos —respondió Rivera, que hablaba por primera vez—. Nos dijeron que nos necesitabais.

Los gatos de la tribu intercambiaron miradas de indecisión. Leonino esperaba que dijeran: «Sí, muchas gracias, necesitamos vuestra ayuda», pero ninguno lo hizo. En vez de eso, dirigieron su atención a los gatos de clan.

Gris se acercó a olfatear recelosamente a Zarzoso.

—Eh, nosotros nos conocemos —maulló al fin—. Tú eres uno de los gatos que pasó por aquí hace unas cuantas estaciones.

—Así es. —Zarzoso inclinó la cabeza—. Yo también me acuerdo de ti. Eres… Cielo Gris Antes del Alba, ¿verdad?

—¡Exacto! —contestó, sorprendido de que Zarzoso recordara su nombre completo—. Y vosotros… ¿encontrasteis el hogar que andabais buscando?

—Sí. Un buen lugar, junto a un lago.

Gris ladeó la cabeza.

—Entonces, ¿por qué estáis aquí? ¿Y qué habéis hecho con todos los demás?

—Hemos venido porque… —empezó Trigueña, pero enmudeció al ver que Rivera le lanzaba una mirada de advertencia.

—Solo están de paso —explicó la gata atigrada.

Leonino se irritó, y Carrasquera se acercó a él para susurrarle algo al oído.

—Rivera no quiere ofender a sus viejos compañeros diciéndoles que necesitan la ayuda de unos forasteros. Ya tienen bastante con la sorpresa que se han llevado al descubrir que Borrascoso y ella han vuelto de entre los muertos, ¿no te parece?

«Pero ¡es evidente que necesitan nuestra ayuda!», pensó el joven. Aquellos gatos estaban tan flacos que podía contarles las costillas. No eran rivales para los invasores. Leonino sintió que le ardía la piel de rabia al recordar las miradas burlonas de Listado y Sosquín, y la insolencia con la que hablaban.

«¡Creen que pueden hacer lo que quieran y que nadie los detendrá!».

La luz roja del crepúsculo empezaba a apagarse y dejaba las montañas envueltas en penumbra. Garra movió la cola, haciéndoles una seña a los viajeros para que se pusieran de nuevo en marcha.

—Nos vemos en la cueva, Gris —maulló en un tono que dejaba claro que no iba a responder a más preguntas.

Los gatos de la tribu volvieron a su presa y comenzaron a arrastrarla por las rocas. Las plumas del águila producían un susurro suave sobre la piedra. Leonino rodeó al ave manteniéndose a una distancia segura. Aunque estaba muerta, no le gustaba nada el aspecto de sus garras, curvas y afiladas, ni el brillo de cristal de sus ojos, que parecían mirarlo fijamente.

Al cruzar la planicie rocosa junto a sus hermanos, Leonino oyó un ruido parecido al de los truenos. Miró al cielo, pero estaba despejado, y las estrellas comenzaban a titilar por encima de las cumbres. El rugido atronador se volvió cada vez más intenso, y el aire se tornó tan húmedo que su pelaje quedó cubierto de gotitas minúsculas.

Estaban acercándose al borde de la llanura, y Carrasquera corrió a asomarse.

—¡Venid a ver esto! —exclamó.

Leonino se reunió con ella a toda prisa, pero frenó en seco y miró hacia atrás para asegurarse de que Glayino no estuviera demasiado cerca del borde. Justo delante de sus patas, las rocas daban a un valle estrecho y sinuoso que descendía abruptamente. Un arroyo espumeaba al fondo, lanzando agua en suspensión allí donde chocaba contra las rocas, y se arremolinaba alrededor de las raíces de los escasos arbustos que se aferraban a las orillas. El estruendo procedía de un poco más abajo, donde el arroyo desaparecía de repente.

—Eso es la cascada —maulló Esquiruela levantando la voz y señalando con la cola—. Ya casi hemos llegado.

Encabezando el grupo, Garra comenzó a bajar hacia el arroyo. Una senda minúscula, tan estrecha como una rama de zarzal, iba siguiendo el cauce de agua.

—Vigilad dónde ponéis las patas —avisó.

—¿Recuerdas la primera vez que estuvimos aquí? —le preguntó Esquiruela a Zarzoso.

El atigrado oscuro agitó los bigotes.

—¿Cómo voy a olvidarlo?

—Fue en el trayecto de vuelta del lugar donde se ahoga el sol —les explicó la guerrera a los aprendices—. Había estado lloviendo sin parar y un

torrente de agua nos arrastró hasta ese arroyo. ¡Caímos directamente por la cascada hasta la poza que hay debajo!

—Pensé que iba a reunirme con el Clan Estelar —añadió Borrascoso deteniéndose a mirar el arroyo antes de pisar el suelo rocoso con cuidado.

Esquiruela se dispuso a seguir a Borrascoso, y luego miró atrás.

—A ver si esta vez podemos hacerlo sin mojarnos las patas. Ven, Glayino, agárrame la cola y sígueme sin apartarte de mis pasos.

En fila india y en silencio, fueron descendiendo por el borde del arroyo hasta llegar a lo alto de la cascada. Incluso Ventolino prestaba atención a las indicaciones de los experimentados gatos de la tribu que los guiaban.

Cuando llegaron al final del abrupto valle, Leonino se detuvo y se quedó mirando hacia el punto en el que la ruidosa corriente caía en la poza. El aire estaba nebuloso por el agua en suspensión, y las piedras, resbaladizas por la humedad.

—¿Cómo va a bajar Glayino por ahí? —le susurró Leonino a Carrasquera.

Ella negó con la cabeza con preocupación.

—No podrá.

Entonces oyeron un aullido de protesta. Zarzoso había agarrado a Glayino por el pescuezo y estaba empezando a descender con su hijo colgando de la boca, como si fuera un cachorrito.

—¡Puedo hacerlo solo! —bufó Glayino con rabia.

Esquiruela, que ya estaba abajo y a salvo, lo observó agitando la cola.

—Estate quieto o Zarzoso te tirará a la poza —le advirtió.

Leonino se acercó más a su hermana para susurrarle al oído:

—No le digas ni una palabra de esto a Glayino. Nos haría picadillo.

La joven asintió antes de comenzar el descenso. Leonino fue tras ella, seguido por Trigueña. El corazón le latía desagradablemente deprisa mientras intentaba encontrar suelo seguro en las piedras mojadas. Resbaló una vez, y las patas traseras se le quedaron suspendidas sobre el atronador salto de agua. Trigueña lo agarró por el pescuezo y tiró de él para ponerlo a salvo.

—Gracias —maulló Leonino sin aliento.

La guerrera movió las orejas sin decir nada.

El joven aprendiz se sintió más agradecido que nunca cuando saltó el último tramo y llegó a suelo firme, junto a la poza. Le temblaban las patas y tenía el pelo empapado por el agua en suspensión, pero en su interior se sentía orgulloso y capaz de todo. Nada podía detener a los gatos de clan, ni siquiera el descenso por el borde de una cascada. Pronto ajustarían cuentas con aquellos invasores despreciables y carroñeros, y les enseñarían quién se

merecía cazar en las montañas. No era extraño que los gatos de la tribu no hubieran podido con ellos; por lo que él había visto, estaban demasiado consumidos y flacos para pelear. Garra y Noche habían hecho lo correcto al pedir ayuda a los clanes: ellos eran la única oportunidad que tenía la Tribu de las Aguas Rápidas.

Había varios gatos de la tribu ocultos tras las rocas que bordeaban la poza, asomando nerviosamente la cabeza para observar a los recién llegados, y Leonino intentó fingir que no los había visto. No le gustaba que lo examinaran como si fuera un bicho raro, con recelo y curiosidad. Aquellos gatos deberían haberse mostrado más agradecidos; al fin y al cabo, los guerreros de clan habían hecho un viaje muy largo para ayudarlos.

Corvino Plumoso se había separado del resto del grupo y estaba sentado cabizbajo junto a un montón de piedras al otro lado de la poza, debajo de un árbol retorcido.

—¿Qué está haciendo? —le preguntó Leonino a Trigueña.

—Ahí está enterrada Plumosa.

El joven se quedó mirando al guerrero gris oscuro, agachado junto al montón de piedras.

—¿Y por qué Corvino Plumoso está tan triste? Plumosa ni siquiera pertenecía a su clan…

—Corvino Plumoso la amaba —explicó Trigueña con dulzura—. Ella murió por salvarlo de Colmillo Afilado, y así también salvó a la tribu.

Leonino sintió que algo se removía en su interior, como un ratoncillo entre un montón de hojas: quizá el guerrero del Clan del Viento se había vuelto tan huraño porque había perdido a Plumosa.

El joven aprendiz reparó entonces en que Ventolino estaba mirando a su padre con expresión torva y un brillo de celos en los ojos. Por una vez, Leonino sintió una punzada de compasión por el joven. No estaba seguro de cómo se sentiría él si Zarzoso se mostrara tan triste por una gata que había muerto hacía muchas estaciones, y menos cuando ahora tenía a Esquiruela.

—Vamos. —La voz de Garra interrumpió sus pensamientos—. Es hora de recorrer la Senda de las Aguas Rápidas.

Y, dicho eso, rodeó la poza y saltó por las primeras rocas.

A Leonino se le salieron los ojos de las órbitas cuando vio que Garra desaparecía tras la cortina de agua.

—¿Adónde ha ido?

Trigueña le tocó el hombro con la cola.

—Ahora lo verás.

Leonino subió por las resbaladizas rocas para reunirse con Carrasquera, Glayino y Esquiruela justo en el lugar por el que había desaparecido Garra. Estaban sobre una repisa estrecha de piedra que llevaba al otro lado de la cascada, y en el otro extremo se abría un amenazador agujero negro. A Leonino se le erizó el pelo.

—Sígueme —le dijo Esquiruela a Glayino—. Y mantente pegado a la roca.

Glayino, todavía enfurruñado porque habían cargado con él hasta la poza, masculló algo que Leonino no logró oír.

Esquiruela abría la marcha, colocando con mucho cuidado las patas en línea recta y rozando la pared rocosa. Glayino la siguió, y Leonino fue tras él, listo para sujetarlo si resbalaba.

El agua caía con estruendo, ensordeciéndolos y empapándoles el pelo con gotitas heladas. Leonino estaba seguro de que la cascada acabaría arrastrándolo y lo lanzaría a la poza. A la escasa luz del anochecer, apenas podía distinguir el pelaje gris de Glayino contra la piedra mojada. El aire húmedo ahogaba el olor de sus compañeros, y el aprendiz tuvo la sensación de que se había quedado solo, internándose en la oscuridad de la tierra y sin posibilidad de regresar.

—Eso es —susurró Glayino—. Aquí es donde se supone que debíamos estar.

Leonino no estaba seguro de a qué se refería su hermano. Ahora más que nunca, él sentía que pertenecía al bosque, con árboles por encima de la cabeza y hierba bajo las patas. Respirando hondo, se internó en el agujero y se encontró en la entrada de una gran cueva. A sus espaldas, una luz tenue y acuosa se filtraba a través de la cascada, dejando ver unas abruptas paredes de piedra que se alzaban hasta desaparecer en las sombras.

Parpadeando, Leonino dio unos pasos adelante. Al dejar atrás la estrecha entrada, el estruendo de la cascada se amortiguó, y notó que Carrasquera y Glayino se colocaban a su lado. Su hermana miraba a su alrededor, boquiabierta, y Glayino se estremecía por la tensión.

Zarzoso, Garra y Esquiruela ya estaban dentro de la cueva. Varios grupos de gatos de la tribu, unas figuras enjutas de color marrón grisáceo, los miraban agazapados, como si no se atrevieran a salir al encuentro de los recién llegados. Todos parecían débiles y nerviosos.

«No os preocupéis —pensó Leonino—. Todo irá bien, ahora que estamos aquí».

Justo en ese momento, un atigrado marrón surgió de las sombras del fondo de la cueva. Estaba delgado como un palo, incluso parecía que le hubieran estirado la piel sobre los huesos descarnados, y tenía el hocico canoso por la edad. Sus ojos azules centellearon en la oscuridad.

Zarzoso inclinó la cabeza respetuosamente.

—Saludos, Narrarrocas.

Leonino arañó el duro suelo de la cueva, impaciente, mientras esperaba que el viejo gato les diera la bienvenida. Tenían que empezar a planear de inmediato la forma de librarse de los invasores.

Narrarrocas se detuvo, y sus ojos azules se pasearon por los recién llegados. El ralo pelo de su cuello y sus omoplatos comenzó a erizarse.

—¿Cómo os atrevéis a venir aquí? —gruñó.

21

Leonino se quedó mirando a Narrarrocas con incredulidad. ¿Acaso el líder de la Tribu de las Aguas Rápidas no los quería allí? ¿Es que tenía el cerebro de un ratón?

El sanador se volvió en redondo para encararse a Garra y Noche.

—¡¿Qué significa esto?! —exclamó.

Garra tragó saliva.

—No… nosotros… hemos ido en busca de los clanes —tartamudeó arañando nerviosamente el suelo—. Hemos traído ayuda…

—Pensamos que era lo mejor —añadió Noche.

—¡Pues pensasteis mal! —La voz de Narrarrocas vibraba de furia—. Abandonasteis a vuestros compañeros de tribu cuando os necesitaban para cazar, habéis hablado de nuestra debilidad a los clanes y habéis traído todas estas bocas extras que alimentar. ¿Cómo os atrevéis a poner una pata en nuestra cueva? Ninguno de vosotros es bien recibido aquí.

Borrascoso y Rivera, que habían seguido a Leonino y los demás aprendices hasta la gruta, se adelantaron para colocarse frente a Narrarrocas. El viejo entornó los ojos.

—¡Vosotros estáis muertos!

Borrascoso no se arredró.

—No, no estamos muertos. Y seguimos siendo leales a la Tribu de las Aguas Rápidas, digas lo que digas.

—Queremos ayudaros —suplicó Rivera.

Pero los ojos de Narrarrocas eran tan fríos como la piedra que los rodeaba.

—Os desterré de las montañas por una buena razón. ¿Creéis que lo hice a la ligera? ¡No, esa era la voluntad de nuestros antepasados!

—Entonces, nuestros antepasados estaban equivocados —replicó Rivera con un destello en sus ojos ámbar—. La tribu está sufriendo todavía más que

cuando nos marchamos, y los invasores son ahora más arrogantes si cabe. Nos hemos encontrado con un grupo camino de aquí. Se comportaban como si las montañas fueran su territorio y pudieran echarnos si quisieran.

—Hemos venido a ayudar —insistió Borrascoso—. Nos necesitáis.

—¿¡Que os necesitamos!? —repitió Narrarrocas desdeñosamente—. ¿Y qué creéis que podéis hacer? Ya se han perdido demasiadas vidas, ya se ha derramado demasiada sangre… Y eso fue obra tuya, Borrascoso. Tú nos dijiste que necesitábamos demostrar nuestra fuerza para defender nuestro territorio, pero no funcionó.

—Porque no había territorio —señaló Zarzoso, dando un paso adelante para unirse a Borrascoso—. Tenéis que marcar vuestras fronteras.

—¡Jamás hemos hecho tal cosa! —espetó Narrarrocas—. Eso no es una costumbre de la tribu, y Borrascoso lo sabe.

El guerrero gris bajó la cabeza. Leonino intercambió una mirada con Carrasquera y vio su misma rabia reflejada en los ojos de su hermana. Qué estúpido podía llegar a ser aquel viejo gato. No solo había desterrado a Borrascoso de las montañas, sino que se negaba a aceptar la ayuda que le ofrecía ahora, después de volver.

—Borrascoso hizo lo que consideraba mejor —intervino Esquiruela con un brillo de irritación en sus ojos verdes—. Igual que lo han hecho Garra y Noche. No tiene nada de vergonzoso pedir ayuda. ¿O acaso tú preferirías dejar morir a la tribu por ser demasiado orgulloso?

Narrarrocas se acercó a la gata rojiza erizando el pelo del cuello. Leonino tensó los músculos, listo para saltar si el sanador de la tribu intentaba atacar a su madre.

Pero entonces, inesperadamente, el viejo dejó caer la cola y su pelo comenzó a alisarse.

—La Tribu de la Caza Interminable no me ha enviado ninguna señal para que acepte la ayuda de los clanes… —Y, volviéndose hacia Zarzoso, añadió —: No pretendo faltaros al respeto. Sé cuánto os debemos por la ayuda que nos prestasteis en el pasado, y creo que ahora tenéis buenas intenciones. —Al ver que Zarzoso abría la boca para responder, Narrarrocas levantó la cola para que lo dejara acabar—: No deberíais haber venido. Esta no es vuestra guerra. Podéis quedaros aquí a pasar la noche, pero por la mañana os escoltaremos hasta el pie de las montañas. Y no debéis regresar.

—¿Y cómo piensas impedírnoslo? —gruñó Ventolino, justo al lado de Leonino.

Por una vez, el joven aprendiz del Clan del Trueno coincidió con Ventolino: la tribu no tenía la fuerza suficiente para respaldar las órdenes de Narrarrocas, aunque suponía que Zarzoso no se quedaría allí donde los clanes no eran bien recibidos.

—¿Y qué pasa con nosotros? —quiso saber Rivera.

Narrarrocas volvió hacia ella sus ojos azules.

—No podemos alimentar dos estómagos hambrientos más.

«¿Y ya está? —Leonino se quedó petrificado y se estremeció de las orejas a la cola—. ¿Tenemos que darnos la vuelta sin más y regresar a casa sin haber levantado una zarpa?». Abrió la boca para protestar, pero la cerró de nuevo al ver la mirada de advertencia de Zarzoso.

—Somos los invitados de la tribu —maulló Zarzoso muy serio mirando a los cuatro aprendices—. No debemos causar problemas.

—¿Ni siquiera cuando ese estúpido…?

—Ni siquiera. —El lugarteniente del Clan del Trueno suspiró—. Yo estoy tan decepcionado como vosotros, pero no debemos empeorar las cosas. ¿Lo entendéis?

—Si tú lo dices… —maulló Leonino de mala gana.

Carrasquera y Glayino asintieron. Incluso Ventolino pareció aceptarlo.

—Supongo que sí —gruñó.

Una gata marrón grisácea cruzó la cueva hasta ellos.

—Hola, Zarzoso —saludó al guerrero—. ¿Te acuerdas de mí?

Zarzoso ladeó la cabeza.

—Ave que Cabalga el Viento. Estabas con Garra la primera vez que nos encontramos con gatos de la tribu.

—Así es —ronroneó Ave—. Me alegro de volver a verte. Narrarrocas me ha pedido que os busque un sitio para dormir. Los guerreros podéis venir conmigo al lugar donde descansamos los guardacuevas —explicó señalando con la cola un lateral de la gruta—. Los aprendices pasarán la noche con nuestros pupilos.

Leonino se puso tenso tras preguntarse si Narrarrocas querría dividir a los clanes para poder atacarlos más fácilmente. Pero Zarzoso aceptó el ofrecimiento sin problemas, y el sentido común le dijo a Leonino que los clanes habrían hecho lo mismo si un numeroso grupo de gatos hubiera llegado a su campamento.

Mientras Ave conducía a los aprendices al interior de la cueva, Leonino aprovechó para curiosear. Para entonces ya había caído la noche y había salido la luna, convirtiendo la cortina de agua en una temblorosa lámina de

plata que arrojaba una suave luz acuosa por toda la cueva. El joven podía ver rocas dispersas por el borde de la gruta, y aquí y allá distinguió grietas en las paredes que llevaban a unas cornisas estrechas. Desde el techo, muy por encima de su cabeza, unas garras de piedra apuntaban hacia el suelo de la caverna.

A Leonino le rugió el estómago cuando captó el olor a carne fresca. A un lado, Gris y su partida de caza estaban troceando el águila que habían apresado. «Espero que nos den un poco», pensó el aprendiz del Clan del Trueno. La última vez que había comido había sido por la mañana, en el bosque, y parecía como si hubiera pasado una eternidad. En el montón de la carne fresca, sin embargo, no había mucho más aparte del águila: apenas un par de ratones y un conejo. «¡No es de extrañar que estén todos tan flacos!».

Ave los llevó al fondo de la cueva, donde un par de túneles se perdían en la oscuridad. A unas pocas colas de distancia, dos jóvenes gatos estaban peleando mientras otros tres o cuatro los miraban.

—Estos son nuestros pupilos —anunció Ave.

Los dos que estaban peleándose se separaron para mirar a los recién llegados.

—¿Quiénes son? —preguntó una gata gris—. ¿Son prisioneros?

—No, China, son invitados —le contestó Ave—. Se quedarán a pasar la noche con nosotros. Cuidad de ellos y buscadles un lugar donde dormir.

—¡¿Qué, a los cuatro?! —exclamó un gato negro—. No hay sitio.

La gata gris le dio un empujón fuerte.

—¡No seas tan grosero! —le dijo a su compañero, y, volviéndose hacia los aprendices de clan, añadió—: No hagáis caso a Alarido. Tiene el cerebro de un escarabajo.

—¡El cerebro de un escarabajo lo tendrás tú! —masculló Alarido.

—Solo será una noche —dijo Ave bruscamente.

Y, tras dedicarles un gesto amistoso a los jóvenes de clan, regresó con Zarzoso y los demás, que estaban esperándola.

Leonino se sintió cohibido cuando los pupilos se apiñaron a su alrededor para olfatearlos con curiosidad.

—Yo soy Leonino —se presentó, intentando parecer seguro de sí mismo —. Esta es mi hermana, Carrasquera, y este, mi hermano Glayino. Ese es Ventolino.

La gata gris inclinó la cabeza y alargó una pata. El gesto sorprendió a Leonino, aunque tuvo que admitir que parecía educado.

—Yo soy China que Baja Rodando la Montaña —maulló la joven—, y esta molesta bola de pelo es mi hermano, Alarido de Búho Furioso.

Alarido frunció el hocico antes de alargar la pata en el mismo gesto educado. Leonino inclinó la cabeza ante los pupilos, para que no pensaran que los aprendices de clan no tenían buenos mentores.

—Yo soy Gotas que Levanta el Pez al Saltar —maulló una pequeña atigrada, acercándose a saltos y con su corta cola muy erguida.

Los demás pupilos se quedaron apartados, mirando recelosamente a los recién llegados.

—Habéis recorrido un camino muy largo —comentó China—. Nunca había olido gatos como vosotros.

Carrasquera empezó a contarles cómo Garra y Noche habían ido a buscarlos, pero antes de que llegara a la parte en la que iniciaron el viaje, la interrumpieron los apresadores, que aparecieron con trozos de águila entre los dientes.

—Tomad. —Gris dejó uno delante de los pupilos—. De sobra para todos vosotros.

—Gracias. —Alarido se pasó la lengua por el hocico—. Esta es la primera comida decente que vemos en mucho tiempo —añadió en voz baja dirigiéndose a los visitantes.

—Los intrusos se llevan nuestras presas —les explicó China con tristeza —. Nos estuvieron observando para ver cómo cazábamos, y ahora que ya han aprendido, lo hacen ellos mismos. No hay águilas suficientes en las montañas.

—Espera a que me convierta en apresador —fanfarroneó Alarido—. Pronto encontraré presas suficientes para alimentar a toda la tribu.

—¡Sí, cuando las águilas aprendan a hablar! —le soltó su hermana.

Leonino temió tener que esperar a que los dos hermanos terminaran de reñir para empezar a comer.

—A nosotros eso nos resulta muy raro —maulló con la esperanza de distraerlos—. Nosotros no repartimos las tareas de ese modo. Todos cazamos y combatimos.

—Pues no lo hacéis de forma innata —dijo Gotas—. Debe de ser muy duro tener que aprender todo eso.

—Lo es —coincidió Carrasquera, para sorpresa de Leonino—. Pero también es divertido.

—Narrarrocas decide qué vamos a ser —les contó China—. Los cachorros que parecen grandes y fuertes están destinados a ser guardacuevas, y los que

parece que van a correr rápido y saltar alto se convierten en apresadores. Yo voy a ser guardacuevas.

«Vale, perfecto, pero ¿cuándo comemos?». A modo de protesta, a Leonino le rugió el estómago. Ya se sabía todo ese rollo, porque Rivera les había hablado de ello en el campamento del Clan del Trueno.

Para su alivio, China y los demás pupilos comenzaron a repartir la carne fresca. Se dividieron en parejas: cada uno daba un mordisco a su trozo de comida y luego lo intercambiaba con su compañero.

—Quizá sea mejor que hagamos lo mismo que ellos —susurró Carrasquera—. O pensarán que somos unos maleducados.

—De acuerdo —maulló Leonino—. Tú comparte la pieza con Glayino. Yo lo haré con Ventolino.

—¡¿Que hagamos qué?! —exclamó Glayino con irritación—. La carne es carne. Vamos a comer.

Carrasquera se acercó a Glayino para susurrarle lo que estaba pasando, y Leonino, por su parte, intentó no poner mala cara ante la idea de comer carne que Ventolino hubiera mordido.

—¿Por qué Carrasquera le está explicando a vuestro hermano qué hacer? —preguntó China levantando la cabeza del trozo de águila que estaba devorando—. ¿Es que no puede copiarnos sin más?

Leonino miró incómodo a Glayino. Sabía que su hermano detestaba que hablaran de él como si no estuviera delante.

—Bueno, porque es ciego.

A China se le salieron los ojos de las órbitas.

—Vaya, eso es de lo más raro.

—¿Y cómo se las arregla? —preguntó Alarido con curiosidad—. ¿Tenéis que guiarlo por todas partes agarrándolo por la cola?

Leonino vio que su hermano empezaba a pegar las orejas a la cabeza y que se preparaba para soltar una respuesta mordaz, pero Carrasquera le metió la cola en la boca justo a tiempo. Furioso, Glayino escupió un bocado de pelos.

—Es ciego, pero no sordo —maulló Leonino, molesto por su hermano, pero evitando empezar una pelea—. Y se las arregla muy bien. ¿Nunca habíais visto un gato ciego?

—No —contestó China como si Leonino le hubiera preguntado algo absurdo—. ¿Cómo es que vuestro clan le permite salir por su cuenta?

Leonino comprendió a qué se refería la pupila y no pudo evitar un estremecimiento. En aquel lugar rocoso, un gato ciego no duraría mucho.

Incluso aunque consiguiera evitar las garras de un águila, lo más probable es que cayera por un precipicio.

—Glayino está entrenando para ser curandero —intervino Carrasquera un poco a la defensiva.

China pareció más asombrada aún al oír eso, y la mayoría de los pupilos plantaron las orejas para escuchar.

—¡Eso es imposible! —exclamó Gotas—. ¿Cómo va a liderar vuestro clan un gato ciego?

«¿Qué?». Leonino intercambió una mirada con Carrasquera.

—Glayino no va a ser líder —maulló.

—Pero vosotros… ¡Ah, ya entiendo! —La confusión de su mirada se esfumó—. En la tribu, Narrarrocas es nuestro sanador. Y es quien elige al que será sanador después de él. Pero supongo que vosotros hacéis las cosas de otra manera.

—Nosotros tenemos un líder y un curandero —explicó Ventolino con prepotencia.

—Qué raro… —murmuró Alarido.

Para sus adentros, Leonino pensó que la costumbre de la tribu era más rara todavía. ¿Cómo podía Narrarrocas tomar buenas decisiones sin un curandero que lo aconsejara? Además, parecía que tampoco tenía lugarteniente. A lo mejor la tribu habría encontrado una solución al problema de los intrusos si no estuvieran todos tan convencidos de que tenían que hacer exactamente lo que les dijera Narrarrocas.

—Hola. ¿Cómo va todo?

Leonino pegó un salto al oír la voz de Esquiruela a sus espaldas. Su madre se había acercado sin que la oyera.

—Bien, gracias —respondió intentando sonar convincente.

—Estupendo. Pero creo que ya es hora de que os vayáis a dormir. Parece que mañana tenemos un largo trayecto por delante.

Leonino engulló el último pedazo de águila y miró a su madre. La guerrera no mostraba su habitual expresión alegre; arrastraba la cola por el suelo y en sus ojos había cierta inquietud. Seguramente sentía que habían cometido un gran error al viajar tan lejos solo para que los mandaran de vuelta a casa. El joven restregó el hocico con el de su madre, deseando poder consolarla y decirle que aquellos estúpidos gatos de tribu deberían estar contentos de contar con su ayuda, pero no podía hacerlo delante de los pupilos.

—De acuerdo —maulló—. Nos veremos por la mañana.

Esquiruela le rozó el lomo con la cola, se inclinó para darles un rápido lametón entre las orejas a Carrasquera y Glayino, y se alejó en silencio. Leonino la siguió con la mirada mientras iba a reunirse con los demás guerreros, deseando poder estar con ellos en vez de con un puñado de pupilos desconocidos.

—Venid —maulló China tocándole la oreja con la cola—. Os enseñaré dónde podéis dormir.

Guio a los aprendices hasta un lugar donde había varios huecos excavados en el suelo de la caverna. Estaban rellenos de cálidas plumas y musgo.

—Elegid el que queráis —los invitó China.

Leonino se ovilló en uno de los huecos más grandes con Carrasquera y Glayino. Por suerte, el lecho era cómodo, y por un instante casi creyó estar de vuelta en la maternidad del Clan del Trueno. Aunque en la maternidad nunca había tenido tantas preocupaciones que le quitaran el sueño.

Permaneció tumbado con los ojos entornados, observando el constante cambio de la luz que parpadeaba en los muros de la cueva y escuchando el interminable retumbo de la cascada. Y pensar que, en lo alto de la colina desde la que se veía todo el lago, se había sentido capaz de hacer cualquier cosa… El viaje había quedado en nada; aquellos gatos extraños y orgullosos iban a enviarlos de vuelta a casa sin darles siquiera la oportunidad de ayudarlos.

Leonino soltó un suspiro. Llevaba tiempo deseando desesperadamente hacer aquel viaje para ver las montañas, y ahora que estaba allí, lo único que quería era regresar.

22

Glayino oyó suspirar a su hermano y sintió una oleada de decepción que llegó hasta él como las ondas del lago. Había captado el mismo sentimiento en Carrasquera antes de que se quedara dormida, pero él no lo compartía. Al fin y al cabo, habían llegado hasta las montañas, que era lo que más le importaba. Su única preocupación era que lo obligaran a volver a casa antes de haber descubierto los secretos que lo aguardaban allí.

Permaneció inmóvil en el cálido lecho, intentando hacerse una imagen mental de la cueva. Podía ubicar la cascada por el ruido que hacía y podía identificar dónde estaban los gatos por su olor. Descubrió que había cierta diferencia entre los guardacuevas y los apresadores, al igual que la había entre los gatos de clan y de tribu.

Por debajo del olor de los gatos de la tribu, Glayino captó sus emociones, y se sintió sacudido por la sensación de miedo y vulnerabilidad que les provocaba aquella situación que no podían controlar. Y a eso se le sumaba un cansancio desesperado, que los hacía parecer dispuestos a renunciar a su reivindicación de vivir en las montañas.

«¿Dónde están sus antepasados? —se preguntó Glayino—. ¿Por qué la Tribu de la Caza Interminable no hace nada para ayudarlos?».

En su mente brotó la imagen de Narrarrocas, el atigrado canoso que había visto en los recuerdos que tenía Rivera de la batalla y el posterior destierro de Borrascoso. El rugido de la cascada se tornó más ensordecedor y resonó en sus oídos, hasta que sus ojos se abrieron de repente. Estaba de nuevo sobre el desolado afloramiento rocoso en el que había visto a Pedrusco. Las estrellas titilaban como la escarcha por encima de su cabeza, y un viento helado le alborotó el pelo. Narrarrocas se hallaba a apenas una cola de distancia, de espaldas a él.

Glayino corrió a ocultarse a la sombra de una cornisa y se quedó mirando al sanador desde allí. Por la superficie rocosa se acercaba otro gato, un atigrado delgado, como la mayoría de los gatos de la tribu, aunque su pelaje relucía con el brillo de las estrellas. El joven aprendiz retrocedió más hacia las sombras. Aquel gato era sin duda uno de los antepasados de Narrarrocas, un miembro de la Tribu de la Caza Interminable. Se preguntó con curiosidad por qué Pedrusco lo había llevado otra vez hasta allí, si sería un lugar sagrado para la tribu.

Narrarrocas esperó hasta que el antepasado se detuvo a un zorro de distancia.

—Hola —maulló el sanador—. ¿Qué guía has venido a darme?

El antepasado no respondió de inmediato. Glayino pensó que emanaba cierto aire de derrota, como si incluso la Tribu de la Caza Interminable estuviera harta de combatir y dispuesta a rendirse.

—No tengo guía que ofrecerte —contestó el antepasado por fin—. En la historia de la tribu nunca hemos intentado luchar en una guerra interminable. Hasta ahora, las montañas han sido protección suficiente. —Soltó un suspiro que sonó como el susurro del viento sobre las rocas—. No podemos ver cómo terminará esto.

—Pero ¡tiene que terminar! —protestó Narrarrocas—. Mi tribu está muriéndose. Debe de haber algo que podamos hacer.

El antepasado negó con la cabeza.

—Esta vez no —maulló tristemente—. Pensábamos que este lugar era seguro, pero no lo es.

A continuación, dio media vuelta y comenzó a alejarse, desvaneciéndose en las sombras.

—¡Espera!

Narrarrocas dio un paso sacudiendo la cola, pero luego se detuvo y bajó la cabeza, vencido. Era como si estuviera demasiado exhausto para mantenerse en pie. Se dirigió tambaleándose hacia el saliente rocoso, se derrumbó debajo de él y cerró los ojos.

De inmediato, Glayino abandonó su escondrijo de un salto y corrió por el afloramiento rocoso, sin preocuparse de los precipicios que había a ambos lados. Al cabo de unos segundos, la silueta del antepasado reapareció entre las sombras, alejándose lentamente.

—¡Espera! —le pidió Glayino.

El viejo gato se detuvo para mirar por encima del hombro. Al descubrir a Glayino, plantó las orejas, sorprendido, y se quedó mirándolo con los ojos

abiertos de par en par.

—Has venido —susurró.

Glayino se quedó boquiabierto. ¿Qué quería decir con eso? ¿Cómo podía un gato de la Tribu de la Caza Interminable reconocer a un gato de clan que no había pisado las montañas hasta ese mismo instante?

Antes de que pudiera decir nada, el antepasado volvió a hablar:

—Sígueme.

Glayino tragó saliva. Eso no era lo que había imaginado. Pero ahora estaba allí… y había muchas preguntas para las que quería respuestas. Sus patas lo llevaron casi contra su voluntad, mientras el antepasado cruzaba el último tramo del risco y alcanzaba un sendero que descendía hacia unas sombras densas.

El sendero, estrecho y desdibujado sobre la pétrea superficie, zigzagueaba por el borde del precipicio. A la tenue luz de las estrellas, Glayino apenas lograba distinguir el fondo. «Pero ¡al menos puedo ver!». Aquello no podía ser tan malo como el espantoso trayecto del día anterior, y no terminaría con la humillación de ser izado por el pescuezo como un cachorro. Se pegó al muro de piedra, intentando no pensar en cómo caería hacia el abismo si resbalaba.

El antepasado caminaba con firmeza, sin variar el ritmo, y de vez en cuando miraba por encima del hombro para asegurarse de que el aprendiz aún lo seguía. Finalmente se detuvo, le hizo una seña a Glayino con la cola, y luego saltó sobre el precipicio y desapareció.

Glayino arañó la rocosa superficie de la cornisa. ¿Acaso esperaban que él se lanzara a las sombras? Si no se mataba, eso podía romper el sueño, y no soportaría despertarse sin haber tenido la ocasión de hablar con el antepasado de la Tribu de la Caza Interminable. Por suerte, cuando se asomó por el borde vio que el suelo estaba a solo un par de colas de distancia. Bajó de un salto y miró a su alrededor.

El antepasado lo había guiado hasta el fondo de una hondonada rocosa que se asemejaba a la del campamento del Clan del Trueno. Las paredes laterales, sin embargo, eran absolutamente verticales y muchísimo más altas. El único modo de bajar hasta allí parecía ser la senda que habían tomado. En el centro de la hondonada, ocupándolo casi por completo, había una laguna. La luz de las estrellas resplandecía en la superficie. A Glayino le recordó a la Laguna Lunar, solo que era mucho más grande y no tenía cascada. El agua estaba inmóvil, y la hondonada, en completo silencio.

El joven aprendiz parpadeó. Lo que había creído que era el reflejo de las estrellas en el agua resultó ser la luz que procedía de las hileras de gatos estelares que había sentados alrededor de la laguna… ¿o es que acababan de aparecer de la nada? Cuando miró a su alrededor, no pudo evitar estremecerse. Estaba acostumbrado al Clan Estelar, pero jamás había imaginado que un día se vería frente a unos antepasados que no fueran los suyos.

Algunos de los gatos apenas eran visibles, sus espíritus eran tan viejos que casi se habían desvanecido. Otros relucían con más intensidad, y también los había que incluso lucían sangrantes heridas de combate, como si acabaran de unirse a la Tribu de la Caza Interminable.

Glayino se quedó petrificado cuando uno de los gatos se levantó para ir a olfatearlo. El joven podía distinguir el agua de la laguna a través de su silueta.

—Habíamos oído que vendrías —murmuró el antepasado. Su voz sonaba apagada, como si hablara a través de estaciones y estaciones cubiertas de polvo—. Pero no te esperábamos tan pronto.

«¿Pronto?». Glayino no podía ni imaginarse qué significaba «pronto» para aquellos viejos espíritus. Debían de llevar esperando lunas de vidas.

—¿Te refieres a la profecía? —preguntó.

—Sí —respondió el viejo con voz amortiguada antes de recitar—: «Llegarán tres, sangre de la sangre del gato con fuego en el pelo, que tendrán el poder de las estrellas en sus manos».

A Glayino se le desbocó el corazón. «¡Lo sabían! ¡Lo sabían, y el Clan Estelar también! ¿Cuánto tiempo llevan esperándonos?».

—¿Dónde están los otros dos? —preguntó el viejo espíritu.

—En la cueva. —Glayino no pensaba admitir que aún no les había contado la profecía a sus hermanos—. ¿De dónde viene la profecía? —susurró.

El antepasado no respondió. En su lugar, uno de los espíritus más brillantes, una gata, habló desde otro extremo de la laguna.

—¿Por qué lo has traído hasta aquí? —quiso saber la gata dirigiéndose al atigrado que había guiado a Glayino en el descenso hasta la laguna—. No pertenece a nuestra comunidad.

Algunos gatos murmuraron para asentir. Sus ojos resplandecientes se volvieron hostiles. Glayino reprimió el impulso de salir corriendo por el sendero que llevaba al risco.

«Yo puedo ir adonde quiera —se dijo a sí mismo levantando la cabeza desafiante—. No estaría aquí si no formara parte de esto. Y quizá pueda hacer

más que Narrarrocas para ayudar a la tribu…».

—Tenéis que mandarle un mensaje a la Tribu de las Aguas Rápidas —maulló—. Decidles que los gatos de clan han venido a ayudarlos contra los invasores.

Los espíritus ancestrales se miraron entre ellos y luego negaron con la cabeza. La gata brillante que había hablado se puso en pie.

—La tribu no necesita ayuda.

—¡¿Cómo puedes decir eso?! —exclamó Glayino—. La tribu está muriéndose de hambre.

—No hay nada que podamos hacer. —El antepasado que lo había guiado hasta allí agachó la cabeza avergonzado—. Hemos fracasado.

—Las montañas ya no son seguras —murmuró otro—. Confiábamos en que nos protegerían y nos han defraudado.

Durante unos segundos, Glayino no pudo decir nada, abrumado como estaba por el torrente de vergüenza y traición que brotó de los gatos estelares, así que tuvo que hacer un esfuerzo por sacudírselo de encima y concentrarse de nuevo.

—La tribu no puede rendirse tan fácilmente —insistió—. Debe luchar para defenderse.

Dos de los gatos con heridas recientes se pusieron en pie y rodearon la laguna para situarse delante del joven.

—Nosotros morimos en combate —maulló el primero, echando un vistazo a los profundos cortes que tenía a lo largo del costado—. No debe derramarse más sangre. La tribu no cree en la lucha.

Glayino agitó la cola.

—Pero los invasores, sí. Mis compañeros de clan ayudarán a los miembros de la tribu tanto si ellos quieren como si no.

El otro gato herido dio un paso adelante erizando el pelo del cuello.

—La única forma de hacer eso es transformar a la tribu en algo parecido a un clan. Y eso no es lo que quiere la tribu. No es su costumbre pelear y matar a otros gatos.

—Las cosas cambian —señaló Glayino moviendo las orejas.

—Y no siempre para mejor —replicó el espíritu.

Esas últimas palabras resonaron en los oídos del aprendiz. De pronto, vio cómo se levantaba una bruma desde la laguna, arremolinándose alrededor de su cuerpo hasta que ya no pudo ver a la Tribu de la Caza Interminable. La niebla fue volviéndose cada vez más negra, y Glayino se dio cuenta de que se

encontraba de nuevo en la cueva y de que Carrasquera estaba sacudiéndolo para que se despertara.

—¡Vamos! —lo instó su hermana—. Narrarrocas ha convocado una reunión. Todos los gatos tienen que acudir al centro de la cueva.

Glayino se levantó aturdido. La hondonada de la montaña y la laguna rodeada de gatos relucientes le parecían más reales que aquella caverna.

—Vale, vale, no te sulfures —masculló—. Ya voy.

Localizó a sus hermanos con el olfato, salió del lecho de plumas y musgo donde habían dormido, y los siguió a través de la cueva. Se unieron al resto de los gatos de clan y encontraron un sitio para sentarse junto a ellos. Glayino se movió incómodo sobre la fría roca, con el murmullo de voces de la tribu y de los gatos de clan en los oídos.

De repente, las voces enmudecieron. El joven aprendiz de curandero se imaginó al viejo y flaco gato que había visto en su sueño apareciendo delante de los congregados y saltando quizá a la gran piedra desde la que había desterrado a Borrascoso. «Así que es eso —pensó—. A nosotros también va a desterrarnos. Y supongo que no nos darán de comer antes de echarnos de aquí».

—Gatos de la Tribu de las Aguas Rápidas —comenzó Narrarrocas—. Anoche leí las señales en el agua y la luz de las estrellas, y la Tribu de la Caza Interminable me habló. No quieren que nos expulsen de nuestro hogar, las montañas, así que he decidido dejar que los clanes nos ayuden.

Glayino se quedó boquiabierto. ¡Narrarrocas estaba mintiendo! Eso no era para nada lo que había dicho la Tribu de la Caza Interminable. El sanador debía de haber cambiado de opinión durante la noche y había decidido ignorar a sus antepasados.

Un murmullo de comentarios se alzó en la cueva tras las palabras de Narrarrocas. Glayino oyó algunas protestas, pero la mayoría parecían ansiosos por conocer las sugerencias del clan. Tal como el joven sospechaba, la tribu haría lo que dijese Narrarrocas, fuera lo que fuese. «¿Es que nunca piensan por sí mismos?».

—¡Silencio! —ordenó Narrarrocas elevando la voz—. Escucharemos lo que tenga que decir Zarzoso.

Hubo una breve pausa. Glayino oyó los pasos de su padre, que se separó del grupo para situarse junto al sanador.

—¿Qué deberíamos hacer en primer lugar? —le preguntó Narrarrocas al lugarteniente del Clan del Trueno.

—Evaluar la situación. —El tono de Zarzoso era resuelto y positivo. Glayino sabía que había preparado su intervención detenidamente—. Necesitamos saber cuál es la amenaza real. ¿Dónde están cazando los invasores? ¿Dónde se enfrentan a la tribu? Y, por supuesto, debemos descubrir dónde han instalado su campamento.

—También tenemos que averiguar cuánto territorio necesita la tribu para sobrevivir —añadió Trigueña desde donde estaba, cerca de Glayino.

—Así es —intervino Borrascoso, con voz profunda pero tensa por la emoción—. No podemos quedarnos aquí sentados, esperando a que nos ataquen. Deberíamos establecer fronteras y asegurarnos de que están apropiadamente defendidas.

Estalló de nuevo un coro de voces ansiosas, pero una de ellas se alzó por encima de las demás.

—¡Esperad!

Cuando el ruido cesó, Zarzoso maulló:

—Sí, Peñasco. ¿Qué quieres decir?

—Hace mucho tiempo que nos conocemos, Zarzoso —empezó Peñasco —. Yo fui el primer gato de tribu que conocisteis al salir arrastrándoos de la poza, muchas lunas atrás. Soy guardacuevas y peleé en la gran batalla al lado de Borrascoso. Nadie puede decir que me dé miedo luchar. Pero ahora os digo que os equivocáis.

—¿Por qué? —le preguntó Zarzoso.

Solo con aquellas dos palabras, Glayino notó el respeto que su padre sentía por el guardacuevas.

—Porque estáis intentando convertirnos en un clan —contestó Peñasco—. Y no lo somos. Nosotros somos la tribu.

—Pero ¡esta es la única manera de que sobreviváis! —insistió Zarzoso—. Nunca habíais tenido que compartir con otros gatos vuestros terrenos de caza. No podéis vivir aquí como prisioneros, temerosos de salir a buscar comida.

—¡Eso es verdad! —exclamó alguien—. Necesitamos nuestro propio territorio.

—¡Necesitamos defenderlo! —añadió otro gato.

—Pero pensad en lo que nos arriesgamos a perder. —La voz de Peñasco se elevó por encima de las de sus compañeros—. Todas nuestras tradiciones, todo lo que nos convierte en lo que somos… Si elegimos ese camino, nos pasaremos todo el tiempo corriendo de arriba abajo, intentando recordar qué roca nos pertenece.

—¿Qué opináis? —les preguntó Carrasquera a sus hermanos en un susurro mientras la discusión resonaba sobre sus cabezas.

—Zarzoso tiene razón —respondió Leonino sin vacilar—. ¿Qué otra elección les queda?

—Pero Peñasco también la tiene —repuso Carrasquera, insegura—. ¿Acaso nos gustaría a nosotros que unos gatos vinieran a nuestro territorio a decirnos que lo hiciéramos todo de forma distinta?

—Nosotros no estamos muriéndonos de hambre —señaló Leonino—. ¿Qué te pasa, Carrasquera? De camino aquí, ibas planeando cómo organizar a la tribu como si se tratara de un clan.

—Lo sé. Pero es diferente cuando ves cómo hacen las cosas. —La preocupación de la joven empapó el pelo de Glayino como la lluvia—. ¿Y tú, Glayino? —preguntó de pronto—. ¿Piensas que la tribu debería renunciar a todas sus tradiciones a causa de esos invasores?

El aprendiz de curandero se encogió de hombros.

—La decisión no es nuestra. Y sus tradiciones, tampoco.

Carrasquera soltó un bufido de irritación, como si esperara que su hermano fuera a respaldarla. Sin embargo, él sabía que el problema era mucho más complicado de lo que sus hermanos entendían. Glayino era reacio a contarles su sueño. Siempre se deleitaba con el conocimiento extra que conseguía por su conexión con el Clan Estelar, aunque ahora estaba completamente desconcertado, pues sabía que la Tribu de la Caza Interminable no quería que la tribu se convirtiera en un clan.

Recordó el sentimiento de vergüenza que había captado junto a la laguna, y el profundo pesar de la Tribu de la Caza Interminable por haberles fallado a sus descendientes y no haber sabido encontrar un lugar seguro para los gatos que buscaban su protección. Recordó que los espíritus creían que las montañas los habían traicionado…

De pronto, una idea brotó en su mente. Si la tribu había intentado buscar un lugar seguro en las montañas era porque procedían de otro lugar… otro lugar que ya no era seguro.

«Entonces, ¿de dónde vienen? ¿Y qué los trajo hasta aquí?».

23

Leonino se quedó mirando cómo los gatos de la tribu se dividían en pequeños grupos de discusión.

«Más les valdría no malgastar saliva —pensó—. Narrarrocas ha tomado una decisión, y ahora Zarzoso está al mando».

Aun así, estaba impresionado por el valor que había mostrado Peñasco al dar su opinión, y contento por el respeto que veía que se tenían el guardacuevas y su padre. Peñasco era un gato fuerte y valiente, y con el entrenamiento apropiado sin duda sería un gran guerrero.

—Por lo menos no hemos hecho un camino tan largo para nada —señaló Ventolino paseándose de un lado a otro—. No tardaremos en disciplinar a esta tropa. Incluso podríamos empezar a llamarlos el «Clan de la Montaña».

—Procura que no te oiga decir eso un gato de tribu —le bufó Carrasquera —, o perderás las orejas.

—No le hagas ni caso —le dijo Leonino a su hermana—. Si quiere comportarse como un idiota…

Se interrumpió al ver que Zarzoso se acercaba a ellos.

—Tengo un trabajo para vosotros —anunció el lugarteniente del Clan del Trueno.

Leonino se levantó de un salto, irguiendo la cola en el aire. ¡Por fin algo de acción!

—¿Creéis que vosotros tres podríais enseñarles a los pupilos algunos movimientos de combate?

Leonino dio un respingo al comprender que en ese «tres» no incluía a Glayino, sino a Ventolino. Los tres aprendices de guerreros se miraron entre sí, olvidándose de la riña que habían tenido con el joven del Clan del Viento.

—Claro —aseguró Leonino—. Nos encantará ayudar.

Se despidió de Glayino tocándole el hombro con la cola y siguió a su padre hasta la zona de la cueva donde se alojaban los pupilos. Glayino no pareció darse cuenta; estaba mirando fijamente el muro de la caverna, perdido en sus pensamientos.

—Todos los gatos, incluso los apresadores, recibirán entrenamiento básico de combate —les explicó Zarzoso—. Pero la responsabilidad de las patrullas fronterizas se la daremos a los guardacuevas. Ellos son los más fuertes y ya conocen algunas técnicas de lucha, aunque necesitan practicar estrategias de batalla.

—Todavía no hay fronteras —maulló Carrasquera.

Zarzoso le dio un toque afectuoso en la oreja con la cola.

—Pronto las habrá.

Los pupilos estaban reunidos formando una piña apretada en su zona de la cueva. Todos se volvieron hacia Zarzoso y los aprendices cuando los gatos de clan se aproximaron.

—Hola —saludó China inclinando la cabeza ante Zarzoso y alargando una zarpa.

—Hola —contestó Zarzoso—. Creo que ya conocéis a Leonino, Ventolino y Carrasquera. Vais a entrenar con ellos algunas técnicas de combate.

Para disgusto de Leonino, ninguno de los pupilos parecía estar muy de acuerdo con la idea. Empezaron a murmurar todos a la vez, y el joven captó las palabras: «… son solo pupilos como nosotros».

—Gotas y yo somos apresadores —dijo Alarido sin arredrarse, señalando con la cola a la atigrada marrón claro que estaba a su lado—. Nosotros no hacemos esas cosas.

—Toda la tribu va a hacer «esas cosas» —le respondió Zarzoso.

—Es por vuestro bien —maulló Leonino.

Alarido lo miró frunciendo el ceño.

—¡Venga, será divertido! —intervino Carrasquera intentando ser persuasiva—. Además, si los intrusos os atacan, tendréis que saber defenderos.

Para su alivio, Leonino vio que China y uno o dos más parecían interesados. Sintió un cosquilleo de expectación en las zarpas. Aquello iba a ser una buena práctica para cuando se convirtiera en mentor y tuviera su propio aprendiz.

Zarzoso asintió con aprobación.

—Muy bien, entonces os dejo entrenando. Trigueña, Corvino Plumoso y yo vamos a explorar el territorio, a ver si podemos delimitar las fronteras. —

Dio media vuelta y luego miró por encima del hombro—. Leonino, ¿te gustaría venir con nosotros? Ventolino y Carrasquera pueden ocuparse del entrenamiento por ahora.

Por un segundo, Leonino se sintió decepcionado. Pero luego se recordó que deseaba explorar el mundo que había más allá del lago, y ahora tenía la oportunidad de hacerlo.

—De acuerdo —maulló, y se despidió de los demás moviendo la cola para seguir a su padre a la entrada de la cueva.

Allí estaban esperando Trigueña y Corvino Plumoso, junto con Garra, Ave y Gris.

—Iremos con vosotros —dijo Garra—. Podríais necesitar apoyo si los invasores rondan por aquí.

—Gracias —respondió Zarzoso, e hizo un gesto con la cola para que el guardacuevas se pusiera en cabeza de la expedición.

Leonino siguió a su padre por la Senda de las Aguas Rápidas. Con la luz del sol centelleando a través de la cortina de agua espumosa, no daba tanto miedo como a la media luz crepuscular del día anterior. Al llegar al otro lado, se detuvo junto a la poza para sacudirse el agua de encima. El cielo estaba azul, y unas pocas nubes blancas lo cruzaban a toda velocidad, empujadas por una brisa constante. El sol estaba justo rozando las cumbres más altas, bañando de luz las laderas de las montañas. En lo alto, una única ave volaba en perezosos círculos.

—Un águila —susurró Ave—. Tendremos que estar ojo avizor.

—Por aquí —maulló Garra.

Y saltó por las rocas del otro lado de la poza, ascendiendo hasta un saliente rocoso plano. Leonino y los demás lo siguieron. El aprendiz se quedó resollando en el saliente, contemplando un desierto de afloramientos rocosos. Solo había unas pocas matas verdes de vegetación aquí y allá, interrumpiendo el extenso paisaje de color marrón grisáceo. No se percibía ni el menor movimiento.

—Está desierto —dijo el joven, agazapándose al borde del saliente para observar las rocas de debajo—. Es como si aquí no hubiera más gatos que nosotros.

—Las apariencias engañan —gruñó Garra, colocándose a su lado—. Los invasores no son tan buenos camuflándose como nosotros, pero no dejan de mejorar.

—Pues entonces vosotros tendréis que mejorar más rápido que ellos —maulló Zarzoso con energía—. Solo así podréis combatirlos.

Garra resopló, poco convencido, y comenzó a trepar por una pendiente escarpada que llevaba a un risco. Cuando Leonino pisó las piedras sueltas, pensó que jamás lograría subir aquella cuesta. Por cada paso que daba, tenía la sensación de que retrocedía dos resbalando. Se fijó en que los gatos de la tribu apoyaban las patas de lado, y poco a poco empezó a hacer progresos. Finalmente, consiguió izarse hasta lo alto.

El viento le golpeaba el pelaje con tanta fuerza que hacía que le lloraran los ojos. Parpadeando, el joven distinguió un paisaje más extenso todavía de peñas y valles estrechos, con arroyos serpenteando entre las rocas. Desde aquella altura, parecían tan finos como una brizna de hierba. En la lejanía pudo ver un borrón de color verde y comprendió que estaba viendo el final de las montañas. Tal vez fuera el bosque que habían atravesado en su camino hasta allí.

—¡Me siento como un pájaro! —exclamó. Y, justo cuando acababa de pronunciar estas palabras, sintió que le resbalaban las patas. Por un angustioso instante, pensó que el viento iba a derribarlo y que caería en picado hasta las rocas del fondo. El paisaje dio unas vueltas mareantes a su alrededor, y, un segundo después, unos colmillos se le cerraron sobre el pescuezo y lo devolvieron a la seguridad de un tirón. Cuando levantó la cabeza, vio a Corvino Plumoso.

—Gracias —le dijo sin aliento.

—Recuerda que no eres un pájaro —gruñó el gato del Clan del Viento.

Leonino se quedó sentado unos segundos, intentando que el corazón dejara de martillearle. Cuando se le pasó el mareo, volvió a levantar la cabeza y se dio cuenta de que Garra, Trigueña y Zarzoso estaban a solo unos pasos de distancia. El gato de tribu señalaba con la cola una zona situada por debajo del risco.

—Ahí es donde Borrascoso nos condujo a la batalla —maulló.

Leonino se acercó al borde para asomarse, esta vez con más cautela. El suelo descendía hasta un valle escarpado, con rocas melladas a ambos lados. Al fondo, un arroyo serpenteaba entre peñas. El joven aprendiz se estremeció al imaginarse las laderas bañadas en sangre y los alaridos de los gatos enzarzados en combate.

—Ya nunca vamos por allí —continuó Garra—. Los invasores creen que ahora esa zona les pertenece.

—Quizá tengamos que enseñarles que están equivocados —sugirió Trigueña sacudiendo la cola.

Garra negó con la cabeza.

—No vale la pena. Nunca encontrábamos muchas presas en esa zona, y si vamos un poco más lejos por este risco, llegamos a otro valle con arroyo. Allí crece la hierba y hay algunos arbustos, y casi siempre puedes atrapar un ratón o dos, o incluso un conejo si tienes suerte. Allí también recogemos musgo para los lechos.

Leonino miró en la dirección que apuntaba el guardacuevas. A unos pocos zorros a lo largo del risco, había una roca puntiaguda y retorcida. Parecía un árbol abatido por un rayo.

—Esa roca sería una buena señal fronteriza —le sugirió a Zarzoso.

Su padre asintió.

—Bien pensado. Y el valle con el arroyo debería ser parte del territorio de la tribu.

Los gatos de la tribu no hicieron el menor comentario, aunque intercambiaron una mirada dubitativa. Con una oleada de compasión, Leonino supuso que no solo debían de estar pensando que perdían territorio, sino que ahora los gatos de clan les decían lo que debían hacer.

—¿Puedes llevarnos hasta allí, Garra? —preguntó Zarzoso.

—Claro.

El gran guardacuevas los condujo por el risco, y Leonino lo siguió con los demás, vigilando dónde ponía las patas. Se sintió aliviado al ver que el águila había desaparecido.

Cuando llegaron a la altura del siguiente valle, vieron que parecía más propicio para la caza, con muchos lugares donde las presas podían esconderse. Garra empezó a descender, pero Zarzoso los instó a seguir a lo largo del risco.

—Tenemos que bordear toda la frontera —maulló su padre—, o al menos todo lo que creemos que podría ser la frontera.

—¿Qué? —Ave parecía desconcertada—. No podemos recorrer todo ese camino en un solo día.

—Aquí se tarda más, ¿sabéis? —añadió Gris—. No es como desplazarse sobre terreno plano.

—Lo sé —respondió Zarzoso con un destello de comprensión en sus ojos ámbar—. Pero el tiempo no está de nuestro lado. Los intrusos no van a esperaros.

Garra soltó un gruñido sordo.

—Tienes razón. Sigamos.

Guio al grupo de gatos por la parte alta del valle, tomando como primera señal fronteriza la roca puntiaguda. El risco descendía al encontrarse con el

inicio del valle, donde el arroyo brotaba de una grieta entre dos grandes piedras.

—Este también es un buen lugar para una señal —explicó Zarzoso—. Cuando la frontera esté fijada, tendréis que dejar marcas olorosas a diario, y es mejor escoger sitios que sean fáciles de recordar.

Garra asintió, pero a Leonino no le pareció que estuviera muy convencido, como si marcar el territorio no fuera lo que deseara la tribu.

A partir de ese momento, la ruta que siguieron atravesaba una agreste llanura cubierta de piedrecillas sueltas y afiladas, y luego varios riscos empinados sin senderos que los guiaran. El sol iba ascendiendo por el cielo. A Leonino le dolían las patas; ya había perdido la cuenta de las veces que se había arañado las almohadillas en la roca áspera. Iba dejando manchas de sangre al caminar. Incluso los gatos de la tribu empezaban a parecer exhaustos.

De pronto, cuando rodearon un peñasco enorme, Zarzoso se detuvo bruscamente, y Leonino estuvo a punto de chocar contra él. El atigrado oscuro erizó el pelo, y el aprendiz captó su olor a rabia. Alerta ante cualquier peligro, estiró el cuello para mirar por encima del hombro de su padre.

Vio una hondonada con una charca en el fondo y unos pocos arbustos dispersos. Tres gatos estaban abandonando la protección de las ramas: el primero llevaba un ratón entre los dientes. Los tres se detuvieron, mirando hacia arriba con curiosidad.

—¿Qué pasa con vosotros? —preguntó un gato negro—. ¿Qué queréis?

—Nosotros podríamos preguntaros lo mismo —replicó Zarzoso dando unos pasos adelante hasta el borde de la hondonada.

Garra se colocó junto a él, y Trigueña se situó al otro lado. Leonino reparó en que Ave y Gris tomaban posiciones para comprobar si se acercaban otros intrusos, mientras Corvino Plumoso rodeaba el borde de la hondonada hasta que pudo observar los arbustos desde el otro extremo.

El gato negro entornó los ojos.

—Si estáis buscando pelea, podemos daros el gusto.

—No buscamos pelea. —Zarzoso habló con voz tranquila, aunque Leonino vio que tenía erizado el pelo del cuello y sabía que estaba preparado para lanzarse a la batalla si tenía que hacerlo—. Estamos estableciendo fronteras. Esto será territorio de la Tribu de las Aguas Rápidas, pero tus amigos y tú podéis quedaros con el resto de las montañas. Cuando hayamos terminado, estará claro de quién es cada parte.

El joven aprendiz pensó que eso parecía justo, pero, como cabía esperar, los invasores no estuvieron de acuerdo. Una gata gris claro miró fríamente a Zarzoso con sus ojos azules.

—¿Quiénes sois vosotros para decirnos adónde podemos ir? —preguntó con desdén—. Tenemos derecho a cazar donde nos dé la gana.

—Este es nuestro territorio —gruñó Garra.

—Pues entonces, intentad detenernos —lo desafió la gata—. Por lo visto hasta ahora, no lo habéis conseguido.

—Y vuestras fronteras tampoco lo harán —añadió el gato negro.

Garra sacudió la cola y se agazapó, listo para saltar. Desde el otro lado de la hondonada, Corvino Plumoso soltó un aullido ensordecedor. Los tres invasores se apretujaron unos contra otros, con las garras desenvainadas y las orejas pegadas a la cabeza.

—¡Alto! —exclamó Zarzoso levantando la cola—. Hoy no se derramará sangre. Volved con vuestro líder, si es que lo tenéis —les dijo a los intrusos —. Contadles a todos vuestros compañeros que las fronteras quedarán fijadas mañana y que no podéis traspasarlas. —Dio un paso atrás y le hizo un gesto a Garra con la cola—. Déjalos marchar.

El gran guardacuevas soltó un gruñido cuando los rivales pasaron ante él, pero no levantó ni una zarpa contra ellos.

—La próxima vez no tendréis tanta suerte —les bufó.

La única respuesta fue un movimiento insolente de la cola de la gata gris antes de desaparecer entre dos peñascos. Trigueña corrió tras ellos, pero se detuvo en el lugar por el que se habían ido.

—Se han marchado —informó al cabo de unos segundos.

«Volverán», pensó Leonino, y, aunque no lo dijo en voz alta, estaba seguro de que todos pensaban lo mismo.

—¿De qué sirve todo esto? —preguntó Garra con pesimismo—. Esos gatos jamás respetarán nuestras fronteras.

—¿Por qué no volvemos a la cueva? —añadió Ave.

—No, no debéis daros por vencidos —los animó Zarzoso—. En cuanto las fronteras estén delimitadas, podéis seguir reforzando las marcas olorosas hasta que los invasores terminen por captar el mensaje.

Leonino no estaba muy seguro de que su padre tuviera razón. ¿Acaso las fronteras no dependían de un acuerdo entre ambos bandos? Y, por supuesto, si uno de los bandos no estaba de acuerdo, tarde o temprano habría que respaldar las marcas olorosas con uñas y dientes. ¿Serían capaces los gatos de la tribu de luchar para proteger su territorio?

Garra guio al grupo alrededor de la hondonada, incluyéndola en el territorio de la tribu, y luego pasó entre los peñascos a través de una grieta estrecha con altas paredes de piedra; un pasaje sinuoso con la anchura justa para un gato. Los anchos hombros de Garra rozaban la piedra por ambos lados.

Tras recorrer varios zorros de distancia por aquella senda, llegaron a un punto en que se volvía más ancha, con rocas caídas al pie de las altas paredes. Un alarido salvaje resonó por encima de sus cabezas. Un segundo más tarde, un cuerpo aterrizó sobre Leonino y lo derribó. El aprendiz rodó de costado y descubrió que estaba frente a una joven gata parda con rayas blancas en la cara.

—¡A ti te conozco! —exclamó sin aliento—. Te vi ayer.

La gata parda le atizó con una pata en la cabeza. Leonino apenas reparó en que la joven no había desenvainado las uñas; tras aquel día frustrante y agotador, lo que más deseaba era estirar los músculos con una pelea. Así que se levantó de un salto y se abalanzó sobre la intrusa.

Mientras la golpeaba con las patas traseras, entrevió a Trigueña rodando por el suelo con un gato gris agarrado a su pelo. Otro joven gato se había subido encima de Garra, aullando y arañándolo. Se oía más ruido de combate senda arriba; el aire se había llenado de chillidos y alaridos.

Apenas había espacio en la estrecha senda para luchar como era debido. La gata parda volvió a derribar a Leonino, se subió a un peñasco y bufó desafiante, arqueando el lomo y erizando la cola.

Leonino se volvió en redondo y vio a Zarzoso, que justo en ese momento inmovilizaba con una de sus enormes patas a un joven rojizo. Detrás de su padre, un par de atigrados idénticos habían derribado a Ave y estaban propinándole zarpazos. Con un aullido de rabia, Leonino pasó por delante de Zarzoso para embestir al atigrado más cercano.

—¡No derrames más sangre de la necesaria! —le dijo entre dientes Zarzoso.

Leonino estaba casi demasiado furioso para escuchar, pero mantuvo las garras envainadas mientras apartaba de un golpe a uno de los atigrados y le mostraba los colmillos al otro, a la vez que ayudaba a Ave a ponerse en pie.

La batalla terminó casi tan pronto como había empezado. Los invasores se dispersaron, huyendo por la senda en una dirección u otra, o trepando de nuevo por las rocas para desaparecer.

Zarzoso se acercó a Leonino y le hundió el hocico en el lomo.

—Buena pelea —maulló—. ¿Te encuentras bien?

Ante el elogio de su padre, el joven sintió una cálida oleada que lo recorrió desde las orejas hasta la punta de la cola.

—Estoy bien —contestó—. No peleaban duro.

—A mí me han parecido aprendices —maulló Corvino Plumoso escupiendo un bocado de pelo gris.

—A lo mejor solo buscaban un poco de diversión —aventuró Zarzoso.

—¡«Diversión»! —Corvino Plumoso puso los ojos en blanco.

—Solo intentaban asustarnos. —Trigueña bajó del peñasco al que había subido para perseguir a su atacante—. No estaban ni cazando ni protegiendo su campamento.

—Los gatos de clan lucháis muy bien. —Garra avanzó por la senda trastabillando. Pareció dudar y, casi para sí mismo, añadió—: ¿Es que estas batallas nunca acabarán?

Gris y Ave intercambiaron miradas de inquietud.

—No creo que volvamos a tener nuestro hogar para nosotros solos —murmuró Ave.

Leonino se dio cuenta de que los gatos de la tribu se habían llevado la peor parte en la refriega. A Gris le sangraba la oreja, Ave tenía zarpazos en un costado y Garra había perdido pelo en ambas ancas. Necesitaban aprender técnicas de combate con urgencia.

Sin embargo, en vez de pensar en mejorar, parecían estar dándose por vencidos. ¿Qué esperanza había en que los gatos de clan ayudaran a los gatos de la tribu, si estos ni siquiera se ayudaban a sí mismos?

24

Carrasquera condujo a los pupilos fuera de la cueva justo a tiempo de ver cómo Leonino y el resto de la patrulla de Zarzoso desaparecían entre las rocas. Por un segundo, deseó poder ir con ellos. Pero sabía que era igualmente importante practicar técnicas de combate con los pupilos de la tribu.

—Sentaos ahí y permaneced atentos —les ordenó Ventolino cuando todos estuvieron junto a la poza—. Carrasquera y yo os enseñaremos a pelear.

La joven aprendiza sintió un hormigueo de enfado. Aunque estuvieran haciendo de mentores, ¡Ventolino no tenía por qué mostrarse tan mandón!

—¿Por qué no dejamos que ellos nos enseñen qué es lo que saben hacer? —sugirió la joven—. Podríamos trabajar a partir de ahí.

—Bueno… vale —aceptó Ventolino, encogiéndose de hombros con poca gracia.

—Solo los guardacuevas aprendemos esas cosas —les explicó China dando unos pasos adelante para dirigirse a Carrasquera—. Nos enseñan a repeler a las águilas, por si intentan atacar a los apresadores.

Carrasquera se sentó enroscando la cola alrededor de las patas.

—Muy bien. Muéstrame qué es lo que hacéis.

China se agazapó y luego usó sus potentes patas traseras para impulsarse hacia arriba. Al llegar a lo más alto, lanzó un par de mandobles con las zarpas delanteras, y luego aterrizó limpiamente y volvió a quedarse agazapada.

Carrasquera se quedó impresionada: el salto estaba perfectamente calculado para defenderse de un enemigo que pudiera volar. ¿Cómo podía adaptarlo para atacar a un enemigo en el suelo?

—Ha sido genial —maulló—. ¿Sabéis hacerlo todos?

Un par de pupilos se adelantaron.

—Nosotros sí. Vamos a ser guardacuevas, como China.

Tres pupilos, entre los que estaban Alarido y Gotas, se quedaron junto a la poza. Los tres miraban con hostilidad a Carrasquera y Ventolino.

—No veo por qué tenemos que hacer lo que vosotros nos digáis —masculló Alarido—. Todavía no sois guerreros.

—Pero ¡sabemos más que vosotros sobre técnicas de combate! —le espetó Ventolino.

Carrasquera reprimió un suspiro. Ventolino tenía razón, pero ser tan desagradable solo serviría para sulfurar a Alarido.

—Lo hacemos porque Zarzoso nos lo ha pedido.

—¿Y qué? —Alarido les dio la espalda groseramente, y luego los miró por encima del hombro para añadir—: Zarzoso no es nuestro líder. No tenemos que hacer lo que él diga.

—Además, somos apresadores —intervino Gotas, que, por suerte, parecía más educada que su compañero de tribu—. Nos entrenan para cazar.

—Vale, pues entonces imagínate que Ventolino es un conejo —le propuso Carrasquera.

—¡Eh! —protestó Ventolino.

Antes de que el aprendiz pudiera decir nada más, Gotas adoptó algo parecido a la postura de acecho y dio un gran salto para aterrizar sobre él. Ventolino se la quitó de encima, se levantó a trompicones y se sacudió el pelo alborotado.

—¡Bien hecho! —exclamó Carrasquera—. Eso te vendría estupendo en plena batalla, pero tendrías que haber seguido lanzándole algunos zarpazos, o clavando los colmillos en el cuello de tu oponente.

Gotas asintió; para alivio de Carrasquera, la pupila ya parecía más interesada que hostil.

—Es lo que habría hecho con un conejo —maulló Gotas—, pero he pensado que sería mejor no hacerlo con él.

—Me gustaría que lo intentaras —gruñó Ventolino.

—Vuestro salto también servirá. —Carrasquera se volvió hacia el grupo de guardacuevas—. Pero en vez de clavar las uñas cuando estéis en lo más alto, tendríais que intentar aterrizar sobre el lomo del enemigo y usar las garras entonces.

Aquel movimiento era bastante avanzado, y quizá los invasores no se lo esperaran.

—Ahora, Ventolino y yo os enseñaremos algunas técnicas básicas más.

Repasaron algunas de las técnicas que aprendería un aprendiz nuevo: pasar corriendo ante un rival para arañarle el costado; rodar por el suelo para

arañar la barriga de un oponente con las patas traseras…

—Ahora probad vosotros —les ordenó Ventolino—. En parejas, un guardacuevas con un apresador.

—Y recordad: durante el entrenamiento debéis mantener las uñas envainadas —añadió Carrasquera.

Y se sentó con Ventolino a observar a los pupilos. Para su sorpresa, los apresadores estaban asimilando las nuevas técnicas más deprisa que los guardacuevas. Eran más ágiles, y la joven supuso que el hecho de no tener que desaprender los movimientos que los guardacuevas ya conocían suponía una ventaja para ellos.

En el otro extremo de la poza, Esquiruela y Borrascoso estaban entrenando con algunos de los gatos adultos de la tribu. Carrasquera oyó que uno de ellos maullaba:

—¿Por qué tenemos que hacer esto? Nos hemos atenido a nuestras costumbres estación tras estación, y nos ha ido bien hasta ahora.

Carrasquera sintió una punzada de compasión. Entendía que los gatos de la tribu quisieran seguir con las costumbres de sus antepasados y detestaba obligarlos a cambiar. «Pero tienen que aprender —se dijo—. Es la única manera de que sobrevivan». Se consoló pensando que, en cuanto las fronteras quedaran establecidas, se derramaría menos sangre. Los intrusos se lo pensarían dos veces antes de atacar a gatos que sabían defenderse.

Cuando terminaron el ejercicio, le dijo a Ventolino que enseñara a los apresadores un par de movimientos avanzados más, mientras ella se encargaba de los guardacuevas; quería intentar adaptar algunas de las técnicas que ya conocían.

El sol llegó a su cénit y comenzó a descender. A Carrasquera le rugía el estómago, pero ninguno de los pupilos sugirió que pararan a comer, así que se imaginó que solo tomaban una comida al día. Por un instante, le hubiera gustado estar en el campamento del Clan del Trueno, donde podía escoger una pieza del montón de la carne fresca en cualquier momento que le apeteciera, siempre que hubiese terminado sus tareas como aprendiza.

Al final, les hizo una seña a los pupilos para que se tomaran un descanso junto a la poza.

—Ha sido estupendo —maulló—. Me sorprende que Narrarrocas no haya salido a veros. Creo que estaría orgulloso de comprobar cuánto habéis aprendido.

—Narrarrocas casi nunca abandona la cueva —le contó China.

Carrasquera abrió los ojos de par en par, sorprendida.

—¿En serio?

—Solo sale para celebrar las ceremonias en lo alto de la cascada, como cuando un pupilo se convierte en miembro de pleno derecho de la tribu —le explicó Gotas.

—Y a veces cuando hay una emergencia —añadió China.

—Supongo que eso también es diferente en los clanes —intervino con desdén Alarido, que al final había empezado a participar en el entrenamiento, aunque Carrasquera sabía que lo había hecho muy a su pesar.

—Sí, un líder de clan caza y patrulla con sus guerreros —respondió Ventolino—. Y pelea si tiene que hacerlo.

—¿Y eso no significa que corre el peligro de que lo maten? —preguntó China, tan sorprendida como se había quedado Carrasquera unos momentos antes.

—Más o menos —contestó la aprendiza, sin querer entrar en el tema de que los líderes de clan tenían nueve vidas.

No estaba segura de que la Tribu de la Caza Interminable le hubiera concedido nueve vidas a Narrarrocas, y temía que los gatos de la tribu se sintieran agraviados por eso. Además, el bosque era un sitio mucho más seguro para vivir que las montañas; allí era más fácil resguardarse de los halcones, y no había muchos lugares donde un gato pudiera despeñarse y morir. La joven miró a su alrededor, observando las frías rocas grises que la rodeaban, y la nostalgia de su hogar la atenazó de nuevo con garras afiladas.

—Creo que deberíamos continuar —maulló poniéndose en pie para iniciar otra sesión de entrenamiento.

De pronto, notó que un cuerpo aterrizaba sobre ella por detrás y la derribaba; terminó despatarrada en el mismo borde de la poza, con la cola en el agua. Ventolino la había inmovilizado poniéndole las dos zarpas sobre el pecho; sus ojos ámbar brillaban de satisfacción.

—¡Esta es la mejor forma de atacar a un enemigo! —fanfarroneó el aprendiz—. Cuando menos se lo espera.

Y, dicho esto, retrocedió. Mientras se levantaba, Carrasquera oyó ronroneos de risa entre los pupilos.

—¡Bola de pelo estúpida! —le espetó a Ventolino, sacudiéndole el agua de la cola en la cara.

Aunque la verdad es que no podía enfadarse. Esa era exactamente la clase de cosas que habría hecho con Leonino en el territorio del Clan del Trueno.

—Pero Ventolino tiene razón —continuó—. Las técnicas de caza son buenas para acercarse sigilosamente a un enemigo que no sabe que estáis ahí.

Practiquemos un poco.

Sin embargo, cuando empezó la segunda sesión de práctica, Carrasquera se sintió demasiado vacía y hambrienta para hacerla bien. Tenía las patas torpes, no podía moverlas tan ágilmente como quería. Se sintió aliviada cuando el olor de gatos anunció el regreso de Leonino y Zarzoso con el resto de la patrulla fronteriza.

Su hermano cojeaba mucho al bajar por las rocas hacia la poza, y Carrasquera se apresuró a despachar a los pupilos. Ellos también estaban demasiado cansados para seguir mucho más rato. Ventolino los acompañó de vuelta a la cueva mientras les contaba una batalla contra un zorro que había tenido lugar en el territorio del Clan del Viento.

«Como si allí hubiera habido zorros alguna vez», pensó Carrasquera. Se acercó a Leonino y le prestó su hombro para que descendiera sin problemas a las afiladas piedras que rodeaban la poza.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—Sí. —Leonino suspiró agotado y se inclinó sobre el agua para beber. Luego levantó la cabeza, sacudiéndose las gotas de los bigotes—. Pero hoy ha sido un día infructuoso. No hemos podido bordear toda la frontera. La ruta era excesivamente difícil.

A Carrasquera le habría gustado animarlo con buenas noticias sobre el entrenamiento de los pupilos en las técnicas de combate de los clanes, pero tampoco se sentía muy satisfecha de lo que habían aprendido. Además, había uno o dos, como Alarido, que habían dejado claro que no querían aprender. Miró hacia los guerreros y los gatos de la tribu, que estaban recorriendo, cabizbajos y tristes, la senda que llevaba a la cueva, y por primera vez reparó en que Glayino había salido de la gruta y estaba sentado en una roca al lado de la cascada, con las patas debajo del cuerpo. Cuando el último de los adultos pasó por delante de él, bajó de un salto de la roca y fue a reunirse con sus hermanos.

—Estoy harto de esa cueva —anunció al llegar junto a ellos—. Esto es tan aburrido que podría despellejarme a mí mismo. Llevo ahí metido todo el día, oyendo cómo las gatas se lamentan de sus enfermizos cachorros.

—¿No puedes ayudarlas? —le preguntó Carrasquera.

—Yo no soy su curandero —le espetó Glayino—. ¿Te imaginas qué diría Narrarrocas si le pisara el terreno?

—Bueno, pero sí eres nuestro curandero, ¿no? —Sus quejas habían puesto a Carrasquera de mal humor—. ¿Qué tal si haces algo por Leonino?

—¿Por qué? ¿Qué le ocurre? —preguntó Glayino olfateando con curiosidad a su hermano.

Leonino estaba mojando sus doloridas almohadillas en el agua de la poza y luego se las lamía con cuidado.

—Estoy bien, de verdad —maulló.

Carrasquera no se quedó muy convencida. Su hermano parecía agotado, y tenía las almohadillas en carne viva y ensangrentadas.

—Tiene las almohadillas hinchadas —le dijo a Glayino—. ¿No puedes hacer nada?

El aprendiz de curandero agitó las orejas, irritado.

—¿Y dónde se supone que voy a encontrar las hierbas que necesito en este lugar dejado de la mano del Clan Estelar?

A pesar de sus palabras, se puso en pie para saborear el aire y se dirigió hasta el muro rocoso, donde unos arbustos achaparrados y una estrecha franja de hierba luchaban por sobrevivir. Poco después, regresó con un par de hojas de romaza en la boca.

—Masca estas hojas y frótate las almohadillas con la pulpa —le dijo a Leonino.

—Gracias.

Leonino suspiró de alivio cuando el refrescante jugo le mitigó el dolor.

Carrasquera oyó unos pasos y, cuando levantó la cabeza, vio que Esquiruela se dirigía hacia ellos rodeando la poza.

—¿Cómo ha ido la sesión de entrenamiento? —preguntó.

—Bastante bien… —respondió Carrasquera—. Algunos aprenden realmente deprisa, pero no estoy muy convencida…

—¿De qué?

—De que estemos haciendo lo correcto. La Tribu de las Aguas Rápidas lleva manteniendo sus tradiciones muchísimo tiempo. Resulta extraño enseñarles algo diferente.

—Con la frontera ocurre lo mismo —intervino Leonino—. No estoy seguro de que convertir las montañas en una especie de territorio de clan vaya a servir de mucho. Los invasores no quieren fronteras, de eso no cabe duda, y parece que la tribu tampoco. Lo único que quieren es que las cosas vuelvan a la normalidad.

—No sé por qué os estáis tomando tantas molestias —maulló Glayino con amargura—. La Tribu de la Caza Interminable no puede ayudar a la tribu, y estos gatos no quieren nuestra ayuda. ¿Por qué debemos intentar que hagan cosas que no desean hacer?

—Porque morirán sin nosotros —contestó Esquiruela secamente, aunque luego le tocó el lomo con la cola para mostrarle que no pretendía ser brusca —. Lo lamento. Yo estoy igual de frustrada que vosotros. Pero creo que no deberíamos rendirnos todavía. Podemos enseñarles muchas cosas valiosas a la tribu, y antes o después se darán cuenta de eso.

Carrasquera no estaba tan segura. «Aquí hay demasiadas batallas en marcha —pensó—. Y no solo batallas en las que se derrama sangre».

25

Glayino estaba tumbado en el lecho musgoso al lado de Leonino y Carrasquera, escuchando el incesante estruendo de la cascada. Le parecía percibir voces en él, pero eran demasiado débiles para captarlas, por mucho que aguzara el oído. Cerca de allí, oyó el murmullo de unos gatos que, cansados, se acomodaban para pasar la noche.

Leonino y Carrasquera estaban durmiendo como erizos en la estación sin hojas, agotados después de una dura jornada de trabajo. Ovillado con la cola sobre la nariz, Glayino también intentaba dormirse, pero era inútil. Notaba en las zarpas un cosquilleo de inquietud y se moría de ganas de levantarse y hacer algo. Con cuidado para no molestar a sus hermanos, salió del lecho y se dirigió al centro de la cueva.

Estaba empezando a aprender cómo moverse por allí. Podía distinguir los lugares donde dormían los guardacuevas y los apresadores, y también olía a sus compañeros de clan, que compartían ese espacio. Atravesando sigilosamente la gruta y dejando la cascada a sus espaldas, oyó el eco tintineante de unas gotas de agua al caer y descubrió el charco que formaba una gotera. Se agachó para beber; el agua estaba fría como el hielo y sabía como el viento.

Le costaba creer que los gatos de clan fueran a quedarse mucho más tiempo en las montañas. Allí no eran bien recibidos, dijera lo que dijese Narrarrocas, y no creía que obligar a la tribu a aprender las habilidades de los clanes pudiera solucionar nada. Pero, antes de marcharse, él estaba decidido a averiguar más cosas sobre la Tribu de la Caza Interminable. Volvió a levantarse, se lamió las últimas gotas de agua del hocico y saboreó el aire.

¡El olor de Narrarrocas! Glayino detectó el tenue rastro en el suelo y lo siguió hacia el fondo de la cueva, donde se abría un túnel. Se coló en su

interior y avanzó por el estrecho pasaje hasta que el movimiento del aire y el débil eco de sus pasos le indicaron que había llegado a otra gruta.

Gracias a una corriente de aire frío descubrió que había una abertura en el techo. Al seguir adelante, metió una pata en un charco y retrocedió bruscamente, sacudiéndola con irritación. Rozó una piedra y la examinó con la zarpa; sobresalía del suelo de la cueva como el tronco de un árbol. El aire estaba lleno de ecos extraños y susurrantes, voces demasiado tenues para distinguirlas, como las que había oído en la cascada.

—Glayino, bienvenido a la Gruta de las Rocas Puntiagudas —dijo una voz más nítida.

El aprendiz de curandero se quedó de piedra. Estaba tan absorto en su investigación que ni siquiera se había preguntado qué pasaría si Narrarrocas lo sorprendía. Aquel era el lugar privado del sanador, estaba seguro, como la guarida de un líder de clan. Pero no tenía sentido fingir que no estaba allí.

—Gracias, Narrarrocas.

Oyó unos pasos y se imaginó al viejo atigrado caminando hacia él. Cuando Narrarrocas habló de nuevo, su voz sonó casi en el oído del joven.

—Aquí es donde comparto lenguas con la Tribu de la Caza Interminable. Me envían señales a través del reflejo de las estrellas y la luna sobre el agua, y a veces también a través de la danza de la luz y la sombra en las alargadas piedras que se elevan desde el suelo y descienden del techo, y del eco del viento, el agua y las pisadas…

Glayino le había perdido el respeto a Narrarrocas cuando este había mentido sobre el mensaje que le había enviado la Tribu de la Caza Interminable, pero no podía desdeñar la edad y la sabiduría del sanador, ni la punzante sensación de traición que el viejo sentía frente a la destrucción de su tribu.

—Nuestros antepasados no tienen ayuda que brindarnos —continuó Narrarrocas—. Es como si no les importara que estemos muriéndonos.

Glayino no estaba seguro de que Narrarrocas estuviera hablando con él. Parecía hablar con un gato mucho más viejo, uno que pudiera compartir su sabiduría con él.

—Los gatos de clan confían en el Clan Estelar —empezó Glayino, vacilante—. Pero ni siquiera el Clan Estelar es todopoderoso. Quizá la Tribu de la Caza Interminable no sepa cómo ayudaros.

—Entonces, ¿por qué nos trajo hasta aquí? —replicó el sanador con voz áspera—. Nos prometió que estaríamos a salvo.

Glayino plantó las orejas. ¿Qué sabía Narrarrocas sobre los inicios de la tribu?

—¿Dónde vivíais antes? —le preguntó—. ¿Por qué tuvisteis que marcharos para venir aquí?

Narrarrocas suspiró y su aliento agitó los bigotes del joven.

—No lo sé. Eso fue hace muchas, muchísimas estaciones. La Tribu de la Caza Interminable nunca me lo ha contado.

Glayino sintió un hormigueo por todo el cuerpo. ¡De modo que era cierto, la tribu no había vivido siempre en las montañas! Quizá la Tribu de la Caza Interminable se sentía tan impotente porque estaba convencida de que se había equivocado y de que las montañas no eran el lugar apropiado para aquellos gatos. El joven arañó el suelo húmedo. ¡Ojalá supiera toda la verdad y no solo unos retazos que lo dejaban con la miel en los labios!

—¿Qué dicen las señales esta noche? —le preguntó al sanador.

—Muy poco —respondió—. La luna brilla sobre el agua, pero… ¡mira!, ahora una nube pasa ante ella, como tapando todas nuestras esperanzas. Los ecos no me dicen nada, pero ahí, en aquel charco, el viento ondula la superficie levemente, y eso significa cambio. —Volvió a suspirar, como si estuviera agotado—. Cuál puede ser ese cambio… no lo sé. Lo mejor será que me vaya a dormir. Buenas noches, Glayino.

—Buenas noches.

El aprendiz oyó los pasos del viejo atigrado alejándose y luego otro sonido, como si estuviera poniéndose cómodo en un lecho musgoso. Se quedó escuchando mientras los sonidos se apagaban e intentó descifrar los ecos de la gruta, pero no le dijeron nada.

Al avanzar hacia un lateral de la cueva, Glayino encontró un hueco en el suelo. La piedra estaba desnuda, sin un relleno confortable, pero el joven aprendiz decidió ovillarse allí, pues sabía que solo en sueños hallaría las respuestas a sus preguntas.

Cerró los ojos y volvió a despertarse en el afloramiento rocoso, con el viento azotándole el pelaje. Pedrusco estaba sentado sobre una peña frente a él. La luz de la luna resplandecía sobre su cuerpo sin pelo, y sus abultados ojos parecían clavarse en el joven.

—Estos no son tus antepasados —maulló antes de que Glayino pudiera hablar—. Ten cuidado.

—Tengo cuidado —replicó el aprendiz—. Pero ¡he de hacer algo! La Tribu de la Caza Interminable ha abandonado a los gatos de la Tribu de las Aguas Rápidas. No está haciendo nada para ayudarlos.

—Pero tus compañeros de clan sí.

—¡Y crees que eso es justo! —protestó Glayino sacudiendo la cola confundido—. ¿No es responsabilidad de los antepasados guerreros cuidar de sus descendientes? Si no, ¿para qué están?

El viejo gato no dijo nada, pero Glayino percibió que irradiaba una gran tristeza, y volvió a picarle la curiosidad. ¿Por qué Pedrusco estaba tan preocupado por los gatos de la tribu? «¿Y por qué nadie me cuenta nada?».

Soltó un maullido de frustración cuando la figura de Pedrusco comenzó a desvanecerse. Por un segundo, Glayino lo vio como un resplandor contra las rocas; luego desapareció, disuelto en el viento y la luz de las estrellas. Dio un salto hacia delante y de pronto se encontró pataleando en el hueco de la Gruta de las Rocas Puntiagudas, donde se había quedado dormido.

—¡Cagarrutas de ratón! —bufó.

El olfato le dijo que el tiempo había pasado y que Narrarrocas ya no estaba en la gruta. Se levantó y se atusó a toda prisa. El sueño que había tenido seguía pegado a su mente con la obstinación de una telaraña, y Glayino tuvo la sensación de que podría hallar sus propias respuestas en cuanto tuviera tiempo para pensar.

Pero en ese momento no tenía tiempo. Oyó unos alaridos a lo lejos, y los músculos se le tensaron anticipando el desastre. Tras localizar el túnel de salida, llegó a la cueva principal. El caos de lamentos y maullidos casi apagaba el estruendo de la cascada, y el olor a sangre impactó en su rostro como un viento húmedo.

—¿Qué está pasando? —maulló alarmado.

Saboreó el aire y el primer olor familiar que distinguió fue el de Trigueña. Glayino dio unos pasos hacia ella.

—¿Qué ha pasado? ¿Ha habido una batalla?

—Una refriega —contestó la guerrera del Clan de la Sombra—. Los apresadores han salido al amanecer y han atrapado un águila. Camino de casa, los invasores los han visto y han iniciado una lucha por la presa.

—¡Y hemos perdido! —gruñó una voz desconocida—. Esos pulgosos se han llevado nuestra pieza, y todo por culpa de los gatos de clan. Tenéis a los guardacuevas aquí, aprendiendo «técnicas de combate» —pronunció aquellas últimas palabras como si fueran una maldición.

—Las técnicas que usáis ahora no os servirían para luchar contra otros gatos. —La voz de Zarzoso sonó detrás de Glayino, y el olor de su padre lo rodeó.

—¡Serían mejor que nada! —bramó el gato de tribu—. Mi pareja ha resultado herida hoy. —La voz le tembló de repente—. Ni siquiera sé si vivirá.

—Lo lamento mucho —dijo Zarzoso en un susurro—. Glayino, ¿quieres ir a ayudar a Narrarrocas? Le irá bien contar con otro curandero.

—Claro.

Agradecido de tener algo que hacer por fin, Glayino rastreó el olor de Narrarrocas entre los demás y avanzó hacia él, serpenteando por los cuerpos de gatos heridos que aullaban de dolor.

—Madre mía… —masculló para sí mismo—, no pueden ser más de seis, pero ¡están armando tanto ruido como si fueran un clan entero!

—Glayino… —Narrarrocas sonaba tranquilo, parecía a una vida de distancia del gato agotado y confundido con el que había hablado la noche anterior—, masca esta raíz de cincoenrama y ponla sobre la herida de Gris.

El aprendiz olisqueó con curiosidad la raíz que el sanador le había acercado.

—Nunca había visto esta planta. ¿Cómo la has llamado?

—«Cincoenrama» —contestó Narrarrocas—. Es buena para todas las heridas y para el veneno.

—¡Eh! ¿Os importa? —los interrumpió Gris; la tensión que le provocaba el dolor se percibía en su voz—. Podríais hablar de eso más tarde, ¿no?

—Sí, claro. —Glayino suspiró—. ¿Te has lavado bien la herida?

—No… —Gris pareció sorprendido, como si la idea de limpiarse su propia herida jamás se le hubiera pasado por la cabeza.

—Pues entonces, hazlo —le espetó Glayino—. ¿De qué sirve poner una cataplasma sobre un montón de sangre seca y pelo revuelto?

Se agachó para mascar la raíz de cincoenrama, mientras oía los sonoros lametazos que se daba Gris con su áspera lengua. La raíz tenía un fuerte aroma y un sabor intenso.

—También utilizamos gaulteria y atanasia —maulló Narrarrocas mientras trabajaba—. ¿Has oído hablar de esas plantas?

Glayino escupió el último trozo de raíz mascada y tomó un buen trozo para extenderlo sobre la herida de Gris.

—Nosotros tenemos atanasia, pero la empleamos para la tos. Bueno, Gris, ¿ya está limpia esa herida?

—Sí, está bien —respondió el apresador.

—Ya era hora —masculló Glayino—. ¡Es como tratar con cachorros!

—Eh, cálmate —le dijo Carrasquera hundiéndole el hocico en el cuello—. Dime qué hay que hacer. He venido a ayudar.

—Son los gatos de la tribu los que necesitan empezar a ayudarse a sí mismos —le espetó Glayino, y luego se arrepintió de haber sido tan brusco.

Su hermana no sabía que los antepasados de la tribu los habían abandonado, y él aún no quería contárselo. Pero sabía que si esos gatos no empezaban a ayudarse a sí mismos, no habría esperanza para ellos.

26

Después de curar a los gatos heridos, Narrarrocas los dejó descansando en sus lechos y se dirigió exhausto hacia la entrada de la cueva. Le hizo una seña a Zarzoso para que lo siguiera, y Leonino se sumó a ellos, ansioso por saber cuál iba a ser su siguiente movimiento.

La luz que se colaba a través de la cortina de agua era tenue y gris. Narrarrocas se sentó con las patas debajo del pecho, y su figura parecía pequeña y oscura ante el resplandor acuoso de la cascada.

—La tribu no sobrevivirá aquí —suspiró, y su voz quedó casi ahogada por el estruendo del agua—. Debemos abandonar las montañas y buscar un hogar en otro sitio.

Los ojos de Zarzoso se llenaron de tristeza.

—Esa es una decisión que solo puedes tomar tú, Narrarrocas, pero ¿crees que es sensata? Un viaje así para un grupo de gatos tan numeroso está lleno de peligros. Los clanes perdieron a algunos miembros en el Gran Viaje. Además, ¿adónde iríais?

El sanador negó con la cabeza; no tenía una respuesta para esa pregunta.

«Quizá podrían venir al lago con nosotros —pensó Leonino—. Pero son demasiados para unirse a un solo clan. Tendrían que dividirse, y eso no les gustaría. En cualquier caso, los clanes nunca los aceptarían».

—Incluso si encontrarais un nuevo hogar —continuó Zarzoso—, tendríais que aprender nuevas formas de vivir, nuevas técnicas de caza. Sería mejor que dierais con la manera de aprender a sobrevivir aquí, el lugar al que pertenecéis.

Narrarrocas se volvió hacia el atigrado oscuro.

—¿Y cómo sugieres que hagamos eso?

—Prueba con las patrullas fronterizas —maulló Zarzoso.

—¿«Patrullas»? —repitió el viejo gato con desagrado—. ¿Y vernos obligados a pasarnos el día trepando por las rocas?

—Sí, es duro —admitió el lugarteniente del Clan del Trueno sin poder ocultar del todo su irritación—. Pero tus gatos están acostumbrados a moverse por este terreno. Eso os da una gran ventaja sobre los invasores.

El sanador parpadeó, volviendo los ojos hacia el agua que caía sin cesar. Poco después, preguntó:

—¿Estás diciendo que la tribu debe permanecer dentro de un área concreta?

—Sería un área grande —le prometió Zarzoso—. Mucho espacio para sustentaros. Además, ¿no es mejor conservar una parte de vuestro territorio que perderlo todo?

Narrarrocas no respondió.

—¿Por qué no vienes a verlo por ti mismo, para comprobar que tenéis suficiente territorio?

—El sanador no abandona la cueva excepto para celebrar las ceremonias en lo alto de la cascada. Ese es el deseo de la Tribu de la Caza Interminable.

Zarzoso parecía frustrado; Leonino se daba cuenta porque sacudía la cola de un lado a otro, y temió que su padre acabara dándose por vencido.

Pero entonces Narrarrocas habló de nuevo:

—Aunque quizá haya llegado el momento de romper con algunas de nuestras tradiciones para poder conservar el resto. Iré con vosotros.

—¡Genial! —Zarzoso irguió la cola—. Organizaré una patrulla ahora mismo. Leonino, tú puedes venir también.

Le hizo una seña con el rabo y corrió al interior de la cueva. Leonino no estaba seguro de querer bordear de nuevo todo el territorio. Aún le dolían las zarpas del día anterior, pero quería ayudar a establecer la frontera y ver la reacción de Narrarrocas. Esperó junto al sanador hasta que su padre regresó acompañado de Garra, Ventolino y China. Corvino Plumoso los seguía a cierta distancia, con Peñasco, Noche y un par de pupilos más.

—Corvino Plumoso llevará a su patrulla en una dirección, y nosotros iremos en la otra —le explicó Zarzoso al sanador—. De ese modo, podemos rodear todo el territorio antes de que caiga la noche. No intentaremos explorar hasta el último rincón; solo buscaremos puntos relevantes para que todos sepamos dónde está la frontera.

Narrarrocas asintió.

—Muy bien.

El sanador dejó que Zarzoso encabezara la patrulla por la Senda de las Aguas Rápidas que conducía al exterior. Leonino se detuvo brevemente, antes de saltar desde las rocas hasta el liso suelo que bordeaba la poza. El cielo estaba cubierto de unas nubes grises tan bajas que parecían descansar en las cumbres. El aire era denso, con un olor que anunciaba lluvia. El cielo azul y el cálido sol de la estación de la hoja verde podrían haber estado a lunas de distancia.

La patrulla de Corvino Plumoso ascendió por el sendero que había junto a la cascada y desapareció. Mientras tanto, Zarzoso guio a sus gatos por las rocas del otro extremo, la misma ruta que habían seguido el día anterior. Impuso un ritmo rápido hasta que alcanzaron la roca retorcida que Leonino había escogido como la primera señal fronteriza.

—Aquí dejaremos una marca olorosa —anunció Zarzoso—. Leonino, ¿querrías hacerles una demostración?

—¿No deberíamos dejar olor de la tribu? —preguntó Garra.

—Por supuesto —respondió el lugarteniente—. China y tú podréis marcar el resto en cuanto Leonino os muestre cómo hacerlo.

Los tres gatos de tribu se miraron entre sí. Leonino notó que no estaban muy seguros de que delimitar una frontera con marcas olorosas fuese a cambiar algo con los agresivos invasores, y el joven aprendiz no podía evitar estar más de acuerdo con ellos: las marcas serían inútiles, a menos que las reforzaran con uñas y dientes siempre que fuera necesario.

—No sé por qué nos tomamos tantas molestias —masculló Ventolino a su oído—. Ellos no piensan como gatos de clan. No tienen ni idea de cómo delimitar y mantener una frontera.

En cuanto Leonino dejó la marca, la patrulla continuó a lo largo del risco hasta el valle del arroyo, y luego a través de la llanura. Zarzoso escogió una pila de piedras como otro punto estratégico. Sobre ellas goteaba agua por una estrecha grieta, y estaban cubiertas por una capa fina de resbaladizo musgo que les daba un color verdoso muy peculiar.

—¿De qué sirve esto en nuestro territorio? —protestó Narrarrocas al ver que Garra se disponía a dejar una marca olorosa—. Estas rocas están siempre tan mojadas que ninguna presa corretea por aquí.

—Esa no es la cuestión —le contestó Zarzoso—. Los puntos que hacen las veces de marcadores deben ser fáciles de ver y de identificar. Si además son útiles, estupendo, pero no tienen por qué serlo.

Narrarrocas soltó un resoplido para mostrar su escepticismo, pero no añadió nada más mientras Garra marcaba el lugar. Siguió guardando silencio

al bordear la charca junto a la que habían encontrado a los tres primeros invasores y tampoco dijo nada cuando cruzaron el angosto pasaje en el que los jóvenes intrusos les habían tendido una emboscada.

Cuando salieron de allí, China dejó una marca olorosa en la base de una peña enorme que miraba a una escarpada pendiente, por la que se llegaba a un grupo de árboles achaparrados y que el viento azotaba.

—¿Y eso? —preguntó Narrarrocas apuntando con la cola hacia los árboles—. Necesitamos que ese sitio forme parte de nuestro territorio.

Zarzoso examinó el terreno con los ojos entornados.

—No vale la pena —decidió—. Es demasiado difícil llegar desde aquí.

—Pero los gatos de la tribu han cazado ahí desde siempre. Los árboles tienen las marcas de nuestras zarpas.

Leonino vio que a su padre se le erizaba un poco el pelo del cuello, y comprendió que estaba haciendo un esfuerzo para ocultar su irritación.

—Vuestra frontera debe ser abarcable si queréis tener posibilidades de defenderla —le explicó Zarzoso—. El objetivo principal ha de ser que albergue el territorio suficiente para mantener a la tribu. Y también debéis dejar espacio suficiente a los invasores; de lo contrario, les estaréis pidiendo a voces que os ataquen.

Garra asintió, como si lo entendiera, pero Narrarrocas sacudió la cola y dijo entre dientes:

—Como tú digas, gato de clan.

Zarzoso se limitó a inclinar la cabeza, y le hizo una seña a Garra para que encabezara la marcha a partir de ese punto.

La ruta seguía por lo alto de una colina y descendía por una ladera cubierta de pedruscos hasta un valle con un arroyo. Antes de que la patrulla llegara a la vaguada, empezó a caer una lluvia helada y punzante que el viento empujaba contra la cara de los gatos. Poco después, Leonino tenía todo el pelo empapado. Empezó a temblar y añoró la protección de los árboles, con sus gruesas ramas llenas de hojas.

—¿Cómo lo soportáis los gatos de tribu? —le preguntó a China—. Incluso cuando brilla el sol, aquí arriba hace mucho viento. Y esta lluvia es…

—Te lo enseñaré —lo interrumpió la pupila.

La joven apretó el paso y empezó a descender entre las rocas hasta la orilla del arroyo. Leonino la siguió, picado por la curiosidad. La encontró retozando por el barro de la ribera, hasta que se quedó completamente embadurnada.

—Pruébalo —le propuso China levantándose de un salto—. Ayuda a conservar el calor y aísla del frío. Los apresadores hacen lo mismo cuando van de caza; es una forma de no destacar entre las rocas y evitar que las presas los vean.

Leonino recordó haber visto a algunos gatos de la tribu cubiertos de barro, pero había dado por hecho que no se habían tomado la molestia de lavarse. Ahora sabía por qué lo hacían. Se metió cuidadosamente en el barro y rodó sobre sí mismo hasta que su pelaje dorado se volvió marrón.

Levantó la vista al oír que alguien se reía, y vio que se trataba de Ventolino.

—Te vas a divertir de verdad cuando luego tengas que lavarte —se burló el aprendiz del Clan del Viento.

—¡Y tú también!

Antes de que Ventolino pudiera reaccionar, Leonino dio un salto y lo derribó, arrastrándolo hasta el barro. El aprendiz del Clan del Viento soltó un aullido de sorpresa y pataleó para salir, pero Leonino se revolcó con él hasta que los dos estuvieron igual de enlodados.

—¡Bola de pelo estúpida! —bufó el aprendiz, subiendo de un brinco a una peña cercana y mirándose el pringado pelaje con cara de asco.

China estaba observándolos con la cola enroscada, muriéndose de risa.

—Es lo justo —maulló—. Vosotros nos enseñáis las costumbres de los clanes, y nosotros os enseñamos las costumbres de la tribu.

Leonino salió de la ribera enlodada y se dio una buena sacudida. Detestaba el olor del barro y la forma en que le apelmazaba el pelo, pero debía admitir que China tenía razón: la capa fangosa lo protegía del viento.

—Vale —masculló—. Sigamos adelante.

Garra y los demás ya habían cruzado el arroyo y la patrulla estaba ascendiendo por la siguiente ladera. Leonino acababa de empezar a subirla cuando oyó un alarido desde más arriba y vio las siluetas de unos gatos recortadas contra el cielo. Se quedó petrificado un instante, esperando tener que enfrentarse a intrusos, pero luego captó olores mezclados de clan y de tribu y reconoció a la patrulla de Corvino Plumoso.

—¡Genial! —exclamó—. Eso es que toda la frontera está marcada.

Los dos grupos de gatos se reunieron en lo alto del risco. Corvino Plumoso informó de un encuentro con un par de intrusos que se habían escabullido a toda prisa al ver que ellos los superaban en número. Aparte de eso, habían dejado marcas olorosas sin más problemas.

—En ese caso, regresemos a la cueva —maulló Narrarrocas.

Para alivio de Leonino, Garra los llevó de vuelta por una ruta mucho más rápida. Camino de la cascada, la lluvia dejó de caer, y cuando llegaron a la poza, Carrasquera estaba en mitad de una sesión de entrenamiento con los pupilos que se habían quedado en la cueva.

—¡Leonino! —Su hermana se detuvo en medio de la explicación de un movimiento de combate, para mirarlo pasmada—. Casi no te reconozco. ¡Pareces un gato de tribu!

Su hermano se encogió de hombros, incómodo, odiando todavía la sensación del barro en la piel.

—Estoy deseando quitármelo de encima.

—¿Por qué? ¿No funciona?

—Sí, sí que funciona —contestó él—, pero es asqueroso.

Carrasquera puso los ojos en blanco.

—Tu pelo dorado destaca muchísimo contra las rocas —señaló—. Atraparás muchas más presas tal como vas ahora.

—Supongo que tienes razón —suspiró.

Ojalá estuviera de nuevo en el bosque, donde su pelaje se confundía con la luz del sol que moteaba el suelo colándose entre las hojas.

Los demás habían entrado en la cueva a través de la Senda de las Aguas Rápidas. Solo quedaba Zarzoso, que estaba plantado en las rocas junto a la poza.

—¡Venid! —les ordenó a los jóvenes haciéndoles una seña con la cola—. Narrarrocas ha convocado una reunión.

Leonino fue tras él, seguido por Carrasquera y los pupilos. Se estaba poniendo el sol, y una temblorosa luz roja brillaba en la cueva como si formara riachuelos de sangre. El joven aprendiz sintió que casi podía notar una marea viscosa mojándole las zarpas, y no pudo evitar un estremecimiento.

Narrarrocas estaba sentado en una gran roca situada en el extremo más alejado de la caverna, cerca del túnel que llevaba a la Gruta de las Rocas Puntiagudas. Los gatos de tribu y de clan estaban mezclados a su alrededor. Leonino vio a Glayino con Esquiruela. Él y Carrasquera se unieron a Ventolino y los pupilos.

—Gatos de la tribu y de clan —empezó Narrarrocas—. Nuestras fronteras han quedado marcadas. Falta por ver si los invasores las respetan.

Al oírlo, Leonino pensó que se notaba mucho que el sanador no creía que la frontera pudiese cambiar nada, y unos murmullos de duda se extendieron entre los miembros de la tribu.

Una gata blanca y escuálida tomó la palabra:

—Esos sarnosos no respetan nada.

—Nube Cargada de Tormenta. —Narrarrocas inclinó la cabeza ante ella —. Me temo que tus muchas estaciones de sabiduría dicen la verdad.

—Entonces, ¿qué haremos ahora? —quiso saber Noche, arañando con nerviosismo el suelo de la cueva—. ¿Todo esto ha sido para nada?

Zarzoso se puso en pie.

—No, porque nuestro trabajo aún no ha terminado. —El guerrero del Clan del Trueno hablaba con autoridad, con la cabeza y la cola bien altas.

Leonino sintió una cálida oleada de orgullo: aquel noble gato era su padre.

—Ahora debemos ir a decirles a los intrusos que se queden en su lado de la frontera.

—¿Y crees que nos escucharán? —le preguntó Nube con desdén.

—No lo sé —respondió Zarzoso—, pero creo que debemos darles la oportunidad. Haremos una tregua para buscar su campamento y solicitaremos poder hablar con su líder.

—¡Una tregua! —Alarido, sentado entre Leonino y China, soltó un resoplido de desprecio—. Tiene el cerebro de un escarabajo si cree que los invasores respetarán una tregua.

—Quizá lo hagan —maulló Carrasquera—. En nuestro hogar, cada luna llena se establece una tregua entre los clanes.

Como Alarido no parecía muy convencido, Leonino añadió:

—Sí, el Clan Estelar se enfurecería si algún gato peleara durante la luna llena.

China parpadeó, más curiosa que incrédula.

—¿Vosotros creéis que esos intrusos conocen al Clan Estelar? ¿O a la Tribu de la Caza Interminable?

Leonino intercambió una mirada con su hermana y vio su misma confusión reflejada en sus ojos verdes. ¿Era posible que los invasores compartieran lenguas con los espíritus de sus antepasados, como la tribu y los clanes?

—No lo sé —respondió Carrasquera—. Pero vale la pena intentarlo.

Mientras ellos hablaban, la discusión continuaba entre los adultos. De pronto, Narrarrocas pidió silencio con un movimiento de la cola.

—¡Basta! Probaremos el plan de Zarzoso. Él y yo escogeremos a los gatos que mañana irán en busca de los intrusos. Y si el plan fracasa… —Enmudeció agachando la cabeza.

Leonino tuvo que aguzar el oído para captar sus últimas palabras.

—Si fracasa, la tribu ya no podrá tener su hogar en estas montañas.

La lechosa luz del alba teñía el cielo cuando Leonino salió por detrás de la cascada. El rocío empapaba las piedras y goteaba de las hojas de los arbustos que rodeaban la poza, pero el grueso manto de nubes del día anterior había desaparecido. El joven se preguntó si eso sería un buen presagio.

Notó un hormigueo en las zarpas, una mezcla de miedo y emoción, mientras el resto de la patrulla salía de la cueva y se agrupaba junto a la poza. Allí estaban todos los gatos de clan, excepto Esquiruela y Glayino, y, como representantes de la tribu, Narrarrocas había escogido a Peñasco, Noche y Garra, y a las pupilas China y Gotas.

—Jamás pensé que nos escogería a nosotras —maulló China dando saltitos—. ¿Creéis que tendremos que luchar?

—Espero que no —le respondió Carrasquera—. Pero, si no queda más remedio, recordad los movimientos que os he enseñado. Lo haréis bien.

Zarzoso llamó a sus gatos con un gesto de la cola.

—Iremos hasta la charca donde nos encontramos con los invasores —anunció—. Desde allí deberíamos poder rastrear su olor.

—¡Buena suerte! —les deseó Esquiruela.

Leonino se volvió. Su madre había salido de la cueva y estaba sentada sobre una peña, junto a la cortina de estruendosa agua. Su pelaje rojo resplandecía bajo la creciente luz.

—Gracias —le contestó Zarzoso—. Y vigila bien mientras nosotros estamos fuera.

—Lo haré, no te preocupes —maulló Esquiruela irguiendo las orejas.

«Por eso se queda aquí mi madre —pensó Leonino—. Por si los intrusos aparecen por sorpresa mientras todos nosotros estamos lejos».

El trayecto a través del nuevo territorio hasta la charca ya no le pareció tan largo. Leonino se dio cuenta de que sus músculos estaban acostumbrándose a subir y bajar rocas. Incluso sus almohadillas eran más resistentes.

—Huele a invasores —maulló Trigueña al llegar a su destino—. Pero el olor es viejo. No creo que hayan estado por aquí desde que los vimos.

—Se fueron por allí. —Corvino Plumoso ladeó las orejas hacia los pedruscos que llevaban a una estrecha grieta entre las rocas—. Quizá volvían a su campamento, iban cargados de presas.

—Vale la pena probar —coincidió Zarzoso abriendo la marcha hacia el hueco.

Leonino lo siguió sin dejar de saborear el aire, pero era difícil rastrear el olor a intrusos, que ya estaba mezclado con el de ellos por las patrullas previas. El rastro se tornó más intenso al pasar por el lugar en el que habían peleado contra los cuatro jóvenes, y luego pareció difuminarse cuando se adentraron en el valle.

—Cagarrutas de ratón —masculló Trigueña—. No me digas que los hemos perdido.

Todos los gatos se quedaron en silencio, paladeando el aire, y luego se dispersaron por las rocas en busca de alguna señal del escurridizo rastro.

—¡Aquí!

Leonino se volvió hacia Carrasquera. La joven gata ondeaba la cola al pie de una peña enorme que sobresalía del suelo.

—Creo que se fueron por aquí.

Zarzoso se acercó y tomó una gran bocanada de aire.

—Tienes razón. —Tocó con la nariz la oreja de su hija—. Bien rastreado. Será mejor que nos guíes tú.

A Carrasquera le brillaron los ojos de orgullo. Abrió la marcha al pie del afloramiento rocoso y subió por una ladera tan empinada que costaba encontrar asideros. Se detuvo unos segundos en lo alto y luego comenzó a bajar por el otro lado. Leonino resbaló cuando una piedra suelta se movió bajo sus patas. Esperaba que Carrasquera tuviese razón, porque él había vuelto a perder el rastro de los intrusos.

—Tu hermana es muy buena, ¿verdad? —murmuró China, alcanzándolo —. Creo que ni siquiera nuestros apresadores podrían seguir ese olor.

—Es la mejor —respondió Leonino, henchido de orgullo—. En nuestro hogar, siempre es la que trae más presas.

Al final de la pendiente, el olor se tornó de nuevo más intenso. Leonino detectó señales de muchos gatos y sintió un hormigueo en la piel. ¡No cabía duda de que estaban acercándose al campamento de los invasores!

El rastro cruzaba un curso de agua seco y luego iba hacia una estrecha grieta entre dos rocas verticales que se inclinaban hasta casi tocarse en la parte superior. La abertura llevaba a la oscuridad, y el olor de los intrusos era abrumador.

—Creo que es aquí —murmuró Zarzoso.

—¿Entramos? —le preguntó Peñasco.

—No. No tenemos ni idea de a cuántos gatos nos enfrentaríamos. Además, si pusiéramos una zarpa en su campamento sin que nos invitaran, estaríamos pidiéndoles que nos atacaran. Esperaremos.

Los gatos se desplegaron en un semicírculo. Trigueña tenía la vista clavada en la grieta, tan concentrada como cuando esperaba que un ratón saliera de su escondrijo. Corvino Plumoso parecía nervioso, con las orejas pegadas a la cabeza mientras miraba por encima del hombro, vigilando la retaguardia. Borrascoso y Rivera estaban juntos, hablando en voz baja, y Peñasco se paseaba impaciente de un lado a otro.

Leonino se acercó a su hermana hasta rozarla.

—Bien hecho. Lo has encontrado.

Carrasquera agitó los bigotes.

—Esperemos que quieran hablar con nosotros, ahora que estamos aquí.

De pronto, hubo un movimiento dentro de la abertura. Una gata asomó la cabeza y Leonino reconoció a la joven parda con la que ya se había encontrado dos veces. Los ojos de la gata se llenaron de miedo al ver a los que estaban esperando, y regresó disparada a la oscuridad del interior, lanzando aullidos de pánico.

—No creo que tarden mucho en salir —comentó Zarzoso.

Cada segundo se antojó una estación. Luego Leonino vio un pelaje claro dentro de la grieta. Listado, el atigrado gris con el que se habían tropezado al llegar a las montañas, salió para encararse a Zarzoso.

Aparecieron más invasores tras él. Leonino reconoció a Flora, la gata marrón y blanca, y a Sosquín, el delgaducho marrón que estaba con Listado el primer día. También estaba allí el gato negro que encabezaba la patrulla de caza de la charca. Todos se veían bastante flacos, y algunos cojeaban. Era evidente que no les estaba resultando fácil vivir en las montañas, aunque en sus ojos había un brillo de determinación.

—¿Qué queréis? —preguntó Listado.

Zarzoso le lanzó una mirada a Peñasco, moviendo las orejas para que fuera él quien hablara.

—Tenemos que hablar con vosotros —maulló Peñasco—. Queremos terminar con este conflicto. Las montañas son lo suficientemente grandes para alimentarnos a todos, pero debemos dividir el territorio para que tengamos las mismas oportunidades de conseguir presas.

Hizo una pausa, como esperando algún comentario de Listado, pero el gato se limitó a hacer un gesto con la cabeza y a murmurar:

—Continúa.

—Los gatos de la tribu hemos marcado las fronteras que delimitan nuestro territorio —explicó Peñasco—. Nuestro olor os indicará dónde están situadas.

Sois libres de cazar en el resto de las montañas, pero no de traspasar esas fronteras. Nosotros…

Unos maullidos de indignación ahogaron sus palabras. Los invasores habían erizado el pelo y lanzaban chispas de furia por los ojos.

Listado dio un paso adelante hasta quedarse apenas a una cola de Peñasco.

—No tenéis derecho a poseer ninguna parte de las montañas —gruñó—. Y, por supuesto, no tenéis ningún derecho a establecer fronteras. Cualquier gato puede cazar donde le plazca.

—¡Eso no es justo! —protestó Trigueña—. ¿Es que no veis que estamos intentando…?

—Esto es una cuestión de vida o muerte —la interrumpió Listado sacando las uñas—. Si es necesario, de nuestra vida y de vuestra muerte.

27

Carrasquera sintió un zarpazo de horror, como si una garra afilada la hubiera herido en combate.

—¡No tienen ninguna clase de código! —exclamó con voz estrangulada volviéndose hacia su hermano—. Hasta la tribu entiende de derechos y justicia. ¡A estos gatos les da todo igual!

Tensó los músculos, preparándose para la batalla. La patrulla había ido en son de paz y con el único deseo de hablar, pero ahora parecía que la intención de establecer una tregua estaba a punto de desaparecer. «Clan Estelar, ayúdanos —suplicó, sin saber siquiera si el Clan Estelar podía oírla bajo aquel cielo desconocido—. Muéstranos qué hacer».

Les hizo un gesto con la cola a los pupilos para que se acercaran. Leonino y Ventolino la flanquearon.

—¿Vamos a luchar ahora? —preguntó Gotas, nerviosa.

—Esperemos que no —le contestó Leonino, a quien su hermana agradeció la tranquilidad de su voz—. Pero Carrasquera os hará una señal si tenemos que pelear.

La joven aprendiz del Clan del Trueno ya no tenía muchas esperanzas de poder evitar el enfrentamiento. Listado había dejado bien claro que no tenían la menor intención de respetar las fronteras que la tribu había establecido con tanto esfuerzo. Los gatos de la tribu no estaban en mejor posición que al principio.

Ante el desafío de Listado, Peñasco se había adelantado hasta quedarse cara a cara con él, erizando el pelo del cuello y entornando los ojos amenazadoramente.

—Si estás buscando pelea… —comenzó.

Zarzoso lo detuvo con un toque de la cola y le hizo un gesto para que retrocediera.

—Este no es el momento apropiado —murmuró—. Para empezar, ellos nos superan en número. Será mejor que regresemos a la cueva y veamos qué ocurre.

—Yo ya sé lo que va a pasar —gruñó Peñasco.

Por un instante, Carrasquera pensó que el guardacuevas no le haría caso a Zarzoso y empezaría una batalla. Si lo hacía, los demás tendrían que luchar para respaldarlo.

Finalmente, Peñasco soltó un largo suspiro y bajó la cabeza.

—Lo haremos a tu manera —le dijo a Zarzoso.

El guerrero del Clan del Trueno volvió a rozarlo con la cola, en un silencioso gesto de gratitud. Luego se volvió hacia Listado.

—Defenderemos nuestras fronteras. Si las traspasáis o no, dependerá de vosotros.

—Muy bien. —Listado sacudió el rabo—. Lo tendremos presente. Tampoco nos olvidamos de que algunos de vosotros no sois de aquí.

—Se refiere a nosotros —susurró Leonino—. Sabe que tarde o temprano nos marcharemos a casa. Entonces, la tribu será más débil…

No necesitaba continuar. Para Carrasquera, era evidente que Listado pretendía atacar a la Tribu de las Aguas Rápidas en cuanto los gatos de clan la dejaran indefensa. «¡Y nosotros no podemos quedarnos aquí para siempre!», pensó, sumida en la nostalgia por el bosque y el campamento de la hondonada rocosa.

Zarzoso dio media vuelta para guiar a sus gatos de regreso a la cueva. Los intrusos empezaron a burlarse de ellos.

—¡No os molestéis en volver! —gritó Sosquín.

El sol estaba muy por encima de las montañas cuando la patrulla inició el camino de vuelta a la cueva. Unos rayos dorados caldeaban las rocas, pero Carrasquera sentía tanto frío que parecía que estuvieran en plena gélida estación sin hojas.

—¿Creéis que ha ido bien? —les preguntó Gotas, alterada—. Ahora ya saben lo de las fronteras, así que deberían dejarnos en paz.

—Espero salir en la primera patrulla fronteriza —maulló China.

—Ya veremos qué hacen —repuso Carrasquera.

La aprendiza no tenía claro si las pupilas de la tribu no habían entendido lo que acababa de suceder o si se estaban obligando a ser optimistas. Ella se sentía incapaz de explicarles que las fronteras solo existían si las aceptaban ambas partes. Los invasores habían demostrado que no tenían honor y que no

sentían ni una pizca de respeto por sus rivales, así que solo era cuestión de tiempo que traspasaran los límites para robarle más presas a la tribu.

«El código guerrero ha fracasado», pensó.

Carrasquera había construido su vida basándose en él y ahora sentía que había caído por un precipicio y estaba descendiendo en picado hacia la oscuridad.

«Ni siquiera la tribu comprende realmente lo que está pasando».

Se reprendió a sí misma por pensar de ese modo. Tal vez la tribu no siguiera el código guerrero, pero sí seguía tradiciones igual de antiguas e importantes. Quizá la Tribu de la Caza Interminable acudiría por fin en su ayuda.

Cuando la patrulla había alcanzado ya la ladera cubierta de piedras que bajaba al arroyo, Zarzoso se detuvo de repente, levantando la cola para que también se pararan los que lo seguían.

—¡Huelo a intrusos! —bufó.

Carrasquera notó que se le erizaba el pelo del lomo. Al saborear el aire, captó un olor fuerte y fresco, arrastrado por el viento que barría las rocas peladas. No podía ver a los invasores, pero sabía que estaban muy cerca.

—No puedo creerlo —le susurró Leonino al oído. Tenía el pelo erizado de rabia y movía la punta de la cola de un lado a otro—. Acabamos de hablarles de las fronteras y ya están traspasándolas.

—¡Mirad! ¡Ahí abajo! —China apuntó con las orejas hacia el arroyo.

Abajo, el delgaducho marrón de Sosquín apareció detrás de un pedrusco, siguiendo el curso del agua. Cuatro intrusos más iban con él, y uno de ellos, el gato negro con el que ya se habían encontrado en otra ocasión, llevaba un ratón colgando de la boca. Los cinco avanzaron confiadamente, como si tuvieran todo el derecho del mundo a estar allí.

«Lo sabía —pensó Carrasquera—. Todo lo que hemos hecho ha sido para nada».

—Son unos cazadores penosos —comentó, intentando sofocar la fría sensación de fracaso que notaba en el estómago como una losa—. Ni siquiera nos huelen. No tienen ni idea de que estamos aquí.

—O no les importa —replicó Leonino.

Zarzoso, Peñasco y Borrascoso intercambiaron unas pocas palabras, hablando demasiado bajo para que Carrasquera pudiera oírlas. Luego su padre saltó a la roca más cercana y su figura quedó recortada contra el cielo.

—¡Invasores! —aulló.

Los intrusos se detuvieron. En ese mismo instante, Zarzoso soltó un alarido aterrador y se lanzó ladera abajo. El resto de la patrulla lo siguió; Carrasquera sintió como si la arrastrara un torrente turbulento.

Tras mirarlos con pavor, Sosquín y su patrulla se volvieron en redondo y salieron disparados arroyo abajo. Sosquín trepó por una rampa pedregosa hasta alcanzar un saliente. Se volvió y lanzó una mirada torva a los gatos de clan y de tribu, pegando las orejas a la cabeza y enseñando los colmillos con un gruñido.

Zarzoso llegó hasta el pie de la rampa.

—¡Habéis traspasado la frontera de la tribu! —exclamó.

Carrasquera percibió que su padre estaba intentando mostrarse sereno, aunque su voz vibraba de rabia.

—Estáis invadiendo el territorio de la tribu y robándole sus presas.

—¿Y por qué no íbamos a hacerlo? —le espetó Sosquín—. No hay nada que nos detenga.

—Ya os hemos explicado lo de las marcas olorosas —intervino Peñasco situándose al lado de Zarzoso.

—¡Ay, sí! ¡Las marcas olorosas! —se mofó Sosquín—. ¡Qué miedo! ¿Y qué vais a hacer ahora? ¿Dejar marcas olorosas más fuertes? Nosotros cazaremos donde nos dé la gana, y no podréis detenernos.

Antes de que nadie pudiera replicar, dio un salto y desapareció en lo alto de la roca.

—Deberíamos ir tras él —gruñó Garra—. Quizá acaben escuchándonos si le arrancamos el pellejo.

—Es inútil. —Zarzoso sonó descorazonado—. Es evidente que explicarles lo de las fronteras no ha funcionado. Los intrusos las han traspasado en cuanto les hemos dado la espalda. No, ahora tenemos que darles una lección de una vez por todas.

Cuando Carrasquera entró en la cueva, percibió un rumor nervioso. Los gatos de la tribu que se habían quedado allí estaban deseando oír qué había pasado en el encuentro entre la patrulla y los invasores.

—Entonces, ¿saben lo de las fronteras? —preguntó Ave con un brillo de esperanza en los ojos—. ¿Significa eso que van a dejarnos tranquilos?

—A lo mejor ahora podemos cazar en paz —añadió Gris.

Zarzoso se abrió paso entre la multitud de gatos emocionados.

—No —les respondió—. La batalla no ha terminado. No hay fronteras.

—Pero ¡sí que las hay! —Alarido, con el pelo del cuello erizado, se coló entre dos adultos para encararse a Zarzoso—. ¡Tú mismo ayudaste a establecerlas!

—Y los invasores ya las han traspasado —maulló Borrascoso.

Cuando el guerrero gris explicó en pocas palabras el encontronazo con la patrulla de Sosquín, entre los gatos congregados brotaron exclamaciones de sorpresa y gruñidos de rabia.

—¡No pueden hacer eso! —gritó alguien.

—Pues lo han hecho —replicó Garra en tono cansado.

—No hay fronteras si el otro bando no las reconoce —señaló Esquiruela.

—Eso es cierto —dijo otra voz.

Carrasquera se volvió en redondo y vio que Narrarrocas había ocupado su lugar en lo alto de la gran piedra. El viejo atigrado tenía el pelo erizado de furia y estaba fulminando con la mirada a Zarzoso.

—De modo que todos nuestros esfuerzos han sido completamente en vano. ¿Qué propones que hagamos ahora?

—Solo queda una cosa por hacer —respondió Zarzoso inclinando respetuosamente la cabeza ante el sanador—. Debemos presentar batalla en el campamento de los invasores y derrotarlos.

Narrarrocas mostró los colmillos y soltó un gruñido leve. Todos los gatos de la cueva enmudecieron mientras los ojos azules del viejo atigrado buscaban a Borrascoso.

—No —maulló en voz baja pero cargada de ira—. Eso ya lo intentamos una vez y perdimos demasiadas vidas. Muchos gatos jamás volverán a recorrer estas montañas.

—Pero ahora será diferente —le prometió Zarzoso—. Tus gatos han estado entrenando para combatir y lucharán con un propósito claro: defender su territorio. Eso es algo muy distinto a intentar echar a los intrusos de las montañas. —Vaciló, respiró hondo y continuó—: Es decisión vuestra. Podéis luchar o ser expulsados de vuestro hogar.

Entre los gatos de la tribu se elevó un murmullo de voces enfrentadas. Narrarrocas las hizo callar con una sola sacudida de la cola.

—Muy bien —bufó—. La tribu decidirá… y demostrará que no somos un clan.

Carrasquera captó la expresión asombrada de Leonino.

—¿De qué está hablando Narrarrocas? —maulló el joven—. Por supuesto que no son un clan.

—Narrarrocas no quiere que los suyos luchen —respondió su hermana—. Pero quizá considere que es más justo dejar que lo decidan por sí mismos. Al fin y al cabo, tendrán que vivir con la decisión que tomen.

Los gatos de la tribu estaban perplejos. Se oyeron murmullos de confusión, hasta que, finalmente, Peñasco tomó la palabra:

—Narrarrocas, no lo entendemos. ¿Qué quieres que hagamos?

—Yo creo que ha quedado bastante claro —contestó el sanador con voz glacial—. Quiero que decidáis vosotros qué deberíamos hacer: buscar un nuevo lugar donde vivir o quedarnos y pelear. La Tribu de la Caza Interminable no quiere que yo influya en vuestra decisión.

—Seguro que no.

Carrasquera se sobresaltó al oír aquel susurro furioso. Miró por encima del hombro y descubrió que Glayino se les había unido y estaba sentado con la cola pulcramente enroscada alrededor de las patas.

—¿A qué te refieres con eso? —le preguntó a su hermano.

El aprendiz de curandero agitó las orejas.

—¿No lo entiendes? Narrarrocas puede decir lo que se le antoje sobre la Tribu de la Caza Interminable. Nunca sabremos si miente o está diciendo la verdad.

Carrasquera lo miró alarmada. ¿Cómo podía decir eso Glayino? Ningún gato de clan se atrevería a mentir sobre el Clan Estelar, ¿cómo iba a ser distinto para la tribu?

Narrarrocas volvió a hablar.

—Todos los gatos que deseen luchar, que se pongan en ese lado de la cueva —ordenó apuntando con la cola—. Los que quieran marcharse, que vayan al otro lado. Recordad que vuestra decisión acabará afectando al futuro de la tribu.

—Esperemos que tengan un futuro —murmuró Leonino.

Durante unos segundos, ningún gato se movió. Carrasquera pensó que los miembros de la tribu estaban demasiado desconcertados por las palabras de Narrarrocas. Luego reparó en que Nube, la delgada veterana blanca, estaba hablando en voz baja con un viejo gato de color marrón moteado.

—¿Qué opinas tú, Chaparrón? —le preguntó Nube—. ¿Luchamos o nos vamos?

Chaparrón soltó un resoplido de disgusto.

—Yo jamás he querido luchar, pero ya soy demasiado viejo para irme lejos de aquí.

Justo detrás de los veteranos había dos crianderas con las cabezas muy juntas, murmurando angustiadas.

—Rapiña, ¿qué deberíamos hacer? Yo no puedo pelear mientras tenga que amamantar a mis cachorros, pero ellos no pueden desplazarse… ¡Si apenas acaban de abrir los ojos! Y, por supuesto, no pienso abandonarlos.

—No te preocupes, Garza —la tranquilizó Rapiña—. Nadie espera que abandones a tus hijos. Yo tampoco dejaré a los míos.

Garra se plantó ante las gatas, que lo miraron con incertidumbre.

—Entonces, elegid pelear —gruñó el guardacuevas—. La tribu os protegerá, al igual que protege a todas las crianderas y a sus camadas.

Las rodeó a las dos con la cola, las llevó hasta el lado de «luchar» y se quedó allí con ellas, como si ya estuviera protegiéndolas del peligro.

Carrasquera observó cómo la tribu iba dividiéndose en dos grupos. China y Gotas se apresuraron a unirse al grupo de la lucha. Alarido les soltó algo que Carrasquera no logró entender y se marchó al lado opuesto, con los demás pupilos de apresadores. Noche se unió a Garra, pero, para sorpresa de Carrasquera, Gris escogió partir, y también Ave, tras dudar un momento.

Carrasquera descubrió que tenía el corazón desbocado y los músculos en tensión. No sabía por qué le importaba tanto que la tribu conservara su hogar en las montañas; solo sabía que le importaba, y mucho. Si los gatos de la tribu abandonaban su casa, tendrían que sufrir las penalidades y los peligros de un largo viaje, y se verían obligados a dejar atrás todas sus tradiciones y todo lo que les era familiar. No volverían a ser la Tribu de las Aguas Rápidas.

Quedaban ya pocos gatos por decidirse. Peñasco seguía en el centro de la cueva, con expresión agitada. Al final, haciéndole un breve gesto a Zarzoso, fue a sumarse al grupo de los gatos que optaban por luchar. Garra lo recibió con un toque de la cola en el hombro.

Durante todo ese rato, Borrascoso y Rivera habían permanecido en silencio, uno junto al otro. Al final, Rivera miró a Borrascoso con ojos suplicantes. Él le tocó la oreja con el hocico, le puso la cola sobre el lomo y la guio junto a su hermano Peñasco.

—¿Borrascoso y Rivera pueden escoger? —preguntó Leonino en un susurro—. ¿Son de tribu o de clan?

—Creo que ni siquiera ellos lo saben —le contestó Carrasquera.

Los gatos de clan permanecieron en el centro de la cueva, agrupándose conforme los gatos de la tribu se iban posicionando. Al final se quedaron solos. A Carrasquera se le aceleró el corazón al ver que había más gatos en el rincón de «luchar».

—Han decidido luchar —le susurró a Glayino.

—Bien —maulló él sacudiendo la cola.

Zarzoso miró a un lado y a otro, y luego inclinó la cabeza ante Narrarrocas.

—Sanador, la decisión parece clara —anunció—. Tu tribu desea luchar.

Narrarrocas erizó el pelo y Carrasquera se dio cuenta de que eso no era lo que se esperaba. El viejo atigrado miró a Zarzoso con expresión torva.

—Que así sea —bufó—. Y ojalá puedas dormir bien esta noche, gato de clan. Esta batalla destruirá a mi tribu.

Zarzoso aguardó a que el sanador bajara de la gran piedra y desapareciera, con una última sacudida de la cola, por el túnel que llevaba a la Gruta de las Rocas Puntiagudas. Luego se volvió hacia los demás gatos, que seguían en la cueva. Los miembros de la tribu, incluidos los que habían escogido luchar, parecían nerviosos, como si fueran conscientes de la gran decisión que habían tomado.

—Bueno, es hora de prepararse —maulló Zarzoso resuelto y seguro—. Debemos atacar de inmediato, antes de que los invasores tengan la oportunidad de atacarnos primero. Esta noche hay luna llena, así que eso nos ayudará.

Carrasquera se estremeció, y todo su pelaje se erizó a modo de protesta. ¡La luna llena era tiempo de paz! Junto al lago, los clanes estarían reuniéndose en la isla para celebrar la Asamblea. Aunque sabía que era imposible, sus patas parecían querer llevarla fuera de la cueva y a través de las montañas para estar con los suyos. «Aunque la luna llena no tiene nada de especial para la tribu», se recordó.

—Todo gato que quiera recibir las últimas instrucciones de combate, que vaya con Esquiruela y Carrasquera —continuó Zarzoso—. Peñasco y Garra, quiero que me ayudéis a planear la estrategia. Glayino, a ver si puedes encontrar algunas hierbas curativas para cuando regresemos.

—Claro —masculló el aprendiz.

—Y recordad —maulló Zarzoso mirando con solemnidad a los gatos que lo rodeaban— que esto no es cuestión de seguir el código guerrero o el código de la tribu. Es cuestión de vida o muerte, tal como han dicho los invasores. Y vosotros, los gatos de la tribu, ¡vais a ser los que sobreviváis!

Dicho esto, se quedó inmóvil, mirándolos con ojos centelleantes, mientras los gatos de la tribu aullaban con aprobación.

La luz de la luna resplandecía a través de la cortina de agua, proyectando luz por toda la cueva. Los gatos que iban a combatir se reunieron cerca de la entrada, aguardando su turno para recorrer la Senda de las Aguas Rápidas. Carrasquera y Leonino estaban juntos, y la joven percibió el temblor de su hermano, emocionado ante la idea de participar en una batalla de verdad. La cola del aprendiz se erizaba hasta el doble de su tamaño, y sus ojos ámbar tenían un brillo especial.

—Aquí.

Carrasquera pegó un salto cuando una cola le tocó el lomo. Al volverse, se encontró con Glayino.

—Venid aquí —insistió su hermano haciéndoles un gesto con el rabo—. Quiero deciros algo —maulló con una tensión contenida, como si él mismo estuviera enfrentándose a una batalla propia.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Leonino mirando hacia los gatos que iban saliendo de la cueva—. Tenemos que irnos.

—No tardaré ni un latido —le prometió Glayino mientras los guiaba hacia un rincón tranquilo, resguardado por una roca—. Debéis tener cuidado —continuó cuando sus hermanos estuvieron a su lado—. Recordad que aquí no hay Clan Estelar que vele por vosotros.

—Está la Tribu de la Caza Interminable —maulló Carrasquera.

—Yo no estaría tan seguro de eso. —Glayino agitó las orejas—. Los espíritus de la Tribu de la Caza Interminable se han dado por vencidos. No levantarán ni una zarpa para ayudaros.

«¿Cómo puede saberlo?», se preguntó Carrasquera, pero en ese momento no podía interrogarlo. En cualquier caso, con el tiempo había aprendido a no preguntarle a Glayino cómo había descubierto las cosas que sabía.

—Mira, no tienes que preocuparte por nosotros… —empezó Leonino.

—No estoy preocupado. —Los ciegos ojos azules de Glayino parecían extrañamente serenos—. Debéis regresar, ocurra lo que ocurra. Es más importante de lo que creéis.

—No vamos a huir, ¿sabes? —maulló Leonino.

Glayino soltó un bufido de rabia.

—¡¿Quieres hacer el favor de escucharme?!

Su vehemencia asustó a Carrasquera. Quería saber qué era lo que su hermano no les estaba contando, pero justo entonces los llamaron desde la cascada.

—¡Carrasquera! ¡Leonino! —Zarzoso los esperaba sacudiendo la cola.

Los dos aprendices se pusieron en pie de un brinco y cruzaron la cueva a la carrera para salir de allí. Mientras pasaba por debajo del arco de agua atronadora, Carrasquera creyó oír la voz de Glayino en un último aullido:

—¡Tenéis que volver!

28

Bajo la luna llena, las montañas quedaban bañadas por una luz plateada y moteadas por las profundas sombras de los afloramientos rocosos. Leonino avanzaba junto a su padre.

—Recordad —maulló Zarzoso mirando a Leonino y Carrasquera—: no tenéis que demostrar nada. No intentéis atacar a un gato mucho más fuerte que vosotros, si podéis evitarlo.

—No queremos que nos arranquen las orejas —aseguró Carrasquera sacudiendo la cola.

—Pues, entonces, tened cuidado. —La mirada ámbar de su padre era cálida—. ¿Cómo podría enfrentarme a Estrella de Fuego si no os llevara a todos de vuelta sanos y salvos?

Tanta expectación hizo que Leonino temblara de las orejas a la cola. Cada paso que daba lo acercaba más a su primera batalla de verdad, y quería que su padre y su clan se sintieran orgullosos de él. Era lo que más deseaba en el mundo. Sin embargo, no iba a luchar tan solo por su clan y por el código guerrero. También iba a luchar por la tribu, al lado de gatos que habían llegado a convertirse en sus amigos. Los enemigos de la tribu eran ahora sus propios enemigos, porque los invasores habían demostrado no tener ningún código de honor: ni siquiera admitían lo justo que era dividir las montañas en territorios independientes.

A unas pocas colas de distancia, vislumbró a Ventolino. El aprendiz del Clan del Viento también estaba listo para la batalla, con el pelo erizado y enseñando los colmillos en un gruñido feroz. Iba justo detrás de Corvino Plumoso, pero su padre no le dio ningún tipo de ánimo. Leonino sintió una punzada de compasión. Su amigo quizá no sería una bola de pelo tan antipática si su progenitor fuera Zarzoso en vez de Corvino Plumoso.

Una sombra flotó sobre las rocas y, al levantar la cabeza, Leonino vio que una nube cubría la luna. Sintió un escalofrío, como si estuviera pisando hielo. ¿Significaba eso que el Clan Estelar estaba enfadado con ellos porque iban a quebrantar la tregua de la luna llena? «El Clan Estelar no recorre estos cielos…», se recordó. Glayino les había advertido que estarían solos. Además, al cabo de un instante, la nube se desplazó y la luna volvió a brillar intensamente. «A veces, una nube no es más que una nube».

La luna flotaba muy alta en el cielo cuando los gatos, ávidos de lucha, llegaron al campamento de los intrusos. Todo estaba en silencio. Leonino miró la estrecha grieta entre las peñas inclinadas, pero en su interior no distinguió más que oscuridad.

—No veo ni rastro de guardias —susurró Carrasquera.

—Probablemente crean que no los necesitan —murmuró Leonino—. Al fin y al cabo, los gatos de la tribu son demasiado débiles para darles problemas, ¿no?

Los ojos verdes de Carrasquera centellearon, risueños.

—¡Eso ya lo veremos!

Zarzoso los reunió a todos a su alrededor con un gesto de la cola y luego los condujo a la sombra de una roca.

—Peñasco y yo os dividiremos en patrullas de ataque —maulló—. En cada grupo tiene que haber gatos de tribu y de clan, aprendices y pupilos. De esa forma, tendremos la mejor representación de habilidades. El plan es atraer a los invasores al exterior y atacarlos aquí; de lo contrario, estaremos luchando en la oscuridad y en terreno enemigo.

Leonino volvió a mirar la oscura grieta.

—No puede ser —protestó.

Zarzoso ladeó la cabeza.

—¿No?

—No, ese agujero no puede estar completamente oscuro. Tienen su guarida ahí dentro… no pueden ir tropezando a ciegas, ¿verdad?

Zarzoso entornó los ojos.

—Tienes razón. Debe de haber una abertura que deje entrar el aire y la luz.

—¡Deberíamos buscarla! —Leonino sintió un cosquilleo de emoción en las zarpas.

Su padre reflexionó durante unos instantes y al fin asintió.

—De acuerdo. No deberíamos atacar sin saber exactamente a qué nos enfrentamos. Si hay otra entrada, podrían salir por allí y atacarnos por la

espalda. —Apuntó hacia las rocas con las orejas—. Vamos. Carrasquera, Ventolino, vosotros venís también.

—¡Y yo! —China se levantó de un salto—. Conozco las rocas —añadió —. Podría ser de ayuda.

—Muy bien —maulló Zarzoso—. Peñasco, tú empieza a formar las patrullas. Y guardad tanto silencio como si estuvierais acechando a una presa. El ataque solo empezará cuando estemos preparados, no antes.

Los cinco gatos cruzaron con cautela el espacio abierto que había delante de la grieta y tomaron un estrecho sendero que ascendía por una de las peñas inclinadas. Leonino estaba listo para saltar si percibía algún movimiento en la grieta, pero la abertura siguió sumida en una oscuridad silenciosa.

Las peñas inclinadas estaban empotradas en una ladera pedregosa que llevaba a un risco. El sendero serpenteaba entre las piedras hasta lo alto, cerca de donde las dos peñas se unían. El joven aprendiz del Clan del Trueno avanzó sigilosamente hacia allí, rozando el suelo con la barriga.

—Ventolino, no le quites ojo a la parte de abajo —susurró Zarzoso—. Avísame si ves la menor señal de los intrusos.

Encantado de haber sido el elegido, Ventolino se arrastró por el suelo hasta que pudo ver el pie de la ladera. Zarzoso y los demás aprendices se dispersaron, examinando el área que rodeaba las rocas inclinadas.

Leonino olfateó entre las piedras que había amontonadas a lo largo del risco. Percibió un intenso olor a gato, el olor que estaba empezando a reconocer como el de los invasores, pero no lograba ver de dónde procedía. Luego descubrió un hueco entre dos rocas; allí, el olor era especialmente fuerte.

—¡Creo que he encontrado algo! —maulló en voz baja.

Zarzoso, Carrasquera y China se unieron a él, apretujándose a su lado. Leonino introdujo la cabeza en la abertura y vio un agujero que descendía a través de la roca. Al fondo había un círculo de arena, con la sombra de su propia cabeza silueteada por la luz de la luna. No había ni rastro de gatos, pero el olor era todavía más intenso.

—Déjame mirar —maulló China con impaciencia.

Leonino se apartó para que la pupila examinara el hueco. China lo observó durante unos segundos y luego levantó la cabeza, con un fulgor en los ojos azules.

—Jamás podrían salir por aquí. Pero yo podría bajar.

—¡Sí! —A Leonino le entraron ganas de ponerse a dar brincos como un cachorro entusiasmado—. Podríamos bajar todos y espantar a los intrusos

para que corrieran al exterior, donde los aguardarían nuestros guerreros.

Zarzoso negó con la cabeza.

—De eso nada. Es demasiado peligroso.

—No, no lo es. —Carrasquera le dio un golpecito con la cabeza—. Ellos no nos esperan, y estarán demasiado asustados para hacer otra cosa que no sea huir.

—Entonces bajaré yo —replicó su padre.

Leonino soltó un ronroneo divertido.

—¿Crees que podrías meter ese corpachón por este agujero? Esta es una misión para gatos pequeños. ¡Eh, Ventolino!

Le hizo una seña al aprendiz del Clan del Viento para explicarle el plan. Ventolino, nervioso, tragó saliva.

—Estoy con vosotros.

—Yo aún no he dicho que vayáis a ir —les recordó Zarzoso—. Es un buen plan, pero podríais caer y romperos el cuello. Por no hablar de lo que podrían haceros los invasores…

—Yo no me caeré —maulló China con gran aplomo—. Y los demás tampoco, si tienen cuidado. Hay muchas ranuras en las que clavar las garras —afirmó—, y debéis aseguraros de que estáis bien sujetos antes de moveros. Es tan fácil como comerse una presa.

«Para ti, tal vez», pensó Leonino, pero ahora no iba a echarse atrás.

—Tenemos que hacerlo —insistió el aprendiz—. Podría marcar la diferencia en la batalla y en el futuro de la tribu.

Zarzoso suspiró.

—Tenéis razón. Y vosotros sois aprendices, no cachorros a los que proteger en la maternidad. Muy bien: podéis hacerlo.

Leonino vio los ojos centelleantes de Carrasquera y esperó parecer tan seguro como ella.

—Iré a contárselo a los demás —continuó Zarzoso—. Esperad hasta que llegue abajo. Luego, empezad el descenso. Nosotros estaremos preparados.

Sus ojos ámbar se posaron un segundo en Leonino y Carrasquera, antes de dar media vuelta y desaparecer por la senda.

Ventolino volvió a ocupar su puesto de vigilante, y China les dio algunas instrucciones más sobre cómo descender.

—Y no miréis hacia abajo —concluyó—. Si os mareáis, caeréis.

El aprendiz del Clan del Viento regresó sigilosamente.

—Zarzoso ya ha llegado.

—Entonces, vamos —maulló Leonino.

—Yo iré primera. —China ya estaba metiendo las patas traseras por el agujero—. Fijaos en cómo lo hago.

No había mucho espacio para que los tres aprendices se apiñaran a observar a la pupila, pero, pese a tener delante la oreja de Ventolino, Leonino logró ver cómo China descendía con cuidado, comprobando cada agarre antes de dejar caer su peso en él.

—Ahora voy yo —murmuró el joven—. Es mejor que China no esté demasiado tiempo sola ahí abajo.

Carrasquera y Ventolino se apartaron para dejarlo pasar. Cuando se deslizó por el hueco, Leonino tuvo un momento de pánico al pensar que tal vez era demasiado estrecho para él. Sus omoplatos arañaron los laterales rocosos, pero logró cruzarlos, y, unos segundos después, ya estaba sujetándose en el interior del agujero con las cuatro patas. A sus pies, China le dijo en voz baja:

—Muy bien. Tómatelo con calma.

Recordando lo que la pupila había dicho sobre no mirar hacia abajo, Leonino fue descendiendo con cautela, clavando con fuerza las garras en las grietas. Sin embargo, cuando ya estaba a medio camino, la piedra en la que apoyaba una de las patas traseras se desmenuzó bajo su peso, y el joven aprendiz resbaló. Con un respingo de terror, arañó el muro rocoso frenéticamente, buscando dónde aferrarse. Cuando lo encontró, tuvo que descansar unos instantes; el corazón le martilleaba tan fuerte en el pecho que pensó que despertaría a todos los gatos desde allí hasta el lago.

—¿Es que piensas quedarte ahí toda la noche? —le susurró Ventolino desde lo alto en tono irritado.

Leonino apretó los dientes. No iba a dejar que el aprendiz del Clan del Viento viese que estaba asustado. Buscó otro asidero para descender con seguridad, y, antes de lo que esperaba, la voz de China sonó justo debajo de él.

—Ya puedes saltar.

Leonino tensó los músculos, se impulsó desde la pared rocosa y aterrizó sobre la arena, a solo un par de colas de distancia. Poco después, Ventolino cayó a su lado en un aterrizaje estruendoso, seguido de inmediato de Carrasquera.

—¡Magnífico! —Los ojos de China resplandecían en la oscuridad—. ¿Y ahora qué?

Leonino se sacudió la arena del pelo y miró a su alrededor. Un túnel se alejaba de la zona arenosa en la que estaban, pero era tan angosto y se

curvaba de tal forma que no se veía lo que había a solo unos pasos. Allí, el olor de los intrusos era abrumador.

—Esperad aquí —susurró Leonino.

Con unas pisadas tan ligeras que parecía que estuviera acechando a un ratón, el joven se acercó sigilosamente a la esquina y se asomó. Tras la curva, vio un espacio más amplio, cubierto de arena y con musgo apilado a lo largo de ambos muros. Distinguió las orejas plantadas de un gato que yacía en el musgo, y oyó los maullidos de unas crías muy pequeñas. Cuando saboreó el aire, detectó el olor lechoso de una reina, y un poco más allá captó movimientos y susurros, el sonido de muchos gatos acomodándose para pasar la noche.

Procurando no hacer ruido, regresó con sus compañeros.

—Justo después de ese recodo hay una maternidad —informó en voz baja —. No vamos a tocar a las reinas ni a los cachorros, ¿de acuerdo? Los demás gatos están un poco más allá, cerca de la entrada. No creo que sepan que estamos aquí.

—Bueno, ¿y qué hacemos? —preguntó Carrasquera.

—No queremos pelear aquí dentro, solo asustarlos para que salgan, así que entramos corriendo y aullando como si nos persiguiera una manada de tejones.

China pareció confusa.

—¿Qué?

Ventolino puso los ojos en blanco.

—Son unos animales grandes y terroríficos, y con unos colmillos enormes.

—Intentad no quedaros atrapados aquí dentro. —Leonino se agazapó, tensando los músculos para saltar—. De acuerdo… ¡Adelante!

Dio un gran salto al tiempo que soltaba un alarido ensordecedor, y sus compañeros saltaron con él, aullando como si fueran un clan entero de gatos batalladores. Inmediatamente, sonaron gritos de alarma entre los gatos de la guarida. Leonino vio con el rabillo del ojo a una reina canela y blanca encogida contra la pared rocosa, con sus cachorros apretujados contra el cuerpo. El aprendiz pasó por su lado a toda prisa y llegó al centro de la cueva de los invasores.

Los gatos de la guarida chocaban entre sí, chillando de pavor mientras corrían hacia la entrada. Leonino estaba preparado para luchar, pero ninguno de ellos intentó detenerlo en su avance por la cueva. La estrecha grieta que llevaba al exterior estaba abarrotada de cuerpos que se retorcían

desesperadamente, tratando de salir. Leonino se volvió en redondo, agazapándose junto al muro y desenvainando las garras, pero el gato más cercano, un larguirucho de color rojizo, le dirigió una mirada de espanto y se abalanzó hacia la grieta para escapar. Al cabo de unos pocos segundos, la guarida estaba vacía: los cuatro aprendices se habían quedado solos.

Carrasquera soltó un último alarido terrorífico y se detuvo, resollando.

—¡Ha funcionado!

A través de la grieta oyeron aullidos de pelea: en el exterior, Zarzoso guiaba a los suyos a la batalla. Leonino respiró hondo y captó el sabor de la sangre en el aire.

—¡Vamos! —exclamó.

La grieta que llevaba a la salida estaba despejada. Leonino la atravesó a toda velocidad y al salir vio que el amplio espacio que había delante de las rocas bullía con gatos enzarzados: las patrullas de clan y de tribu estaban luchando contra los intrusos. La luz de la luna brillaba sobre una mezcla de pelaje atigrado, rojizo y blanco, y destellaba en los afilados colmillos y en las garras. Bramidos de dolor y rabia quebraban la noche.

Leonino plantó las orejas cuando creyó oír un susurro a sus espaldas. «Leonino… ¡ahora!».

El joven aprendiz se volvió, sorprendido. ¿De verdad había oído a Estrella de Tigre? En las sombras no vio ninguna silueta atigrada, ningún resplandor de ojos ámbar, pero la llamada a la batalla era imperiosa.

Justo delante de él, el intruso marrón que se llamaba Sosquín tenía a Alarido inmovilizado contra el suelo y le arañaba la barriga. Con un aullido de furia, Leonino saltó sobre él y le mordió con fuerza en el cuello. Chillando de dolor y de sorpresa, Sosquín se alzó sobre las patas traseras y trató de quitárselo de encima. Alarido consiguió zafarse y desapareció en la oscuridad.

Leonino perdió el equilibrio, pero consiguió derribar a Sosquín y empezó a patearle la barriga con las patas traseras. Salió volando pelo marrón, y el joven captó el hedor caliente de la sangre. Se lanzó hacia la garganta del rival, pero el gato le dio un zarpazo en la oreja y logró ponerse en pie a duras penas. El joven del Clan del Trueno dejó que escapara.

Durante un segundo, se quedó resollando y buscando con la mirada a su próximo oponente; justo en ese momento, volvió a oír el susurro. «Leonino… ¡detrás de ti!».

El joven se volvió en redondo y se encontró frente a un gato gris enorme, cuyo pelaje claro ya goteaba sangre. Leonino tuvo el tiempo justo para esquivarlo y lanzarle un zarpazo en el costado mientras pasaba por su lado.

Tras subirse a una roca, examinó la batalla bañada por la luna y localizó a Carrasquera y China, que luchaban una junto a la otra, abriéndose paso entre el tropel de combatientes hacia donde estaban Zarzoso y Listado, y rodando por el suelo en una maraña aulladora de pelo y zarpas. También vio a Esquiruela, que saltaba persiguiendo a un gato negro alrededor de una peña, donde desapareció mostrando los colmillos en un gruñido de furia.

Justo a los pies de Leonino, Gris luchaba contra una gata blanca y negra y pateaba el aire mientras trataba de librarse de ella, que tenía los dientes cerrados sobre su bíceps. Parecía como si el apresador estuviera agotándose con rapidez.

Leonino soltó un aullido de júbilo cuando se dejó caer sobre el lomo de la intrusa y le clavó las garras con el movimiento que había aprendido en el bosque con Cenizo. La gata soltó a Gris de inmediato y rodó por el suelo, aplastando al joven bajo su peso. Leonino se quedó sin aire, con el hocico enterrado en el pelo de su rival, y se debatió por respirar, sacudiéndose de dolor cuando notó un mordisco en la oreja. «¡Piensa!». El susurro volvió, y en esta ocasión el aprendiz creyó ver por un instante los ojos azul hielo de Alcotán.

Se quedó inerte. La gata relajó la presión, y, al instante, Leonino se impulsó hacia arriba, liberando la oreja y lanzando a la gata al suelo de piedra. Ella se levantó trabajosamente y se dispuso a saltar sobre él. El joven se preparó para recibir su ataque.

De pronto, vio que Carrasquera y Ventolino corrían hacia él, y que luego se separaban para acercarse a la intrusa cada uno por un lado. La gata saltó, alargando las zarpas. Leonino se lanzó por debajo de ella y notó el roce de su pelo cuando la gata falló y aterrizó justo donde estaban esperándola Ventolino y Carrasquera para propinarle un zarpazo en el costado por ambos lados. La gata aulló y huyó a toda prisa.

—¡Genial! —exclamó Leonino sin aliento, levantándose de un brinco—. ¡Por lo visto, en el Clan del Viento también enseñan ese movimiento!

Los combatientes estaban alejándolo de los otros dos aprendices, de modo que volvió a sumergirse en la batalla. Oía el latido de la sangre en su interior; tenía la sensación de que poseía la fuerza de veinte gatos. Se sentía más vivo que nunca. Y, al ver que un gato tras otro huía de sus zarpazos, supo que había nacido para aquello.

Llegó un momento en que no se le encaró nadie más. Leonino se volvió en redondo como un cachorro persiguiéndose la cola. «¿Dónde estáis? ¡Venid a pelear!».

—Leonino. —No era un susurro misterioso quien le hablaba ahora, sino la firme voz de su padre—. Leonino, para. La batalla ha terminado.

El joven se detuvo y miró a Zarzoso mostrando los colmillos.

—¡No, no ha terminado! —bufó—. No hasta que derrotemos al último de los invasores.

—Cálmate, Leonino —maulló Zarzoso—. Están derrotados. Hemos vencido.

La primera reacción del aprendiz fue de decepción. ¿Ya no iba a disfrutar más de esa maravillosa coordinación de músculos, colmillos y garras? ¿De ver el brillo del miedo en los ojos del oponente mientras huía? Respiró profundamente varias veces mirando a su alrededor. Los gatos de clan y de la tribu lo observaban impresionados… ¿y tal vez un poco asustados? «¿Por qué? ¿Qué he hecho?».

—Has luchado bien, Leonino —le dijo Peñasco en voz baja—. La tribu siempre recordará tu destreza y tu valor.

Leonino se miró de arriba abajo y vio que tenía el pelo apelmazado y lleno de sangre; estaba caliente y pegajosa, y su hedor le revolvió el estómago. Se tambaleó, y Carrasquera apareció a su lado con expresión horrorizada.

—¡¿Dónde te han herido?! —le preguntó angustiada.

Leonino negó con la cabeza, confundido. Solo sentía dolor en la oreja que le habían mordido y en las zarpas, que tenía magulladas de tanto andar por las rocas.

—Estoy bien —farfulló.

Antes de que Carrasquera pudiese decir nada más, unos pocos intrusos aparecieron tímidamente entre las rocas. Listado iba en cabeza. Había perdido la mayor parte del pelo de un hombro y le sangraba el hocico. Se plantó cojeando ante Peñasco y Zarzoso, e inclinó la cabeza.

—Habéis ganado —maulló con voz ronca—. A partir de ahora, respetaremos vuestras fronteras, siempre que dejéis en paz a las reinas y los cachorros.

Peñasco y Zarzoso intercambiaron una mirada, como considerando las palabras del atigrado gris. Una parte de Leonino quería gritar: «¡No! ¡Echadlos de aquí!», pero guardó silencio.

—La tribu no tiene nada en contra de las reinas y los cachorros —respondió finalmente Peñasco—. Os dejaremos en paz mientras permanezcáis en vuestro lado de la frontera.

Listado volvió a inclinar la cabeza y luego ondeó la cola para conducir a sus vapuleados compañeros de vuelta a su guarida.

Leonino los observó mientras se alejaban. ¿Habían combatido realmente Estrella de Tigre y Alcotán a su lado en la batalla? ¿O sus espíritus seguían deambulando por los bosques del lago, esperando su regreso? Ya no oía voces, ningún elogio por la forma en que había luchado, nada, excepto a su hermana tratando de examinar sus heridas.

—Túmbate y descansa —le suplicó Carrasquera—. ¿Quieres que vaya a por Glayino? Encontraré la forma de traerlo hasta aquí.

—Estoy bien —insistió el joven—. No necesito ayuda.

Zarzoso empezó a reunir a sus guerreros de clan y de tribu para iniciar el regreso a la cueva. Leonino se les unió, colocándose junto a Ventolino y China, y haciendo caso omiso de la inquietud de Carrasquera, que se puso a su lado, convencida de que en cualquier momento iba a derrumbarse.

A China le centelleaban los ojos.

—¿Habéis visto cómo huían? —maulló.

—Yo siempre he sabido que los clanes solucionarían los problemas de la tribu —respondió Ventolino con altanería—. ¡Nos estaréis agradecidos eternamente!

Leonino reparó en la mirada contrariada de Carrasquera, y vio que su hermana no estaba tan segura de eso. Pero habían ganado la batalla. Él había ganado la batalla. Y volvería a luchar sin dudarlo un segundo.

29

Glayino estaba acostado, y en el hueco todavía perduraba el olor de sus hermanos. No intentaba dormir; tenía las orejas plantadas para captar el primer sonido que indicara el regreso de los guerreros. Tenía el estómago revuelto. ¿Y si Carrasquera o Leonino morían en la batalla? ¿Qué pasaría con la profecía si de repente tres se quedaban en dos… o incluso en uno? ¿Cómo soportaría vivir sin ellos?

Con la cueva casi vacía, el eterno estruendo de la cascada sonaba diferente, hueco y resonante. Las dos crianderas estaban en la maternidad con sus camadas. Los veteranos, Nube Cargada de Tormenta y Chaparrón que Repiquetea sobre las Piedras, se habían retirado a su dormitorio, en el otro extremo de la gruta. Sombra de Ala sobre el Agua, la apresadora que había resultado malherida en la pelea por el águila, estaba durmiendo cerca de él. Todos los demás se habían ido a luchar, porque no tenía sentido dejar guardas para proteger la cueva cuando todos los intrusos iban a verse atrapados en la batalla.

Glayino ya no podía más. No soportaba estar más tiempo ahí sin hacer nada. Se levantó y cruzó la gruta, descansando a medio camino para beber un poco de la fría agua que goteaba desde las rocas hasta un refrescante charco. Luego se internó en el túnel que llevaba a la Gruta de las Rocas Puntiagudas.

Allí dentro todo estaba en silencio. Glayino notó una leve brisa en la cara y captó el olor fuerte y claro del sanador de la tribu.

—¿Narrarrocas? —maulló.

—Estoy aquí, Glayino —respondió la voz del viejo desde el fondo de la gruta, con un tono triste y vencido—. ¿Qué quieres?

—¿Se sabe algo de la Tribu de la Caza Interminable? —preguntó el aprendiz.

—Nada. Me quedo mirando el charco y no veo más que la luz de la luna sobre el agua.

Glayino sintió una punzada en el estómago, afilada como un manojo de espinas. Narrarrocas había mentido a los suyos sobre la Tribu de la Caza Interminable. Había intentado manipularlos para que decidieran marcharse a otro lugar, y así demostrarle a Zarzoso la poca influencia que tenían los clanes sobre los gatos de la tribu. Pero el plan había fracasado. La tribu había decidido pelear, y ahora el sanador tendría que enfrentarse al hecho de que, si sobrevivían, sería sin el apoyo de sus antepasados. La tristeza del viejo fluyó por la gruta como un río; Glayino no pudo evitar sentir lástima por él.

—Lo lamento —maulló.

—A lo mejor la Tribu de la Caza Interminable ha perdido la fe en nosotros —respondió Narrarrocas con voz apagada.

—Estoy convencido de que no es así.

Glayino recordó la laguna entre peñas escarpadas, donde se había enfrentado a los espíritus de la Tribu de la Caza Interminable. Había revisitado ese sueño una y otra vez estando despierto y creía entender lo que significaba, aunque no estaba seguro de que le sirviera de nada.

—Glayino —dijo una voz cascada a sus espaldas.

El aprendiz se dio la vuelta, y hasta el último pelo del cuerpo se le erizó al ver la deforme figura de Pedrusco. Sus ojos ciegos lo miraban fijamente. «Pero ¡si no estoy dormido!». El antiguo gato resplandecía como si estuviera bajo la luz de la luna, aunque a su alrededor todo permanecía a oscuras. Parecía flotar en las sombras.

Con el corazón desbocado, Glayino concentró todos sus sentidos en Narrarrocas, pero no hubo cambios ni en el olor ni en la tristeza que el viejo emanaba. Tampoco emitió el menor sonido.

—Narrarrocas no puede verme ni oírme —maulló Pedrusco—. Solo tú.

—¿Por qué has venido? —le preguntó Glayino con voz temblorosa.

—Han ganado la batalla. Ahora ya puedes volver a casa… Todos podéis iros.

Glayino contuvo la alegría. ¡Eso significaba que Carrasquera y Leonino estaban sanos y salvos! Pero estaba seguro de que Pedrusco no había ido hasta allí solo para contarle algo que él mismo habría sabido antes del alba. Tenía que haber otra razón.

—La tribu debe de haber luchado bien —maulló—. A lo mejor ahora la Tribu de la Caza Interminable tiene más fe en ella.

—¿Por qué habría de tenerla? —replicó Pedrusco con voz amarga—. Son los clanes los que han salvado a la Tribu de las Aguas Rápidas.

—¿Y qué tiene eso de malo? —quiso saber Glayino.

En el lago había anhelado volver a hablar con Pedrusco, pero ahora tenía claro que sus conversaciones con el antiguo gato resultaban cada vez más frustrantes.

—No os ha enviado el Clan Estelar —contestó el viejo—, y la Tribu de la Caza Interminable no os ha llamado.

—Pero…

—¡Silencio! —bufó Pedrusco ondeando su raquítica cola—. Habéis venido y habéis ganado… Al menos en esta ocasión. Pero ¿crees que las fronteras servirán de algo? La tribu no es un clan, no tiene experiencia en defender el territorio, y los intrusos no tienen un código de honor que los obligue a mantener su palabra.

—Entonces, ¿hemos venido para nada? —preguntó Glayino, abatido.

Pedrusco negó con la cabeza.

—No. Habéis aprendido mucho. Y la tribu comerá bien, al menos durante un tiempo. —Sus abultados ojos parecían observar en las sombras algo oculto para Glayino.

El aprendiz respiró hondo.

—Tú conocías a los gatos de la tribu antes de que llegaran aquí, ¿verdad? Vinieron del lago.

Tuvo la satisfacción de ver el respingo de sorpresa de Pedrusco.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Por la laguna de las montañas que me enseñó el espíritu de la tribu —le explicó el joven—. Ahora sé que encontraron otra Laguna Lunar, como la que hay cerca del lago.

—Les dieron la espalda a muchas de sus antiguas costumbres —maulló el viejo con una voz cargada de dolor—. Y, sin embargo, siguieron buscando paz al lado del agua.

A Glayino le latió el corazón con más fuerza, pero tenía que continuar.

—La tribu me conocía, al igual que tú. La profecía procede de cuando todos vosotros vivíais juntos, ¿verdad?

Pedrusco agachó la cabeza.

—Sí. Llevamos mucho tiempo esperándote. Y ahora has llegado —maulló.

Glayino sintió un escalofrío de miedo y felicidad al mismo tiempo.

—Los otros se merecen saberlo —continuó—. Este no es solo tu destino, y no puedes recorrer este camino a solas.

—¡Glayino! ¡Glayino! ¿Dónde estás? —La voz de Carrasquera resonó desde la cueva principal—. ¡Ven enseguida!

Pedrusco se desvaneció en las sombras, como si un ala oscura se hubiera plegado sobre él, y Glayino volvió a quedarse solo en la Gruta de las Rocas Puntiagudas, aunque la figura silenciosa de Narrarrocas seguía ahí. El joven encontró la boca del túnel y corrió a reunirse con su hermana.

—¡Es Leonino! —exclamó Carrasquera sin aliento, yendo hacia Glayino y dándole un rápido lametazo en la oreja—. Está cubierto de sangre. Él dice que no está herido, pero la sangre tiene que proceder de algún sitio, ¿no? Necesita tu ayuda.

—¿Dónde está?

—Fuera, junto a la poza —respondió Carrasquera—. Le he dicho que se quedara allí, descansando.

Glayino cruzó la cueva tras su hermana y la siguió hasta la cascada. Por su lado pasaron gatos de clan y de la tribu, contando animadamente la buena noticia a los que se habían quedado allí. El joven aprendiz detectó el olor de Peñasco y lo oyó decir:

—Iré a informar a Narrarrocas.

Carrasquera corrió por la senda que discurría detrás de la estruendosa cortina de agua, sin preocuparse por una vez de si Glayino podía arreglárselas por su cuenta. El joven la siguió a poca distancia, pegando el cuerpo a la pared rocosa y notando cómo las heladas gotas de agua fría le rociaban el otro costado.

El corazón se le había desbocado de nuevo. Había dado por hecho que sus dos hermanos sobrevivirían a la batalla, ¿y ahora Leonino iba a perder la vida?

Al llegar a la poza, pegó el hocico al pelo de su hermano. Sintió un fuerte impacto al descubrir que estaba embadurnado de una espesa capa de sangre a medio secar.

—Tenemos que quitarle toda esta sangre de encima —dijo malhumorado, intentando disimular el miedo—. ¿Cómo voy a saber qué es lo que hay debajo de todo esto?

—Vamos más cerca de la cascada —propuso Carrasquera—. El agua en suspensión nos ayudará a limpiar la sangre.

Los tres bordearon la poza hasta que Glayino notó que las gotas de agua le empapaban el pelo.

—Me gustaría que no sacarais las cosas de quicio —protestó Leonino alzando la voz para que lo oyeran por encima de la atronadora cascada—. Os lo digo y os lo repito: estoy perfectamente bien.

Su voz le provocó un escalofrío a Glayino. Su hermano parecía distante, conmocionado, como si la batalla hubiera afectado no solo a su cuerpo, sino también a su mente.

—¡Tú estarás bien cuando yo diga que lo estás! —le soltó el aprendiz de curandero.

—Pero ¡si no estoy herido…! —insistió Leonino casi desconcertado—. Nadie podía tocarme.

—Cierra el pico y deja que te lave —lo riñó Carrasquera.

A medida que él y Carrasquera limpiaban de sangre el pelo de Leonino, Glayino comenzó a descubrir que su hermano tenía razón: no estaba herido, excepto por un mordisco en la oreja y las almohadillas magulladas.

—No creo que necesites hierbas —dijo el aprendiz de curandero tratando de ocultar el temblor de alivio de sus zarpas—. Solo tienes que mantener limpia esa oreja. Te la examinaré a diario hasta que esté curada.

—¡Es cierto, estás bien! —exclamó Carrasquera con la voz quebrada—. ¡Toda esa sangre era de otros gatos! Glayino, ojalá hubieras estado allí. ¡Leonino ha peleado como un clan entero de gatos!

—Hemos ganado la batalla. —Leonino empezaba a sonar más como el de siempre, como si los lametazos de sus hermanos lo hubieran ayudado a regresar de un lugar remoto.

—En cualquier caso, no creo que podamos confiar en los intrusos —dijo Carrasquera desazonada—. Y no sé si la tribu será capaz de defender sus nuevas fronteras.

Al oír en boca de su hermana la advertencia que le había hecho Pedrusco en la Gruta de las Rocas Puntiagudas, Glayino se estremeció.

—No sé para qué hemos venido hasta aquí si no íbamos a arreglar nada —continuó la joven, un tanto decepcionada—. ¿Se habrá equivocado la Tribu de la Caza Interminable?

Glayino alargó la cola para tocar a Carrasquera.

—Los antepasados de la tribu no nos quieren aquí —confesó—. Y el Clan Estelar no nos ha enviado a las montañas. Vinimos para ganar la batalla y porque necesitábamos respuestas a nuestras preguntas. —Al ver que sus hermanos no decían nada, añadió—: Los tres queríamos venir a las montañas, ¿verdad? —Hubo un murmullo afirmativo—. ¿No os dais cuenta? Las cosas sucedieron para que nosotros pudiéramos venir aquí. Todo esto tiene que ver

con nosotros tres. Sin nosotros, la tribu podría sobrevivir o no, pero eso ya no importa. Todos ellos estaban esperándonos: el Clan Estelar, la Tribu de la Caza Interminable, Pedrusco…

—¿Quién? —preguntó Carrasquera.

—¿De qué estás hablando? —quiso saber Leonino—. ¿Es que se te ha llenado el cerebro de abejas?

Glayino se sentó en el borde de la poza y les hizo un gesto con la cola para que se le acercaran más.

—Escuchadme —murmuró—. Tengo que contaros una cosa…

Bajo este seudónimo colectivo escriben las escritoras Cherith Baldry, Kate Cary, Inbali Iserles, Gillian Philip y Tui Sutherland la serie de novelas fantásticas infantiles y juveniles, *Los gatos guerreros*.